Vanessa Pérez Gordillo

La dictadura del coaching

Manifiesto por una educación del *yo* al *nosotros*

Akal
Educación

Vanessa Pérez Gordillo es licenciada en Filosofía por la Universidad Complutense de Madrid (UCM), titulada en máster en Comunicación Integral y especialista en Formación Familiar y Educación Evolutiva por la Universidad de Alcalá de Henares e Instituto Hune. Forma parte, actualmente, del espacio de comunicación social y educación popular *Vocesenlucha*.

«El coaching es la demolición humana. Este magnífico ensayo es un grito en medio del desierto, el aullido de un hombre en la soledad de una ciudad inmensa. Es el intento de un resplandor que nos recupere y nos sople la naturaleza de la vida viva, del sonido humano capaz de estremecer las multitudes y descolonizar las conciencias dormidas. Es salvar la semilla del hombre, hechura de lo colectivo y de lo hermanado, de lo atrevidamente apasionado, sin ataduras, ni pasitos de robot.»

Stella Calloni

«De los años ochenta a esta parte, el auge de la industria de la motivación y la autoayuda es la otra cara de deslocalizaciones y despidos en masa, de la debilitación de los vínculos sociales, del triunfo sin paliativos del neoliberalismo. El alegato de Vanessa Pérez Gordillo constituye una valiosa aportación contra ese individualismo ensimismado que todo lo corroe y nos corroe.»

Carlos Fernández Liria

«Vanessa Pérez Gordillo nos presenta un auténtico antimanual del coaching. Una crítica demoledora a un conjunto de pseudosaberes, pseudoterapias y falsos subterfugios. Un cuestionamiento a fondo de las técnicas centradas en la "construcción del Yo" y en la búsqueda de un modelo estandarizado e inauténtico de la "felicidad" y el "éxito".»

Miguel Mazzeo

Akal
Educación

2

Directores de la colección:
Enrique Galindo Ferrández y Olga García Fernández

Diseño interior y cubierta: RAG

Motivo de cubierta: Atxe

© Vanessa Pérez Gordillo, 2019

© Ediciones Akal, S. A., 2019
Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid España
Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028
www.akal.com

ISBN: 978-84-460-4795-7
Depósito legal: M-29.931-2019

Impreso en España

Vanessa Pérez Gordillo

La dictadura del coaching

Manifiesto por una educación del *yo* al *nosotros*

Prólogo de
Miguel Mazzeo

akal
ARGENTINA / ESPAÑA / MÉXICO

A las nuevas generaciones.
A Andrea, Emma, Vega y Hugo.

Prólogo

En *La dictadura del coaching. Manifiesto por una educación del* yo *al* nosotros, Vanessa Pérez Gordillo nos presenta un auténtico antimanual del coaching. Una crítica demoledora a un conjunto de pseudosaberes, pseudoterapias y falsos subterfugios. Un cuestionamiento a fondo de las técnicas centradas en la «construcción del Yo» y en la búsqueda de un modelo estandarizado e inauténtico de la «felicidad» y el «éxito». La dictadura del coaching es la dictadura de unos prototipos impuestos compulsivamente, o a través de una tergiversación de algunos deseos genuinos de las personas. La dictadura del coaching es la consumación de las distopías más aberrantes.

La autora nos revela el verdadero sentido del coaching: una perversión mercantil de la mayéutica socrática; con sus lógicas instrumentales sin contenido y sin sentido, con sus prácticas manipuladoras y sus manías clasificatorias; una caricatura del asesoramiento y la cooperación; una degradación del proceso de enseñanza-aprendizaje y del pensamiento en general cuyo objetivo central es reforzar el individualismo por la vía de la competencia, anular los entornos sociales e históricos, destituir el conflicto y la voluntad.

El coaching remite a las lógicas mercantiles avanzando sobre todas las esferas del quehacer humano; colonizando lo público, flexibilizando y precarizando el trabajo y la vida; reemplazando la enseñanza por el adiestramiento, la organización colectiva por la figura del empresario/a de sí mismo/a, la experimentación por el «entretenimiento», a «filósofos y poetas» por «terapeutas y entrenadores»; en síntesis: sustituyendo la cultura por una pseudocultura, la sociedad civil por un conjunto de mónadas, la política por la gestión de lo establecido. Con la intervención de

la tecnología direccionada por el coaching, se configuraría un capitalismo de «algoritmos», una sociedad de «memes», un mundo donde el único sentido pasa por el consumo individual y, por lo tanto, por lo insustancial y efímero. Un mundo donde se hace difícil construir sentidos existencialmente significativos. Sin lugar a dudas, el coaching forma parte de lo que Mark Fisher llamaba el «realismo capitalista».

Si bien la autora nos propone una visión general sobre el coaching, se centra especialmente en su creciente influencia en los ámbitos educativos. Si, como decía Antonio Gramsci, toda hegemonía conlleva una pedagogía, la presencia del coaching en la educación puede verse como expresión de un proyecto que busca ampliar al máximo la hegemonía del capital, sellando toda posible fisura de su dominio, clausurando todo conato contrahegemónico. En este sentido emerge la dimensión más prístina del coaching: un conjunto de prácticas y subjetividades que colonizan las conciencias, que moldean la percepción del mundo y de la vida en clave de competencia o redención personal, que encadenan el deseo y que logran la sobreadaptación de las personas a unos entornos inhumanos que, indirectamente, terminan naturalizados y legitimados.

De este modo, el coaching se nos presenta como una cima de la perversión, dado que pretende ocultar un fracaso sistémico haciéndolo pasar por un fracaso personal y porque busca conjurar un orden general absurdo con recetas de autoayuda y prescripciones similares, bloqueando sistemáticamente cualquier iniciativa que apunte a la transformación radical de ese orden y a la producción de órdenes alternativos.

Pero la autora no cae en la prosa de resignación. No se precipita en el fatalismo ni en el conformismo. Vislumbra alternativas. Al coaching le contrapone el pensamiento crítico y las experiencias que convocan a pensar colectiva y situadamente. Pensar *desde* y pensar *entre*. Reconstruir un nosotros/nosotras. Reconstruir un sujeto histórico dispuesto a encarar la tarea de desarraigar el metabolismo social del capital.

Las páginas de este libro ponen en evidencia la complexión de Vanessa. Estamos frente a una educadora popular, una activista

política, una agitadora cultural. Fiel a su visión, reivindica las experiencias autogestionarias y critica las experiencias verticales y autoritarias. Abreva en experiencias cuyo rasgo más distintivo es la construcción de comunidad: la fundación de una comunidad humana, la apuesta comunal por el territorio, la economía popular, el autogobierno, el poder popular. Experiencias en las que se consuma su principal propuesta: realizar el periplo desalienante del *yo* al *nosotros*. Muchas de las experiencias que le sirven de referencia se vienen desarrollando en Nuestra América.

Se puede decir, entonces, que la autora representa a una franja «herética» en el marco de la cultura política española y europea, entre otras cosas, porque propone una renovación política y cultural del viejo continente a partir del desarrollo de la capacidad de abrevar en los experimentos emancipatorios del mundo periférico y de extraer de ellos insumos para fijar algunas coordenadas de lo que sería un modelo de «vida buena», un modelo que le haría muy bien a una buena parte de los europeos y las europeas, por no decir a casi todos y todas. Nos referimos especialmente a un conjunto de experiencias populares desarrolladas en Nuestra América que Vanessa conoce en versión directa, porque las lleva en la piel y en la retina, porque las ha «vivenciado», desde México a la Argentina. ¿Estaremos frente a la expresión de una nueva sensibilidad política europea, capaz de decodificar y de nutrirse del potencial emancipatorio de un conjunto de experiencias del mundo periférico? ¿Estaremos frente a los prolegómenos de la reconfiguración de un nuevo universal emancipatorio a partir del diálogo entre los particulares resistentes, desobedientes y dignos de todo el mundo?

Con un estilo depurado, sencillo y directo; con apelación a diversos registros, incluyendo uno testimonial y autobiográfico; con pasajes dominados por potentes metáforas; con afirmaciones que constituyen verdaderos «cross» a la mandíbula; lejos de atenerse al estricto arte de las ciencias sociales, la autora combina «espontáneamente» técnicas predominantemente históricas con otras teóricas. Busca rastrear sentidos pretéritos de un conjunto de experiencias «desde abajo», «horizontales», los sentidos diversos, pero también propone uno específico. La obra no

oculta sus momentos de «incitación». Estos son bien explícitos y van amojonando equilibradamente toda la obra, del principio al final. Asimismo, se combinan las técnicas diacrónicas con las sincrónicas. El tema y los objetivos propuestos se muestran afines al desarrollo teórico.

La obra de Vanessa Pérez Gordillo posee una doble orientación: por su estructura y sus características, por su sentido didáctico, resulta un material fundamental para quienes se identifican con una cultura de izquierda, o, más en general, para quienes rechazan y resisten el mundo monolítico y alienante del capital; pero también es un material imprescindible para los maestros, profesores, investigadores y estudiantes que no quieren ser triturados por los engranajes de una maquinaria que los condena a ser autómatas insensibles y esclavos en un mundo donde están vedados el pensamiento, el sentimiento, la pasión y la emoción, donde sólo hay lugar para el rendimiento, que, sin duda, es una de las formas más tristes de la rendición.

Miguel Mazzeo
Lanús Oeste (Buenos Aires, Argentina), 8 de septiembre de 2019

LA DICTADURA DEL COACHING

Preámbulo

Estaba escribiendo la primera parte de este libro cuando Enrique Galindo me etiquetó en un mensaje de Facebook que decía: «Un equipo de *coaching* preparará a los 2.000 alumnos que harán las pruebas PISA». Acababa de comer y le contesté: «Puuuffff. Acabo de tener un corte de digestión». Leí aquella nota con atención, pues merecía preocuparnos. Entre aquellas palabras rescaté un párrafo que adivinaba cuáles iban a ser los movimientos futuros: «Lo realmente bueno sería trabajar con ellos desde primero de la ESO, pero tendrá efecto». Tendrá efecto preparar al alumnado a pesar de no haber empezado a trabajar con ellos antes incluso de enseñarles a resolver derivadas, de que conozcan la pintura de Rubens o de que hayan leído a Platón. Así se expresaba el investigador en la nota: *lo realmente bueno sería… pero tendrá efecto.* Claro que tendrá efecto, pensé, un efecto devastador. Debo decir que sentí pavor ante *lo realmente bueno*, una especie de miedo ancestral recorrió mi cuerpo y cuando Enrique me contestó «lo de tu libro empieza a ser urgente» me propuse acelerar el proceso.

Cómo el coaching ha permeado en el campo educativo no es fácil de explicar. Durante siglos, una serie de factores han generado las condiciones para paralizar el ciclo de observación, de orientación, de decisión y de acción del ser humano sin necesidad de destruirlo. Richard Szafranski lo llama la «guerra neocortical», un paso más allá de la guerra psíquica, cuyo objetivo es la conciencia y la memoria. Las mentes y los corazones han sido labrados con la mejor de las tecnologías. El individualismo, que es la fórmula magistral que surge de experimentar con el anciano «divide y vencerás», y que expresamos como el *Yo*, desnutrió el carácter emancipador que podía cuestionar el asunto. La Humanidad, ese nosotros al que pertenecemos, tiende a la justicia, pero también se

puede neutralizar y pervertir. Imagino que fue una ardua tarea encontrar el freno de esa tendencia. Sin duda, la traición tuvo y tiene un papel principal. Traicionamos el nosotros y somos parte de la tendencia hacia el Yo. La acelerada deshumanización que siembra el mundo se protege con los más feroces agrotóxicos del mercado. Igual que el cultivo del llamado «oro verde», la soja, la deshumanización resulta de lo más lucrativa a los intereses del mercado, a los objetivos del capital, permitiendo la refundación del orden de las cosas, pervirtiendo el concepto y la naturaleza de la Humanidad.

El libro que tienes en tus manos empieza por lo que a mi juicio es el sofrito de este plato que se sirve en bandeja llamado coaching. El coaching, como el arroz –¡que nos perdone el arroz!–, puede cocinarse de cientos de maneras. Hay quienes denuncian que no todo es coaching y que la autoayuda y otras disciplinas han metido las narices en su cocina. En este libro no trataremos esa discusión, pues no defendemos ni lo uno, ni lo otro, ni un híbrido de ambos. Lo que sí haremos será tratar el tema *como si* fuera un Encuentro Internacional de Coaching donde todos los platos están invitados. Entre miles de rostros y voces *coachingianas* y *coacheeanas*[1] mostraremos cómo ante los ojos del mundo, y con el beneplácito del modelo, se ha impuesto la *dictadura del coaching*. ¿Qué es la dictadura del coaching? Una práctica donde la educación y el conocimiento pierden la posibilidad de hacernos mejores, para ofrecernos un coctel de soluciones donde elegir lo que más nos convenga en cada momento. Sospechamos que elegir lo que supuestamente más conviene en cada momento no ayuda a construir un mundo habitable, sino el mundo hostil perfectamente aseado donde la Humanidad vive cada vez más en la diáspora del Yo. Queremos desgranar con el paladar público los ingredientes que han posibilitado este menú, y queremos identificar la lógica y tendencia de su *modus operandi*. ¿Qué hace que sea posible que la industria del coaching mueva miles de millones de dólares anuales en el mundo? En algunos momen-

[1] Incorporamos estas dos palabras adjetivadas que se refieren al coach (coachingianas) y al cliente (coacheeanas).

tos, dada la invasión del plato en la oferta gastronómica, podría parecer que nos alejamos, pero será por una causa justa: descubrir por qué a pesar de su buena prensa, de su solución todopoderosa, este ejercicio sanador y salvador no nos nutre e, igual que los alimentos procesados, elaborados en cadena, o cultivados a base de agrotóxicos, nos aboca al cáncer de la angustia, a una *congoja histórica* que se manifiesta más pronto que tarde en la insoportable sensación de vacío del «pese a todo, nada es suficiente». Una sensación que el asesoramiento psicológico quiere difuminar y superar, y que el coaching, esa ideología de consumo posmoderno, utiliza como cama elástica propulsora hacia la motivación y la transformación personal y profesional.

Aquel lunes, cuando el arroz con frijoles se me indigestó, pensé que la vida estaba más cerca de convertirse en ese *mundo feliz* que dibujó Huxley, y que muchas generaciones descubrimos en el instituto gracias a la lectura obligatoria. El análisis que habían hecho mis colegas en su libro *Escuela o barbarie* se repetía en mi cabeza: «La aspiración a alcanzar verdades objetivas resulta incómoda y puede afectar negativamente al pensamiento positivo de los "esclavos felices"»[2]. Esa esclavitud consentida que no aspira a la verdad tiene un efecto desmovilizador, pues la sabiduría va de la mano de la emancipación. Hay un esfuerzo capital por hacernos creer que es ridículo confiar en la naturaleza humana, en esa capacidad reflexiva y crítica que nos permite construir juntos un mundo más justo. La servidumbre cultural, lo decimos con Marina Garcés, lo sabe todo y no puede nada[3]. El esclavo feliz es el abono que destruye el mundo común, tan verdadero y real como frágil. Ese mundo, que se impone por sí mismo, es *el mundo habitable y feliz de antes del Diluvio y de Caín, del Trabajo y los días, de la lucha de clases*...[4]. Un mundo que hemos olvidado y

[2] C. Fernández Liria, O. García Fernández y E. Galindo Ferrández, *Escuela o barbarie. Entre el neoliberalismo salvaje y el delirio de la izquierda*, Madrid, Akal, 2017, p. 221.

[3] M. Garcés, *Nueva ilustración radical*, Barcelona, Anagrama, 2018.

[4] S. Alba Rico, «Gabrielillo en el cuarto de juegos», *CTXT*, 13 de marzo de 2018 [disponible en https://ctxt.es/es/20180307/Firmas/18345/Gabriel-infancia-niños-humanidad-maldad.htm].

que nada tiene que ver con el *mundo feliz*, donde gobiernan las clasificaciones, vigila la «ciencia de la felicidad» y se encarcela el sentimiento. La tierra, es cierto, se seca por el fuego de los venenos que vierten sobre ella; regarla con el agua de la fuente del olvido es arriesgarnos a olvidar un milagro llamado Humanidad. Un milagro que creemos es el antídoto contra esa técnica personalista e individualizadora que representa el coaching y que viene a suplantar la herencia ilustrada de la vida digna. En aras de recordar ese milagro –aun a pesar de la ventaja que nos lleva ese mundo tenebroso construido desde el olvido, y que va succionándonos hacia un agujero negro–, nace este texto. Un alegato a favor de la vida, anterior y salvaje, real y verdadera, ante la cual –por su fragilidad– todo ser humano se conoce a sí mismo en el ágora, en el encuentro con los otros, en la práctica socrática que nos enseña a relacionarnos con el saber, sin necesidad de coaching ni terapias. Sin necesidad de Yo. Creemos que se trata de confiar en nosotros, en la capacidad que tenemos para afrontar la tarea de hacernos mejores. *La dictadura del coaching* también pretende contribuir a devolver a las disciplinas amenazadas por la dictadura del coaching el lugar que les corresponde. Las humanidades, como herramientas para la construcción de sociedades éticas, colectivas y comunitarias, siguen conteniendo las claves del *buen vivir*[5] que estas terapias están usurpando para imponer la felicidad o la buena vida, lo cual no es lo mismo, aunque pueda parecerlo.

Con el fin de poner una semilla a la necesaria feminización que requiere el lenguaje de una cultura patriarcal, utilizaré unas veces el femenino y otras el masculino, e incluso intercalaré una y otro, otra y uno. La palabra *hombre*, utilizada puntualmente, la uso en sentido genérico y, en su lugar, empleo la palabra *humanidad*. Estoy segura de que con el tiempo encontraremos la manera de hacerlo mejor, por ahora espero no incomodar por ello. También pido disculpas por los momentos en los que el texto

[5] Buen vivir: *eudaimonía* aristotélica, *sumak kawsay* quechua, *tekó porã* guaraní, *suma qamaña* aimara... Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, Madrid, Alianza, introducción de José Luis Calvo, 2001, p. 15.

pudiera parecer perderse a riesgo de perder al lector, a la lectora; en ese caso aconsejo seguir leyendo hasta volver a encontrar el hilo. Quizá faltaron las palabras, quizá no. La verdad, no la tuya o la mía, la nuestra, es cegadora, y cuando se manifiesta es imposible mantener la mirada sin resultar herida[6]. Con esa herida «cogí aquella idea al vuelo y eché mano de las primeras palabras que se me ocurrieron para fijarla, temeroso de que se me volara otra vez»[7].

Gracias a Enrique Galindo por confiar, y ayudarme a concretar una idea: mi deuda es infinita.

Gracias a Olga García por animarme a tomar partido desde la primera línea, eres un torrente de valentía.

Gracias a Marcos Roitman por su extraordinaria sensibilidad, por elegir momentos y modos, por ser un maestro; respeto y conocimiento le representan.

Gracias a Raúl, compañero de viaje, lector atento y perspicaz, quien siempre estuvo en los momentos en que la pluma se quedó sin tinta, el pulmón sin aire, para que el corazón no dejara de latir. De algún modo, es coautor de este libro.

Y gracias a los que rieron conmigo a través de los tiempos, todos, todas somos pasajeras de un sueño llamado Humanidad. A nuestro modo, vamos encontrando las formas de situarnos en el horizonte, de pensar en nosotros.

[6] Leyenda de Sémele y Zeus.

[7] F. Nietzsche, *La gaya ciencia*, Madrid, Alba Libros, 1997, pp. 188-189; aforismo 298, «Suspiros» (cursiva nuestra).

Introducción

El *vacío* sobre el que se erige la cultura se ha agrietado, un eco recorre Occidente suplicando soluciones. La *sociedad del espectáculo*[1] es teledirigida por el tecnocapitalismo. El Estado-TV se ha visto alterado por el Estado-internet. La pantalla interactiva sustituye a la parrilla fija de ayer. Todo, como en el supermercado, está a nuestro alcance con un clic. El mundo entero cabe en un ratón. El conocimiento, las ciencias y las artes flotan en el ciberespacio del autoconsumo. La alienación se ha viralizado, corre por el torrente sanguíneo sin encontrar resistencias. La cumbre del «paradigma individualista»[2] causa el desenraizamiento de las palabras y las cosas, y es responsable de la industria del *show business* y la *happycracia*[3], dando lugar a una realidad cíclica (sin salida), donde las ganancias obtenidas en el tiempo de trabajo se gastan en el *tiempo de ocio*. Realidades esencialmente violentas, y superficialmente habitables, que sustituyen *vivir* por pasar el rato, controlan el malestar y ocultan la miseria con el placebo de la felicidad.

En una realidad interconectada, de progreso infinito, el *êthos* homérico[4] se diluye en la globalización donde la sociedad civil, el espacio público, es decir, el nosotros, desaparece. La aparición del individuo como átomo irreductible será el punto de partida

---

[1] G. Debord, *La sociedad del espectáculo*, Valencia, Pre-Textos, 2007.

[2] G. Lipovetsky y S. Charles, *Los tiempos hipermodernos*, Barcelona, Anagrama, 2006.

[3] E. Cabanas y E. Illouz, *Happycracia, cómo la ciencia y la industria de la felicidad controlan nuestras vidas*, Barcelona, Paidós, 2019.

[4] Una ética fruto de lo colectivo que conforma la estructura individual. Véase E. Lledó, *Memoria de la ética: una reflexión sobre los orígenes de la teoría moral en Aristóteles*, Madrid, Taurus, 1994, cap. 2.

y llegada, enriqueciéndose y agotándose todo en él, en la esfera del yo. Una inversión copernicana que anuncia tiempos de autorreferencialidad que persiguen la *transformación de sí*. Pero, entre las fibras ópticas, la nostalgia originaria de la colectividad ralentiza el sistema. Se sabe que alrededor de un 20 por 100 de internautas concurre al espectáculo del yo con fines políticos. Un porcentaje que intranquiliza a los pensadores del *establishment* que trabajan en el Plan B temerosos de que se caiga el Plan A, pues saben que la vida siempre encuentra la forma de manifestarse. Cuando ya parecía haber fracasado la Humanidad, la voz de la marxiana «transformación del mundo» se vuelve meme[5].

El plan radica en narcotizarnos con el aroma del logro y adentrarnos en la senda del cuidado propio, privado y personal. Quieren que olvidemos que necesitamos cuidarnos mutuamente, pero la voz de ese 20 por 100 nos recuerda que somos iguales, iguales y frágiles. El agrietamiento se acentúa para traer a la presencia la verdad: aunque bajemos la mirada y traguemos saliva para seguir adelante, algo ha quedado transformado para siempre, como cuando se arruga un papel, como cuando se quema un monte, como cuando se privatiza la educación. La guerra (en todas sus formas) es contraria a la vida. Ese eco que suplica soluciones es el *nosotros* al borde de la extinción. Un *nosotros* que no quiere las soluciones de una progenie artificial que viene a suplantarnos. Un *nosotros* que es un tejido que reclama un hilo emancipador y que está dispuesto a resistir a esta automodernidad fibrosa.

Llamamos automodernidad a una posmodernidad que profundiza sobre sí, que no avanza ni progresa, sino que salta hacia arriba para, al caer, acabar más dentro. Una posmodernidad donde el formidable peso del Yo aplasta todo lo demás, enterrando el *nosotros*. Una posmodernidad que no reflexiona, sino que autorreflexiona, que no necesita elementos de afuera más que para erguirse sobre ellos, autoadmirarse y autoordenarse. Pura auto-

[5] Neologismo acuñado por Richard Dawkins en *El gen egoísta* (1976). Es la unidad teórica de información cultural trasmisible de un individuo a otro, de una generación a otra.

rreferencialidad. Una posmodernidad donde impera el relativismo moral, que absorbe lo «humano, demasiado humano»[6] para devolvérnoslo en forma de escupitajo. Una posmodernidad que se autosucciona y que autoclasifica desde la más tierna infancia.

> Un objetivo del educador infantil es conseguir que los niños se autoclasifiquen bien, ya que ello es condición importante para su salud psicológica. [...] Los problemas en la identidad sexual son serios y producen mucho malestar a quien los vive[7].

Algo está sucediendo en las calles, en los espejos, en las carnicerías, en las tijeras, en los convenios... Somos testigos de una transición invisible que está cambiando la televisión, las escuelas, las oficinas, los autobuses, las relaciones, la humanidad. La automodernidad aprieta la posmodernidad, la tensiona en el presente urgido, la encierra en su percepción, la irrita con su declaración de diversidad y pluralidad. La automodernidad acosa a la posmodernidad del «nada es totalmente malo ni totalmente bueno», sustituyendo los viejos sueños por efímeras pasiones e inseguridades. El siglo XXI declara la sustitución del papel central del conocimiento por otras habilidades y competencias. Ni contenidos memorizados, ni memoria: ¿para qué la memoria en tiempos de olvido? La cultura de la superficialidad se entrena en la flexibilidad y la incertidumbre. En esa modernidad «pos», los ideales humanistas quedan cuestionados por el *para qué*. En esta modernidad «auto», los intangibles humanistas son torturados por los económetras, desahuciados por su falta de rentabilidad, abrasados por la dictadura del coaching. Una dictadura que no necesita vigilantes que vigilen, más eficaz que el panóptico de Bentham. Una dictadura perfecta, que consigue que cada cual se autovigile. La rentabilidad para el sistema no puede ser mayor, pasamos

---

[6] Lo más humano, decía Nietzsche, es ahorrarle la vergüenza a alguien. Lo que complementamos con empatizar con las alegrías y los dolores ajenos.

[7] Centro de Enseñanza Online McGraw-Hill, «Servicios al educador». Texto acerca del desarrollo sexual desde el nacimiento hasta los seis años de edad.

de ser explotados a autoexplotarnos. ¡Millones de vigilantes a la calle! ¡Millones de puestos de trabajo menos! Los márgenes de la vida digna se reajustan para advertirnos de que hay una palabra que sobra: dignidad.

Occidente, esa parte del mundo cuya voluntad política es blanca, burguesa y patriarcal, además de ser literalmente una fábrica de municiones[8], es la prueba fidedigna de que no sólo matan las balas, de que la cultura y las palabras también lo hacen. Por eso, los opresores, esos poderes fácticos que gobiernan el mundo, acaparan desde la televisión hasta los planes de estudio de las escuelas, sin olvidar, ¡cómo iban a olvidarlo!, el campo financiero. El enriquecimiento de unos pocos quiere arruinar la humanidad hasta el punto de que olvidemos quiénes somos. La pregunta «¿quién es el hombre?» pasó de querer ser aniquilada a usarla en su propio beneficio. No nos matan, nos controlan, pues nos necesitan para llevar a cabo sus planes. Nos quieren, pero idiotas. Lo dijo Antonio Gramsci: «Tomen la educación y la cultura, y el resto se dará por añadidura». Cuando el sistema hoy hegemónico toma la educación y la cultura, construye un ser humano que normaliza la cosificación y el sometimiento. Un sujeto acrítico, que consiente la dominación y la ejerce en su cotidianidad sin reparar en ello. Las revoluciones emancipadoras también basan su éxito en la educación, en la enorme tarea que tiene el ser humano de hacer consigo algo mejor, en la apuesta de construir juntos un mundo más justo, donde merezca la pena vivir. La Segunda República española creó en sólo dos años 13.500 escuelas, frente a las 11.000 creadas en los anteriores treinta años de monarquía. Educación *versus* alienación. Humanidad *versus* barbarie. Un pueblo educado que afronta el reto socrático de conocerse a sí mismo, que asume la valentía ilustrada de atreverse a saber, siempre *abrirá las grandes alamedas por donde pase el hombre libre*[9]. Ese pueblo luchará contra la opresión, aunque a

[8] Véase el documental *Los hilos del tablero*, del Colectivo Miradas (J. Gayà, dir.; España, 2018, 54 min.).

[9] Guiño a las históricas y últimas palabras del presidente Allende a su pueblo antes del bombardeo del Palacio de La Moneda.

veces se confunda. Y por sus visos de humanidad ese pueblo, lo escribe la historia, será intervenido.

En la actualidad, cada vez que se eleva la voz con palabras verdaderas, palabras que hablan de cosas, que señalan la injusticia, que huelen a gente, a soberanía, las prohíben, las borran y las encarcelan. Libros, canciones, películas, documentales, personas son acorraladas diariamente, criminalizadas, multadas, detenidas y muchas veces asesinadas. Y aunque el eco de las voces que exigen soluciones logre viralizarse y llegue a generar opinión, no hay curiosidad que gane la batalla contra el miedo en un escenario donde hay cosas que perder. Por eso los acumuladores mantienen unos mínimos, para evitar el estallido. El mundo de las palabras, liberado del mundo de las cosas, pierde el sentido. Las cosas son los fierros que nos encadenan. Estudio, trabajo, coche, chalé, boda, familia. Somos autómatas perfectas, autoclausuradores de las propuestas alternativas al modelo que tiene la sartén por el mango. Este sólo tiene que mantenernos en ese estado, y vigilar a ese 20 por 100 desobediente, a esos antisistema insurrectos que han decidido no autovigilarse, que han decidido sospechar ¿Os imagináis si fuéramos todos y juntos? ¿Qué pasaría si no consiguieran segmentarnos? No podrían bombardear el mundo, no tendrían ejércitos que avalasen sus maléficos planes de apropiarse de todo, y ese 20 por 100 se multiplicaría. Actualmente hay un 80 por 100 de fieles vividores del *aquí* y *ahora*, fieles discípulos del *secreto*, de un presente que desdibuja el pasado y lo vacía, y de un futuro con el que no se tienen más responsabilidades que pagar la deuda y concentrarnos lo suficiente para poder ser millonarios. Devolver las palabras a las cosas podría generar un desplazamiento, si se quiere tectónico, y despertar algún que otro fantasma que remueva otras opiniones, que recupere otros sentidos comunes, que le diga a Occidente que ya está bien de tanta barbaridad. El 15M remeciendo las plazas, el nuevo color del municipalismo, el 1 de octubre catalán defendiendo el derecho a decidir, el 8M empapándonos de feminismo, los procesos latinoamericanos clamando descolonización, los campesinos del mundo entero luchando por el derecho de los pueblos a la semilla... son expresiones que

reclaman la conexión con las cosas, que nos recuerdan ese cordón umbilical que apunta más allá del *Yo*. Si las palabras, de la mano con las cosas, llegan a las plazas, a la antigua ágora griega donde se hacían y deshacían las reglas del juego, el control hegemónico peligrará. Porque si esas palabras llegan a las calles, a los espejos, a las carnicerías, a las tijeras, a los convenios, al 99 por 100, entonces ni mil caballos a todo galope lograrían pararlas. Por eso la necesidad de tomar posición en las televisiones, las escuelas, los mercados, y construir otras narrativas, narrativas contrahegemónicas que nos hagan preguntarnos: ¿cómo podríamos gobernarnos de otra manera?

Para evitar lo posible, porque sí es posible recordar ese mundo ancestral y *humano, demasiado humano*, donde las palabras no son huecas, se proclama una posmodernidad que valora la forma por encima del contenido, que renuncia a la verdad, que desconfía de la realidad y apuesta por la gran transformación del gusano en mariposa. Una posmodernidad de imposibles. En nuestro interior se esconde un diamante de extraordinarias dimensiones: ¡tenemos que pulirlo! para brillar en este mundo injusto y desigual. De pronto, el autoconocimiento puede hacer de nosotras lo que el gran padre espera. Parimos la automodernidad, una modernidad hecha por y para el *Yo*, donde se penalizará el recuerdo y la resistencia. Pero no sólo, también se penalizará brutalmente el fracaso y el empobrecimiento. El ser no será más el ser, sino lo que come, lo que hace, lo que consume, lo que le rodea... En el reino del «somos lo que comemos», nos devora la búsqueda mística de un «quiénes somos» que nos salva por inofensivos, que nos quiere con pocas luces.

Mientras, el pensamiento único produce palabras –vacías o con significados difusos que no remiten a las cosas–, contagia la opinión y secuestra la realidad. Con el grito de la humanidad atravesando el mar en patera, la desestabilización económica de los países que quieren gobernar de otra manera, y el robo de la legitimidad, esta sociedad del bienestar que devino financiera asegura no perder el control al imponer un tipo de relación que impide que otras mejoren. Mientras la atención de la resistencia se dispersa en decenas de frentes abiertos, el pensamiento único

reduce las diferencias, blanquea la historia, produce una adictiva necesidad que llama «consumo» y asegura su lugar protagonista.

La cosa fue cociéndose poco a poco, al fuego de un plan cuasiperfecto. ¿Quién iba a sospechar de una Vilma que progresaba en la Edad de Piedra y tenía un pelícano como lavadora, o un mamut como aspirador? ¿Qué daño podía hacer al inocente espectador un Pedro que, a la vuelta del trabajo, bailaba con su mujercita la música que hacía sonar el pico de un pájaro? ¿Qué riesgo podía adivinarse en conducir un coche con los pies hasta el supermercado? ¿Quién se atrevería a explicar lo que se escondía detrás de la vida del pato Donald? ¿Quién iba a sospechar de un periódico que nació tras la muerte de Franco y defendió la democracia el 23F antes de que el discurso del rey fuera escuchado? ¿Cómo podíamos atisbar que *El alquimista*, de Paulo Coelho, iba a ser el inicio del manual de autoayuda? ¿Cómo prever que la inteligencia emocional recorrería desde despachos docentes, hasta las aulas de los hospitales como alimento motivador? Imposible adivinar cómo el coaching se impondría en la empresa y la escuela para mejorar el rendimiento.

Es urgente reflexionar. ¿Qué está pasando? ¿Por qué queremos un coach en nuestra vida? ¿De qué manera la cultura hegemónica, de la mano de las terapias, se ha apropiado de la herencia socrática primero, e ilustrada después, para cambiar su contenido y su dirección en el curso de la historia? ¿A favor de qué modelo de sociedad trabajan? ¿Por qué son tan codiciadas, tan adictivas? ¿Cómo han conseguido permear en tantos y tan diversos ámbitos? Coaching ejecutivo, empresarial, personal, familiar, infantil-adolescente, nutricional, deportivo, espiritual... No se puede seguir apartando la mirada, cada día son más los estantes de libros de autoayuda en las librerías que restan espacio a otras disciplinas. Cuáles son las disciplinas amenazadas nos proporciona las claves para identificar lo que está en juego.

Recuerdo que a principios de siglo ya se decía eso de que en un futuro inmediato todos necesitaremos un psicólogo o un terapeuta, porque el resultado más probable, según el ritmo de vida, era el déficit de atención, la depresión o el cáncer. Lo que no escuché, y tardé en encontrar, fue la causa. Los tiempos que corren

son desquiciantes y vacían el ser de su contenido, convirtiéndole en «capital humano» primero y en «empresa de sí» después. Si fracasa es resultado de una vida mal administrada. Nada tiene que ver la sociedad de libre mercado regida por la competencia, donde se forja un tipo de subjetividad que arranca de cuajo la humanidad para imponer el riesgo.

> El sujeto neoliberal debe aprender a vivir peligrosamente, debe conocer el temor de quien arriesga, hasta el punto de ponerse paranoico para sobrevivir, aunque el resultado más probable sea la depresión... Esa dialéctica perversa, sumada a los intereses de las compañías farmacéuticas, aliadas a una neuropsiquiatría que reduce problemas anímicos a desajustes químicos, favoreció la proliferación de los trastornos psicológicos de las últimas décadas[10].

La depresión es propia de la era neoliberal, producto de una existencia precaria donde se impone, entre otras cosas, la culpa de los sujetos por ser lo que son, por tener lo que tienen. Es consecuencia de la deshumanización, de la desestabilización de los sentimientos, convertidos en afectos, en emociones repentinas y pasajeras. Ya entonces, se preveía que en poco tiempo las consultas psicológicas o terapéuticas constituirían un nuevo mercado. Hoy es un hecho. La búsqueda interior es un gran mercado tanto para la farmacia como para los herbolarios, tanto para los psicólogos como para los terapeutas de distintas ramas. Detrás de recuperar las ganas de vivir, de conseguir estar a la altura de las circunstancias, no hay solución verdadera, sino un parche paliativo. El sistema apunta a mantener las cosas como están maquillándolas. Una dosis de autoestima por aquí, acceso a un *smartphone* por allá, un curso de inteligencia emocional, un viaje con tus compañeros de trabajo... Nada resolverá la inseguridad del trabajador (convertido en empresario de sí) ante un sistema

[10] M. Saidel, «La fábrica de la subjetividad neoliberal: del empresario de sí al hombre endeudado», *Pléyade. Revista de humanidades y ciencias sociales* 17 (enero-junio de 2016), pp. 131-154 [disponible en http://www.revistapleyade.cl/wp-content/uploads/7.-Matias-Saidel_17.pdf].

depredador. Ni siquiera esas nuevas formas de gestión de la fuerza laboral que alegan horizontalidad, como la gestión por resultados, la evaluación continua, la realización personal a través del trabajo y bla bla bla. El *marketing* y la publicidad hacen el resto, siempre saben poner el toque *vintage* que satisfaga la nostalgia de que los tiempos pasados siempre fueron mejores. Cuidado con la estética del *mindfulness* color pastel, nos quitan la conciencia y la denominan «plena». Ya pasó con el pato Donald y con los Picapiedra, que tuvieron una función fundamental en todo este lío histórico. Pasó con el periódico progre *El País*, y supuso una herida aún abierta. Pasó con los *reality shows*, telerrealidades como «Lo que necesitas es amor», «Gran Hermano», y otros que se metieron y siguen metidos en nuestros hogares para anular la conciencia.

Después de las crueles dictaduras, nuestras sociedades se renovaban a la luz de la palabra «bienestar» sin juzgar a los torturadores y los asesinos. Enmudecimos ante la posibilidad de meter las narices en el saco de la clase media, nos tapamos la boca por el módico precio de tener acceso a todos los extras: lavadora, televisión a color, frigorífico, horno, sofás, coche... Y cada año más: batidora, secadora, microondas, freidora, vitrocerámica, cabina de ducha con masaje, móvil, tableta... Sin conquistar la ciudadanía, pasamos de ser dictados a consumidores, y continuamos siendo esclavizados. Con las cibernéticas rejas de la tecnología, alcanzar la libertad revive la utopía. Y la soberanía es el cromo repetido de intercambio entre coronas, multinacionales y banqueros. Todos, sin excepción, se disputan la carne de la humanidad. Caímos en el montaje que nos encarcelaría: acceder a sus aparatos. Aparatos que esclavizan al otro lado del mundo, pero ¿quién lo sabe?, ¿a quién le importa? Aparatos que esclavizan en este mundo, pero ¿quién lo siente?, ¿quién lo cree? Nos convertimos en sociedades que leen los periódicos de quienes escriben sabiendo qué cosas tienen que decir para poder seguir diciéndolas y tener para pagar los extras. Sin pensarlo, construimos una realidad sin poros que ha contribuido al calentamiento global, físico y moral. Cual locomotora sin freno, vamos directos al abismo *(Ab-Grund)*. Y, si nos preguntan, preferimos el abismo al

origen. Ahora, para escapar de esa falta de fundamento y de la presión que siente la humanidad ante una *congoja histórica*[11], se pone en marcha otro plan. Un plan sin traje militar y de cara amable, que garantiza la sostenibilidad del sistema. Un plan que se muestra exento de balas, pero que no tiene reparo en usarlas cuando se trata de proteger sus intereses. Un plan que seduce y somete a una pasividad social tal que puede abandonarnos y estar seguro de que no haremos ninguna revolución.

Ojalá esta introducción haya despertado las ganas de saber qué tienen que ver la humanidad, la pasividad, la televisión, el 23F, los Picapiedra, el espacio cibernauta, el 15M, la autoayuda y el coaching. Eso es lo que pretendemos explicar en este libro que se divide en tres partes y un epílogo. En la primera parte hago una aproximación a la deconstrucción de la Humanidad. La lectura pasará por lo que, a mi juicio, son los elementos clave que han hecho viable la construcción del Yo. La segunda parte se centrará en los tratamientos del Yo, metodologías que tratan la insatisfacción y la infelicidad en una sociedad en crisis permanente. ¿Lograrán estas herramientas paliar la congoja? En la tercera y última parte, me atreveré a pensar el Nosotros, invitando a hacer del mundo un lugar más habitable, retomando los hilos de lo que nos hace humanos, demasiado humanos. El epílogo es un ejercicio que retoma la necesidad, en tiempos de olvido, de mantener un diálogo con las humanidades, fuentes del pensamiento crítico. El desenlace de ese diálogo imaginario con Sócrates pone título a este libro.

Este relato que discurre del Yo al Nosotros se complementa con ejemplos de la experiencia, propia y ajena. Años de vida dedicados al mundo del crecimiento personal, y años de distanciamiento y reflexión crítica, me permiten hablar con conocimiento de causas y azares. Sin rencores, y con mucho respeto hacia todas las partes, tomo partido hasta mancharme, por la honestidad, la ternura y el amor que las voces en lucha me enseñan a cada rato.

---

[11] «Congoja» en tanto un vacío que no cesa y se retuerce en su infinitud, e «histórica» porque el conjunto de culturas oprimidas se perpetúa hasta nuestros días.

PRIMERA PARTE

La construcción del Yo. Hacia la sociedad del asesoramiento

[La humanidad] se ha convertido ahora en espectáculo de sí misma. Su autoalienación ha alcanzado un grado que le permite vivir su propia destrucción como un goce estético.

Walter Benjamin, «La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica» (1936)

Llamamos «construcción del Yo» a la arquitectura individualista que, en nombre del «cuidado de sí», ha abandonado la tarea fundamental que nos corresponde como especie, a saber, la responsabilidad de pensar, entre todos y para todas, una sociedad habitable; *humana, demasiado humana*, donde ninguna inteligencia, por poderosa que sea, pueda imponerse sobre el resto de inteligencias para controlarlas. Ese Yo se concreta en una subjetividad acrítica, incapaz de cultivar una visión conjunta y colectiva, salvo cuando es *por* y *para sí* y *los suyos*. Es la subjetividad de los nuevos tiempos. Un prototipo que se acopla al ritmo, a la forma, al presupuesto de un sistema que se basa en la acumulación ilimitada de riqueza.

La construcción del Yo es también una época, una *espacio-temporalidad* circular que nos condena a que la historia se repita. Hemos olvidado y la historia se repite. Se repite porque somos herederos de generaciones que no resolvieron los nudos donde se bestializó. La permisibilidad ante la violencia no tiene parangón. Nos sentimos tan lejos del desastre que lo convertimos en una ficción, hasta que nos llega como realidad. Para entonces, ya interiorizamos esa lógica del asesoramiento que nos educa para ser emprendedores.

El Yo con Y mayúscula es una entidad que silencia al individuo, el cual, aun con sus vicios, es consciente de que sin los otros

esto es un desastre. El Yo anula la posibilidad de jugar como si fuésemos niños, para existir en una libertad de juguete, que vela la relación del tiempo libre y el tiempo de trabajo. Es un Yo egoísta por las circunstancias, donde nada tienen que ver los genes. Se autoexplota para vivir porque alberga la ilusión de lograr lo imposible. El Yo no sólo silencia, también se superpone en el individuo, utilizándolo como base material, como soporte para construirse y perfeccionarse hasta ser el todo, la ley, asesor de asesores. En la sociedad del asesoramiento, el individuo (al que nos referiremos también como «yo», con *y* minúscula) es la materia, la piedra, el diamante por pulir para convertirlo en Yo.

La sociedad del asesoramiento es resultado de la *dynamis* imperante, poderosa y sobrehumana, que supervisa nuestras vidas en todo su espectro. La línea roja se traspasó hace tiempo, no hay derecho a la intimidad ni a casi nada. Somos resultado de milenios de evolución, de siglos de colonización, de décadas de insensibilización, de años de olvido. Nuestra supervivencia requirió pagar una tasa que nos hipotecó como especie. La construcción del Yo es la involución del *Homo Sapiens*. Apenas existen Galias donde los yoes comulguen alrededor del fuego para *construir el nosotros:* un espacio, una época, una arquitectura donde la dignidad sea la brújula del sentir y hacer humano.

Sin renunciar a la posibilidad de construir el nosotros (que es de lo que trata la tercera parte), vamos a esbozar unas líneas para intentar recoger humildemente el devenir que nos varó en el Yo.

1. El Yo en el marco del siglo XXI

Quienes no se mueven, no notan sus cadenas.

Rosa Luxemburg

Somos los dioses de una cúpula de placer que nosotros mismos hemos construido.

Eric G. Wilson, *Contra la felicidad* (2008)

Tenía veinte años recién cumplidos cuando declaré la guerra a la Justicia, la Belleza y la Verdad. Puse fin a los acostumbrados paseos con Sócrates; y aquella admiración por un Nietzsche que declaraba el mundo ausente de dios, y que rompía las ataduras de las estipulaciones, se resquebrajó. En poco tiempo, el tatuaje del imperativo kantiano, que recordaba permanentemente que el obrar de uno debe poder ser máxima de una ley universal, perdía la viveza de sus colores, y en el cosmos de mi cabeza un meteorito de extraordinarias dimensiones hacía saltar por los aires todas las arbitrariedades y todos los atardeceres acumulados. Entonces me absorbió el orden establecido, malinterpreté las esencias y distorsioné las cosas. De pronto, ese caminar que nutría la sospecha de que lo que se consideraba verdadero no era más que el olvido de una mentira quedó incrustado en esa mentira. Fascinada por el relato de buscar el tesoro en el interior, puedo decir que la conquista de la felicidad sustituyó a la vida digna. Y durante poco menos de siete años viví en un sofisma que prometía ser la Academia de Platón. Sin saberlo, había debilitado el ideal ilustrado[1]; había puesto cincuenta y cinco kilogra-

[1] Para Kant, la Ilustración es el abandono por parte del ser humano de su minoría de edad. «La minoría de edad estriba en la incapacidad de

mos a trabajar en el lado de la balanza que alimenta la competitividad, el individualismo, el éxito, el capital. Como Durkheim, republicano laico y miembro de la Liga de los Derechos del Hombre, acabé inspirando la verticalidad, esa pirámide que nos ordena de acuerdo a qué y quiénes seamos, y que tiene en su vértice a Dios, al rey, a la Iglesia católica, a los estamentos financieros, las grandes fortunas y a la madre del cordero.

Dado que la felicidad no terminaba de mostrarse, decidí dejar de depender de ella. Un día, sin la certeza de este momento, pero con la sospecha desincrustada de ese orden establecido, abandoné eso que creí era la Academia de Platón. A los ojos de un mundo hipotecado, era una locura dejar un trabajo fijo y estable en el centro de Madrid, dirigido por una persona con liderazgo consolidado y excelente reputación. Para ella, que me fuera era un acto de cobardía. Recuerdo su enfado, su terrible decepción ante mi decisión, su análisis que sembraba dudas razonables, su orgullo. Me fui sin derecho a una despedida. Para mí, fue un dolor enorme que sólo conseguí afrontar cuando recordé que una vida sin examen no merece la pena ser vivida. ¿Por qué merecía la pena vivir? El anhelo de dignidad permite afrontar el vértigo de no tener nada y quedarte sin algo. Después de cortar los hilos, la marioneta cae precipitadamente al fondo de la cuestión, para cual ave fénix renacer críticamente de sus cenizas, asumiendo la autonomía, aceptando esa tarea de enorme responsabilidad: construir un mundo habitable entre todos.

Responsabilizarnos de lo que hacemos y de cómo lo hacemos forma parte de la vida, de la esencia del ser humano, de ese inexorable vínculo con la Humanidad que le hace saberse igual a pesar del reflejo en el espejo, de la cuenta bancaria, de la lengua, de la geografía... Nuestra actitud y nuestros actos tienen consecuencias, por insignificantes que parezcan, y, lo más importante,

---

servirse del propio entendimiento, sin la dirección de otro. Uno mismo es culpable de esta minoría de edad cuando la causa de ella no yace en un defecto del entendimiento, sino en la falta de decisión y ánimo para servirse con independencia de él, sin la conducción de otro. *¡Sapere aude!* ¡Ten el valor de servirte de tu propio entendimiento! He aquí la divisa de la Ilustración» (I. Kant, *¿Qué es la Ilustración?*, Madrid, Alianza, 2013, p. 87).

siempre educan. Esta pequeña verdad de formidable peso ético la ha secuestrado el mundo de la autoayuda, por eso nos encandila. El coaching, esa práctica moderna de poner la *mayéutica*[2] al servicio del mercado, se hace eco del conocido «efecto mariposa» para seducirnos y anestesiarnos. Mucho antes que la teoría del caos, los filósofos de la naturaleza advierten este fenómeno. La acción individual tiene consecuencias en el conjunto. Sin embargo, ¿es legítimo extender esta verdad al hecho de que la felicidad depende al ciento por ciento de uno mismo? ¿Somos inmunes a los actos ajenos? Desconocemos si el aleteo de una mariposa puede provocar un tsunami al otro lado del planeta, pero lo que nadie se atreverá a discutir es que un tsunami puede acabar con el aleteo de una mariposa y todas cuantas encuentre a su paso. Todavía el ser humano no dispone de medios para detener un tsunami, sin embargo, desde hace siglos disponemos de fórmulas que cambian las circunstancias. Desde la lanza al *smartphone*, pasando por la imprenta. Diferentes contextos y nuevas textualidades. ¿Qué consecuencias tiene el conjunto sobre la acción individual? Adquirir habilidades trae consecuencias. El coach enseña a clasificar elementos, a ordenar realidades para reconstruirlas de acuerdo a nuestro beneficio, en pos de nuestra felicidad. ¿Qué conlleva esta enseñanza? ¿Qué desencadena este ínfimo aleteo coacheano en el individuo, en el orden del mundo?

De golpe y porrazo te descubres caminando por un sendero en busca del tiempo perdido. ¿Cuántos manuales salvadores llegaste a leer? ¿Cuántas noches regresabas a casa con la mosca detrás de la oreja, con el pulpo en las narices? La armadura no se desoxida y, como Alicia, sigues cayendo por la madriguera en busca de la pócima mágica que te permita atravesar la minúscula puerta que lleva al país de las maravillas. Si lo consigues, si te sacrificas lo suficiente, podrás alcanzar la felicidad, esa que es

[2] Vocablo procedente del griego μαιευτικός *(maieutikós)*, «ayudante de parto». También se conoce como método socrático, pues desde Sócrates dado que su madre era partera, mayéutica es el arte de parir la verdad. Es un método que consiste en que el alumno, a través de las preguntas que le formula el maestro, encuentre por sí mismo las respuestas.

propia de dioses. ¡Perder la Humanidad! De eso se trata, pero ¿quién lo sabe?, ¿quién lo reconoce?, ¿quién puede desobedecer?, ¿quién está dispuesto a renunciar a este falso paraíso y desnudar su condición?

El dolor se vive individualmente, y más pasada la adolescencia, donde los grupos de amistades son la catarsis perfecta. Recorrido ese periodo, no existen lugares de reunión (salvo los velatorios) donde lloremos juntas y abrazados. Quizá esa necesidad mal resuelta de contar los dolores y las penas, las tristezas y las apatías, sea lo que lleva a los canales de televisión basura a copar las listas de audiencia día tras día tras día, y a llenar las sillas de los cursos de coaching, inteligencia emocional, autoayuda y *mindfulness*. Válvulas de escape a todo un *tinglado* que se construye, reestructura y mantiene sobre la base de un orden incuestionable que deshumaniza, que manipula la verdad hasta hacerla ausente. Como un axioma indubitable, el tinglado es instalado como sistema operativo y, si entrevé la menor resistencia, el programa se bloquea y no te deja avanzar. La sospecha desencadena un error en el programa. *Error de la aplicación xi0001fgh0000, consulta a tu coach.* Eres un espíritu inquieto, desobediente, difícilmente alcances la felicidad. Esta sentencia consigue disuadir a algunos, pero actualizan el programa para los espíritus inquietos y revoltosos. Desbloquean algunas puertas y amplían el horizonte de percepción para los que siguen *por naturaleza deseando conocer*. Cuando sentimos el vacío, esa congoja que va de la punta de los dedos de las manos a la de los pies, en vez de explicarnos que es consecuencia del «olvido del ser»[3], de mantener en *standby* la actitud ilustrada –es decir, de la cada vez mayor distancia que nos separa del espacio ético que nos hace a todas libres, fraternas e iguales, permitiéndonos construir una vida digna–, nos diagnostican deprimidos, angustiados, infelices. En vez de explicarnos que el problema es de carácter estructural, nos dicen que es una cuestión de autoestima y de confianza, psico-

[3] Expresión de Heidegger. El ser se retira cada vez más de su manifestación, para volverse una simple objetividad para la ciencia y un fondo de reserva para el dominio técnico del mundo y la especulación.

logizando e individualizando el problema. Lo estructural lo convierten en trastorno mental, y nos dejan –como tenían predestinado– flotando en el interés del mercado, entre la importancia de tener un coach que nos asesore y una televisión que entretenga hasta a los espíritus más inquietos.

Aquella academia que sacrifiqué, con el tiempo encontró un nuevo nombre que unificaba dos palabras: Humanidades y Negocios. Una escuela que hace, parafraseo, que la expresión de tus ideas a través de la palabra sea un acto seguro, consciente y motivador; que interviene en tu comunicación no verbal; que mejora tus ventas, te acerca a tus clientes y habla con tus equipos; que ofrece «acompañamiento para el desarrollo profesional y personal de los directivos y mandos intermedios de las organizaciones»; que afirma que «el primer objetivo de cualquier proceso de cambio es concienciar a las personas de la necesidad del cambio mismo». Hoy todo esto me parece un instrumento educativo y cultural del proyecto de modernización. Pura antiilustración[4]. Por supuesto, lo separo de la cuestión emocional, pues hay lazos de amor imborrables, cuestiones afectivas de hondo alcance que traspasan los límites del razonamiento, los bordes de lo ideológico. Algo que, en cambio, no me impide denunciar esta industria de la felicidad y la prosperidad por sus actos y sus consecuencias. Invito a que nos cuestionemos si las enseñanzas del pensamiento positivo concretadas en el coaching –nueva cara del asesoramiento– son compatibles con la tarea emancipadora de la Humanidad y la construcción de la vida digna –vieja cara de las humanidades.

Si nos preguntasen en qué mundo nos gustaría vivir, todos –salvo excepciones– diremos que queremos vivir en un mundo justo donde nadie tenga hambre, donde nadie sienta frío, donde los derechos y deberes sean respetados y respeten. Sin embargo, no estamos dispuestas a afrontar el reto que va de la teoría a la praxis, de la pasividad a la acción. Nos gustaría vivir en un mun-

[4] Acción que responde al propio beneficio, individualista y consumista. Es una actitud que no tiene en cuenta al conjunto de la sociedad. Su acción no puede ser máxima de ninguna legislación universal.

do diferente, pero hemos sido impregnados con el aroma del logro y nos gusta vivir bien, o al menos intentarlo. ¿Quién quiere un cambio que implique perder privilegios?

Mundo feliz

En Europa, por primera vez después de la Segunda Guerra Mundial, la generación de los hijos vivirá peor que la generación de sus padres.

Esta es la primera generación de posguerra que se enfrenta a la perspectiva de una movilidad descendiente. Sus mayores fueron educados para esperar, de modo realista, que sus hijos apuntaran más alto que ellos y que alcanzaran metas más elevadas de las que ellos se atrevieron a buscar y que consiguieron: esperaban que la «reproducción del éxito» intergeneracional siguiera funcionando y batiendo sus propios récords con la misma facilidad con que ellos consiguieron superar los logros de sus padres. Generaciones de padres estaban acostumbrados a esperar que a sus hijos se les ofreciera un espectro de elecciones incluso más amplio del que ellos habían tenido. Y que cada una de estas elecciones fuera más atractiva que la otra. Iban a estar mejor educados, iban a subir más alto en la jerarquía del aprendizaje y de la excelencia profesional, iban a ser más ricos y a sentirse incluso más seguros. Su propio punto de llegada, o eso es lo que creían, sería el punto del que sus hijos partirían; un punto de salida a partir del cual frente a ellos se extenderían muchas más rutas, todas ellas dirigidas hacia las cumbres.

Los jóvenes de la generación que ahora está entrando, o se está preparando para entrar, en el llamado «mercado laboral» han sido bien pertrechados y adiestrados para creer que la tarea que deben cumplir en su vida es sobrepasar y dejar atrás los éxitos de sus padres. Y esta tarea (que sólo un golpe cruel del destino o alguna incompetencia propia, importante pero remediable, podría impedirles llevar a cabo) casa de pleno con sus capacidades. Por muy lejos que hayan llegado sus padres, ellos irán aún más lejos. En todo caso, han sido adoctrinados y entrenados en esta creencia. Y nada los ha

preparado para la llegada de un nuevo mundo duro, inhóspito y poco acogedor, en el que las recalificaciones van a la baja, los méritos conseguidos se devalúan y las puertas se cierran[5].

La realidad contradice la creencia en las capacidades. La selva capitalista del «sálvese quien pueda» es un espacio sin garantías que, sin embargo, campa a sus anchas. La confianza ciega en que el esfuerzo individual será recompensado y la falsa creencia de que, en un mundo de usar y tirar, *mis* hijos van a ser los elegidos ha posibilitado que miles de padres sigan creyendo en que todo irá bien, como diría Chesterton, por ese extraño amor a los juegos infantiles que hace que la mayoría no alcance la madurez[6]. La herencia de esa subjetividad que cree que por sí misma puede alcanzar la felicidad evita el estallido. Somos víctimas del sueño americano.

En la Declaración de Independencia de los Estados Unidos de América (1776) se afirma que todos los seres humanos gozan de un derecho inalienable «a la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad». Detrás de tan sugerentes palabras no se esconde sino la defensa de los derechos individuales y la propiedad privada. Un secreto que recorrerá la historia. Tiempo atrás, en el invierno de 1620, el protestantismo desembarca del *Mayflower* en tierras indígenas norteamericanas. El sociólogo Max Weber relata en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* cómo esa fe disidente de un optimismo feroz porta los elementos de una ética capitalista. El esfuerzo personal repercute directamente en el verdadero camino de la salvación y la felicidad: la acumulación de riqueza. La fe religiosa se conjuga con la veneración por el oro. Desde entonces, América es concebida como tierra de oportunidades, el lugar donde pueden hacerse realidad los sueños y alcanzarse la felicidad. Esa ideología domina el mundo.

---

[5] Z. Bauman, *Sobre la educación en un mundo líquido*, Barcelona, Paidós, 2013, p. 55.

[6] G. K. Chesterton, *El Napoleón de Notting Hill*, Barcelona, Bruguera, 1981.

La creencia según la cual podemos encontrar la felicidad por medio del esfuerzo y la adquisición de bienes ha configurado una práctica que «atormenta hasta nuestros sueños»[7] y nos consume. Si antaño el culto al trabajo era la salvia de la vida, los nuevos tiempos lo acompañan con el culto al consumo que no deja de crecer. Conseguir dinero para mejorar el estatus es el desafío. Lo explicó Lewis Henry Lapham: «No importa cuáles son sus ingresos, un número importante de americanos cree que si tuvieran el doble de lo que poseen, heredarían el estado de felicidad que se les prometió en la Declaración de la Independencia. El hombre que percibe 15.000 euros al año está convencido de que suprimiría sus penas si tuviese solamente 30.000; el hombre con un millón al año sabe que todo iría bien si tuviese dos millones. Nadie tiene nunca bastante»[8]. Se desvela el vicio: la necesidad de tener para ser. Dependientes del tener, practicamos el consumo para ser. Pero la búsqueda de la plenitud y la realización personal se ve frustrada. Gran parte de las adquisiciones satisfacen sólo temporalmente. Y aunque «la actividad de comprar concluye en decidirse por un objeto»[9], no agota la necesidad de consumo. La insaciabilidad se refleja en los cuerpos, en la angustia que genera ignorar que las cosas que están a nuestro alcance tienen un precio mayor que el que pagamos por ellas. «El dinero está hecho del trabajo y del tiempo de las personas»[10]. La libertad que sentimos al adquirirlo está atada a una obligación que nos condena: explotarnos para vivir.

Este juego tiene consecuencias en el orden de las cosas. «El principio del *self-service*, la búsqueda de emociones y placeres, el cálculo utilitario, la superficialidad de los vínculos parecen haber contaminado el conjunto del cuerpo social, sin que ni siquiera la espiritualidad se haya librado. La religión, a su vez, se adapta al consumo olvidando el ascetismo en beneficio del hedonismo y el

[7] J. Baudrillard, *La sociedad de consumo*, Madrid, Siglo XXI, 2009, p. 3.

[8] Lewis H. Lapham, *Money and Class in America*, Nueva York, OR Books, 1988-2018.

[9] J. Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*, México, La guillotina, 2010, p. 53.

[10] K. Marx, *El capital (manga)*, Barcelona, Herder, 2013, p. 23.

gusto por la fiesta [...]. Y esto es igualmente válido para la dimensión familiar, las relaciones con la ética, la política o el sindicalismo, incluso para las relaciones con la naturaleza»[11]. Nuestra salud y la del planeta se debilitan a cada rato. Miles de hediondas pirámides de Guiza son levantadas por la política de la monodosis y el *tetrabrik*. La creencia de llegar más lejos que nuestros padres nos quiebra y nos enferma. La congoja nos domina, la dicha es efímera, gobierna lo inútil. La felicidad secretamente vinculada con la propiedad privada se perfila inalcanzable, incluso para aquellos con el síndrome moderno del anticonsumo, que, como dice Jean Baudrillard, es «en el fondo *metaconsumo* y actúa como exponente cultural de clase»[12]. La propiedad privada nos desvela la gran limitación: no todos pueden ser ricos y la felicidad tendrá el tamaño de tus bolsillos.

Esa subjetividad que se explota para vivir y vive para consumir, como diría el Principito, se vuelve una persona grande y confunde y mezcla todo[13]. Esquivando el muro que denuncia que ninguna riqueza es inocente, quiere ser próspera y rica. Trabajar para tener, tener para ser. Cuando el esfuerzo y el sacrificio no son suficientes, siempre queda creer en la suerte y jugársela. El mundo suerte es una rendija por donde se cuela el Yo para invertir el fracaso y lograr la felicidad. Una subjetividad que se retira de la Humanidad y camina hacia un rincón *sin derechos* co-

---

[11] G. Lipovetsky y S. Charles, *Los tiempos hipermodernos*, cit., p. 35.

[12] J. Baudrillard, *La sociedad de consumo*, cit., p. 99.

[13] Conversación del Principito con el narrador:

—¡No, no! ¡Yo no creo nada! Te he contestado cualquier cosa. ¡Yo me ocupo de cosas serias!

Me miró estupefacto.

—¡De cosas serias!

Me veía con el martillo en la mano y los dedos negros de grasa, inclinado sobre un objeto que le parecía muy feo.

—¡Hablas como las personas grandes!

Me avergonzó un poco. Pero, despiadado, agregó:

—¡Confundes todo!... ¡Mezclas todo!

A. de Saint-Exupéry, *El Principito*, Barcelona, Salamandra, 2001 (ed. cincuenta aniversario), p. 23.

lectivos, desde el cual difícilmente pueda otear cuándo está siendo objeto de abusos. Una ceguera que, en todo caso, agudizará la congoja histórica, es decir, el intermitente de emergencia que nos avisa de que el peligro está en el manto que nos protege.

En ese tiempo en que me fascinó la autorrealización, consideraba que la búsqueda de la felicidad quedaba en las antípodas de la sociedad de consumo. Incluso llegué a pensar que el crecimiento personal me ayudaría a encontrar mi lugar en el mundo. Me apunté a un taller de fin de semana que me aconsejó una amiga. Escuché con atención y escribí, acostumbrada como estaba a tomar apuntes, todo lo que allí se dijo. Cuando J., la profesora, descubrió que quería ser escritora, me encargó un resumen del curso. Aquella redacción me abriría las puertas para trabajar con ella. Me entusiasmé con mi primer oficio como redactora. El sueldo era escaso, apenas la mitad de lo que me pagaban siendo becaria en la Biblioteca de la Facultad de Historia, pero, recién licenciada, no me quedó más remedio que entender «lo afortunada que era por recibir tantas enseñanzas». Y vaya si las recibí. De escribir cómo afectaba el PH a la salud, o sobre la actitud de los padres en el desarrollo del niño, peregriné a otras labores. Pasar la mopa, limpiar los baños, colocar las camillas, atender el teléfono, abrir la puerta. Era el entrenamiento de la etapa iniciática. Aquel orden de cosas, por algún motivo que no lograba comprender, guardaba una profunda relación con el secreto de la escritura. «Pasa la mopa con amor», «pon toda tu atención en lo que estás haciendo, no seas mecánica», me repetía J. cada día. Os aseguro que aquel suelo de mármol travertino romano recibió mis mejores caricias. Todo tenía un sentido oculto que se mostraba de modo inconsciente. Los baños representaban la sexualidad, la cocina el dinero. El orden de tus cajones, el orden de tu cabeza. Tus preferencias alimenticias hablaban de tu toxicidad o tu pureza. Si vivías lejos tenías que preguntarte por qué. Si llegabas pronto tenías ganas de trabajar, si llegabas tarde estabas desmotivada. Había pasado más de un año y seguía dando cera y puliendo cera, como diría el Sr. Miyagi en *Karate Kid.*

Pasé años repitiéndome que aquello era bueno, concentrándome lo suficiente para conseguir pulir el diamante de mi inte-

rior y vivir con plenitud el presente. Consumía aquellas ideas todos los días, prendida y prendada. Sacrificando tiempo y vida. «Conmigo nunca te faltará de nada y serás feliz.» Los ojos admiradores del entorno de J. me observaban como si fuera la elegida. Cuando concluí que la autorrealización era la versión mística de una imposición, y convenía denunciarla, fui considerada el ángel caído, la pobre que al final renunció. La voz del genio protestante susurraba: «Ahora que estaba a punto de conseguirlo, le faltó voluntad de sacrificio».

Identificamos la lógica del elegido y su práctica positiva como una de las muchas herramientas de las que se vale la ética capitalista para contener a una población que, de otra manera, denunciaría el artificio de la desigualdad y la naturalización de la violencia en que se basa la acumulación de riqueza.

Feliz mundo

Como un ladrillo, la promesa de la felicidad cae sobre nuestras cabezas. Ahora que descubrimos que el principio de igualdad en que pretende basarse la arquitectura de la automodernidad no se puede realizar, lo prudente es seguir explicando la desigualdad al modo liberal, confiando en que el aumento del crecimiento reabsorberá la pobreza. La falsa expectativa de igualdad contiene *la rebelión de las masas*. Pero en algunos sectores se alarga el estado de *shock* y lo que iba a ser una rimbaudiana temporada en el infierno ha resultado ser la vida cotidiana. La economía de liberalización del mercado o necesita mucho tiempo para establecer el paraíso que propone, o ha resultado ser –como parece– el paraíso de unos pocos.

Me contempló con ojos mansos pero penetrantes y preguntó: «Doctor Paulo, ¿usted sabe dónde vivimos nosotros? ¿Usted ya ha estado en la casa de alguno de nosotros?» Comenzó entonces a describir la geografía precaria de sus casas. La escasez de cuartos, los límites ínfimos de los espacios donde los cuerpos se codean. Habló de la falta de recursos para las más mínimas necesidades. Habló del

cansancio del cuerpo, de la imposibilidad de soñar con un mañana mejor. De la prohibición que se les imponía de ser felices. De tener esperanza. [...] «Doctor, yo nunca fui a su casa, pero le voy a decir cómo es. ¿Cuántos hijos tiene? ¿Son todos varones?» «Cinco –dije yo–, tres niñas y dos niños.» «Pues bien, doctor. Su casa debe ser una casa rodeada de jardín. Debe de tener un cuarto sólo para usted y su mujer. Otro cuarto grande para las tres niñas. Hay otro tipo de doctor que tiene un cuarto para cada hijo o hija, pero usted no es de ese tipo, no. Hay otro cuarto para los dos niños. Baño con agua caliente. Cocina. Un cuarto para la sirvienta, mucho más chico que los de los hijos y del lado de afuera de la casa. Un jardincito con césped. Usted debe de tener además un cuarto donde pone los libros, su biblioteca de estudio. Por cómo habla se ve que usted es hombre de muchas lecturas, de buena memoria.» No había nada que agregar ni que quitar: aquella era mi casa. Un mundo diferente, espacioso, confortable. «Ahora fíjese, doctor, en la diferencia. Usted llega a su casa cansado. Hasta le puede doler la cabeza con el trabajo que usted hace. Pensar, escribir, leer, hablar, el tipo de plática que usted nos acaba de dar. Todo eso cansa también. Pero una cosa es llegar a su casa, incluso cansado, y encontrar a los niños bañados, vestiditos, limpiecitos, bien comidos, sin hambre, y otra es encontrar a los niños sucios, con hambre, gritando, haciendo barullo. Y uno se tiene que despertar al otro día a las cuatro de la mañana para empezar todo de nuevo, en el dolor, en la tristeza, en la falta de esperanza. Si uno les pega a los hijos y hasta se sale de los límites no es porque uno no los ame. Es porque la dureza de la vida no deja mucho para elegir»[14].

Reconozco a ese hombre en millones de rostros que pueblan el mundo. Le veo indignado ante un mundo lleno de cosas, ante tanta búsqueda de la felicidad. Desesperanzado, encadenado como Prometeo, cuestionando a viva voz cómo se puede dibujar una sonrisa en el rostro mientras contemplas un águila devorando tu hígado. Y no es él, sino el padre ideológico del capitalismo quien

[14] P. Freire, *La pedagogía de la esperanza*, México, Siglo XXI, 2011, pp. 43-44.

afirma que «ninguna sociedad puede ser floreciente y feliz si la mayor parte de sus miembros es pobre y miserable»[15]. Algo común, pero viejo, eso de incorporar al discurso elementos críticos. Pero a este hombre no le engañan, el sistema le clasificó hace tiempo, le dijeron qué lugar tenía que ocupar y está preso en él, sin posibilidades, sin esperanza. Otros ocupan otros lugares, otras celdas, y quizá conserven esperanza ante la precariedad laboral que arrojan los tiempos del capitalismo financiero. Es la aceptación de las divisiones (excelentemente explicadas en *El lugar de los poetas*, de Luis Alegre) lo que impide que nos llevemos generalizadamente las manos a la cabeza ante los atropellos.

Alertaría Nietzsche, «son menester las más raras y felices casualidades para que las nubes se aparten de esa cima dejando brillar el sol»[16], pero, aun parcializada y clasificada la realidad, hay momentos, ¡raros y felices momentos!, en que oteamos en el horizonte aires frescos, grietas por donde colarse a hacer travesuras, fisuras que alteran hasta la paz de los sepulcros. ¿Qué importa si el hipopótamo es carne o pescado? Dentro del siempre estrecho orden, el desorden palpita, golpeando los resortes del sistema, hiriendo a sus creadores, haciendo temblar el suelo donde se apoyan los pies de los protagonistas del artificio. Hacen notar que el desorden que palpita es otro orden que, con muy buenas razones, amenaza con desterrarlos al papel de figurantes. Como afirma el antropólogo Manuel Delgado, bajo ese supuesto orden se esconde un desorden absoluto, «el capitalismo es el desorden»[17].

Este desorden se inicia con la colonización de América y los axiomas de la modernidad (individuo, eficacia técnica, mercado), avanza a toda máquina con la Revolución Industrial, y muestra una cara «amable» con el keynesianismo y el Estado de bienestar. Este desorden termina de «ordenarse» con la respuesta an-

[15] A. Smith, *La riqueza de las naciones*, Madrid, Alianza, 2011, p. 126.

[16] F. Nietzsche, *La gaya ciencia*, cit., p. 221; aforismo 339, «Vita femina».

[17] En la siguiente entrevista, «Místicas del Yo y "ciudadanización" de las luchas», concedida en septiembre de 2018 [disponible en http://voces enlucha.com/2019/09/02/manuel-delgado-ruiz/].

tagónica y brutal al *colectivismo* (socialismo, comunismo e incluso Estado del bienestar) y la *planificación*[18] que los EEUU experimentan en la dictadura de Pinochet: el neoliberalismo. En los años ochenta se extiende al calor de las políticas de Ronald Reagan y Margaret Thatcher, y se establece definitivamente y a nivel global con la caída del muro de Berlín, debilitando una Unión que se reordena en una Rusia que precipita al desastre a millones de personas mientras alumbra el país con mayor número de multimillonarios. Ese desorden que Manuel Delgado llama «capitalismo» es la desigualdad.

> El neoliberalismo es, ante todo, una teoría de prácticas político-económicas que afirma que la mejor manera de promover el bienestar del ser humano consiste en no restringir el libre desarrollo de las capacidades y de las libertades empresariales del individuo, dentro de un marco institucional caracterizado por derechos de propiedad privada, fuertes mercados libres y libertad de comercio[19].

Los gurús liberales y neoliberales auguraban un feliz mundo. Sus recetas prometían tal acumulación que la felicidad se desparramaría por el universo globalizado. Con «la teoría del derrame o del goteo», en forma de partículas, todos tendríamos nuestra porción. Algo debió de fallar en sus sesudos pronósticos, a juzgar por los meteoritos que les llovieron a unos pocos, frente al leve polvo de estrellas que acarició a las grandes mayorías. En medio de todo y nada, lo que reportaría mayores consecuencias, y lo decimos con Gilles Lipovetsky, sería la «fragilización de la personalidad»[20], un individuo desestabilizado, incapaz de alcanzar la mayoría de edad y responsabilizarse de su tarea. En consecuencia, ante la falta de atrevimiento para saber y pensar, serán otros quienes se atrevan por uno y las averías subjetivas aumentarán, para bien de las pseudoterapias y los tratamientos

---

[18] M. Á. Contreras Natera, *Crítica a la razón neoliberal*, Madrid, Akal, 2015, pp. 73-78.

[19] D. Harvey, *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid, Akal, 2007, p. 6.

[20] G. Lipovetsky y S. Charles, *Los tiempos hipermodernos*, cit., p. 87

del Yo[21]. Pero la enfermedad del siglo XXI, que afecta a todo el sistema internacional, no la puede solucionar el coaching, con sus herramientas «sencillas y cercanas». La desigualdad se derrama. Sólo en Europa, cerca de 120 millones de personas están en riesgo de pobreza y exclusión social, y, según informa Oxfam, mientras Bill Gates puede gastar un millón de dólares diarios y tardar 218 años en agotar su fortuna, en Estados Unidos hay 13 millones de niños que pasan hambre. Pero ¡qué felicidad, poder desayunar en Venecia y dormir en Vietnam!, dice el hijo pródigo de un imperialismo que se llevó por delante las buenas intenciones de la modernidad, precipitando a la muerte, la angustia y el malestar a millones de seres.

A diferencia de ese momento histórico en que la fuerza de trabajo es un arma para el trabajador, hoy la amenaza que conlleva la desigualdad se resuelve con el poder de control de los sistemas y robots de seguridad. El feliz mundo se protege de los «pobres infelices» construyendo una burbuja donde las crisis corren la suerte de ser oportunidades. Todo depende de la actitud, de las capacidades de adaptación, improvisación y creación, del compromiso...

> Los clientes, en general, definen el coaching como un antes y un después en sus vidas. Pero nunca recomendaría a todo el mundo que hiciera coaching. Yo procuro hacer coaching para que el cliente consiga sus objetivos. Para ello es necesario filtrar[22].

[21] Véase la definición en el arranque de la segunda parte del presente libro (*infra*, p. 79).

[22] E. Jurado, *Quiero darte coaching. La mejor profesión del siglo XXI*, Albacete, Uno Editorial, ³2018, p. 49.

2. La cultura del Yo

> Ningún hombre tiene derecho a una verdad que perjudica a otro.
>
> Benjamin Constant, *Des réactions politiques* (1797)

> En diciembre de 1910, o por ahí, el carácter humano cambió.
>
> Virginia Woolf, «El señor Bennett y la señora Brown» (1924)

La cultura es el conjunto de valores, costumbres, creencias y prácticas que constituyen la forma de vida de una sociedad. Conforma su sentido común y, en teoría, nos abarca a todos. «La Cultura Nos Hace»[1].

Durante mucho tiempo se intentó dominar a los pueblos por medio de la fuerza. Actualmente se hace de una manera más astuta: a través de la creación cultural. «El principal objetivo del neoliberalismo, antes incluso que un cambio económico, político o social determinado, es una auténtica revolución cultural»[2]. Asegurar el control de las instituciones responsables de la producción de los conocimientos es la prioridad para construir la sociedad del consentimiento. La difusión masiva de los contenidos culturales construye, siguiendo a Gramsci, la creación de unos u otros sentidos comunes. El sentido común cumple una fun-

[1] A. Kuper, *Cultura. La versión de los antropólogos*, Barcelona, Paidós, 2001, p. 38.

[2] R. Rodríguez López, «La psicología en el proyecto cultural neoliberal: literatura de autoayuda y gestión de subjetividades», en *id.* (ed.), *Contra-psicología. De las luchas antipsiquiátricas a la psicologización de la cultura*, Madrid, Ediciones Dado, 2016, pp. 356-357.

ción esencial en la formación de conocimiento, «es parte constituyente de la condición humana», se transforma con ella, y «expresa la moral colectiva. [...] Desprovisto de su capacidad para formular un juicio crítico de razón práctica, sólo se reconoce como opinión pública común legitimadora de una ciencia y un saber social-conformista»[3]. El *des*orden imperante, el totalitarismo de conocimientos y sus protagonistas, gastan mucho de todo para dominar los sentidos comunes y reflejarse en la voz de la opinión pública. En ese sentido, los medios de comunicación y la escuela, en su democratización, se convierten en las instituciones creadoras de cultura más codiciadas por el poder.

En 1959 Adorno y Horkheimer denominaron a la producción cultural *Halbbildung*, «pseudocultura». En un texto titulado *Teoría de la pseudocultura* explican que «la cultura tiene un doble carácter: remite a la sociedad y media entre esta y la pseudoformación». Al ser la formación cultural monopolio de los poderosos, se presta a una ideología, por lo que fomenta la involución de quienes se nutren de ella. La pseudocultura no es emancipadora, sino que sirve para rellenar un vacío en el pseudoculto que «se dedica a la conservación de sí en sí mismo». El objetivo es que el individuo acabe rechazando «cualquier tipo de actitud que conlleve enfrentamiento o contradicción con el poder legalmente constituido»[4], y no pueda desarrollar su naturaleza ética de emancipación y construcción de conductas cooperativas y sociales. De hacerlo, será sospechoso, perseguido y criminalizado.

La producción cultural sirve para alterar «los significados sociales del comportamiento colectivo»[5] y generar conformismo social. Sustituir una actitud de conciencia por una vida llena de cosas, que reporte un elevado índice de satisfacción personal, es el objetivo de una sociedad que se presta como *Escuela del Yo*. En ella, el individuo se retira de la defensa de los valores éticos, para aproximarse a la *conservación de sí en sí*. «Un renovado individua-

[3] M. Roitman, *El pensamiento sistémico*, México, Siglo XXI, 2010, pp. 79-87.

[4] *Ibid.*

[5] *Ibid.*

lismo psicológico aparece de este modo en la base de los cambios estructurales de largo alcance y perfila un campo normativo de por sí progresivamente psicologizado»[6], donde lo importante es *co-crear* con la empresa, generar «capital humano-social», sentir un fiel compromiso con el agente generador de necesidades y deseos. «La separación y el alejamiento de los hombres entre sí»[7] permite distorsionar la condición humana y controlarla mediante el entretenimiento y las relaciones superfluas. Todo queda validado a través de sus indicadores sintéticos[8]. Millones y millones de personas atravesadas por mediciones que legitiman que la cosa va bien y puede ir mejor. Armonías sugestivas que trabajan los sentidos comunes duraderos de la nueva gubernamentalidad, donde el escenario futuro es «que el coaching se convierta en la visión mundial dominante y en una cultura global»[9].

La comunicación y sus medios han contribuido a popularizar un Yo que se concreta al mirarse en el espejo, mientras el nosotros se pierde en la declaración de intenciones. Lo afirmó Arquímedes: dadme una palanca lo suficientemente grande y moveré el mundo. ¡Dadnos la producción cultural y moveremos el mundo! Esa es la batalla, la lucha por el sentido común, que, como dijo el multimillonario inversionista Warren Buffett, van ganando los de su clase, y ha llevado a los Estados y las sociedades a regresiones sociales cada vez más graves, sin tropezarse con resistencias masivas que lo impidan. En otros términos, pero en el mismo sentido, el libro *La nueva razón del mundo*[10] atiende al hecho de que la globalización neoliberal no sólo destruye derechos, sino que construye un tipo de subjetividad donde «la ig-

---

[6] R. Rodríguez López, «La psicología en el proyecto cultural neoliberal», cit., p. 351.

[7] G. Debord, *La sociedad del espectáculo*, cit., p. 172.

[8] ¿Qué es un indicador sintético? Véase P. Más Rodríguez, «Indicadores sintéticos de la economía española», *Índice* 34 (mayo de 2009), pp. 14-17 [disponible en http://revistaindice.com/numero34/p14.pdf].

[9] V. Brock, *Guía de la historia del coaching*, Albacete, Uno Editorial, 2017, p. 549.

[10] Ch. Laval y P. Dardot, *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*, Barcelona, Gedisa, 2013.

norancia es la felicidad». Una subjetividad adiestrada para creer que más allá de sí las cosas ocurren porque sí, pero a la vez reafirmada en el «tú puedes escribir tu historia». Una subjetividad guiada por la expectativa, embaucada por la *profecía que se cumple a sí misma*, de que «el propio individuo es capaz, sin ser consciente de modificar un escenario para aproximarlo a lo que espera del mismo», despreciando hechos y pruebas[11]. En ese sentido, la realidad virtual, internet, ha venido a sumar en esta dirección, ya que no nos aporta una visión amplia de los acontecimientos, sino que los selecciona de acuerdo a un esquema previo que nos hace habitar en una burbuja de preferencias que facilita la vigilancia y el control. La misma búsqueda mostrará pantallazos distintos a diferentes internautas de acuerdo a un algoritmo individualizado que registra las preferencias particulares. En menos de lo que canta un gallo el sistema pasó de controlar las digestiones a controlar las conciencias. La construcción de la subjetividad neoliberal es el objetivo principal.

La comunicación

Desde el comienzo de la historia, la humanidad ha buscado las maneras de poner en común, *communicare*. El fuego prometeico, con sus señales de humo, descubrió que los pueblos no estaban solos. Se salvaron las distancias marchando millas, para mirar los ojos de la otredad, para poner nombres a las cosas, evidenciándose de ese modo «que la comunicación es una condición *sine qua non* de la vida humana y el orden social»[12]. El primer llanto declara formar parte de algo mayor, y pone en marcha los resortes del conocimiento. Oradores, mensajeros, escribas. Portadores de la memoria, delatores de peligros, guardia-

[11] J. I. Capafóns y C. D. Sosa, «El efecto placebo o el poder de la sugestión» (pp. 275-290), en V. E. Caballo e I. C. Salazar (dirs.), *Ingenuos. El engaño de las terapias alternativas*, Madrid, Siglo XXI, 2019, pp. 281-283.

[12] P. Watzlawick, J. Beavin Bavelas y D. D. Jackson, *Teoría de la comunicación humana*, Barcelona, Herder, 1991, p. 17.

nes de la sabiduría. La palabra –espada y escudo– atravesará desiertos y océanos, uniendo y separando, fraguando el mundo que nos contiene, dándole forma. La oralidad, el pregón en las plazas, el debate en las sinagogas, la homilía en las iglesias, la escritura encriptada, el mandato del tirano, la resolución del juez, la imprenta. Por mucho tiempo, aceptar las clasificaciones del poder legalmente constituido significó conservar la vida, hubo que reunir mucho valor para rebelarse. Y fue la conciencia ética y social del hombre de carne y hueso la que elevó la voz para exclamar: «No somos esclavos»[13]. Pero no triunfó el nosotros, sino la máxima lampedusiana «si queremos que todo siga como está es necesario que todo cambie»[14], y los que tenían el control decidieron reformar el mundo para seguir saqueándolo.

La comunicación es una condición de la vida humana, pero no es humanizadora de por sí. En manos de ese orden occidental que desembarcó del *Mayflower*, genera esa subjetividad desprovista de conciencia colectiva, cuyas prácticas y actitudes atentan contra el bien común. Los seis elementos[15] que hacen posible el milagro comunicacional se pierden en una linealidad cotidiana marcada por la urgencia y el interés. Los cursos de oratoria y asertividad que las empresas facilitan a sus empleados buscan la rentabilidad. Los periódicos, la primicia. En la era eco-info-bio-nano-cogno[16], el papel de reciprocidad entre emisor y receptor es teoría, o puro espectáculo. La comunicación queda enmarcada en el monólogo. El monólogo, al margen de contener o no elementos críticos, es un estilo hermético que construye sentidos desde y para lo individual. El sujeto (que etimológicamente remite a quien «está sometido») asegura su reconocimiento respetando los sentidos comunes, y reducirá o eliminará los elemen-

[13] K. Marx, *El capital (manga)*, cit., p. 130.

[14] G. T. di Lampedusa, *El gatopardo* (1958).

[15] Emisor, receptor, canal de comunicación, mensaje, código y referente.

[16] Periodo de convergencia tecnológica. Consiste en la combinación sinérgica de la nanotecnología, la biotecnología, las tecnologías de la información y la ciencia del conocimiento, con el objetivo de mejorar el cuidado de la salud, informarnos de los efectos de las discapacidades y la edad, capacitar en técnicas de comunicación...

tos críticos para ser aceptado. Configurando un carácter trabado mediante opiniones y no mediante verdades.

Bajo el manto de un capitalismo flexible, la verdad es irreverente, antisistema, un objetivo que controlar. Si quieres pasar inadvertido, como diría Julio Cortázar, utiliza los mismos conceptos alterando su sentido más profundo y proponlos como consigna de la ideología imperante. Dicho de otro modo, ríete de la verdad y adáptate a una realidad donde el 1 por 100 tiene más que el resto de la población mundial.

Cuando finalicé el *Máster* de Comunicación, había superado con éxito todas las asignaturas que integraban la formación, pero la directora, J., mi jefa, me aconsejó reforzar las habilidades adquiridas. En esta ocasión me concedieron una beca y tuve que solicitar un crédito menor. Algunas asignaturas se repetían, pero otras habían mejorado respecto al curso anterior y fue como cursarlas por primera vez. En esos dos años, comprobé que aquellos que manejan la comunicación de un modo fluido tienen más posibilidades de éxito que los que se quedan atascados en las palabras o retraídos en el silencio. Ser capaz de decir –desde lo verbal y lo no verbal– lo que se quiere o necesita despierta la admiración de quienes escuchan; hablar con claridad y distinción irradia un tipo de carisma que identifica de inmediato el receptor; adoptar un posicionamiento de confianza en uno y en el otro conlleva el respeto. De alguna manera, quien se comunica con fluidez y tranquilidad es poseedor o poseedora de una autoridad que no pasa desapercibida, y así pudimos observarlo cuando vinieron a conversar con nosotros personalidades como Iñaki Gabilondo, Lorena Berdún, Fernando Romay y otros y otras. Pero también observé que la comunicación era una especie de arte, que puedes ejercitar y domar con entrenamiento, hasta ser capaz de contar, explicar, argumentar, influir. Me pareció peligroso, pues aquellos que eran capaces de dominar dicho arte no siempre hacían uso de él para emocionar, sino que a veces emocionaban, otras influían, otras intimidaban, otras evidenciaban y otras manipulaban. Descubrí que en la consecución de sus fines la voz comunicadora puede usar medios inmorales.

Una trabajadora de un banco, motivada por el salario y en nombre de «lo que tiene que hacer», vende, haciendo uso de la mejor de sus asertividades, tarjetas de crédito a personas que tienen sus cuentas en números rojos, aun sabiendo que eso les generará un problema mayor. El simpático teleoperador sabe que vende cosas prescindibles, que lo más probable es que vayan a parar al fondo del armario, gracias a una publicidad engañosa que seduce y promete calmar la angustia. Sin duda, podremos observar que en estos casos la comunicación facilita la felicidad de una parte. Aunque pudiera decirse que si la otra parte manejara la comunicación no sería embaucada por la una, pero esto no solucionaría la cuestión, sino que sólo daría la vuelta a la rueda, y ahora la una sería la infeliz.

La comunicación, nos dijeron en el Máster, es el secreto de la felicidad. Tenía lógica, pero empezaba a entrever que no éramos nosotros quienes elegíamos qué ni cómo queríamos ser.

El espectáculo del quiénes somos

La comunicación facilita el entendimiento, y, por tanto, la relación entre las personas. Puede fortalecer o debilitar la unidad del mundo. Cuando la comunicación se pone al servicio de los intereses colectivos de una sociedad, fortalece esa unidad y construye la paz. Cuando se pone al servicio de los intereses del mercado, la debilita, preparándonos para la guerra. Es entonces cuando las relaciones y la unidad del mundo se descomponen y todo se vuelve un espectáculo, pura mercancía. «El espectáculo es el *capital* en un grado tal de acumulación que se ha convertido en imagen»[17]. La imagen nos mediatiza, alerta la escuela situacionista.

La moralidad de masas y la digestión coinciden en horarios, «de ahí que sea imprescindible ver la televisión para comprender con quiénes nos jugamos los cuartos, en qué país vivimos»[18], nos decía Vázquez Montalbán en su *Crónica sentimental de España*.

---

[17] G. Debord, *La sociedad del espectáculo*, cit., p. 50.

[18] M. Vázquez Montalbán, *Crónica sentimental de España*, Barcelona, DeBolsillo, 2003, p. 163.

Desde la etapa desarrollista de la dictadura, los contenidos de la programación televisiva adoctrinan con el auxilio del presupuesto nacional. Alrededor de una mesa, orientados hacia «la caja tonta», permanecemos sin emitir palabra. A un mismo tiempo el estómago preparado para ello– y la cabeza –vampirizada por el aparato– digieren el planificado guiso que se emite desde los despachos, los sillones, los palacios. Muy pocos son los atrevidos que ponen bajo sospecha el menú, pero quienes lo hacen pasan de ser bien recibidos a disimuladamente apartados. Poner en duda la falta de libertad de expresión de la «mejor» Ley de Medios es una manifiesta blasfemia ante tanta teta, tanto tarot y tanta bola de cristal del porvenir, que poco tiene que ver con aquel programa que logró mantenerse en antena cuatro años para bien de algunos de nosotros, quienes contábamos con «quince segundos para imaginar... si no se te ha ocurrido nada, a lo mejor deberías ver menos la tele».

> Cuando [el general De Gaulle] llegó al poder había un millón de televisores en Francia. [...] Cuando se fue, había diez millones. [...] El Estado siempre ha sido un espectáculo. Pero el Estado-teatro de ayer era muy diferente del Estado-TV de hoy[19].

El televisor sirvió para replantear el mito de las cigarras[20], las cuales cantan en pleno ardor del sol en vez de dormir, hechizadas por la pereza. La teleserie adictiva, el telefilme americano, la retrasmisión del fútbol, los programas del corazón, los *realities*... prevalecen sobre el amor por las cabezadas. La televisión nos entretiene, a la vez que conforma una subjetividad. Anestesiadas frente al aparato, nuestras cabezas *confunden y mezclan* todo, y se produce la *inversión:* la ficción es lo real, y, como diría Debord, la realidad es «falseada». La vida saldrá de las pantallas para corroer el carácter. «Auge del consumo y de la comunicación de

[19] R. Debray, *À demain De Gaulle*, París, Gallimard, 1990, p. 48, cit. en E. J. Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 1994, p. 291.

[20] Platón, *Fedro*, 259a. Las cigarras son capaces de hablar entre ellas bajo el pleno ardor del sol.

masas, debilitación de las normas autoritarias y disciplinarias, pujanza de la individualización, consagración del hedonismo y del psicologismo, pérdida de fe en el porvenir revolucionario, desinterés por las pasiones políticas y las militancias»[21].

El llamado «cuarto poder» visibiliza la oferta e invisibiliza la demanda. Nadie sabe nada ni hace nada, pero nos ponemos a la cabeza en la lista de los países que compran sexo. El llamado «cuarto poder» hace que te sientas feo y pobre para hacerte creer que puedes ser guapo y rico. Cuando seas una de las 360 millones de personas que, según la Organización Mundial de la Salud (OMS), sufren depresión por no conseguirlo, quedarás exento de responsabilidades. El llamado «cuarto poder» nos ofrece conocer nuestro destino y nos presta la baraja de Rappel, y haremos lo que nos dice sin apenas darnos cuenta. El llamado «cuarto poder» nos reta mostrando imágenes tercermundistas de un lado y frigoríficos repletos del otro, hasta que no te queda más solidaridad que la conducta individual de una cuota mensual que borra los nombres y deshumaniza el desastre. El llamado «cuarto poder» nos invita a cuidar la salud con el ABC de la alimentación después de sembrar el mundo de comida basura y agrotóxicos. El llamado «cuarto poder» atraviesa a los otros poderes, todos bajo la tutela del poder económico. El mundo se encierra en la esfera individual, en el carácter privatizador, el Estado retrocede. El espectáculo se vuelve autoespectáculo.

El avance tecnológico ha facilitado la intrusión en nuestro sistema límbico conectando todo lo que nos importa. La inversión que hace posible que la ficción se realice continúa con la realidad virtual. Asistimos a la hiperrealización de la eficacia técnica. Enamorarnos del ordenador facilita la globalización cultural, quedamos enganchados a una red mundializada de permanente actividad que tiene un poder *individualizante*. La cultura del Yo sigue su curso a través de la fuerza adictiva del dinámico y eficiente universo de internet, del binario y evolutivo universo de la robótica. El vínculo con lo cotidiano genera un apego compulsivo que terminará por *confundir*nos. Facebook, instagram,

[21] G. Lipovetsky y S. Charles, *Los tiempos hipermodernos*, cit., p. 54.

twitter son nuestro «perfil» en el mundo internet, el actual formato de la comunicación de masas. Un clandestino imperio del monólogo animado que sirve a un sujeto que desconoce cuándo, por qué y de qué depende que su mensaje se viralice. Los algoritmos seleccionan desde lo que vamos a leer en nuestro perfil, hasta lo que vamos a consumir. En este nuevo orden de las cosas el significado de la felicidad se actualiza y progresa, pero sigue guardando su estrecha y esencial relación con la acumulación.

> Las aplicaciones interactivas, plataformas de redes sociales, telefonía móvil e inteligencia artificial conectan cada día millones de datos personales y dominan cada vez más la vida de la gente. Cinco corporaciones planetarias que hunden sus raíces en el corazón del sistema financiero mundial lo saben todo sobre nosotros[22].

Habitar en un panóptico gigante que gira en torno a la validación social es la realidad de las nuevas generaciones. «Un nuevo paradigma de conocimiento y manipulación de la sociedad emerge de la formidable concentración de datos y recursos que acumulan las redes informáticas»[23]. La diversión pasó a ser adicción, hoy la descarga de dopamina se produce al clicar «me gusta». Cambiar constantemente de imagen es una necesidad que se ha convertido en vital. La vida discurre a la velocidad de internet. Mayor velocidad, mayor descarga. Saltamos del no lugar al no lugar para quedarnos en el reducto del Yo. Detenidos en una tecla. Presionados por la huella digital. En el nuevo paradigma, en la nueva era, todo queda registrado, la mayor seguridad es no decir nada. Nada comprometido. El verbo «hacer» enriquece su significado hasta contener su contrario. Pero la nueva era también exacerba la tendencia al tribalismo. El reducto del Yo se reduce, clasificando la clasificación. No sólo podemos elegir nuestro grupo de interacción, sino crear uno a mi imagen y semejanza.

---

[22] C. F. Guevara, «Cómo el algoritmo secuestró la democracia», *Diario de Vallarta*, 21 de diciembre de 2018 [disponible en https://diariodevallarta.com/internet-mata-democracia/].

[23] *Ibid.*

Doblemente parcelados, y sin reflexión, el acuerdo entre yoes se vuelve imposible. El individuo desaparece para anunciar el Yo. En las redes sociales discutes para mostrarte, no para encontrarte. Detrás del comentario hay una *re*afirmación. El autoritarismo de la reafirmación impide una actitud adecuada para el aprendizaje. Sin conocimiento todo es opinión. Mi opinión. Una opinión manipulada que viene de lejos, controlada desde el algoritmo.

Actualmente se ponen y se quitan gobiernos a golpe de WhatsApp, las *fake news* se instalan en la cotidianidad como verdades absolutas, como dogmas. La rigurosidad y la complejidad en el análisis de la realidad no sirven en la sociedad del meme y del twitter. En la era de la información, acabamos devorados por ella.

> Abrimos, por ejemplo, un buscador y nos caen un montón de noticias inconexas, como: una inundación en Filipinas, el motivo por el que el goleador no quiso festejar su último gol, nuevos bombardeos en Yemen, el último romance de una actriz de la farándula, la proliferación de las mascotas, cómo hacer una casa con un contenedor, etc. Esa comunicación sobreinforma, pero a la vez consigue que no nos enteremos de nada. Mal que nos pese, buena parte de las últimas generaciones se informaron y completaron su visión del mundo a partir de esa comunicación, porque la cabeza siempre se llena y se llena con lo que está disponible, aunque sea basura. Algunas ideas, por ejemplo, como es la mística del emprendedurismo, se alimentan de esta desconexión. Sólo en ese mundo fragmentado se puede imaginar que salir adelante es una cuestión de voluntad individual[24].

Las producciones culturales pixeladas perfilan quiénes somos. La humanidad adquiere un nuevo significado. Éric Sadin lo llama «la humanidad aumentada»[25]. Una concepción evolutiva

---

[24] G. Cieza, «Sobre elefantes y el valor de las luchas», *Voces en lucha*, 19 de mayo de 2019 [disponible en http://vocesenlucha.com/sobre-elefantes-y-el-valor-de-las-luchas/].

[25] É. Sadin, *La humanidad aumentada. La administración digital del mundo*, Buenos Aires, Caja Negra, 2017.

virtualmente infinita, que salva la curva natural de la vida de la inteligencia humana y ayuda «a tomar conciencia de las cualidades y de las facultades humanas»[26]. En los hechos, no asegura la felicidad, pero su incorporación complica en mucho a aquellos que se quedan al margen, sintiendo el vértigo óntico que deja la sustitución de un estado sólido por un estado digitalizado de cosas. No hay espacio para pensar, sólo un programa que indica los pasos que seguir. Algo que no es problema para esas generaciones que, según las estadísticas, destinan una media diaria de tres horas a familiarizarse con ellas.

Podemos leer, actualizadas, las palabras de Vázquez Montalbán: si queremos saber quiénes somos, encendamos nuestros aparatos, miremos nuestros robots.

La asesoría del quiénes queremos ser

El advenimiento de la sociedad del asesoramiento remata la débil capacidad de crítica del ser mediatizado de la sociedad del espectáculo. La necesidad de ponernos en manos de profesionales ha alcanzado dimensiones alarmantes. Cursos formativos para conocer las claves de cómo hablar en público; tutoriales para ser un líder; programas que cambian el *look*, que nos hacen irresistibles y famosos; redes de contactos para localizar la pareja ideal, el trío perfecto; sesiones de coaching para ascender en la empresa, para cuidar la dieta, para definir tu marca personal. En la sociedad del asesoramiento la búsqueda de la felicidad es sinónimo de buscar el verdadero yo. Encontrarlo te hará feliz y la vida te sonreirá; nunca te faltará de nada, porque la naturaleza conspirará para ayudarte.

En el proceso de investigación para escribir este libro vi una entrevista de Sergi Torres a propósito de la película *Yo libre*, que, por otro lado, es la expresión fílmica de la escuela del Yo (de la que hablaremos en breve). Sergi se dedica a la autoinda-

[26] R. C. Schank, *The Cognitive Computer: On language, Learning and Artificial Intelligence*, Reading, Addison-Wesley, 1985.

gación[27], la comparte con otras personas ofreciendo charlas y talleres a los que llama «encuentros», y en su web afirma que es «consciente de que las palabras no sirven para expresar la verdad, pero sí para invitar a las personas a que la encuentren en sí mismos y por sí mismos». En aquella entrevista, el presentador quiso que explicara un poco más eso de que la felicidad depende de uno mismo, teniendo en cuenta los tiempos de crisis que vivimos. Sergi contó que muchas personas habían descubierto que no les gustaba su trabajo después de ser despedidas, y que gracias a la crisis se habían dado cuenta.

El asesoramiento –encarnado en el autoindagador, el gurú, el presentador, el coach– ofrece la posibilidad de mirar con optimismo los reveses. «El pensamiento positivo trata de convencernos de que las incidencias externas son puras incidencias, y que lo que cuenta es el propio estado interno, nuestra actitud y nuestro ánimo»[28]. El asesoramiento disimula los huecos de una realidad falseada, camufla la alienación y la diferencia. Permea las calles, los espejos, las carnicerías, las tijeras, los convenios, los periódicos, los programas, las redes, el yo. El asesoramiento promete plenitud, belleza, salud, dinero, felicidad. El asesoramiento vende y cobra el «cuidado de sí», hace que el mejor proyecto seas tú.

En el Máster de Comunicación que ya mencioné, efectivamente, el *proyecto eras tú*. Recibíamos constantemente asesoramiento de prestigiosos profesionales. Empresarios, estilistas, oradores, deportistas de elite, actrices, novelistas, presentadoras de televisión, periodistas, publicistas, diseñadores y artistas hicieron gala de sí, y revelaron algunos de sus secretos para hacer lo que querían y ganar dinero con ello. Eran felices y exitosos, cada uno a su modo vestía exquisitamente y hablaba con propiedad, seguros del lugar que ocupaban en el mundo. Una de las tareas que se nos encomendó como alumnos fue buscar nuestra marca personal. Para ello tuvimos que seleccionar aquellos productos, marcas

[27] Indagar en uno mismo con el fin de conocerse.

[28] B. Ehrenreich, *Sonríe o muere. La trampa del pensamiento positivo*, Madrid, Turner, 2012, p. 247.

y objetos por los que sentíamos preferencia o familiaridad. Esa búsqueda requirió examinar nuestro aspecto físico. El ejercicio consistió en desfilar por una pasarela dos veces. La primera, vestidos con algo que nunca nos pondríamos y la segunda vestidos como nos gustaba ir. Digo «gustaba» porque me consta que después del ejercicio muchos modificamos nuestra forma de vestir. Al modo *Got Talent*, fuimos examinados uno por uno. Hacía falta una cierta morbosidad mística para soportar aquella humillación.

Echo la vista atrás, y me parece increíble todo aquello. Éramos una especie de misión personal donde salían a relucir procedencias, identidades, sueños, miedos. Un trabajo agotador y frustrante. Todos éramos diferentes, pero todos queríamos ser lujosas mercancías. Nadie quería ponerse los zapatos de la vendedora de fruta de mi barrio de Móstoles, en el sur de Madrid –por cierto, una mujer extraordinaria, que siempre me obsequiaba una fruta cuando me veía pasar–. Todos queríamos ser la triunfadora empresaria, la rica doctora, el reconocido periodista, el destacado estilista, la bella modelo, la terapeuta querida. Aunque aparentemente se trataba de liberarnos del peso de las clasificaciones, la existencia de aquellos prototipos nos condenaba. No fue nada fácil. El juego de asesoramientos y búsquedas verdaderas de yoes, felicidades y mensajes necesita una férrea voluntad, una perseverancia intachable. La alumna redobla su esfuerzo y concentración. La persona cohabita en el social-conformismo de los desfavorecidos esperando el milagro. Si no consigues extasiar con tu oratoria, si tus compañeros no te quieren lo suficiente, si no puedes pagarte lo que te apetece tener, algo bloquea tus talentos, y la culpa es inmensa y tuya. Cuando las puertas de la hermosa sala de la Asociación de Prensa de Madrid donde se impartían las clases se cerraban, la realidad te golpeaba de nuevo. Los planes de ser mejor y el reto de conseguirlo justificaban un domingo tras otro no poder quedarte a comer en el exquisito barrio de Salamanca. El sueldo no alcanzaba, pero la clave para conseguirlo estaba en ti.

Reconozco los métodos y las enseñanzas de aquel Máster en muchos espacios y producciones culturales. La técnica de la comunicación y el coaching lo invaden todo. Desde el perfil que

presenta el telediario, la política electoral, el anuncio de prensa, el profesor en el aula, la psicóloga en la radio, el opinólogo, o la dietista, hasta el cocinero y el artista convertidos en jueces del *reality show*. En estos, carismáticas personalidades del mundo de la canción o la farándula o reputados profesionales se transforman en expertos asesores de individuos que se prestan al juego del éxito mediante pruebas donde es difícil averiguar los límites entre la ética y la humillación, y donde ya cualquier barbaridad parece posible. Los ojos del mundo hiperindividualizado se habitúan a la morbosidad sin percibir el sufrimiento que habita en ella. Despolitizados, buscan las soluciones a sus problemas en una cultura terapéutica que germinó tiempo atrás.

Poco antes de la segunda mitad del siglo XX, emerge la literatura de autoayuda. Su temática será el éxito y el enriquecimiento: *Cómo ganar amigos e influir en las personas*, *Piense y hágase rico*... «La defensa del capitalismo como cerebro de la civilización», dirá Napoleon Hill. En aquellos momentos de intensa politización, lo personal cobra importancia. El análisis individual desvencija la raigambre sociopolítica. Las décadas se suceden sumando derrotas al proyecto emancipatorio y la producción cultural suma a favor del capital. Títulos del tipo «cómo hacerse rico, panadero, albañil, líder, feliz, padre... en una semana, en ocho días, con poco esfuerzo, en un minuto» son los primeros eslabones culturales de la construcción de la subjetividad de la sociedad del asesoramiento. La literatura de autoayuda –previa a la implementación global del neoliberalismo– creció como los champiñones durante los años ochenta y noventa, al incorporar un discurso legitimador del Yo. *Cómo aprender a ser un verdadero hombre*, *Cómo ser un buen jefe*, *Cómo ser muy, muy, muy rico*, *Cómo aprender de las derrotas*, *Cómo ser una secretaria eficaz*, *Cómo ser un simpático optimista*, *Cómo ser feliz y disfrutarlo*, *Cómo ser progre y de derechas*, *Cómo llegar a ser un maestro de la negociación*, *Cómo ser artífice de tu verdadero destino*. «Los referentes contraculturales irán desapareciendo y la autoayuda tenderá a concentrarse antes en la conformación de una mecánica eficaz para el control de conflictos y la adaptación (supervivencia) en las condiciones de vida existentes (Papalini, 2006). No es casual que sólo en ese

momento se dé la explosión social y difusión generalizada de dicha literatura»[29]. Las relaciones sociales merman o se manipulan a favor de la adquisición de habilidades propias.

Algunos de aquellos títulos se convirtieron en superventas. Considerados guías vitales, sirvieron, como dice Eva Illouz en *La salvación del alma moderna*, para que «los psicólogos entraran en el mercado». Conforme aumentó la congoja histórica, los manuales de autoayuda se perfeccionaron, eliminando evidencias, mistificándose. Desde *El alquimista* hasta *Gente tóxica*, pasando por *Padre rico, padre pobre* o *El secreto*, la autoayuda fue plagando los estantes hasta el día de hoy, en que encabezan las listas de ventas desplazando a las humanidades. Poco a poco, al calor de la industria de la autoayuda y los negocios, el cuidado de sí fue expresándose en un nuevo nicho de mercado, una nueva herramienta de salvación: el coaching.

El sedal con el que el asesoramiento amarra a la población se funda en elegir bien, en confiar y en sacrificarse lo suficiente. Si te pones en las manos adecuadas y lo entregas *todo*, consiguiendo superar tus resistencias, vas a conseguir tus propósitos. Creer que hay opresores es una resistencia. Minusvalorarte o sobrevalorarte es una resistencia. Querer solventar el desequilibrio entre unos y otros es una resistencia. La negación al cambio es una resistencia. Depender de otro es una resistencia. Pero la mayor resistencia eres tú. Tú eres responsable de tus resultados, quien constantemente boicotea la búsqueda de la felicidad. Un sentido que se ha instalado con el apoyo de producciones culturales: libros, películas, talleres, formaciones, así como de instituciones: ministerios, sindicatos, universidades, escuelas. La tendencia a desarrollar conductas individuales e individualizantes –altruistas o egoístas– ha pasado de ser endémica a ser natural. La sociedad del asesoramiento nos aboca a la micropresión, a la aceptación voluntaria de la autoexplotación, y perfila un mundo de «empresarios de sí» que siempre asumirán el esfuerzo de adaptarse a las circunstancias, de ser lo que el poder hegemónico quiere que seas.

---

[29] R. Rodríguez López, «La psicología en el proyecto cultural neoliberal», cit., pp. 362-363.

Quiénes queremos ser no es la pregunta ante la aceptación voluntaria de este juego de exploradores del tesoro interior que componen la sociedad del asesoramiento. La pregunta es: ¿quiénes nos dejan ser?

El capitalismo ya no produce objetos físicos, sino información y programas, de tal manera que la *disciplina corporal* cede ante la *optimización mental* y el cuerpo pasa a ser objeto estético y negocio para la cirugía plástica y los centros de *fitness*. Mientras tanto, el nuevo sujeto económico, el «empresario de sí mismo», se autoexplota «de forma voluntaria y apasionada». El que fracasa se culpa a sí mismo, no a la sociedad. Una estructura de seminarios y jornadas de gestión, técnicas de liderazgo y preparación empresarial promete la optimización de la eficiencia personal hasta límites insospechados. El resultado es el *agotamiento*, que, como toda debilidad funcional, debe tratarse terapéuticamente. Se intenta someter la persona al dictado de la *positividad*. Pero sin *negatividad* la vida deja de ser vida, se atrofia, ya que el dolor es constitutivo de la experiencia. La *curación*, nueva fórmula mágica de la literatura de autoayuda, se revela como *asesinato*[30].

La escuela del Yo

La sociedad en su globalidad es la escuela del Yo. En ella, todo se dispone de acuerdo a la construcción de una subjetividad que evita el estallido. La esencia deshumanizante de la producción cultural, en tanto que transforma al ser humano en sujeto individualizado y separado de las circunstancias, es la herramienta perfecta de un exitoso capitalismo que ha conseguido mutar la cara de la esclavitud. Esta escuela se impone, como estamos viendo, a través de los megáfonos de la cultura. Medios, obras, productores y consumidores. Perfecto escenario para la representa-

[30] Reseña del libro de Byung-Chul Han *Psicopolítica*, a cargo de S. Marchese Flórez: «Han, Byun-Chul (2014), *Psicopolítica: Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*», *Enrahonar. Quaderns de Filosofia* 55 (2015), pp. 134-136 [disponible en https://revistes.uab.cat/enrahonar/article/view/v55-marchese].

ción de la obra, que se ve fortalecido por el hecho de que esta escuela del Yo ha conseguido influir en esa institución del sistema formal de educación. Podemos identificar algunos elementos que están penetrando en la escuela. Y esto, lo dijimos en el prefacio, nos preocupa.

La educación ha sido siempre un ropaje incómodo para esa ideología de la búsqueda de la felicidad basada en la acumulación y la eficiencia. Su papel fundamental en el proceso de construcción de una sociedad libre y democrática hace que los poderosos de todos los tiempos la hayan querido allanar. Que ahora la sociedad del asesoramiento, con sus prácticas positivas, se quiera introducir en ella no es nada nuevo. El libro *La cara oculta de la escuela* es un excelente documento para comprender cómo y de qué manera el capitalismo ha modelado esta institución según sus necesidades. Está lleno de precisiones y ejemplos de cómo ha sido allanada con sus dinámicas mercantilistas, de cómo los más ilustres reformadores, inspirados en lo que hoy llamaríamos el mundo empresa, clavaron sus colmillos en ella. Recogemos dos.

> Al entrar el siglo XX, la Comisión de Inmigración de California repartía entre las amas de casa de los hogares inmigrantes un folleto que, además de explicarles que las ventanas, los cubos de basura, etc., debían estar limpios, les encarecía a enviar a sus hijos aseados y puntuales a la escuela: «No deje que su hijo llegue tarde. Si lo hace, cuando crezca llegará tarde a su trabajo. Entonces perderá su empleo y será siempre pobre y miserable». [...] Bobbitt consideraba llegado el día en que los productos de la educación podían ser suministrados con la misma precisión que los de la industria, pues, en la última década (la primera de este siglo), los educadores «habían llegado a ver que es posible proporcionar *standards* definidos para los diversos productos educacionales. La capacidad de sumar a una velocidad de 65 combinaciones por minuto con una precisión del 94 por ciento es una especificación tan definida como la que pueda proporcionarse para cualquier aspecto del trabajo en la planta siderúrgica»[31].

[31] M. Fernández Enguita, *La cara oculta de la escuela, Educación y trabajo en el capitalismo*, Madrid, Siglo XXI, 1990, pp. 136, 141.

En la actualidad, junto a maestros, profesoras, catedráticas, padres y alumnas se encuentran esos ilustres reformistas del pasado. Envueltos en el idcario de la felicidad, son expertos en el arte de la oratoria. Seguramente alumnos de algún Máster de Comunicación, y fortalecidos funcionalmente por algún terapeuta o coach, tienen la facilidad de invertir la realidad y desbaratar el mínimo disenso de una condición humana cada vez más expuesta. ¿Os imagináis desprestigiar a un Condorcet a base de inteligencia emocional? Sócrates los llamaría sofistas. Nosotros estamos convencidos de que el término es *filántropos capitalistas de la educación*. Estos filántropos, lacayos de la economía mercado, campan a sus anchas, mostrando una incomprensible devoción por la construcción de escuelas diferentes (que explicaremos en la segunda parte). Pero ¿cómo no comprender que las diferencias educativas generan esclavismo –antes obligado, ahora consentido? Diferentes escuelas, diferentes educandos.

En Chile, conviene saberlo, esta economía se implementó a raíz del golpe de Estado de 1973 contra el gobierno democrático de Salvador Allende, cuando los *Chicago Boys* aportaron sus ideas al régimen de Pinochet. Pese a sus rascacielos y neones, Chile es uno de los países más desiguales del continente y su educación una de las más caras del mundo. Las familias que no pueden sostener una escolarización primaria privada llevan a sus hijos a los centros públicos, donde las condiciones son precarias y faltan los recursos. Los mejores institutos de secundaria estatales no son de acceso público, sino que realizan pruebas de selección donde compiten deslealmente unos jóvenes con otros. Lo llamamos competición desleal por un derecho básico y universal porque aquellos que han estudiado en escuelas precarias quedan excluidos frente a aquellos privilegiados cuyos padres han podido pagar una educación mejor. Diferentes escuelas, diferentes educandos. Además, como curiosidad, llegar a la universidad significa endeudarse. Años después de finalizar sus carreras, la mayoría de los estudiantes chilenos siguen pagando los créditos que solicitaron para realizarlas.

Podemos comprobar las consecuencias de la implementación de este modelo en la escuela: en primer lugar, convierte el cam-

po educativo en un negocio, y, en segundo lugar, prioriza una ideología que después de muchas décadas de experimentación sabemos (como dijimos) que sólo produce desigualdad.

En pocos años hemos visto cómo en el Estado español han ido aumentando los conciertos escolares gracias a las desastrosas políticas económicas educativas y a un sorprendente conformismo social. Ha crecido el negocio, pues los conciertos (esas empresas privadas que merman los fondos públicos) han encontrado la manera de apropiarse de los bienes comunes sin repercutir en el bien común (ya que ese dinero no revierte ni en planes de estudio de calidad, ni en puestos de trabajo digno, ni en desarrollar el pensamiento crítico). Se ha extendido la ideología de la desigualdad mediante una serie de herramientas que desembocan en la ciencia de la positividad. Una serie de técnicas comunicacionales y motivadoras para el *cuidado de sí*, o «tecnologías del yo», como las llama Foucault, han desencadenado el halo místico en el espacio de conocimiento, socialización y construcción de identidades de la escuela. Estas herramientas basadas en el cambio personal, en las que prevalece la práctica sobre la teoría, entrenan a las nuevas generaciones en el éxito y el rendimiento de acuerdo a sus capacidades, inteligencias y talentos, prometiéndoles la felicidad. La escuela del Yo se cuela en la escuela para todos y todas. Su objetivo, el de siempre, aumentar la rentabilidad.

Cristóbal Cobo, investigador y coautor del libro *Aprendizaje invisible*, habla de repensar los espacios. Cuenta que muchas bibliotecas estadounidenses, tras observar que la mayor parte de los libros se prestaban una o dos veces al año, decidieron sacar cerca de un 80 por 100 de su *stock* y conservarlo en un lugar cercano que permitiera, en caso de solicitud, que el usuario tuviera el libro de un día para otro. El objetivo era adaptar la biblioteca a las demandas actuales. En el espacio ganado crearon un lugar de socialización, tipo cafetería, para compartir, leer digitalmente y esas cosas que interesan desde la irrupción de lo que denomina «la era eco-info-bio-nano-cogno». Y anima a hacer lo mismo con la escuela.

En distintos rincones del planeta se están desarrollando prometedoras ideas que buscan crear puentes hacia una educación que

responda a las necesidades de una sociedad cambiante... El modelo de la educación tradicional necesita pensarse desde nuevas perspectivas. Esto no significa agregarle una «e-» al comienzo para hacerlo mejor. Tampoco será suficiente con adquirir determinados dispositivos tecnológicos o con incorporar alguna certificación o norma internacional de calidad. La educación demanda una mejora ecológica, sistémica, de largo aliento y que a su vez resulte inclusiva[32].

Algo con lo que en principio podríamos estar de acuerdo continúa con las expresiones «economía de los talentos», «aprendizaje sostenible», «sociedad global», «capital humano», «sociedad 3.0». En medio de un lenguaje progresista introduce conceptos procedentes del mundo empresa, proponiendo «una *metateoría* capaz de integrar diferentes ideas y perspectivas», alejada de la formulación de una crítica sólida a la formación de subjetividades «esclavas felices», producto del modelo de negocio y desigualdad de la escuela, donde la mayoría de la población infantil y juvenil mundial pasa su tiempo cinco días a la semana. Como, además, afirma que el aprendizaje tiene que basarse más en *cómo* se aprende que en *qué*, queremos preguntarle si cuando una biblioteca deja de tener libros sigue siendo una biblioteca. Quizá, efectivamente, sea una buena idea crear espacios de socialización, donde podamos leer en nuevos soportes, pero si una biblioteca pasa a ser una especie de cafetería, no es difícil entender que lo que ha pasado es que nos hemos quedado sin biblioteca, y que lo que tenemos ahora es otra cosa que desempeña secundariamente las funciones bibliotecarias. A veces, la sociedad cambiante es el resultado de un cúmulo de impulsos que proceden de distintos lados y que responden a intereses concretos. Pero ¿tenemos que implementar el modelo de la sociedad cambiante en la escuela, o dotar de autonomía a esta, para que pueda seguir pensando qué ocurre, por qué y hacia dónde vamos, y si eso

[32] C. Cobo Romaní y J. W. Moravec, *Aprendizaje invisible. Hacia una nueva ecología de la educación*, Barcelona, Laboratori de Mitjans Interactius / Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona, Col·lecció Transmedia XXI, 2011.

suma o resta y en qué sentido? Porque quizá lo que ocurre es que nuestras escuelas, centros formativos y universidades están siendo objeto de un cambio de largo aliento que tiene como meta fundamental «mejorar la empleabilidad» en función de un «mercado de trabajo» que cuida su «capital humano», tal y como reza el Marco estratégico para la cooperación europea en el ámbito de la educación y la formación (ET 2020)[33]. Quizá no interesa que todos consuman educación superior, pues el índice de frustración razonada aumentaría. Quizá interesa, de acuerdo a «la sociedad global», que muchos de los centros públicos de enseñanza muten hacia centros de asistencia social, donde los descendientes de los migrantes, los hijos de barrios obreros o los alumnos problemáticos sean simplemente vigilados. Quizá otros podrían convertirse en centros de inserción laboral que formen candidaturas perfectas para la empleabilidad de la sociedad cambiante. Estas sospechas que identificamos se fundan en los hechos, en los millones de desempleados, en los millones de contratos basura con los que *se vive por encima de las posibilidades*, en la carga laboral de las empleadas, en la ansiedad por el consumo, en la irrisoria inversión en educación[34], en las innovaciones pedagógicas... Repensar la educación, la escuela, es buscar la manera de impedir que el modelo la fagocite y se la apropie. Ponernos a innovar tiene más que ver con aquello que dijera Bravo Murillo: «No necesitamos hombres que piensen, sino bueyes que trabajen».

---

[33] Véanse las «Conclusiones del Consejo, de 12 de mayo de 2009, sobre un marco estratégico para la cooperación europea en el ámbito de la educación y la formación (ET 2020)», *Diario Oficial de la Unión Europea*, 28 de mayo de 2009 [disponible en http://www.europarl.europa.eu/meetdocs/2009_2014/documents/d-cl/dv/13councilconclusioneducation/13councilconclusioneducationes.pdf].

[34] Mínimo histórico en inversión en educación en 2018: 3,8 por 100. Véase Colectivo Puente Madera (Enrique Cerro, Esteban Ortiz, Elías Rovira y Javier Sánchez), «¡¡Es el marco estratégico 2020, amigos!!», *Albacete Capital*, 5 de mayo de 2018 [disponible en https://albacetecapital.com/es-el-marco-estrategico-2020-amigos/].

3. ¿Revolución o salvación?

> Por desgracia, y contrariamente a lo que se suele creer de la proverbial e independiente torre de marfil de los pensadores, no existe ninguna otra capacidad humana tan vulnerable, y de hecho es mucho más fácil actuar que pensar bajo un régimen tiránico.
>
> Hannah Arendt, *La condición humana* (1958)

> ¡A la calle, futuristas, tamborileros y poetas!
>
> Vladímir Mayakovski, «Orden al ejército del arte» (1918)

Llegados a este punto, y después de pasar por algunos de los elementos que vislumbran el deterioro de la Humanidad como resultado de una guerra total que viene de lejos, *una guerra de control de espectro completo*[1], psicopolítica, pareciera que sólo quede aceptar la salvación. Ante la construcción hegemónica de un mundo donde triunfa el discurso de que el mayor enemigo está en el interior, no se pueden levantar atalayas, no se puede hacer la revolución.

El feliz mundo del siglo XXI, que tiene a su alcance «el conocimiento íntimo de los individuos, el control en tiempo real de sus desplazamientos y consumos, pensamientos y emociones, abre la puerta a una nueva forma de gerenciamiento político de las sociedades»[2]. La escuela del Yo, que controla y oprime sin resistencias y desarticula la ciudadanía a través del dominio del sentido común, cambia democracia por seguridad y nos ofrece la

[1] Estrategia militar norteamericana de dominación que abarca todos los aspectos de la vida humana.

[2] C. F. Guevara, «Cómo el algoritmo secuestró la democracia», cit.

salvación. SOS, *save our souls*, salvad nuestras almas. La configuración de una subjetividad que accpta salvar su cuerpo transformando su alma en Yo es el nuevo ejército del neoliberalismo. Una subjetividad humanamente agotada, que renuncia al imperativo práctico de obrar *de tal modo que uses la humanidad tanto en tu persona como en la persona de cualquier otro siempre a la vez como fin, nunca meramente como medio*[3]. Una subjetividad que prefiere mirar para otro lado, porque ha decidido ignorar que la desigualdad mundial es una ideología.

> Obedecer exculpa del castigo, negarse puede suponer la muerte. Entre ambas opciones hay un sinnúmero de posibilidades. Sin embargo, la pasividad, el consentimiento y el deseo de no ser castigado constituyen un mecanismo de defensa para justificar la sumisión al poder. Es el miedo a manifestar el desacuerdo lo que termina trastocando la prudencia en cobardía. Construir un orden sumiso y complaciente forma parte de una razón cultural totalitaria. Los hornos crematorios del Tercer Reich funcionaron a plena luz del día. Cuando se encendían, el olor a carne humana alcanzaba a los pueblos cercanos, pero los alemanes corrientes prefirieron agachar la cabeza, cerrar los ojos y taparse la nariz[4].

Ese Yo, que agacha la cabeza para mirar sus zapatos, que cierra los ojos para ver en su interior, que se tapa la nariz por salud, es condición necesaria para la perpetuación de un modelo que asesina las conciencias en cadena para conservar los cuerpos. La necesaria corporalidad de la que se vale la plusvalía. El mundo feliz del siglo XXI, que pregona *cómo hacer que te pasen cosas buenas*[5], impone la conservación de los cuerpos. Las excepciones lo confirman, y el bestial consumo que se hace de la moda y cirugía estética lo cimienta. La regla es asesinar el Juicio, hacer desapa-

[3] I. Kant, *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, Barcelona, Ariel, 1996, ed. bilingüe, p. 189.

[4] M. Roitman, *La criminalización del pensamiento*, Madrid, Escolar y Mayo, 2018, p. 75.

[5] Título de un libro donde nos «enseñan» a entender el cerebro, a gestionar las emociones y a mejorar tu vida.

recer el pecado estructural, maquillar *la mancha pútrida del corazón* humano. La ejecución se lleva a cabo según lo expuesto en esta primera parte. Los cuerpos son ordenados en una comunidad educativa cada vez más mercantilizada, para que adquieran las destrezas y los talentos que necesita el mercado. Los cuerpos son clasificados de acuerdo al interés –y no a la ley de la razón–, para que descubran cuál es su lugar en el mundo. Cuando algo los descoloca, tienen que restablecer el estado de felicidad aplicando el algoritmo de Mo[6], que disipa las ilusiones que nublan el pensamiento: ¿para qué leer a los filósofos, cuándo se puede leer a un *chief bussines officer* de Google[x]? Los cuerpos de carne con mucho hueso serán apartados del conocimiento, del pensar, del saber. Cuerpos arreglados por fuera, pero sometidos al vaciamiento de las posibilidades por dentro. Enfrascados en lecturas automodernas que engrosan la voluntad de poderío, renuevan el individualismo psicológico y despolitizan la problemática particular: *piensa en ti, cree en ti*, ¿y tú qué crees?, *el placebo eres tú, sin miedo al cambio, lidérate*, ¡vamos! Incluso *sé amable contigo mismo*, que se reclama como crítica de la cultura de la autoayuda. Cuerpos arrojados al mundo del sálvese quien pueda, en el que *ya no basta con rezar*[7].

Hay golpes en la vida, tan fuertes... ¡Yo no sé!
Golpes como del odio de Dios; como si ante ellos,
la resaca de todo lo sufrido
se empozara en el alma... ¡Yo no sé!

Son pocos; pero son. Abren zanjas oscuras
en el rostro más fiero y en el lomo más fuerte.
Serán tal vez los potros de bárbaros atilas;
o los heraldos negros que nos manda la Muerte.

[6] Mo Gawdat, *chief bussines officer* de Google[x], en *El algoritmo de la felicidad* (Barcelona, Zenith, 2018), nos reta a unirnos a los mil millones de personas felices, es decir, a la minoría de una población mundial que supera los 7.500 millones de personas.

[7] Título de la película chilena del director Aldo Francia (1972).

Son las caídas hondas de los Cristos del alma,
de alguna fe adorable que el Destino blasfema.
Esos golpes sangrientos son las crepitaciones
de algún pan que en la puerta del horno se nos quema.

Y el hombre. Pobre. ¡Pobre! Vuelve los ojos, como
cuando por sobre el hombro nos llama una palmada;
vuelve los ojos locos, y todo lo vivido se empoza,
como charco de culpa, en la mirada.

Hay golpes en la vida, tan fuertes. ¡Yo no sé![8].

Hoy el ser humano pareciera un bolo salivado en la boca del capital. Prisionero de una imparable digestión que podría cortarse, pues la congoja histórica que *subsiente*[9] el ser humano, resultado de olvidar su origen, refleja un sabor amargo en el paladar. La educación para la nueva economía ha identificado esta amenaza, y los *lobbies* han resuelto aderezar el festín con el traje de la felicidad. Los resultados han sido excepcionales. El eslogan que reportaría la victoria al senador demócrata Barack Obama en la campaña presidencial de 2008, *Yes, we can* («sí, nosotros podemos»), dulcifica el sabor del bolo, pero el bolo sigue siendo masticado. Una década después las consecuencias del amargo desencanto de la cultura salvífica del *yes, we can* dan la victoria a Trump, empresario ultraliberal, conservador y racista que eleva aún más el muro de la desigualdad.

El entramado salvífico con el que nos ha colapsado la moral el neoliberalismo, para ocultar el regusto amargo, tiene una debilidad: optar por la salvación no nos salva, nos sitúa en una guerra que nos incapacita. Inestabilidad, incertidumbre, desconocimiento. La necesidad de que alguien nos alumbre el camino que seguir y refuerce nuestras ideas constantemente es el preludio de la sociedad del asesoramiento, donde los tratamientos y asesorías serán la tónica diaria. ¿Qué significa el disparate de que sólo

[8] Inicio de *Los heraldos negros*, de César Vallejo.
[9] Sentir tan adentro que incluso no sabes que lo estás sintiendo.

podemos contar con el presente? ¿Acaso vivir aquí y ahora no mata cada día la posibilidad de construir un futuro mejor?

> Esta redefinición de la guerra bajo el prisma de la información es resumida por Richard Szafranski mediante una metáfora biológica: la guerra neocortical. Una guerra que se «esfuerza por controlar o en modelar el comportamiento del organismo enemigo, pero sin destruir los organismos». Y esto se logra buscando influir incluso hasta el punto de regular la conciencia, las percepciones y la voluntad de liderazgo del adversario: el sistema neocortical del enemigo. El objetivo es el de paralizar en el adversario el «ciclo de observación, de orientación, de la decisión y de la acción». En suma, se trata de anular la capacidad de comprender. Según el coronel de la USAF [fuerzas aéreas de los Estados Unidos], hacer operativa esta guerra neocortical significa reestructurar a nivel mundial sus aparatos de colecta y de diseminación de información, colocar en red las diversas agencias de inteligencia y sus capacidades de análisis[10].

El maquillaje humanista, espiritual, místico, ontológico, oculta la naturaleza cosificadora del plan cultural. Los gabinetes de expertos ocultan la insatisfacción activando un entretenido juego donde «el secreto eres tú». Dentro de una esfera alienadora, verse protagonista ciega al yo figurante del capital, que crece meramente *en sí*[11] sin conquistar el *para sí*, aunque, contrariamente, los tratamientos del yo no paran de mostrarnos lo importante que somos para ser, para seguir siendo lo que quieren que seamos. En este enredo, sin la lucidez de *los figurantes*[12], nos pensamos como sujetos activos, protagonistas, e ignoramos que en esa lógica somos incapaces de

---

[10] A. Mattelart y A. Vitalis, *De Orwell al cibercontrol*, Barcelona, Gedisa, 2015, p. 100.

[11] Utilizo la expresión «en sí» en el sentido en que aparece en el *Manifiesto comunista* cuando se diferencia entre clase *en sí* y clase *para sí*. Este yo figurante crece *en sí*, en tanto que realidad cosificada. Un protagonista espiritual inhabilitado para acometer su responsabilidad histórica de ser *para sí*, de ser sujeto protagónico, de llevar a cabo la emancipación.

[12] J. Sanchis Sinisterra, *Los figurantes*, Madrid, Visor, 1996. Obra de teatro donde los protagonistas cuestionan su protagonismo.

actuar y modificar el mundo. ¿O no lo ignoramos? ¿Ha dejado de ser prioridad mejorar el mundo que habitamos? El golpeo constante con la construcción del Yo nos desgasta hasta conseguir la renuncia. Nos quedamos en sujetos activos de nuestra transformación personal. Fuera de ella, vemos un mar subhumano que justifica preferir la salvación a la revolución. Pero nadie se puede salvar solo, la soledad cercena. Por mucho que logres mantenerte a flote por separado, acabarás hundiéndote, siendo bestializado.

Con frecuencia subestimamos las voces de la otra orilla, desatendiendo que «a través de artes y técnicas que desarrollan con procedimientos científicos con los que buscan cambiar a su favor los escenarios de la realidad»[13] consiguen permear en la subjetividad y corroer el carácter. En el documental *Chicago Boys*[14], Sergio de Castro, uno de los autores del *Ladrillo*[15], en una de sus intervenciones declara ignorar lo que estaba haciendo Pinochet en referencia a la tortura y al asesinato de simpatizantes de la Unidad Popular. Toda persona merece una duda razonable, lo aprendimos en la película *Doce hombres sin piedad*, aunque en aquella ocasión las circunstancias eran otras. El carácter neoliberal porta el orgullo de los vencedores, de la razón dogmática que se impone por derecho y sin deber. El carácter neoliberal quiere mostrarse, no soporta pasar desapercibido, es tan dueño y señor de sí que a veces olvida ser prudente. Sergio de Castro, después de alegar ignorancia, espetó que de haberlo sabido nada hubiera cambiado, que su aportación hubiera sido la misma. Escuchar aquello fue como ver caer un meteorito en un mundo habitado. Sin titubeos, aquel hombre mostraba la barbarie. Le decía al mundo con la cabeza bien alta que él y los suyos habían ayudado a construir una obra más valiosa que la frágil humanidad. ¿Qué alimenta un carácter semejante? ¿Cuál es el origen de tan perverso atrevimiento, de tan raquítica subjetividad?

---

[13] P. González Casanova, *Explotación, colonialismo y lucha por la democracia en América Latina*, Madrid, Akal, 2017, p. 311.

[14] Carola Fuentes y Rafael Valdeavellano (dirs.), Chile, 2015, 85 min.

[15] El *Ladrillo* es el proyecto económico que usó la dictadura de Pinochet para implementar el neoliberalismo.

SEGUNDA PARTE

La salvación. Tratamientos del Yo

> El discurso de la autosuficiencia es hoy el caballo de Troya de una nueva operación de subordinación que nos condena a la dependencia.
>
> Marina Garcés, *Fuera de clase* (2016)

Llamamos «tratamientos del Yo» a una serie de técnicas que tienen como propósito la felicidad y la prosperidad. La felicidad primero, por eso de que no parezca que ni los intereses ni los beneficios se superponen a la vida. Y la prosperidad después, dado que hemos aceptado avalar un mundo donde «de algo hay que vivir».

A partir de que el psicólogo Martin Seligman fuera nombrado en 1998 presidente de la Asociación Estadounidense de Psicología, el mundo racional y científico de la academia investiga los efectos de la positividad en el ser humano. Cuando Seligman comunica que tiene un nuevo enfoque psicológico independiente del modelo patológico basado en desplegar fortalezas, el mundo de los ganadores financia astutamente su visión (entre otras cosas, para renovar el efecto de ese relato sectario epifánico de los líderes carismáticos). Seligman se convierte en un reconocido motivador capaz de resumir esta ciencia en unos pocos minutos. Y desde que empezara hasta el día de hoy el interés por cuáles sean las claves psicológicas que hacen de nosotros seres satisfechos y exitosos se ha extendido a nivel global, propagando la creencia de que si lo intentamos lo suficiente lograremos ser lo que nos propongamos.

La nueva y ecléctica ciencia de la felicidad, cuyos estudios demuestran que es saludable no ser quejumbroso, y que tener una actitud positiva ante las circunstancias evita berrinches y

reporta bienestar, irrumpe estratégicamente en el mundo terapéutico, pero también en el corporativismo financiero, en la política y en la escuela. La psicología positiva del «yo sí puedo» se remoza en la idea de que la teoría hay que practicarla. Del mismo modo que no basta con rezar para ser un buen feligrés, no basta con saber cuáles son las claves del crecimiento personal para efectivamente mejorar nuestra vida: hay que interiorizarlas. Para conseguir la interiorización de las claves psicológicas se pone en marcha la industria de la positividad, una extensa red en forma de cursos, másteres, doctorados, conferencias, congresos, manuales, libros, citas, terapeutas y coaches, cuyo objetivo es el enriquecimiento físico, emocional y económico. A través del entrenamiento físico y emocional de unos, se enriquecen económicamente otros, que a su vez se entrenaron física y emocionalmente para ser los mejores.

El planteamiento en apariencia cíclico de la pseudofilosofía del entrenamiento personal nos salva de la desidia, el fracaso y la infelicidad, y refuerza la lógica del elegido o afortunado, donde opera el «mañana puedes ser tú». Sin embargo, observamos en esta lógica salvífica una coerción. Sus técnicas de entrenamiento y el entrenamiento en sí no son neutrales, el vínculo necesario entre lógica y ética así lo demuestra. Los tratamientos del Yo, como los hemos llamado, responden a una ideología que identificamos que germina al calor de la apropiación de la victoria de la Segunda Guerra Mundial por parte de los Estados Unidos, que «desde sus orígenes encarna el mito fundado sobre la promesa de la salvación»[1]. Pero esa promesa tiene sus restricciones, la ideología del vencedor es una ideología singular, individual y excluyente, no cabe la pluralidad de los vencedores. Frente al vencedor, todos son vencidos.

La nueva ciencia de la felicidad tiene como objetivo la implementación de un modelo civilizatorio de escala mundial que invalida los enunciados que divergen de la *doxa*[2] dominante y

[1] É. Sadin, *La silicolonización del mundo. La irresistible expansión del liberalismo digital*, Buenos Aires, Caja Negra, 2018, p. 21.

[2] «Opinión» en griego.

valida la razón protestante de que el sacrificio tiene su recompensa. En la ideología norteamericana del vencedor no hay derecho a la pereza.

> Una extraña locura se ha apoderado de las clases obreras de las naciones donde domina la civilización capitalista. Esta locura trae como resultado las miserias individuales y sociales que, desde hace siglos, torturan a la triste humanidad. Esta locura es el amor al trabajo, la pasión moribunda por el trabajo, llevada hasta el agotamiento de las fuerzas vitales del individuo y de sus hijos. En vez de reaccionar contra esta aberración mental, los curas, los economistas y los moralistas han sacralizado el trabajo[3].

Las máquinas, tecnologías de la Revolución Industrial, no se crearon para aliviar ni liberar al hombre de horas de trabajo, sino para generar plusvalía. Los tratamientos del Yo, tecnologías de la automodernidad desatadas, financiadas e impuestas por la revolución financiera, no se crean para equiparar y amparar a la Humanidad frente al vértigo que siente ante el abismo existencial, sino para incrementar las ganancias de ese gran laboratorio de la industria digital que podemos ver retratado en San Francisco.

> Silicon Valley es la nueva América de nuestra época, lo sagrado planetario de California –el «Golden State»– no es la América de Hollywood, el *glamour*, el simulacro y el estuco, no es la América de Disney y la frivolidad, la polución automotriz o la violencia de sus barrios menos favorecidos, sino el Estados Unidos de un urbanismo a escala humana que supo preservar su herencia arquitectónica sensible con los *cable cars vintage* que dan a sus calles una atmósfera cálida de tarjeta postal, la atmósfera de la comunidad gay –emblema de su espíritu histórico de «tolerancia»–, o la de sus casas de colores ubicadas en las colinas, que se benefician del vigorizante aire del océano. Hoy, San Francisco está nimbado por una nueva aura gracias a millones de empresas *start-up* que alberga y que no dejan de multiplicarse, contribuyendo a dar vida a ese «am-

[3] P. Lafargue, *El derecho a la pereza*, Madrid, *Diario Público*, 2010, p. 13.

biente de niño bueno». Estos nuevos focos de utopía que creen «inventar el futuro» encarnan la eterna juventud del capitalismo e insuflan una cura de rejuvenecimiento al mundo entero, desplegando un modelo económico basado en la «agilidad», lo «colaborativo», el «aporte creativo de cada cual» y haciendo brillar la promesa de recursos financieros inagotables[4].

Las investigaciones sobre la felicidad, el bienestar, el éxito y la riqueza maquean la competición por los recursos del planeta. Debajo de «la atmósfera cálida», del espíritu de equipo, del «ambiente de niño bueno», palpita un desaforado corazón que amenaza salirse de la caja con cada latido de «quiero ser el mejor». Para soportar la presión, las nuevas subjetividades necesitan recurrir a los tratamientos del Yo, que, aunque se materialicen en expresiones, ideas y prácticas concretas, no son compartimentos estancos, se interrelacionan unos con otros. Esta interacción les aporta credibilidad. Hemos realizado una selección parcial de aquellas tecnologías o metodologías que operan en el ámbito terapéutico, empresarial, político y educativo. El «conócete a ti mismo», la inteligencia emocional, la teoría de las inteligencias múltiples y el coaching.

El «conócete a ti mismo», más que un tratamiento, es el punto de origen de donde parten sistemáticamente, y casi sin excepción, las técnicas del pensamiento positivo. Hemos querido incorporarlo para develar cómo se ha visto desprovisto de su sentido racional y originario, y se ha vestido con traje de ejecutivo que apuesta ante las corazonadas. Incorporarlo a este texto es la manifestación de una denuncia.

Respecto a la inteligencia emocional y la teoría de las inteligencias múltiples, desentrañaremos el «carácter humanista» que hace de ellas un arma de manipulación masiva. Analizaremos cómo ambas contribuyen a la conversión de los centros de enseñanza en centros de entrenamiento, que colonizan la sociedad bajo el manto «empresarial» para forjar la futura mano de obra. Estas tecnologías de los afectos y los talentos, que practican el

[4] É. Sadin, *La silicolonización del mundo*, cit., pp. 25-26.

trabajo en equipo, hacen una reprogramación mental que consiste en cambiar enseñanza por domesticación. Todo pasa desapercibido, no sólo porque no nos lo explican, sino porque lo esconden.

Y el coaching, un retrovirus confeccionado de acuerdo a la revolución financiera que de un tiempo a esta parte despidió a millones y millones de personas sin importarle qué iba a ser de sus vidas y de nuestras sociedades, sin llamar a la puerta irrumpe en las escuelas, en un claustro que discute si enseñar o entrenar al alumnado, en esa dubitación docente entre si dar clases o señalar el camino, como la Sibila. Su propósito, emplazar centros de rendimiento. Obedecer no es suficiente. Quieren que, además, parezcamos felices para ser rentables. El coaching es un elemento clave del nuevo orden social.

La lista de tratamientos que aseguran el poder sobre los yoes, por desgracia, podría seguir. Esperamos que este y otros escritos contribuyan a que al menos dejen de ser la alternativa ante la incertidumbre del mundo del aquí y ahora. La sensación de dominio y control que aportan estas técnicas no cambia el hecho de que el bienestar presente no sea garantía de nada. Hoy te salvas, pero mañana ¿qué? La salvación individual es la contraparte del pensamiento crítico, un muro inmaterial que imposibilita la construcción de un mundo mejor.

4. Conócete a ti mismo, *gnóthi seautón*

Quino, *Mafalda*, tira n.º 791

¿Qué sucede con el «conócete a ti mismo» en la sociedad del asesoramiento? Cada vez más extendido en espacios públicos y privados, el «conócete a ti mismo» se utiliza como eslogan del bienestar personal. Movimientos religiosos y filosóficos, terapias alternativas, literatura de autoayuda y *management*, así como innumerables prácticas de crecimiento personal y vida sana, entre las que se encuentran el ejercicio y el cuidado estético, son algunos ejemplos donde podemos encontrarlo. «¿Sabes quién eres?», «conócete a ti mismo: claves para conocerse realmente», «descubre el desconocido que habita en ti», «ven a nuestro centro de entrenamiento y relajación y conócete a ti mismo», «supera el miedo a tu ser verdadero», «conócete a ti mismo para desarrollar Amor y llegar a ser feliz».

La frase entusiasma y pesa, mueve y paraliza, como puede verse en la viñeta de Quino. ¿Por qué esta contradicción? ¿Por qué esta desmesura? Intentemos arrojar algo de luz sobre una expresión milenaria que de un tiempo a esta parte retiembla como un mantra y forma parte de toda una estética *vintage* que, como venimos defendiendo, esconde un fin ideológico.

Hay dos palabras que conviene retomar: cambio y orden. Dos palabras clave en la historia, que en el presente siguen siendo maltratadas.

El cambio es movimiento. El orden pareciera detenerlo. Mientras buscamos nos movemos, cuando encontramos nos detenemos. Juntas, cambio y orden parecieran responder a una especie de motor inmóvil, que mueve sin ser movido, que cambia pero que permanece. Esta dinámica ha permitido la evolución de la especie, la posibilidad de sobrevivir en un mundo que «fue, es y será fuego eterno, que se enciende según medida y se extingue según medida»[1]. Sin embargo, cuando dicha dinámica se implementa en el mundo de las palabras separado de las cosas, donde un coche ya no es un vehículo con motor que facilita el desplazamiento sino un elemento de estatus, confunde y mezcla todo. En este mundo, no hay movimiento sin asesoramiento ni cambio sin supervisión, y todo orden responde al juego de las estipulaciones donde somos clasificadas verticalmente –y ahora también, y cada vez más, en red.

Ximena tenía veinticinco años cuando encontró su primer trabajo. Era una chica que cuidaba su intimidad y hablaba lo necesario. Le disgustaba que sus compañeros mostraran esa hipócrita sonrisa cooperativa del mundo empresa que oculta la competitividad. Ximena solía mostrar su opinión con honestidad, aunque aquello molestara. Un día su jefa de equipo le dijo en presencia de todos los compañeros que no podía permitirse ser una borde, a lo que Ximena respondió que ella era así. La jefa lo comprendía, pero lo que quería comunicarle es que no podía seguir siendo así. «Sólo los que saben mucho y tienen poder y control pueden permitirse ser unos bordes, todos los demás nos jugamos el puesto.» Ximena quería conservar aquel trabajo, y cambió su actitud.

[1] G. S. Kirk, J. E. Raven y M. Schofield, *Los filósofos presocráticos*, Madrid, Gredos, 1994, p. 288; Fr. 30, Heráclito.

En nuestro mundo, que seamos como somos no interesa cuando no resulta rentable ser lo que somos. Ximena asume *el cambio* no como solución a un desconocimiento de sí que le genera infelicidad, sino por una perversión sistemática que le impone adaptarse al orden establecido. Lo que venía a decir su jefa era algo así como: «O aceptas ser feliz a nuestro modo o, si quieres seguir siendo tú misma, te ponemos de patitas en la calle». Lógicamente, igual que Ximena, miles y miles de trabajadores en el planeta aceptan *cambiar* por su bien, para formar parte de un *orden*, para no quedar excluidos, para no sentirse marginados. Se salvan, pero se condenan. Pasan *del ser al tener*[2] y quedan vagando en el halo de la felicidad etérea.

El jefe de hoy, pero también el terapeuta, el gurú, el *coach* (que es quien forma al jefe) son parteros del devenir[3]. Persiguen la transformación personal que, decorémoslo como lo decoremos, o digámoslo como lo digamos, viene a mejorar el rendimiento y, por ende, la economía. El cambio valida el nuevo orden: la gobernabilidad neoliberal donde el sujeto se objetualiza e insensibiliza. En adelante, actuará de modo antiilustrado, es decir, de acuerdo al propio beneficio, desarrollando un carácter individualista y consumista. Este nuevo orden es equiparable a lo que Foucault llamó «gubernamentalidad».

En nombre de ese instinto de supervivencia que aceptó *cambiar* de acuerdo al *orden* establecido, el sujeto objetualizado desarrolla *la astucia* en desmedro del ser social, y se pone a trabajar. En una estructura desleal, si no te gusta la celda donde caíste tendrás que jugar bien tus cartas. Pero el sujeto también desarrolla *el olvido* para aliviar el peso del sometimiento, la vergüenza de hacer de sí lo que otro quiere. No puede impedir, eso sí, la

---

[2] Inversión del título de la obra de Erich Fromm, *Del tener al ser.*

[3] R. Ortega Guizado, «El coaching ontológico como estrategia para gerenciar el aprendizaje, gestionar el conocimiento, transformar los procesos educativos y potenciar cambios significativos», *Sophia (Colección de Filosofía de la Educación)* 13, número dedicado a la construcción del conocimiento desde el enfoque filosófico, psicológico y pedagógico (2012, Quito, Editorial Universitaria Abya-Yala), pp. 177-198 [disponible en http://www.redalyc.org/pdf/4418/441846102008.pdf].

sensación de vacío, de una *angustia* que emana de las profundidades, que no responde a nada inmediato, pero que necesita justificarse en lo concreto. La cosificación del sujeto queda dispuesta, necesitada y a veces también urgida de tratamiento. El «conócete a ti mismo» se vuelve irresistible ante el malestar cotidiano, pero agrava el problema que dice remediar.

Ximena era como era, honesta: ¿quién le dijo que tenía que cambiar? Su jefa y toda una sociedad que perdió la batalla cultural para adoptar el orden de un imperio, donde un trabajador no es un trabajador, sino carne de cañón de una empresa que educa a sus trabajadores para que sean simpáticos, atentos y felices, porque sabe que esa es la lógica de la rentabilidad. La nómina viene con una voz interior: «No puedo ser como soy porque paralizo el equipo», «no puedo ser como soy porque perdería el trabajo», «no puedo ser como soy porque no tengo el poder para ser lo que me dé la gana». Ximena y miles de trabajadores abrazan el cambio y se guardan la amargura de participar de una estructura que nos deshumaniza primero para responsabilizarnos de ello después, a través de la creencia de que somos la llave de nuestro éxito.

El sujeto objetualizado, cosificado, construye Yo, Yo protagonista. A ese Yo protagonista le llamaremos «protayoísta». El o la protayoísta trabaja con ilusión por un ordenamiento más favorable –que no es ni más humano ni universal–, que le garantice permanecer en el cambio, que le asegure sobrevivir. El protayoísta siente atracción por aquello que como sujeto social rechazó. Cuando Ximena decide no perder su trabajo, comienza a sentirse mal, y busca resolver su conflicto poniéndose en manos de un terapeuta que le anima a buscar en su interior. Ximena le cuenta su experiencia y el terapeuta le explica que es normal que se sienta angustiada, porque ha salido de su zona de confort y está viviendo en un nuevo paradigma. Ximena regresa a su casa dubitativa, pero con ganas de afrontar la situación. En la siguiente sesión el terapeuta propone hacer unas pocas sesiones de coaching para descubrir de qué le sirve ser borde. El terapeuta-coach pregunta, Ximena responde. Tras varias sesiones culpabilizando a otros de su actitud, Ximena descubre que su conducta le es

muy útil para permanecer en su mundo. Como desconocía que era una elitista, confía en que su malestar se disipará cuando aprenda a aceptar a los demás y decida cooperar con ellos (que era justo lo que hacían sus hipócritas compañeros y que a ella tanto molestaba). ¿Qué sucedería si cuestionase las reglas del juego, si evidenciase la naturaleza del control al que se autosomete, si recordase que por tener olvidó ser? Si Ximena permaneciera fiel a la Humanidad no caería en la irresoluble paradoja del barbero[4], que la condena a alejarse de ella, e, igual que él, no puede afeitarse las barbas de la deshumanización. Acepta ser protayoísta. Como sus compañeros, se alimentará con la filosofía de «lo que no te mata te hace más fuerte».

Fabula el filósofo del martillo[5] que todo empezó hace muchos años, cuando animales inteligentes inventaron el conocimiento. Ese momento, catalogado como el minuto más altanero y falaz de la historia de la humanidad, fue sólo un minuto. Pero a ese minuto le sucedieron otros. El conocimiento aterrizó en el mundo, y la curiosidad nos impulsó a buscar. Cada uno desde cada uno, sabiéndonos semejantes y diferentes. Y como no había armonía en el universo, hubo que pensar cuáles eran las mejores formas para no perder la Humanidad. Así fue como el *conócete a ti mismo* pasó a ser un principio de esperanza sobre el que construir la sociedad de mañana. Entre otras razones, conocerse era importante para no acabar como Edipo, que mató a su padre y tuvo hijos con su madre. Había que evitar que la humanidad se sacara los ojos. Había que evitar la vergüenza del yo ante la mirada pública del nosotros. Y algo mucho más importante, había que evitar convertirse en monstruos. Ese *conócete* ilumina el camino de la humanidad, desvela que la dignidad es su fiel compañera, su bella amante, su razón de ser, su permanencia. Pero herimos de muerte la relación humanidad-dignidad, pues esta no admite la injus-

[4] Paradoja de Russell. El barbero sólo puede afeitar a los que no pueden afeitarse. Como él puede afeitarse por sí mismo, dado que es el barbero, no puede afeitarse.

[5] F. Nietzsche, *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, Madrid, Tecnos, 1990.

ticia. Abocadas al divorcio, el «conócete a ti mismo» se convierte en plato *gourmet* del paladar individual exento de dignidad. Sin el referente, sin la comunidad, sin la mirada conjunta, sin el nosotros, el yo sufre un empoderamiento ficticio que lo aleja de su naturaleza colectiva para acercarlo a dios. Convertido en protayoísta, levita al son del aura relajante que emana su teléfono móvil último modelo de uno de esos programas de *YouTube*, «Busca en tu interior». La realidad ficcionada del autoconocimiento acabará materializada en una falsa conciencia, pero, hasta entonces, la sencillez de la realidad se abrirá paso ante la espesura. A modo de alerta, algo mayor que la vida, la dignidad, golpea al protayoísta para sacarle temporalmente del ensimismamiento del cambio en el que habita y traerle de vuelta al mundo de las palabras y las cosas, donde permanece la congoja histórica que resiente su intimidad. Un jarro de agua fría despierta la conciencia que directamente observa la verdad. Por unos instantes, el protayoísta que se aleja, secuestrado por el sistema, respira lo universal (aquello que es desde y para siempre) y el tiempo urgido de la posmodernidad se detiene para dejar sentir la lógica de ese milagro que llamamos Humanidad. El protayoísta abandona su máscara para sentirse humano, demasiado humano. E igual que flaquea la ficción, el humano, demasiado humano entrevé su fragilidad, su inmensa necesidad de cuidados, y el miedo es arrastrado por la locomotora de la cultura hegemónica que arrolla el instante.

Sin embargo, recordarán los poetas que amar nunca es en vano. Lo real no desaparece, permanece en el recuerdo, enredado en los pliegues de los sesos para mostrarnos lo que es y lo que no. La ficción no satisface más que superficialmente y a corto plazo. Los millones de yoes que secuestra el sistema individualizador, los protayoístas, no admiten curación, están patológicamente deprimidos e insatisfechos. No son felices, porque no pueden serlo bajo semejante paradoja, y buscan rellenar la sensación de carencia pidiendo ayuda precisamente allí donde se les enferma. La dependencia mesiánica y mística, los viajes astrales, la cultura del *fitness* y las dietas, el mundo *coach*. Creyendo paliar la angustia y la infelicidad, la humanidad deviene «empresaria de sí» para transformarse en *Homo Economicus*.

El *conócete a ti mismo*, vieja bandera de las humanidades, es ondeado por la economía. Y, como dice el periodista Raúl Solís, «el mundo coach está obsesionado en hacernos creer que la precariedad y ansiedad que sufren tres cuartas partes de la población, por no tener ninguna certidumbre laboral ni social, es un problema de actitud individual»[6]. En las manos de la economía, el «conócete a ti mismo» se ha convertido en todo lo contrario a lo que quería ser. El nuevo *saber quién eres* pretende hacernos creer que «la clave está en aprender a aprender y gerenciar lo aprendido»[7]. El moderno «conócete a ti mismo» tiene el beneplácito de millones de yoes que han caído en las redes del autoconocimiento que nos dispara y nos abandona en esa verticalidad que las menos de las veces sólo produce vértigo. Millones de seres construyen en detrimento de ese espacio llano donde el conocimiento pasa por sabernos a todas iguales.

El *gnóthi seautón*, en las manos del mercado, se ha transformado en autoindagación, en una autoindagación muy cara. El *conócete a ti mismo* del siglo XXI tiene un precio que sólo la clase media alta puede costear cómodamente. La terapia, la consultoría o *counselling*, el *mentoring*, la formación, el coaching, requieren un nutrido presupuesto. Sin embargo, en los muchos años de trabajo, pude observar que a la consulta venían también personas de barrios obreros. Entendía la seducción que despertaba el conocimiento de sí, pero no dejaba de dar vueltas a tamaño esfuerzo. Acabé confirmando que eso de la autoindagación, del conocimiento de sí, de la transformación personal, del autocuidado, desencadenaba una combinación adictiva responsable de que quienes lo «probábamos» quedásemos enganchados hasta autojustificar un gasto que consumía buena parte del salario. El asunto es que cuando quieres explicar esta «adicción», este vínculo extraño

[6] R. Solís, publicación del 8 de mayo de 2018 en su cuenta de Twitter [disponible en https://twitter.com/raulsoliseu/status/993956295840616449].

[7] R. Ortega Guizado, «El coaching ontológico como estrategia para gerenciar el aprendizaje...», art. cit.

que te sujeta, aparece la palabra «interdependencia». Un buen recuerdo de Mahatma Gandhi, que decía que toda vida depende de otros para sobrevivir y desarrollarse. Queridos Gandhi del mundo entero, queridos terapeutas, queridas coaches, tratamos de explicar otra cosa, que nada tiene que ver con los lazos y los compartires que facilitan y hacen entrañable la existencia. Algo le sucede al yo cuando mezcla el deseo natural de conocer con la cosificación a la que le someten las circunstancias. Un afán de ascender en la escala social le atrapa. Había personas que necesitaban acudir a la consulta cada semana, cada día. Otras buscaban mejorar sus resultados y cuando lo conseguían se planteaban nuevas mejoras. Estar cerca de su terapeuta, de su coach era como un bálsamo, como un cigarrillo para un fumador. Mientras el yo se fuma su salario en el conocimiento de sí, el terapeuta –que ya sabe quién es y tiene llenos sus cursos– viste ropa de alta costura y desayuna en hoteles de cinco estrellas. Y no entienda el lector lo que no he dicho, pues vaya si puede el terapeuta, el gurú, el coach hacer eso, tanto como el paciente, el alumno o el cliente hacer lo propio. ¿Qué puede merecer más la pena, que invertir en uno mismo? ¿Qué puede aportar mayor beneficio, que descubrir el diamante que guardas dentro? La inteligencia emocional, la comunicación efectiva, el *coaching* ontológico, la autoayuda, el *mindfulness* –que es el nuevo objeto de consumo con mensaje espiritual y colores suaves, el cual, para colmo, tiene base científica[8]–, las terapias alternativas de la voz, el color, los aromas... nos ayudan a conseguirlo.

Hoy, una capa de las llamadas sociedades «desarrolladas» destina una parte importante de su salario al supuesto conocimiento o cuidado de uno mismo. Yo misma invertí ocho años de trabajo en algunas de estas terapias, y acostumbraba a decir que el dinero mejor gastado del mundo es el que inviertes en ti. Cuando decidí dejar de trabajar en la consulta, gasté los escasos ahorros que tenía en una corta y humilde estancia en la isla de Lanzarote que viví como una desintoxicación. Mi piel estaba pálida, lle-

[8] B. Ehrenreich, *Causas naturales. Cómo nos matan por vivir más*, Madrid, Turner, 2018, pp. 89-108.

vaba años sin sentir el calor del sol. Aquella tierra lunar, de cactus y viento me hizo pensar. No encontré ninguna justificación que salvara el escalón de tener que empezar de cero después de trabajar durante años entre doce y catorce horas diarias en un espacio en el que no dejaba de entrar dinero.

Resulta intrigante observar cómo el pensamiento positivo se coló en nuestro día a día a través del excelente –y descontextualizado– manejo de ese *deseo de saber*, de ese *amor a los sentidos, a las sensaciones* que tiene el ser humano por naturaleza[9], y nos ensimismó con el autoconocimiento y el autocuidado. Al poner el foco en el yo, nos *convencieron* de que lo posible es cambiar uno y lo imposible cambiar el mundo. «Un mundo devastado y explotado hasta el borde de lo letal»[10], pero que no deja de suplicar ser cambiado por piedad. Nos dijeron: «Tu cambio es el mejor modo de cambiar el mundo», y nos lo creímos.

Cuando alguien acude a la consulta de uno de esos terapeutas que vende sus servicios a un precio que duele pagar, suceden como mínimo dos cosas. Una, la obvia, es que pretende resolver un problema o una situación. Y dos, que está dando cuenta de que el espacio público, las instituciones públicas, no se han hecho ni se hacen cargo de su dificultad. Cuando acudimos a la consulta de un terapeuta, a la clase magistral de un gurú, a las sesiones de un coach, queremos saber qué nos pasa, por qué y cómo podemos solucionarlo. Esa visita, clase o sesión, que supone un robo para nuestros bolsillos y nos señala como huérfanos de conocimiento, es el más fiel testigo de un desahucio social. ¿Qué sociedad hemos construido, que es incapaz de satisfacer este deseo natural de saber, salvo arrojándonos en manos de estos nuevos sofistas, de estos glamurosos mercaderes del conocimiento?

Para mal de todos, la cosa funciona, con efecto pasajero, pero funciona. El dolor de cabeza se quita, la angustia desaparece, una

[9] Aristóteles, *Metafísica*, I, 1, 980a.

[10] T. Oñate y Zubía, *Nacimiento de la filosofía en Grecia: viaje al inicio de Occidente*, Madrid, Dykinson, 2004 (contracubierta).

extraña confianza en ti misma te dota de voluntad para cuidar tu dieta, discutes menos en casa, disfrutas más haciendo el amor, logras concentrarte para estudiar la oposición, acumulas las fuerzas necesarias para hablar con tu jefe, tu hija se concentra frente a las tareas, el bebé duerme mejor, consigues promocionar en el trabajo... Y eso es lo que hace que volvamos a llevar a la consulta a nuestros hijos, y volvamos a ir nosotros. En este ir y volver se va generando esa combinación adictiva de la que hablamos líneas más arriba, y que encuentra justificación en las palabras «nunca te conoces lo suficiente». El *gnóthi seautón* muta en caja recaudadora incombustible. Ante la imposibilidad de negar el deseo de conocer, la cultura hegemónica lo sirve encapsulado a un ser insatisfecho y cansado de «las hostias que *le* ha dado el mundo»[11], que cosifica, explota y es explotado según su condición. La seductora alternativa se vuelve inofensiva. El «conócete a ti mismo» deja de ser un arma de liberación para la humanidad. El yo adicto de sí, necesitado de aires frescos, de espacios donde pueda desatar su pena, paga por entrar temporalmente en el paraíso.

Esa era la consulta donde trabajé, una burbuja de retiro, plenitud y prosperidad en pleno Paseo de la Castellana, en la ciudad de Madrid. Aquella puerta se abría varias decenas de veces al día para permitir el ingreso a otra concepción del tiempo, donde un ritual de flores blancas y olor a piña acariciaba tus sentidos. Cuando J. aparecía, una mezcla de respeto y felicidad cubría el aire. A veces, había que esperar un rato, otras, pasabas inmediatamente a la camilla. Convivían en un mismo espacio y un mismo tiempo varias personas visualizando y desbloqueando su potencial interior. Años después de trabajar allí, hablé con algunas personas que conocían el lugar y habían vivido la experiencia desde la condición de pacientes y alumnas. Llevaba años sin comunicarme y mi llamada, aunque agradable y bienvenida, sorprendió. Averigüé que algunas personas, que habían estado embelesadas por el crecimiento personal y habían abrazado la cultura de la responsabilidad individual, en la actualidad estaban lejos de ella. Otras

[11] Canción de Nacho Vegas, «El hombre que casi conoció a Michi Panero» (del álbum de 2005 *Desaparezca aquí*, producido por Limbo Starr).

seguían enganchadas al «paraíso». Me interesé por las primeras, y, sin querer saber los hechos concretos de su distanciamiento, les pregunté qué balance hacían de la experiencia. Coincidían en varios aspectos. Aquello les había ayudado a ser mejor persona y, en cuanto al gasto económico, lo consideraban su «inversión personal». Nadie se arrepentía de la inversión realizada para conocerse a sí. También advertí que, por poco que les hubiera cambiado y ordenado la vida, no lo consideraban una tomadura de pelo. Ninguna acusaría de nada a su terapeuta, gurú o coach.

Una especie de fidelidad infranqueable garantiza que dedicarse a la autoindagación (propia y ajena)[12] sea un negocio redondo. Basta con separar el negocio de la ideología para acceder a todos los sectores sociales, conservadores, progresistas, más o menos acomodados... El terapeuta cuida de la persona sin importar condición, ideología, etnia o género, al menos en la teoría. Interactúa con ese yo vapuleado por la sociedad de la urgencia, donde todo pasa y nada queda. Desnuda y trata al yo despolitizado para vestirlo con los ropajes de ese tipo de individualismo que es capaz de observar al otro y empatizar. Y, aunque tenga sus preferencias, el secreto del terapeuta consiste en establecer un vínculo indestructible con su paciente. Este vínculo paciente-terapeuta muchas veces muta en dependencia en ambos sentidos. El éxito del terapeuta estriba en tener un grupo de fieles seguidores que le acompañen allá donde vaya, que le apoyen haga lo que haga, que sean un núcleo que justifique y anime a que otros se sumen. La dependencia del paciente se traduce en que no puede vivir sin preguntar a su terapeuta desde lo esencial a lo más irrisorio. El paciente pospone constantemente preguntar cuándo concluye su tratamiento, convirtiendo la visita en un hábito, y el gasto en una necesidad básica. Así se mostraron los segundos, los que seguían enganchados al «paraíso». Su adicción no les dejaba ver más allá e incluso, me fijé, habían olvidado el propósito de su propia transformación. Me miraban como si fuera la reencarnación del ángel caído, una especie de promesa que había quedado

[12] El éxito del terapeuta está en desnudarse a sí mismo para ayudar a desnudarse a los demás.

reducida a la nada. Como su terapeuta, ponían en su boca la palabra «felicidad» a cada rato, pero no tenían fuerza en la voz, era como si esa peculiar forma de hablar que habían elegido repeliese los demonios y los malos pensamientos. Por otro lado, era normal tanta finura, todos los cuerpos, sin excepción, estaban más delgados que la última vez que los había visto, incluso los que ya eran así de suyo lucían el extremo de la delgadez. ¿Cómo iban a poder proyectar la voz? Los complementos alimentarios que suministran las medicinas alternativas son complementos, no sustitutos. Sustituir la alimentación por complementos es un maltrato corpóreo y cerebral que acaba pasando factura. Una amiga llevaba meses ingresada, después de años y años de depuración que le habían llevado a fracturarse los huesos por carecer de musculatura. Cuando la doctora le dijo que presentaba un cuadro de desnutrición severa, mi amiga alegó que sus analíticas estaban perfectas. La causa de sus treinta y ocho kilos y su aspecto raquítico tenía que apuntar a otro lado. No sólo no tenía un gramo de grasa, sino que le faltaba el aceite de la vida, pero no lo veía ni ella –que ya se había roto– ni ellos –que en algún momento se romperían–. Decidí bautizar este tipo de cuerpos, y desde entonces me refiero a ellos como *la delgadez mística*. Les va la vida en busca de respuestas, el consumo del conocimiento de sí autoconsume.

La obsesión por conocernos a nosotros mismos puede ser fatal. Buscar la pureza, el acercamiento a la perfección máxima, querer tocar lo divino y olvidar o negar nuestra condición es una autocrueldad. La adicción de asumir una terapia hasta la eternidad, para evitar un disgusto, no deja que escuchemos esa voz de la razón que nos susurra: «Atrévete a saber».

Atreverse a saber

«Es tan cómodo ser menor de edad...», anunciaba Immanuel Kant en *¿Qué es la Ilustración?* (cit., pp. 87, 88): «Si tengo un libro que piensa por mí, un pastor que reemplaza mi conciencia moral, un médico que juzga acerca de mi dieta, y así sucesiva-

mente, no necesitaré del propio esfuerzo. Con sólo poder pagar, no tengo necesidad de pensar: otro tomará mi puesto en tan fastidiosa tarea.» La cultura de la autoayuda nos mantiene en una cómoda minoría de edad, donde el *sapere aude* de tiempos de Horacio, el «atrévete a saber» de la Ilustración y la conciencia de sí quedan chafados por el asesoramiento. Contrariamente, extiende la falsa creencia de que las terapias individuales contribuyen al bien común y a la cuasitransformación del mundo.

La coach profesional Vikki Brock afirma que los primeros coaches «personales» fueron Sócrates, Confucio, Buda, Jesucristo y Mahoma, dado que se dedicaron a fomentar la autocomprensión y la autorrealización[13]. Veamos por qué no podemos estar de acuerdo con esta afirmación.

Lo que de actual tiene la condena de Sócrates y Jesús de Nazaret

Antigua Atenas, 399 a.C. Un tribunal de 556 hombres condena a muerte a un septuagenario. Se le juzga por corromper a los jóvenes y por inventar dioses. «Sócrates comete delito y se mete en lo que no debe al investigar las cosas subterráneas y celestes, al hacer más fuerte el argumento más débil y al enseñar estas mismas cosas a otros», reza la acusación que Meleto, Anito y Licón presentan ante los atenienses. El filósofo se defiende aún, sabedor de la dificultad que supone invertir en poco tiempo la opinión acumulada de años de irritación, y tras conocer la sentencia afirmará: «Yo estoy persuadido de que no hago daño a ningún hombre voluntariamente, pero no consigo convenceros a vosotros de ello, porque hemos dialogado durante poco tiempo. Puesto que, si tuvierais una ley, como la tienen otros hombres, que ordenara no decidir sobre una pena de muerte en un solo día, sino en muchos, os convenceríais. Pero ahora, en poco tiempo, no es fácil liberarse de grandes calumnias»[14]. Sócrates se

[13] V. Brock, *Guía de la historia del coaching*, cit., p. 49.
[14] Platón, *Apología de Sócrates*, 37a.

niega a escapar y no acepta ningún salvoconducto. Un hombre que *sólo sabía que no sabía nada* bebe la cicuta que le sirve una democracia sabiendo que salvar la muerte no vale su dignidad. Adiós a ese ir y venir haciendo preguntas aparentemente fáciles pero que nadie respondía. Adiós a una mirada con criterio de justicia, con amor por la verdad. Adiós, corazón valiente: ¡Muerto por la envidia de qué poetas!

Jerusalén, 30 d.C. Una multitud condena a muerte a un predicador. Los príncipes de los sacerdotes acusan a Jesús de Nazaret de blasfemia y lo arrestan para llevarlo ante el Sanedrín. Cuando el sumo sacerdote le pregunta si es el Mesías, Jesús responderá: «Tú lo has dicho». La respuesta enoja muchísimo al tribunal eclesiástico pues aquel hombre profana el nombre del dios al que rinden obediencia y servicio. Sin pruebas para acusarlo, pero con la firme convicción de que no pueden aceptarlo como su Mesías, lo trasladan ante el procurador romano Poncio Pilatos. Pilatos, que no ve en el joven hombre delito mayor que estar equivocado, resuelve dejar la decisión en manos de la muchedumbre que, concentrada en la plaza, espera el juicio del bandido Barrabás. Persuadida por los príncipes, cuando Pilatos pregunta a quién quieren liberar, esta gritará: ¡a Barrabás! Jesús, portador de un mensaje revolucionario, camina con la cruz sobre los hombros hacia el monte donde será asesinado. Crucificado de pies y manos, corre por unas pocas mejillas el dolor de su muerte. Mientras, las muchas bocas que ayer y mañana tenían y tendrán hambre, beben junto a Barrabás.

Ambas condenas son errores de la humanidad. Aquellos hombres que compartieron con jóvenes y mayores, invitándoles a reflexionar sobre los astros, la humanidad y el amor, quedaron inmortalizados por su uso público de la razón capaz de producir la ilustración de los hombres, es decir, su mayoría de edad. Su atrevimiento e invitación a saber mostró nuevos horizontes. Horizontes que desordenan, que cuestionan las estipulaciones, que invitan a la verdad, que luchan por un orden más justo y humano. Tanto Jesús como Sócrates aceptaron su condena, demostrando obediencia a la ley, pero denunciando que el lugar de la ley está secuestrado por otra cosa que no es la ley. Sócrates y Jesús fueron

asesinados no por negarse a vivir de acuerdo a la ley: fueron asesinados porque se negaron a vivir de acuerdo a los mandatos que dicta una sociedad que tiene secuestrado el lugar que debe ocupar la ley.

El manga de 1985 conocido en castellano como *Los Caballeros del Zodiaco* basa su historia en denunciar un secuestro semejante. Los caballeros que luchan del lado de la diosa Atenea, reencarnada en la humana Saori Kido, quieren proteger a la humanidad de las fuerzas del mal que planean dominar la tierra. En un determinado momento de la historia, Saori pide ayuda al patriarca (que viene a ser la ley), pero el patriarca que tiene delante es un impostor. Las fuerzas del mal (que vendrían a ser los intereses de unos poquitos) han secuestrado al verdadero patriarca (encargado de velar por los intereses de todos). El impostor que ocupa el lugar y el cuerpo del patriarca actúa en beneficio de las fuerzas del mal (que velan sólo por sí mismas), por lo que la humanidad está pasando graves aprietos. El hambre, la guerra, la explotación... se extienden. Los caballeros de Atenea, como valientes defensores de la ley, quieren solucionarlo, pero siempre encuentran opositores. ¿Os suena de algo? Ambrose Bierce escribió: «No hay nada nuevo bajo el sol, pero cuántas cosas viejas hay que no conocemos». Bueno, la cosa es mucho más compleja, pero con estas líneas queremos ejemplificar de algún modo lo que argumentamos y hacer pensar a quien con atención nos lee.

¿Qué tiene que ver esta actitud de justicia que poseen Sócrates y Jesús con ser los primeros coaches personales? Werner Erhard, quien popularizara la importancia del crecimiento personal, dijo que el coaching es lo que hace que la gente obtenga más poder, más libertad y más paz mental. ¿Acaso la historia del coaching es la historia de una revolución? Notamos en la asociación filosofía-coaching el mismo ocultamiento que subyace cuando leemos en las redes que la causa de la muerte del ateniense es la intoxicación. Recordemos que el filósofo feo no se intoxicó con una ostra contaminada en la fiesta de Teeteto, no bebió agua en mal estado paseando junto a Fedro o Menón. Su intoxicación no fue acci-

dental, sino que la produjo una legislación, una mala legislación (el mal gobierno, como dirían los zapatistas) que le ordenó morir. Igual que a Jesús. Quizá por eso, sus voces y todas las que pasan por esas circunstancias no quedan en el camino y, aunque se las condene a muerte, permanecen. El *pathos* de justicia que las moviera despierta nuestra admiración y las vemos dignas de imitar. Más por esto que por aquello, el coaching se apropia de ellas ayudando no tanto a la revolución, como al control social. Pero ¿cómo recuperar la tarea del cuidado de la humanidad que defendieron Sócrates y Jesús, frente al cuidado personal que defiende el coaching? ¿Qué podemos hacer con el secuestrador?, ¿cómo aplacar su interés particular, su razón privada?

El fracaso de Solón

El pensador italiano Antonio Gramsci, en su artículo «Utopía», publicado el 25 de julio de 1918, trae a la memoria un texto de G. B. Vico[15] donde se hace una interpretación política del *conócete a ti mismo* que venimos analizando. Conviene recordar que antes que Sócrates, fue Solón quien puso en la palestra de la vida la sentencia, y lo hizo, como recuerda Vico, invitando a los plebeyos –que creían ser de origen animal, a diferencia del origen divino que tenían los nobles– a reflexionar acerca de sí mismos, con el fin de que reconocieran ser de naturaleza humana. Y, una vez desenmascarada la mentira en la que les habían hecho creer, se atrevieran a exigir igualdad de derechos.

Esta reflexión, que viene de lejos, alcanza, sin embargo, los deshumanizados tiempos modernos. La exigencia a la que Solón movió a los plebeyos perdura hasta nuestros días. ¿Qué tienen de justo, bello y verdadero las diferencias que existen entre los seres humanos? ¿Por qué unos tienen tanto y otros nada? ¿A qué responde la brecha salarial de clase o género? Atrevernos a saber quiénes somos desafía las clasificaciones injustas, los órdenes

[15] «Primer corolario acerca del habla por caracteres poéticos de las primeras naciones», en la *Ciencia Nueva*.

verticales, las autoridades impuestas, los abusos de poder, la mediocridad de aquellos que, empoderados, someten a otros. En nuestras sociedades, atreverse es un desafío, pero también un dolerse. Quien se atreve adquiere una responsabilidad mayor consigo y con la humanidad. Cuando nos atrevemos a saber quiénes somos, la razón se coloca a nuestro lado, y como un pegamento rellena las fisuras, juntando lo violentamente separado para calmar la congoja y el abismo. Pero a veces, ante el estrecho margen de maniobra que tenemos para cambiar las cosas, iniciada la tarea de atreverse a conocer, esta es abandonada. Y debemos observar este hecho con atención pues de él se valen las terapias y los terapeutas para explicar el fracaso de su actuación. Dicen que cuando el yo abandona el camino del autoconocimiento es que no quiere realizar los cambios necesarios que le impulsarán al éxito y la felicidad. Ya sabemos que el autoconocimiento o la autoindagación no tiene nada que ver con el «conócete a ti mismo» del que se hacen eco. Tampoco, como se viene explicando, el «conócete a ti mismo» tiene que ver con el éxito ni la felicidad del yo, sino con algo mucho más ancestral y humano, demasiado humano. Aquí mantenemos que, ante la previsión de un futuro gobernado por el dios de la economía y desordenado por la práctica del consumo, la humanidad, en su *olvido del ser*, renuncia a conocerse y reconocerse igual en derechos y deberes. Su exigencia se basa en una vida confortable, donde no cabe la voz de la razón. Ese Yo constituye la humanidad transformada, que viene fraguándose desde el fracaso de Solón. Esta humanidad, donde operan frases como *la ignorancia es la felicidad*, neutraliza su esencia, fomenta el olvido y cierra los ojos. Para ella, el drama de los refugiados congoleños en Ruanda desaparece al apagar el televisor.

Por extensión, y aunque seamos de otra condición, de alguna manera todos somos humanidad transformada, quedamos envilecidos por la historia (pasada y presente). Por eso, porque desde esta transformación sabemos que no hay igualdad, buscamos la propia felicidad. La pregunta es: ¿se puede ser feliz sin salvar las circunstancias, sin recuperar esa Humanidad originaria de la cual nos escindimos?

Hace poco, mi madre me contó que uno de los mejores días de su vida fue cuando nos vio salir a Raúl y a mí por la puerta del aeropuerto después de dos años haciendo comunicación e investigando procesos sociales en América Latina. «Nunca os había visto tan delgados, pero no me preocupé por eso, porque nos abrazasteis con fuerza». Le inquietaba más cómo nos adaptaríamos de nuevo aquí, donde, según sus palabras, «hay demasiado de todo». Notaba que algo había cambiado en nosotros, que no disfrutábamos los pequeños placeres, «aunque disimulábamos bien», me dijo sonriendo. Conversamos largo rato acerca de la cultura del consumo y sus efectos en la persona, y le explicaba que no sólo mirado desde otras latitudes era una monstruosa barbaridad. Enumeré la irresponsabilidad social, el derroche de tiempo que se invierte en el culto al cuerpo, y otras cuestiones que no recuerdo con exactitud, y en esas me dijo: «Entonces, ¿qué, no tenemos derecho a disfrutar un poco?, ¿tenemos que lamentarnos de ser feliz a nuestra manera?». Guau, pensé, ¿qué digo ahora?

Después de toda una vida de trabajo, es normal querer *disfrutar un poco*. Normal y saludable. Debería ser un derecho universal, el problema está en que es un maldito privilegio. La pregunta que entiendo se haga mi madre a sus sesenta años no resuelve nada, ni cambia nada. No se puede resolver el mal en el mundo a base de males menores. Aunque tengamos buenas razones y todo el derecho del mundo para exigir disfrutar un poco y ser felices a nuestro modo, queda develado que seguimos sin atrevernos a saber que no se puede ser feliz sin que lo seamos todos, que no se puede disfrutar un poco sin que absolutamente todos podamos hacerlo. Conocerse a sí mismo no es un ejercicio de búsqueda individual, sino de responsabilidad social. No es una sobra que arroja desde el Olimpo el capital para tenernos entretenidos trabajando personalmente o por equipos. Conocerse es un ejercicio de vida y dignidad que nada tiene que ver con la satisfacción ni el éxito, ni la formación continua-de-por-vida que asume el protayoísta tras su paso por el despacho del coach. Solón triunfa en la práctica de la razón y del juicio universal, y fracasa en la asunción de la responsabilidad individual que nos

impone la industria de la felicidad. Las personas que se atreven a saber son aquellas capaces de ponerse los zapatos de todos, de sentir la barbaridad y denunciarla. Estas personas son algo así como la herencia socrática de nuestros días; una herencia que favorece el recuerdo, concreto, universal y originario de la relación existente entre quiénes somos y quiénes debemos ser. Esta tarea humana, demasiado humana, que es la tarea ilustrada tiene sus detractores, encarnados en los tratamientos del yo.

La tristeza de Platón

Si leemos la *Apología* de Platón, además de pasar un rato entretenidísimos, nos daremos cuenta del absurdo de la condena. Una condena sentenciada más por gusto que por juicio. Sócrates tocó tanto las narices del tribunal que varias decenas de los que le consideraron inocente en su primera votación lo condenaron a muerte en la segunda. Dentro de otros dos mil años –si es que la especie aguanta la devastación– serán otros, del mismo modo que hoy nosotros, los que den cuenta del absurdo y compartan su tristeza con Platón.

Poco se ha aprendido de la historia, las últimas sentencias de nuestro tiempo son igual de absurdas. Jóvenes condenadas a vivir bajo prisión por exigir derechos, por cantar verdades *reales*, por denunciar el maltrato y la opresión, por repoblar pueblos abandonados. Sentencias tan absurdas como irreparables. ¿Qué repercusión tiene la prisión en la persona, en la familia, en la vida y en la muerte? ¿Cómo subsanar el error? ¿Cómo explicará la historia tanta barbaridad? Ante tales atropellos la justicia se desmorona. Los tribunales ya no sirven, se mata a los testigos, se coarta a los jueces, se compra a los abogados, se libera a los amigos. ¿Quién defiende a los defensores de la Humanidad? La relación entre legalidad y justicia es una herida abierta e infectada.

Igual que ayer, permanecemos encadenados en la caverna, tomando como verdades lo que no son más que sombras. El saloncito de estos tiempos, desde donde absortos contemplamos la televisión que condena a la humanidad por atreverse y que libera al

yo por enriquecerse, nos ayuda a olvidar el milagro –ese espacio de libertad que construimos, por donde se cuela la voz de la razón, pero que somos incapaces de defender–. Nos entretiene con una programación empeñada en desprogramar el sentido de la Humanidad. Y si irrumpe en el espacio algún espíritu inquieto que quiere alertarnos, como en la caverna, lo expulsamos al paraíso perdido[16], pues es de allí de donde dice proceder. De ese modo, el Yo continúa tumbado en el sofá, reclamando su derecho a disfrutar un poco. Y, allí donde nace su reclamo, muere su libertad.

El enigma que apareció en el templo del dios, ese *saber quiénes somos*, es el hilo de Ariadna que invisiblemente nos guía hacia un estado donde se vive una verdadera vida humana. Una vida que ha logrado abrir un espacio de libertad donde todas, siendo diferentes, somos iguales. Lástima que otros hilos nos hayan encadenado y nos guíen en sentido contrario. Y si se sufre mucho siguiendo cual Teseos el hilo de Ariadna, es porque hay que luchar contra el irresistible magnetismo de los cantos de sirena que nos incitan al disfrute propio. La búsqueda de la satisfacción personal, lo dijo Platón[17], conlleva necesariamente la injusticia. La traducción moderna del «conócete a ti mismo» dificulta el *diálogo*[18]. De alguna manera, el crecimiento personal, ese ejercicio de autoconocimiento que tiene como fin la propia felicidad, impide decidir en común, y dificulta la superación de la guerra. La *hybris* (desmesura) del Yo es el enemigo interno de la Humanidad. Condenar a muerte el proyecto socrático fue y es una barbaridad. Sin dignidad, sin igualdad, sin justicia social, sin ese espacio de libertad, sin la defensa de la humanidad el yo camina dando tumbos. Buscar recetas individuales para ser mejores y más fuertes es la herencia de esa barbaridad. No podemos alimentar a aquellos que separan humanidad de dignidad para hacer sus negocios. La responsabilidad es titánica, tenemos la posibilidad de un mundo mejor en nuestras manos. No debemos dormirnos frente a los laureles del televisor, pues la tristeza –esa

[16] J. Milton, *El paraíso perdido*, Madrid, Cátedra, 2001.
[17] Platón, *República*, Libro I, Madrid, Gredos, 1998.
[18] «Diálogo», del griego *diá y lógos*, orden de la razón.

que viene de los tiempos de Platón– es sofocada ligeramente con la siesta hasta que vuelve a despertarse. Y aunque los cursos de fin de semana «nos ayudan a ser mejor persona», y haya un paralelismo importante entre lo individual y lo social, sólo después de ver qué es lo mejor para todos podremos analizar con fundamento y justicia qué es lo mejor para *mí*. De lo contrario corremos el riesgo de que el Yo acabe siendo Dios de la humanidad y, báculo en mano, expíe la tristeza dormido frente a sus *mass media*. La posibilidad de pensar en ti sin pensar en nosotros es el arma de control con el que nos preparan para aceptar lo que venga.

5. Inteligentes, emocionales, auténticos y aburridos

> Quiero decirte una cosa, mas me lo impide cierto pudor...
>
> Safo (ss. VII-VI a.C.)

> La autenticidad es la forma neoliberal de producción del yo. Convierte a cada uno en productor de sí mismo. El yo como empresario de sí mismo *se produce, se representa y se ofrece* como mercancía. La autenticidad es un argumento de venta.
>
> Byung-Chul Han, *La expulsión de lo distinto* (2017)

La comunidad *coacheana* considera que la filosofía, en tanto que amor por la sabiduría, sustenta todas las disciplinas del mundo moderno, por lo que la consideran la raíz principal del coaching. Y si la filosofía es la raíz matriz, la psicología aporta gran parte de la teoría en la que se basa. «Por ejemplo, la psicología clínica ha aportado gran parte de la práctica actual del coaching, mientras que la psicología positiva ha aportado una parte importante de la investigación»[1].

En el punto anterior dimos algunas claves para invalidar la afirmación de que la filosofía sea la raíz del coaching. Observamos incongruencias y malinterpretaciones. En este punto mostraremos cómo algunas de las investigaciones que derivan del mundo de la psicología sirven al mundo coaching. Digamos que, si el coaching utiliza teorías y prácticas de la psicología con un nuevo enfoque, la psicología ha comenzado a fabricar elementos que favorecen la práctica del coaching más allá del sector empresarial.

[1] V. Brock, *Guía de la historia del coaching*, cit., p. 144.

Identificamos en la inteligencia emocional y en la teoría de las inteligencias múltiples dos herramientas que han servido para fomentar y extender el coaching. Diferentes profesionales han incorporado estas investigaciones en su trabajo y vida diarias, notando que el enfoque de coach viene a dinamizar las relaciones humanas, dotándolas de frescura y haciendo más eficaz su trabajo. Pacientes, empleados y niños ilustran los avances que esta práctica tiene en la consecución de logros. Concretamente, en la escuela generan las condiciones óptimas para posicionar el coaching como escenario futuro.

La inteligencia emocional

Inteligencia

Intelligentia. Cuánta carne en una palabra. Cuánto *telos* en una definición. Cuánta sed para beberse la *poesía desnuda* que nos refresque la boca con «el nombre exacto de las cosas».

¡Inteligencia, dame
el nombre exacto de las cosas!
Que mi palabra sea
la cosa misma,
creada por mi alma nuevamente.
Que por mí vayan todos
los que no las conocen, a las cosas;
que por mí vayan todos
los que las olvidan, a las cosas;
que por mí vayan todos
los mismos que las aman, a las cosas...
¡Inteligencia, dame
el nombre exacto, y tuyo,
y suyo, y mío, de las cosas![2].

[2] Juan Ramón Jiménez, *Eternidades* (1918).

Buscar las definiciones exactas en los difíciles párrafos de la ciencia, la filosofía y la historia, aunque necesario, no es suficiente. Conviene acercarse a la belleza de lo cotidiano, a los versos que contienen la esencia de las palabras. El lenguaje, antes de ocultarse en los renglones, atraviesa la realidad y acaricia la mortalidad. Las palabras sin las cosas ni señalan el camino, ni caminan. Cabe la poesía en la palabra «inteligencia», ¡y de qué modo! De qué sutil manera cabe la poesía en la cosa «inteligencia», ¡y qué verdadera! La inteligencia es sublime[3].

Los libros especializados en los que se estudia la inteligencia dan cuenta de la dificultad que entraña su definición. Y es que la inteligencia pareciera querer *ser algo y no, más bien, nada*. La inteligencia no se conforma con ser palabra, habita en reclamo constante, por existir mucho antes de que Wilhelm Wundt fundara el primer instituto dedicado a este tipo de investigaciones. Pero ¿qué cosa es la que acaricia la palabra «inteligencia» antes de esconderse en los renglones, de posarse sobre el diccionario?

La inteligencia es testigo de una doble herencia, genética y cultural. El enigma de si se nace o se hace se desvanece en las discusiones entre Eysenck y Kamin[4]. La inteligencia se modela en la sociedad, nada puede hacer por sí sola, necesita *de los otros*. A estas alturas, ¿quién iba a esperar que el responsable de nuestra supervivencia fuera el infierno sartreano?

El ser humano que, según Vigotsky[5], tiene la capacidad de transformar el medio para sus propios fines es inteligente. ¡Inteligencia, dame el nombre exacto de las cosas! Esta humanidad que resuelve, planifica, ordena, clasifica (ya hablamos antes del amor a las clasificaciones), deduce, controla, siente, descubre, transforma y vive, es genética y culturalmente inteligente. Las pirámides de Egipto, la rueda, la escritura, la guillotina, el trabajo remunerado, la imprenta, la bombilla, la escuela pública, la

---

[3] I. Kant, *Lo bello y lo sublime*, cap. II.

[4] H. J. Eysenck y L. Kamin, *La confrontación sobre la inteligencia: ¿herencia-ambiente?*, Madrid, Pirámide, [4]1990.

[5] L. S. Vigotsky, en el Segundo Congreso de Psiconeurología de Leningrado (1924).

teoría de la relatividad, la bomba atómica, los paraísos fiscales... Una irritante sensación –de superioridad– se cuela entre las palabras y sus significados para expresar la adaptación y la transformación que hemos sido capaces de realizar con el paso de las generaciones. La *dynamis* transformadora impera en el orden de las cosas mientras en el orden de las ideas, Atenea, nacida de la cabeza de Zeus armada con casco y yelmo, casta, protectora y fuerte, inteligencia en acto puro, observa el olvido del ser, el acelerado progreso de la era eco-info-bio-nano-cogno. La transformación del mundo que habitan los hombres carece de simetría y de equilibrio. La concepción clásica de inteligencia que privilegia las mentes maravillosas es superada por mutaciones en las relaciones de poder que retuercen el ADN de la humanidad hasta transformarlo. Ni siquiera el *nous*[6] pudo hacer nada contra la deshumanización de la Humanidad. Hay mutaciones irreconciliables en el orden de las cosas. La historia concluirá confirmando que la inteligencia se despistó y dejó de ser inteligente.

En el bautizado «tiempo automoderno», la inteligencia empequeñece ante el ascenso de nuevas inteligencias. Un decorado pretendidamente liberador que permea en el contexto deshumanizador y llega a la educación para salvarnos, para enseñarnos el lugar que podemos ocupar, para prevenirnos de nuestro talento, para potenciar nuestro potencial. Un discurso global, donde nadie queda fuera, donde todas valemos, donde –si no lo consigues– necesitas y puedes seguir mejorando. Un discurso integral a favor del «capital humano» que tiene a dieta a una humanidad incapaz de dar con el nombre exacto de las cosas.

¿Qué es la emoción?

La emoción es «un proceso psicológico que nos prepara para adaptarnos y responder al entorno. Su función principal es la *adaptación*, que es la clave para entender la máxima premisa de

[6] En el *Fedro* Platón traduce *nous* por «inteligencia».

cualquier organismo vivo: *la supervivencia*»[7]. No es observable más que por sus efectos y consecuencias sobre el comportamiento. Y es explicada desde diversidad de modelos y planteamientos teóricos, según el nivel de análisis sea conductual, biológico o cognitivo. Comprender el proceso emocional debe integrarlos todos.

Esta explicación es la que tienen que manejar los futuros psicólogos que se gradúan por la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED). Lógicamente, tienen que saber más, pero comienzan por aquí. Cuando releí esta parte del libro me pregunté qué sabemos sobre la emoción antes de estudiarla. Qué sabe, por ejemplo, la adolescente que decide matricularse en Psicología, el joven padre de familia, la empleada de la pastelería del barrio, la ingeniera de telecomunicaciones, el minero, la maestra, el empleado del banco, la conductora del autobús. Me propuse averiguarlo y, aunque la muestra no es significativa a efectos estadísticos, sirvió para afirmar que todos sin excepción saben que es producto de otra cosa, y la mayoría se atrevió a establecer un vínculo: entusiasmo y pasión, cabeza y corazón, ser y hacer, e incluso hubo quien vinculó emoción y váter. «Me dejarás pensarlo, porque es bien difícil», me dijo al hacerle la pregunta que debía contestar en el acto. «Es una especie de cable que conecta directamente el pensamiento con el estómago y que tiene una salida de humos que acaba en el váter para ventilar el miedo». Tengo que reconocer que esta respuesta me encantó y, aunque un tanto surrealista, me ayudó a ordenar los elementos que venimos desgranando.

La nueva subjetividad que demanda el mercado necesita *adaptarse* para *sobrevivir*; lo cual lo justificamos con el demostrado destino de la exclusión social, al que se precipitan el 80 por 100 de los yoes «incompetentes». La emoción no puede ser nada parecido a cagarse de miedo o a quedar satisfecho, en nuestro entorno eso generaría, como está sucediendo, un gravísimo aumento de insatisfacción, pues los satisfechos serían los menos, y los cagados, los más. Eso lo saben la economía y el Estado. Por eso a través de sus

[7] E. García Fernández-Abascal *et al.*, *Psicología de la Emoción*, Madrid, Ramón Areces, 2010, p. 17.

estrategias permean en la universidad para cambiar el significado de las cosas. Entonces, la definición de «emoción» que da la Real Academia Española (en adelante RAE), «la alteración del ánimo intensa y pasajera, agradable o penosa, que va acompañada de cierta conmoción somática» y que tanto tiene que ver con eso de conectar directamente pensamiento, estómago y váter, no interesa. Que la emoción sea pasajera no es rentable, lo rentable es el aprendizaje continuo y de por vida (que se lo pregunten al terapeuta, al gurú o al coach). Lo rentable no es la respuesta somática de retroceder o avanzar, lo rentable es la adaptación al entorno, a estas condiciones donde se nos promete riqueza y felicidad, frente al empobrecimiento y la depresión.

Cuando vi la contradicción entre las palabras y las cosas, entre lo que dice la universidad, y lo que dicen las amistades y los vecinos del barrio –y por ahora también el diccionario–, me di cuenta de que lo que verdaderamente ocurre es una tumba para la Humanidad. Ese «proceso psicológico que nos prepara para adaptarnos y responder al entorno» es el cable que conecta un pensamiento noqueado con un estómago preparado para digerir cualquier plato. Nunca fue tan profética una obra de arte como *Fountain*, de Marcel Duchamp; el orinal de principios de los años veinte iba a transformarse en una abulia de váter en el siglo XXI donde apoyar el autoculo.

Las bodas de Inteligencia y Emoción

Desde que en 1995 Daniel Goleman popularizara en su libro *Inteligencia Emocional* la tesis doctoral que Wayne Payne presentó en 1985[8], el poder de las emociones sobre el quiénes somos ha ido en aumento, fraguando la cultura del pensamiento positivo, donde tanto sobrevivir como «perder la batalla» depende de la actitud.

[8] W. L. Payne, «A Study of Emotion: Developing Emotional Intelligence; Self Integration; Relating to Fear, Pain and Desire» («Un estudio de las emociones: el desarrollo de la inteligencia emocional»).

La vida está sembrada de altibajos, pero nosotros debemos aprender a mantener el equilibrio. En última instancia, en las cuestiones del corazón es la adecuada proporción entre las emociones negativas y las positivas la que determina nuestra sensación de bienestar. [...] No se trata de que para ser felices debamos evitar los sentimientos angustiosos, sino tan sólo que no nos pasen inadvertidos y terminen desplazando a los estados de ánimo más positivos[9].

En la sociedad de la flexibilidad y el rendimiento, el pensamiento positivo trabaja a favor del resultado y el beneficio esculpiendo un sujeto. La persona es sujetada por el control emocional y la falta de conocimientos. «Ser positivo» es el antivirus de la empresa, y, a mayor escala, del capital. La prueba es que las conferencias motivacionales se extienden como la espuma entre tumores y depresión. La «escuela» de borrar obstáculos que representa el pensamiento positivo promete, lectura tras lectura, charla tras charla, la vida y el poder de la atracción. La alegría atrae a la alegría, la salud invita a la salud, y el dinero llama al dinero. Cuando logres entender que el problema de la carencia –ya sea en términos materiales o subjetivos– reside en tu cabeza, obtendrás la plenitud. Propóntelo, sé positivo. La clave del éxito está en manejar con destreza la ingeniería humana. El *conócete a ti mismo* quedó anticuado, suena teorético, deviene recurso con el que comenzar los libros de autoayuda *New Age* y *management*. El tejido emocional es la base del conocimiento, se trata de desarrollar la inteligencia emocional, es decir, la habilidad para percibir, comprender y regular las emociones propias y las de los demás. La responsabilidad se duplica ante el ideado emparejamiento de la inteligencia y la emoción (de la cognición con habilidades no cognitivas). Cada cual tiene que conocer y controlar no sólo sus emociones, sino, a través de ellas, también las de los demás.

Antecesor de este pensamiento es Dale Carnegie, empresario y escritor estadounidense de la primera mitad del siglo XX. Carnegie promueve la idea de que se puede influir en las personas a través de tu actitud hacia ellas. En 1936 escribe un libro titulado

[9] D. Goleman, *Inteligencia emocional*, Barcelona, Kairós, [54]2003, p. 95.

Cómo ganar amigos e influir sobre las personas, que sigue vendiéndose hasta el día de hoy. Comienza con una breve anotación en la contraportada: «El único propósito de este libro es ayudar al lector a que descubra, desarrolle y aproveche esos poderes latentes que no emplea». J. dominaba este libro a la perfección. Lo había leído varias veces y había logrado sobresalir en un Curso Dale Carnegie® de Comunicación Eficaz y Relaciones Humanas. Prometía no recordar nada del discurso que dio, y aseguraba que tenía pánico a hablar en público. Ahora era una terapeuta brillante y una comunicadora divertida y eficaz. Encarnaba a la perfección los ocho objetivos del libro. Había salido de la rutina mental, era una persona que constantemente tenía nuevas ideas. Hacía amigos rápida y fácilmente. Su popularidad aumentaba. Lograba que los demás pensasen como ella incluso en las cosas más ridículas. Conseguía realizar todo lo que se proponía, por adversas que fueran las circunstancias. Sabía administrar las quejas afablemente y evitaba las discusiones. Gran y jovial oradora. Hablase con quien hablase, despertaba el entusiasmo. Encarnaba plenamente el único propósito del libro de Carnegie. Doy fe de que J. aprovechaba y empleaba esos poderes latentes que, según Aristóteles, habrían dejado de ser potencia, para ser acto.

Carnegie escribió otros libros, todos con un «único propósito», usar el conocimiento para influir en la gente, una vieja metodología de tiempos sofistas. No hace falta leer toda su obra para encontrar, entre su amena y clara escritura, pasajes inquietantes. «Cuando tratamos con la gente tenemos que recordar que no tratamos con criaturas lógicas. Tratamos con criaturas emotivas, criaturas erizadas de prejuicios e impulsadas por el orgullo y la vanidad.» El autor se tomó muy en serio salvar a la humanidad de la negatividad, y estableció tres reglas fundamentales para tratar con el prójimo: *1)* No critique, no condene ni se queje; *2)* demuestre aprecio honrado y sincero; y *3)* despierte en los demás un deseo vehemente. Identificó seis maneras de agradar a los demás: interesarte por ellos, sonreír, recordar y decir su nombre, escuchar, hablar de lo que les interese, y hacer que se sientan importantes. Y sugirió que si además de tratar y agradar,

queremos que piensen como nosotros, podemos seguir doce pasos: *1)* la única forma de salir ganando en una discusión es evitándola; *2)* demuestre respeto por las opiniones ajenas. Jamás diga a una persona que está equivocada; *3)* si usted está equivocado, admítalo rápida y enfáticamente; *4)* empiece en forma amigable; *5)* consiga que la otra persona diga «sí, sí» inmediatamente; *6)* permita que la otra persona sea quien hable más; *7)* permita que la otra persona sienta que la idea es de ella; *8)* trate honradamente de ver las cosas desde el punto de vista de la otra persona; *9)* muestre simpatía por las ideas y deseos de la otra persona; *10)* apele a los motivos más nobles; *11)* dramatice sus ideas; y *12)* lance, con tacto, un reto amable. Cuando el entorno piensa como nosotros, sólo nos queda afianzar el liderazgo. Para ello seguiremos el siguiente ritual: empezaremos con un elogio y aprecio sinceros, llamaremos la atención sobre los errores de los demás indirectamente, hablaremos de los propios antes de criticar los ajenos, haremos preguntas en vez de dar órdenes, permitiremos que la otra persona salve su propio prestigio, elogiaremos el más pequeño progreso, atribuiremos a la otra persona una buena reputación para que se interese en mantenerla, alentaremos a la otra persona, haremos que los errores parezcan fáciles de corregir, y procuraremos que la otra persona se sienta satisfecha de hacer lo que sugerimos. El manual es un tesoro para vendedores sin piedad. No puede ser más completo y eficaz, y sólo apelando a las buenas intenciones podemos salvarlo, pero la voz de la razón nos dice que el libro de Carnegie es una condena perpetua. Un arma peligrosísima, que unifica las voces de acuerdo a la voz sistémica. Sin ambages, Carnegie relata cómo y por qué lo escribió.

> Desde 1912 dirijo cursos educativos para hombres y mujeres de negocios y profesionales en Nueva York. Al principio dirigí cursos sobre oratoria pública solamente [...] A medida que pasaban los años, comprendí que por mucho que estos adultos necesitaran un aprendizaje para hablar de forma eficaz, necesitaban aún más el aprendizaje en ese bello arte de tratar con la gente en los negocios y en sus contactos sociales. Comprendí también que yo mismo ne-

cesitaba ese aprendizaje [...] Investigaciones demostraron que aun en los ramos tan técnicos como la ingeniería alrededor del 15% del éxito financiero de cada uno se debe al conocimiento técnico, y alrededor del 85% se debe a la habilidad en la tecnología humana: la personalidad y la capacidad para tratar con la gente [...] En la plenitud de su actividad, John D. Rockefeller dijo que «la habilidad para tratar con la gente es un artículo que se puede comprar, como el azúcar o el café. Pagaré más por esa capacidad que por cualquier otra». ¿No se debe suponer, pues, que todos los colegios del país deberían tener cursos para desarrollar la habilidad más preciada entre todas? [...] Como preparación para este libro, leí todo lo que pude encontrar sobre el tema [...] Recuerdo que leímos más de cien biografías de Theodore Roosevelt. Estábamos decididos a no economizar tiempo ni gastos para descubrir todas las ideas prácticas usadas jamás por los hombres de todas las épocas a fin de ganar amigos e influir sobre la gente[10].

Éxito financiero, Rockefeller, influir sobre la gente... diferentes gramajes del cemento de la automodernidad, donde las emociones se gestionan según la lógica económica. Violentado el ideal romántico, donde apasionada, sincera y gratuitamente se vivía y convivía, el «bello arte de tratar con la gente» se convierte en mercancía. Las grandes empresas lo pueden comprar entre los aproximadamente siete mil cuatrocientos millones de rostros que componen la población mundial. La oferta es bestial y terriblemente cruel. Millones y millones de millones quedarán fuera. Otra vez. Habitando las periferias de lo que Eva Illouz llama «capitalismo emocional». Los colegios de todos los países deben enseñar la habilidad más preciada para los magnates. Pero la habilidad no se enseña, se entrena. El plan lleva tiempo en la mesa, se llama «educación emocional». Y aunque hasta la fecha no se ha implementado a nivel nacional en ningún país, en todos es una excrecencia que paulatinamente ingresa con más frecuencia en las aulas en forma de práctica, metodología, prueba, actividad

[10] D. Carnegie, *Cómo ganar amigos e influir sobre las personas*, Barcelona, Edhasa, [24]1995, pp. 15-18.

lúdica... Sin embargo, como dice Miguel Andrés Brenner[11], aun a pesar del desconocimiento global de la misma es importante hablar sobre ella, porque los documentos del *establishment*, concretamente en el G20 de 2018, indican que es la escuela que quiere y necesita el espíritu capitalista de base financiera –especulativa y parasitaria–, globalizado y neoliberal, colonizador y depredador que nos gobierna.

Edward L. Thorndike, David Wechsler y Howard Gardner explicaron el papel secundario que tienen la memoria y la capacidad de resolver problemas en la vida cotidiana. De esa forma, no sólo fue superada la estrechez del coeficiente intelectual o la rigidez del aprendizaje memorístico. La alegría, la tristeza, el miedo, el enfado, el asco y la sorpresa[12], que siempre habían estado ahí, adquieren un papel protagonista; y sobre ellos se funda toda una práctica «positiva». El miedo, ese legado evolutivo vital que garantizó la supervivencia, cobra una importancia que trasciende la especie; superada la dimensión de conservar la vida, te hace ponerte las pilas para combatir la equivocación, el fracaso, la marginación. Igual ocurre con el resto de las emociones. Todas pueden trabajar a favor o en contra de la doctrina de la felicidad; su poder es superlativo e individual. La domesticación emocional que está en proceso no sólo absorbe la inteligencia, sino que oculta lo humano. La historia está siendo testigo del vacío cognitivo, del déficit de atención, del desapasionamiento vital, del rococó emocional. Se acaban los filósofos y los poetas a favor de terapeutas y entrenadores. El sujeto se lanza al abismático juego de la salvación emocional, y su caída dibuja los bordes del nuevo verticalismo. La heroicidad del relato mitológico se transforma en la temeridad posmoderna donde el triunfador se la juega. La emoción se puede controlar, las reacciones pueden

[11] M. A. Brenner, «De la educación emocional: el neuroneoliberalismo capitalista fascista», 16 de febrero de 2019 [disponible en http://contrahegemoniaweb.com.ar/de-la-educacion-emocional-el-neuroneoliberalismo-capitalista-fascista/].

[12] Emociones básicas según E. García Fernández-Abascal *et al.*, *Psicología de la Emoción*, cit., caps. 5 y 6, esp. pp. 221 y 267.

ser unas u otras, sólo tenemos que ponerle inteligencia, entrenarlas para encontrar la respuesta adecuada para cada ocasión. ¡Eureka! El jugo emocional emborracha a la inteligencia y anuncia su boda. A las nupcias, acude como madrina una amiga íntima de la inteligencia: la metodología educativa. Esta queda encantada con la emoción y la incorpora en el día a día, al considerar que facilita el proceso de desarrollo y la adquisición de aprendizajes.

Es un extraño modo de pasar lista a los quince alumnos de quinto curso que se hallan sentados en el suelo con las piernas cruzadas al estilo indio, ya que, cuando el maestro les nombra en voz alta, no responden con el habitual «¡presente!», sino que lo hacen con un número –en el que «uno» significa deprimido y «diez» muy animado– indicativo de su estado de ánimo. Hoy, por cierto, los ánimos parecen estar muy elevados:

—Jessica.

—Diez. ¡Hoy es viernes y estoy contenta!

—Patrick.

—Nueve. Excitado y un poco nervioso.

—Nicole.

—Diez. Tranquila y contenta.

Estamos en una clase de Self Science, en New Learning Center, la antigua mansión familiar de los Crocker, la dinastía fundadora de uno de los bancos de más solera de San Francisco. El edificio, que parece una reproducción a escala del Teatro de la Ópera de San Francisco, alberga una escuela privada que imparte lo que podríamos denominar un curso modelo de inteligencia emocional[13].

Educación emocional: enseñanza vs. *entrenamiento*

Goleman explica en su libro que la conexión existente entre la amígdala y el neocórtex constituye el núcleo de la inteligencia emocional. Ilustra sus explicaciones con casos concretos, algu-

[13] D. Goleman, *Inteligencia emocional*, cit., p. 381.

nos terribles, que no expondremos aquí. Su investigación avanza entre «ejecutivos con corazón», «enemigos íntimos», «esclavos de la pasión», etc., y establece cinco competencias emocionales como integrantes esenciales de la inteligencia emocional: el autoconocimiento o consciencia de uno mismo[14], la autorregulación[15], la motivación[16], la empatía[17] y las habilidades sociales[18]. Estas cinco competencias nos permiten desarrollar la habilidad para reconocer lo que los demás están pensando y sintiendo, y se encargan de ayudarnos a comunicarnos con los demás de forma positiva y respetuosa, a través de un ejercicio de autorreflexión[19]. El decálogo carnegiano tiene su relevo en el modelo Goleman, que seduce y convence, y encuentra el modo de llegar a las aulas tras demostrar la relación de las emociones con la actividad memorística. Controlar la emoción asegura el rendimiento. Una metodología novedosa y divertida estimula a docentes y alumnado. Las clases se transforman en un diván de juegos «psi»: el explorador de emociones, una técnica que se basa en el juego de pistas para entrenar la empatía; el ejercicio físico de los tres saltos, con los que el alumnado adquiere autoestima experimentando que siempre se puede saltar un poquito más; el ovillo; el semáforo; la tortuga; el juego del «no lo sé», y decenas más. Finaliza la clase de intercambio emocional sin adquirir conocimiento alguno, pero con una sensación agradable de felicidad. ¿Qué diría John el Salvaje, personaje de *Un mundo feliz*, al observar una felicidad como esta? ¿Se referiría a ella como una felicidad artificial, y «sin alma»? Con esa sensa-

---

[14] Autoconsciencia: consciencia de los propios estados internos, recursos e intuiciones.

[15] Autorregulación: control de nuestros estados, impulsos y recursos internos.

[16] Motivación: habilidad para orientar nuestros actos a nuestras metas y recuperarse de los contratiempos y gestionar el estrés.

[17] Empatía: consciencia de los sentimientos, necesidades y preocupaciones ajenas. Consciencia social.

[18] Habilidades sociales: capacidad para inducir respuestas deseables en los demás.

[19] La autorreflexión permite ver las propias emociones y regularlas de forma apropiada.

ción agradable a la salida de la escuela, la construcción del autosujeto está en marcha.

> Una dictadura perfecta tendría la apariencia de una democracia, pero sería básicamente una prisión sin muros en la que los presos ni siquiera soñarían con escapar. Sería esencialmente un sistema de esclavitud, en el que gracias al consumo y el entretenimiento los esclavos amarían su servidumbre[20].

La enseñanza tradicional, pervertida por la política del terror y corrompida por la Iglesia católica, necesita una reforma anímica liderada por el jugo emocional. La educación del cuidado, de los afectos, permea en la abstracta comunidad educativa. Incluso docentes progresistas, que creen que la escuela es el lugar donde se debe enseñar a desarrollar un pensamiento propio, beben del jugo y perpetúan el fracaso de Solón, asumiendo como verdadero que conocerse a uno mismo es saber cuáles son tus emociones, tus sueños, tus talentos. Las mayorías quedan eclipsadas con la educación emocional –educación personalizada–, que se sirve adaptada a gustos, clases, sensibilidades y edades, y tiene la tarea de posicionar un nuevo y positivo sentido de la existencia. Sin saber cómo ni por qué, aprender a ser y saber se cambió por el eslogan tautológico «aprender a aprender». Un circuito de entrenamiento que inhibe el ejercicio intelectual y manipula la expresión emocional, haciéndonos competentes sistémicos.

> El aprendizaje es una acción dirigida a incrementar nuestra capacidad de acción. Quien ha aprendido a aprender puede aprender muchas otras cosas. Por tanto, si alguna competencia es importante es precisamente la competencia de aprender[21].

En la era digital apasionarse con la teoría es de sabidillo. Por ello, se cultiva la práctica sin la teoría. La acción sucede en la

---

[20] Aldous Huxley, *Un mundo feliz* (1932).

[21] R. Ortega Guizado, «El coaching ontológico como estrategia para gerenciar el aprendizaje...», art. cit.

rueda de hámster, desposeída de su origen, como castigada al sin porqué. La acción está, pero no es. El suprapoder de conocer y controlar las emociones hace del ser humano un ser *ficcionado*, capaz de metamorfosearse en dios o en lobo. Los que llegan a ser dios gobiernan el mundo a base de talonario, los que se convierten en lobos se matan por recibir un talón. Es el problema del significante vacío, de la práctica sin teoría. Nunca se rellenará con armonía. ¿Qué es eso de aprender a aprender? El mayor chantaje emocional que ha recibido la inteligencia. No se puede enseñar a aprender a aprender, la lógica material y formal desacredita el enunciado. La expresión *aprender a aprender* escapa de lo racional, tanto como «sentir a sentir», «leer a leer», «estudiar a estudiar», «saltar a saltar». Si leemos la expresión «los profesores vamos a enseñar a estudiar a estudiar», lo más sensato es pensar que hay una errata en el texto. Si la expresión *aprender a aprender* nos suena normal es porque hemos acabado aceptándola a base de entrenamiento emocional. Pero supongamos que, en algún apartado rincón de la historia de la lógica, este juego de palabras significase algo. Hagamos el esfuerzo emocional de consentir la licencia de que se puede aprender a aprender. ¿Qué nos estaría enseñando la maestra, el profesor, cuando nos enseña a aprender a aprender? En todo caso, el autoaprendizaje; es decir, la capacidad de aprender por sí solos, sin maestros y sin escuelas. Una lectura que tiene enamorada a la automodernidad. Creemos que gusta tanto y se cree tan verdadera, porque el autosujeto lee *aprender por sí solo* y lo traduce como «pensar por sí mismo». La escuela, al aceptar ese papel, pierde su sentido, pasa de enseñar a pensar por sí mismo a entrenar la competencia de aprender por sí solo.

Los centros de enseñanza de herencia socrática (de pensar por sí mismos) se transforman en centros de entrenamiento de inteligencia emocional (de aprender por sí solos), con el argumento de que el alumnado no acude feliz, ni está motivado en el aula. La educación emocional es el primer paso para convertir las escuelas en centros de entrenamiento del Mundo Yo. Un paso, a la vez imprescindible, para convertir a los profesores en coaches o en perfectos clientes del coaching.

La inteligencia emocional prioriza las competencias. De pronto, ya no es tan importante que los hijos saquen buenas notas para asegurar ese futuro próspero con el que sueña todo progenitor, ahora las empresas valoran otras cosas. La inteligencia emocional vestida con sus mejores galas es la *crème de la crème*. Así se expresa el Servicio Integrado de Empleo de la Universidad Politécnica de Valencia (UPV), dependiente del Vicerrectorado de Empleo y Emprendimiento, órgano impulsor y gestor de cuantas iniciativas se adoptan en materia de empleo en esta universidad y cuyo objetivo es contribuir a la mejor inserción laboral de sus titulados:

> [N]umerosos estudios han mostrado que una de las competencias fundamentales en la consecución del éxito profesional es la Competencia Emocional. La inteligencia o cociente intelectual parece que predice el 20% de los factores determinantes de éxito; el 80% restante parece que depende en gran medida de la Inteligencia Emocional[22].

¿No os suena a Carnegie? La parrilla de cursos es monocroma: «Inteligencia Emocional: elemento clave para la empleabilidad», «Asertividad: mejora tus relaciones», «Desarrollo de las habilidades para hablar en público», «Habilidades sociales: aprende a trabajar con los demás». Y cómo no, viendo los tiempos que corren, «Trabajar en el extranjero»[23]. Objetivo: «Desarrollar acciones formativas centradas en habilidades y capacidades que ayuden al alumnado y titulados/as en su inserción laboral a través de cursos de formación». Accesible al bolsillo de aquellos que cumplen las condiciones de ser alumno o titulado de la UPV,

[22] Servicio Integrado de Empleo de la UPV, guía de 8 páginas en torno a «Inteligencia emocional» [disponible en http://www.upv.es/contenidos/SIEORIEN/infoweb/sieorien/info/839691normalc.html].

[23] Véase la lista de cursos en [https://www.upv.es/contenidos/SIEORIEN/infoweb/sieorien/info/734990normalc.html].

puedes formarte en estas áreas tan demandadas por el mercado. Si no conseguiste destacar en clase, puedes hacerlo ahora en la empresa mostrando un buen manejo de tus emociones. Ser competente emocional es el doctorado perfecto del autosiglo. La educación emocional se despliega más allá de la academia. Educar las emociones forma parte de *la escuela de la vida*, una escuela que no diferencia entre nada y todo. Carece de sede, pero su aula es el mundo; carece de profesores, pero el profesor eres tú; carece de asignaturas, pero hay situaciones; carece de evaluaciones, pero tienes que rendir cuentas.

Los padres han quitado valor a las notas, y la sociedad ha aceptado rendirse para rendir. Hay tantos y tan buenos currículos, que valorar *otras* cosas (el entrenamiento emocional) es una forma elegante de cribar el excedente. Hoy, en el lugar menos pensado, puedes ampliar tu currículo. Pienso especialmente en ese momento en que cae la tarde y te relajas del ajetreo en el bar de Antonio. Mientras prepara el café, lees en el sobre del azúcar: «Estoy convencido de que la mitad de lo que separa a los emprendedores exitosos de los que no triunfan es la perseverancia». Reflexionas un instante. «Antonio, ¿no te parece que lo que separa a los emprendedores exitosos de los que no triunfan podría ser también la herencia de sus padres?», contestas mientras le extiendes el sobre. «¡Cómo lo sabes!... ¿Quién demonios es Steve Jobs?»

En el curso de Inteligencia Emocional explican qué es la empatía. La vida, esa maestra severa que, como dijo alguien, primero te examina y luego te da las clases, también nos la enseña. El otro es un ser como nosotros. Por eso, el niño y la niña que todas llevamos dentro se queda mirando lo que no comprende. «Mamá, ¿por qué ese señor está descalzo?, ¿no tiene frío?» ¿Hay mayor empatía que esa mirada? Contra ese camino de Humanidad, se dibuja otro, el del éxito, que descafeína la empatía y nos permite «disfrutar un poco». Sin alma (como diría John el Salvaje), naturalizamos el horror de las calles, de los espejos, de las carnicerías, de las tijeras, de los convenios y del mundo. Sintonizar con los pagos de una existencia hipotecada al trabajo bloquea la capaci-

dad de empatizar con lo intolerable. Nos insensibilizan con sus estrategias de mercado y luego, a través de sus cursos, quieren que recuperemos ¿la empatía?

> Es la capacidad de experimentar y comprender las emociones que otra persona está sintiendo. Es una actividad que se asienta en el hecho de compartir el estado emocional de la otra persona. Entender por qué los demás se sienten como se sienten constituye el fundamento básico de la capacidad para establecer relaciones sociales exitosas. Son tres, según Rosenthal, los elementos que permiten la aparición de la empatía:
>
> — La atención.
>
> — La sensación de bienestar mutua.
>
> — La coordinación no verbal.

Definiciones *detox*[24] para la clase media. Nos engordan (entrenan) primero, para comernos (esclavizarnos) después. Como denuncia la artista conceptual Jenny Holzer con su mirada puesta en Bosnia, «donde mueren mujeres estoy totalmente alerta».

En el barrio donde crecí, hasta no hace demasiado tiempo, cuando Fátima estaba triste todo el mundo sabía que era porque su mamá había tenido una recaída. Si Diego se enfadaba era porque algo no le había salido como quería. Y claro que había rarezas. No se entendía –o sí– cómo Begoña, con cuatro hijos y con apenas un año de viudez, volvía a casarse. Todo este conocimiento nos acercaba y alejaba de los otros, y si alguien necesitaba ayuda, porque se había quedado temporalmente sin trabajo, siempre había una mano que le sujetaba. Las relaciones no dejaban de ser una madeja de redes afectivas, donde cohabitaban simpatías y antipatías. La empatía –cuando aún no recibía ese nombre– es algo que los pueblos han manejado con naturalidad siempre que las circunstancias lo han permitido. Las gue-

[24] Juego de palabras que hace alusión a la moda de los batidos detoxificantes, o batidos «detox». Hoy la psicología positiva ha incorporado esa terminología a sus cursos.

rras, las dictaduras, el empobrecimiento, la alienación... *mezclan todo, confunden todo.* Recuerdo las palabras de Jairo –preso político colombiano– durante una visita en la cárcel de Bellavista, en Medellín: «Aquí todo se agudiza, quien es solidario se hace más solidario, y quien es egoísta se vuelve más egoísta».

¿Qué se entrena en los cursos de empatía que ofrecen las empresas a sus trabajadores, o los terapeutas a sus pacientes? El éxito individual de mi mundo empático. Frente a la desigualdad, el desfile de alta costura de mis competencias. La carrera emocional maquilla la problemática social añadiendo más Yo al fuego, más carne solitaria en el asador del modelo, más horas al trabajo sin remuneración. El sabor es doble: nos entrenan para el éxito, pero tenemos un alto riesgo de caer en la depresión.

A finales del siglo XX, la tristeza, agudizada en la ansiedad, nos sumió en una diagnosticada depresión sin género, edad ni condición. La similitud con la crisis del 29 no pasó desapercibida. Se deprimieron las almas, los cuerpos y, entrado el siglo XXI, los mercados. La vida continuaba por el día, pero por la noche una depresión global y colectiva salía de los armarios y, como en el mítico pueblo de Macondo, se propagó el insomnio.

> «Si no volvemos a dormir, mejor», decía José Arcadio Buendía, de buen humor. «Así nos rendirá más la vida». Pero la india les explicó que lo más temible de la enfermedad del insomnio no era la imposibilidad de dormir, pues el cuerpo no sentía cansancio alguno, sino su inexorable evolución hacia una manifestación más crítica: el olvido. Quería decir que cuando el enfermo se acostumbraba a su estado de vigilia, empezaban a borrarse de su memoria los recuerdos de la infancia, luego el nombre y la noción de las cosas, y por último la identidad de las personas y aun la conciencia del propio ser, hasta hundirse en una especie de idiotez sin pasado[25].

Vaya si «nos rendirá más la vida», y vaya si la vida no acabará en el olvido. Sin parar y a toda máquina, presa de la produc-

[25] G. García Márquez, *Cien años de soledad*, Buenos Aires, Sudamericana, 1967, p. 60.

ción en cadena y de la competencia, nos hundimos «en una especie de idiotez» que acaba estallando por dentro. La entropía mana de las profundidades enrojecidas sin firmamento, desparramando la presión interna, la «idiotez sin pasado». Hemos consentido llamar a ese encadenamiento «depresión», y cuando se puede –que no es siempre– la medicina extiende una baja. Nos rinde más la vida, pero no damos más de sí. Detrás de los cristales, del éxito inalcanzable, la congoja histórica subyace tímidamente. Se queda en la cama, en la casa, donde nadie puede verla, tomando Valium y Lexatín a la espera de la incómoda vuelta al mundo. Mientras tanto la televisión, fiel compañera de la casa, canta su nana y títulos como *El búho que no podía ulular, ¿Quién se ha llevado mi queso?, Nos queremos mucho, pero..., o La princesa que creía en los cuentos de hadas* reposan en la mesita de noche –aliados perfectos del rendimiento–. Ahora también está internet para envolvernos en la espiral de autoconsumo. El sentido de la mal llamada «depresión» beneficia a las farmacéuticas. La montaña del tener es la cima que alcanzar, y la más terrible enfermedad, el olvido, se apropia del ser a través de la congoja para convertirnos, pongamos, en socios de sus gimnasios, donde, como dice Barbara Ehrenreich, nos mataremos por vivir más.

Excelente idea la de invertir en el entrenamiento para detectar cuáles son las emociones que esconde nuestra actitud. «Busca las emociones que te bloquean, reconócelas hasta el grado en que seas tú y sólo tú único responsable, acéptalas, sumérgete en ellas y cámbialas.» El mensaje es cristalino: no seas díscolo y pronto tu vida funcionará. Obsesionados por desbloquearse, por fluir, por vibrar positivamente, los ansiosos cuerpos deprimidos pierden la posibilidad de cordura y amplían el horizonte buscando manejar las emociones. Identificarlas puede ayudar a controlar los nervios, frenar los impulsos, mitigar la frustración, superar la pena. Conocer y controlar las emociones puede evitar el portazo, el golpe que la madre le suelta al adolescente que llega a casa en el momento justo en el que iba a darle un síncope, el improperio al peatón que cruza tres centímetros más allá del paso de cebra, la contestación al profesor que te suspende,

colgar el teléfono cuando no queremos seguir escuchando, ir al frigorífico a saciar la ansiedad, comprar impulsivamente para rellenar huecos, matarnos en el gimnasio... El entrenamiento emocional puede evitar, pero lo cierto es que no garantiza nada. Hay un mundo entre *poder* y *conseguir*. Y un abismo entre conseguirlo una vez y repetirlo siempre. Incluso para los entrenadores, «maestros» en la materia, el éxito es un lujo. Así lo demuestran personajes como el doctor del amor en la película *Hitch*, o el escritor Michael Stone en *Anomalisa*, que se dedican a motivar a otros, mientras son incapaces de ayudarse a sí mismos. Hitch no puede conseguir el amor de Sara, y Michael sufre la congoja histórica del infierno de lo igual. ¿En qué momento falló aprender a aprender? Probablemente cuando pasaron por encima del espacio ético se dieron cuenta de que lo que hacían era una tomadura de pelo. Ninguno de ellos motiva a la gente para conseguir sus objetivos, sus sueños, su libertad; ambos motivan a la gente para que sus objetivos coincidan con los de su empresa, su pareja, su familia, etc. La realidad no dista mucho de los guiones de Hollywood, donde se llama «motivación» a la manipulación e influencia; y donde se esconde la depresión de la vida pública. En el capitalismo, las clases trabajadoras sonrientes e hipotecadas, que veranean y se reciclan, no tienen éxito, sino depresión. Una depresión producto de una sociedad donde el yo necesita sentirse constantemente dispuesto, motivado, pleno y útil. La depresión se camufla bajo el consumo y el entretenimiento, pero el ritmo neoliberal de disposición plena es como el corredor de fondo: no muestra su fatiga hasta que cae desmayado.

Inteligencias múltiples

Una teoría modular de la mente

En 1983 Howard Gardner y sus colaboradores de la Escuela Superior de Educación de Harvard proponen un modelo de concepción de la mente donde la inteligencia es concebida como

una red de conjuntos autónomos relacionados entre sí[26]. Rompen con la idea monolítica de que la inteligencia es un conjunto unitario, susceptible de ser medida a través de los tests tradicionales (Binet-Simon y Stanford-Binet). El coeficiente, o cociente intelectual (CI), es el valor que resulta de estos tests, y desde principios del siglo XX mide la inteligencia. Muchos de nosotros los hemos realizado en la escuela o el instituto, para descubrir que los dioses no nos habían elegido, y aún hoy empleamos ese término para referirnos a la inteligencia de una persona. Recientemente escuchaba a una mamá hablando de las habilidades de un niño: «Tiene un coeficiente de inteligencia por encima de la media». Gardner y sus colegas, reacios a utilizar el CI como medida de la inteligencia, le habrían dicho que ese dato sólo representa una habilidad general en un marco artificial en un tiempo determinado; y que ese valor reduce la inteligencia a poco más que una prueba lógico-matemática-lingüística y espacial, e innecesaria si observamos los resultados académicos del año anterior. De paso, nos ilustrarían sobre su *teoría de las inteligencias múltiples* (IM) y cómo estas han sido incorporadas al conocimiento colectivo del planeta. Yo no dije nada, guardé silencio y seguí contemplando las habilidades de aquel niño, esperando que diese alguna señal de pertenecer a la familia de *Los Increíbles*.

La teoría de las inteligencias múltiples asume la definición científica de que la inteligencia es la *capacidad de solucionar problemas o elaborar bienes valiosos*, pero dinamita la visión reduccionista de la inteligencia única que mide el CI. No niega el componente genético de la inteligencia, pero dirá que «creer en la inteligencia única con la que hemos nacido es muy occidental». Gardner propone la existencia de inteligencias que interactúan y se potencian entre sí. La inteligencia es múltiple, independiente y plástica, se puede desarrollar. El medio, las experiencias vividas y la educación recibida contribuyen a nuestro estar en el mundo. En ese sentido, las circunstancias y las oportunidades pesan más que el resultado de un test que alguien elaboró en París hace

[26] H. Gardner, *Frames of Mind. The Theory of Multiple Intelligences*, Nueva York, Basic Books, 1983.

más de cien años. Tampoco niega la utilidad de los resultados de los análisis factoriales que llevaron, entre otros, a Thurstone[27] a decir que la inteligencia está compuesta por múltiples factores. El modo de Gardner de referirse a ellos nos lleva a preguntarle, junto con Larivée: ¿cómo explicar de otra manera, sino por un sesgo ideológico, la indiferencia que manifiesta ante un siglo de investigación en análisis factoriales y el sostenimiento, incluso contra toda evidencia, de la existencia de habilidades cognitivas independientes y de igual importancia? Al menos cinco inteligencias de Gardner coinciden con las que señalan el factor G.

Los investigadores de la honorífica Universidad de Harvard encuentran la respuesta a por qué un buen expediente académico por sí solo no se traduce en éxito y felicidad. Desenvolverse en la vida es otra cosa que resolver fórmulas complejas y sacar buenas notas, lo cual, aunque importante, no agota la riqueza de esa vida que se cuela por las ventanas y que sale por las puertas y que, según esta línea de investigación, requiere atención personalizada. Para la teoría de las inteligencias múltiples, la inteligencia es la competencia cognitiva de habilidades, talentos y capacidades mentales que todas tenemos en mayor o menor medida dependiendo de en qué ámbitos. Nuestras IM pueden tener un desarrollo desigual, sin que ello signifique un obstáculo para la realización personal. De esa forma, contrarresta la supremacía de las concepciones clásicas y nos libera del estigma de una mala puntuación del CI. Según el planteamiento de las IM, Jane Goodall no sería más inteligente que Nykhor Paul por ser primatóloga londinense. Ni Nykhor Paul sería más inteligente que Jane Goodall por ser modelo de alta costura sudanesa. Cada una tuvo que organizar sus circunstancias para ser lo que son. Poner la inteligencia del lado de la investigación de los primates, menospreciando la capacidad que hay que tener para empoderarse de las pasarelas siendo una activista refugiada, es injusto, y así pretenden explicarlo las IM. No obstante, ¿las in-

[27] El psicólogo estadounidense Louis Leon Thurstone (1877-1955) fue pionero del campo de la psicometría, reconocido por sus aportes de análisis factorial y la creación de la *escala Thurstone* para la medición de actitudes.

teligencias tienen el mismo nivel? El ilustre psicólogo francés de la universidad de La Sorbona, Pierre Oléron, trabajó durante toda su vida cuestionando la posibilidad de la inteligencia sin el lenguaje. A este respecto, sus escritos dibujan una grieta en el modelo de Gardner, que junto con otras problemáticas, como la que presenta otorgar el estatus de inteligencia a los talentos, es importante señalar en el debate.

Hasta la fecha se han identificado hasta trece inteligencias. Gardner y su equipo son responsables de más de una decena de ellas, pero en un primer momento identificaron ocho. La inteligencia lógico-matemática, lingüística, espacial, corporal-kinestésica, musical, naturalista, intrapersonal e interpersonal. Incorporaron posteriormente la inteligencia emocional, la existencial y recientemente hablan de la pedagógica. Además, aceptaron la inteligencia creativa del profesor Alan J. Rowe, y la colaborativa de Pierre Levy. A continuación, una breve explicación de cada una de ellas.

La *inteligencia lógico-matemática* es la capacidad de entender las relaciones abstractas y resolver problemas. Investigadoras, matemáticos, informáticos, ingenieras, contables y analistas financieros hacen gala de ella.

La *inteligencia lingüística* es la capacidad de entender y utilizar la lengua. Poetas, escritoras, abogados, políticas muestran aptitudes inherentes a la producción discursiva, a las funciones y utilización del lenguaje.

La *inteligencia espacial* es la capacidad de ver los cuerpos y orientarse. Arquitectos, marineros, ingenieras, cirujanas, escultores, pintoras, cartógrafas, ajedrecistas... perciben, recrean y pueden modificar las formas sin un soporte concreto.

La *inteligencia corporal-kinestésica* es la capacidad de percibir y reproducir el movimiento. Bailarines, atletas, actrices reflejan un extraordinario dominio de sus movimientos.

La *inteligencia musical* percibe y reproduce la armonía, el ritmo, la composición, la melodía. Cantantes, técnicos de sonido, compositores, directoras de orquesta tienen oído para ejecutar las tareas musicales.

La *inteligencia naturalista* es la facilidad de convivir con la naturaleza. Campesinos, senderistas, botánicas, geólogos, aventureras...

La *inteligencia intrapersonal* permite el autoconocimiento y el control. Destaca en escritores y terapeutas, lo que les permite hacer una autorrepresentación precisa, fiel y eficaz.

La *inteligencia interpersonal* permite empatizar, hacer amigos. Profesores, magos, vendedores, terapeutas, *coaches* manejan con una sensibilidad especial los humores, los temperamentos y las motivaciones.

Estas dos últimas, la inteligencia intrapersonal e interpersonal, están relacionadas con la inteligencia emocional (de la que hablamos en el punto anterior), y determinan la capacidad de dirigir nuestra propia vida de manera satisfactoria.

La *inteligencia existencial* es responsable de las preguntas fundamentales acerca del ser humano, la existencia y Dios. Los filósofos y los teólogos destacan en ella.

La *inteligencia creativa* es la capacidad de producir ideas originales y dar respuestas novedosas para adaptarse a las circunstancias. Se funda en cuatro pilares: intuición, innovación, imaginación e inspiración. Inventores, emprendedores del futuro y artistas dan cuenta de su potencial creativo.

La *inteligencia colaborativa* se encarga de elegir la mejor opción para alcanzar la meta trabajando en conjunto. La idea es que nadie sabe todo, sino que todos saben algo, por lo que es necesario que todos desarrollen sus competencias. Trabajadores *online*, en red de diferentes profesiones la manejan.

Por último, la *inteligencia pedagógica* es la que nos permite enseñar con éxito a otras personas. Maestros, profesores, comunicadores, *influencers*[28].

---

[28] Un *influencer* es una persona que cuenta con cierta credibilidad sobre un tema concreto, y por su presencia e influencia en redes sociales puede llegar a convertirse en un prescriptor interesante para una marca. Definición recogida en la web de *marketing* digital *40deFiebre* [https://www.40defiebre.com/].

La concepción múltiple de las inteligencias –que basa su investigación en la observación de las habilidades en la infancia, así como en la variable expresión de las personas que tienen daños cerebrales y en otros aspectos de la condición humana– recibe severas críticas por parte de la comunidad científica. Por el contrario, el mundo educativo la abraza con fuerza debido a su «carácter humanista».

> La belleza del modelo y su carácter humanista seducen a los docentes. La precisión de su lenguaje inyecta una dosis de esperanza a los docentes que se enfrentan cada vez más a alumnos con dificultades escolares. Ellos esperan, en efecto, contrarrestar los fracasos escolares de alumnos con menor aprovechamiento en las materias lógico-matemática y lingüística, considerando otras formas de inteligencia... Cuestionar los métodos tradicionales para medir la inteligencia confiere cierta legitimidad al debate. Que el ataque sea justificado o no cuando se inscribe en la actualidad, basta para que toque las sensibilidades para suscitar adhesión. Los argumentos no necesitan fundamentarse, basta que respondan a las preocupaciones del lector. En este sentido, las proposiciones de Gardner tienen por qué lograr el júbilo de los docentes: ¡por fin la inteligencia única recibe un gran golpe![29].

Los medios de comunicación posicionan la noticia, y los halagos de la opinión pública llenan las revistas que se leen en las peluquerías, en la sala de espera del dentista, en la consulta del terapeuta... Dicen que es una teoría «que nos iguala a todos», «precisamente nos iguala respetando nuestras diferencias». «No debes sentirte inferior por no ser bueno en algo. Debes buscar cuál es tu tipo de inteligencia.» La teoría de Gardner amplía el horizonte reduccionista, y se adapta a los nuevos tiempos, donde la educación tradicional no puede satisfacer las necesidades de todos al privilegiar la inteligencia lógico-matemática-lingüísti-

[29] S. Larivée, «Las inteligencias múltiples de Gardner. ¿Descubrimiento del siglo o simple rectitud política?», *Revista Mexicana de Investigación en Psicología* 2/2 (2010), pp. 115-126.

ca. La diversidad en las habilidades del alumnado requiere una enseñanza adaptada y propia (individual). Junto con la Inteligencia Emocional, la teoría de las Inteligencias Múltiples avala la reforma que transforma los centros de enseñanza en centros de entrenamiento. La enmienda en cuestión se llama «educación personalizada».

Educación personalizada

El concepto *educación personalizada* parte de saber al alumno –valga la redundancia– un ser personal, diferente a los demás, autónomo y social. Desde esta consideración, personalizar la educación ayuda al educando no sólo a adquirir conocimientos sino a lograr encontrar el verdadero sentido de su vida. El éxito de la educación personalizada está en respetar el «ritmo personal de aprendizaje» y adecuarse a las necesidades y particularidades del alumnado. La pedagogía Waldorf, el método Montessori de «educar en libertad», la escuela democrática Summerhill, Sudbury o Amara Berri son ejemplos de este concepto que se instala iniciado el siglo XX como alternativa a una pedagogía autoritaria, limitadora y excluyente. Que estas pedagogías funcionan lo demuestran décadas de experimentación donde son los niños quienes, con más o menos autonomía, deciden el qué y el cómo. El acceso a la universidad tampoco es un problema. Cuando deciden ir se les prepara. Y normalmente, tarden más o menos, consiguen acceder a la facultad. Pero nos inquieta el tipo de subjetividad que se constituye en estos centros. ¿Cómo y con quién empatiza?

Hagamos un brevísimo recorrido por aquellas pedagogías, que apelan a la curiosidad y las necesidades espontáneas del niño para que se interesen por el mundo que les rodea. Al inicio de su línea de tiempo sitúan al filósofo checo Juan Amos Comenio. Su obra *Didáctica Magna*, editada en 1630, analiza el papel fundamental de la educación para el individuo y para las sociedades, afirmando que la escuela es el taller de la humanidad y no «mataderos de mentes». La línea continúa con el *Emilio* de Rousseau y su aporte de que el alumno debe llegar por sí mismo a la res-

puesta; Pestalozzi y su defensa de la escuela popular; Tolstói y su labor docente al aire libre sin forzar al alumno a estudiar; la influencia krausista de la Institución Libre de Enseñanza; la pedagogía libertaria de Ferrer i Guàrdia; la escuela democrática inspirada en Dewey, que desde 1916 habla del educador como un guía; Montessori; Rosa Sensat; la antroposofía de Steiner cristalizada en la pedagogía Waldorf; Neill y su idea de practicar la cura de la infelicidad en Summerhill; Makárenko y la importancia de otorgar responsabilidades; Freinet y sus clases-paseos; el constructivismo de Vygotsky y Piaget; el enfoque Reggio Emilia de la nueva educación; Malaguzzi y las múltiples maneras de comunicarse del niño; Emmi Pikler y el desarrollo del bebé en un ambiente propicio; Lorenzo Milani y su lucha contra la desigualdad; John Holt y el movimiento *homeschooling*; Marta Mata y la escuela laica; Aucouturier y la psicomotricidad; Paulo Freire y la pedagogía del oprimido; Ivan Illich y McLuhan y la casualidad de aprender; Bruner y el aprendizaje por descubrimiento, donde el profesor es un motivador; Arno Stern y la formulación en clave de pintura; Josefa Martín Luengo y la *paideia* anticapitalista; Loli Anaut y la interrelación de las materias desde la experiencia, al modo Amara Berri. Y, cómo no, Gardner.

Son tantos y tan variados los aportes, que vuelven a nuestra cabeza las palabras de *El Principito:* se *confunde todo*, se *mezcla todo*. ¿Quién acepta esa metodología severa del grito, golpe y castigo que siembra el terror y destroza el ingenio? Esos métodos son propios de tiranos. Pero, ¿por qué iban a sobrar el aula, el pupitre, el libro de texto, la lección, la asignatura? La Segunda República española, expresión de una escuela universal, gratuita y de calidad, se caracteriza por su metodología activa, cooperativa, integradora, que maneja el pupitre, el libro y la lección tanto como las salidas al campo, la construcción de materiales didácticos propios, y el juego. El Mayo francés, que tiene como fin una sociedad donde haya igualdad de oportunidades, defiende la eliminación de los exámenes en los que se basa la educación burguesa. Sin embargo, ¿aceptaría la Segunda República la educación personalizada de la automodernidad?, ¿aceptaría el Mayo francés un proyecto educativo que tiene como propósito la sal-

vación personal, por mucho amor que parezca haber en él, o porque prescinda de las pruebas de evaluación? La trasmutación que está sufriendo el centro educativo en centro de entrenamiento, ¿no es una apófisis de esa educación bancaria que critica el propio Freire? ¿Cómo mezclar todo esto sin confundirlo, sin convertirlo en su propia crítica? ¿No se parecen esos centros privados, o privados concertados, de metodologías innovadoras, alternativas o activas, donde se juega, se cocina, se siembra, se recorta, se pinta, y se lee y se estudia «si quieres», a esa educación exclusiva, propia de familias con medios económicos, limitada a ser lo que somos, y, a veces, también dogmática ante la imposibilidad de comunicarse con una realidad tan diferente a la del centro donde se expresa?

En el Estado español, entre el 2010 y el 2016, ha habido un *boom* en la educación activa. Ya sea por el tenebroso panorama del sistema educativo, que con la última ley de educación (la LOMCE) nos tiene compitiendo entre sí y para sí, o por la severa crisis sistémica que no explica nadie, y que deja el mundo de los valores por el suelo. Lo cierto es que la ciudadanía ha perdido la confianza en las instituciones y muchos prefieren matricular a sus hijos en centros alternativos. En un intervalo de tres años el directorio Ludus ha pasado de contabilizar 30 a más de 800 centros con pedagogías activas[30]. Si quieres saber cuántos prestan servicio a tu alrededor no tienes más que navegar por su web.

En Caldelas de Tui, Pontevedra, desde 1973 funciona O Pelouro, una escuela neuro-socio-educativa. Un modelo educativo que «se inscribe en el paradigma sociocrítico como "pedagogía interactiva intersectiva", que conlleva una función escolar basada en la investigación-acción centrada en el Niño, con una arquitectura modular conexionada organizada a través de contextos desarrollantes en los que el procesamiento de la información, las emociones y las relaciones impregnan el currículo de dentro-a-fuera y de fuera-a-dentro, en una dinámica que propicia la yoización básica (Llauder-Ubeira) y el desarrollo socioin-

[30] Almudena García, *Otra educación ya es posible: una introducción a las pedagogías alternativas*, Albuixech (Valencia), Litera, 2017, capítulo 2.

dividualizado, concienciado y saludable: ser y hacer, con-vivir y aprender»[31]. César Bona nos la presenta en su libro *Las escuelas que cambian el mundo*[32]. Nos relata que lo que antes era un balneario hoy es una escuela sin pupitres que desde hace cincuenta años desarrolla las funciones neuronales a través de la inteligencia emocional. «Esto es Luria, esto es Vygotsky, esto es Leóntiev. ¡Y tienen que ser los tres! Y la escuela debe tener los tres», dice Teresa Ubeira, fundadora y pedagoga terapeuta. O Pelouro cuenta con una metodología de alto rigor científico y, por tanto, trasmisible. Un centro que, aunque aún no se ha implementado en otras regiones de la península, ha logrado ser un centro concertado y gratuito. Dos palabras que ya desde antes de la aparición de la Marea Verde sabemos incompatibles, pero que Bona, en su relato, parece ignorar. O Pelouro es un centro concertado, es decir, un centro de gestión privada que, gracias a las políticas mercantilistas, ha conseguido financiarse con recursos públicos.

¿Significa esto que en O Pelouro no se haga un buen trabajo? No, de hecho, son muchas las familias y los niños que se muestran conformes. Sencillamente, indicar que, aparte de disminuir los recursos con los que cuenta la educación pública, observamos que realizan un trabajo que genera un tipo de subjetividad que bien podría beneficiar, con mucho, los propósitos del capital. Estos singulares centros, que tantas trabas deberían suponer a la sociedad mercantilista, finalmente no han sido sólo consentidos, sino que están siendo estimulados por la cultura neoliberal; la misma cultura que se ha propuesto desgastar el sistema público para convertir la educación en una mercancía. Y ante esto sí que tenemos mucho que decir.

En el brevísimo recorrido por el que hemos pasado, hay ideas y prácticas que son verdaderamente geniales. Como todo, depende del uso, de los contenidos, del para qué. Las nuevas metodologías activas de enseñanza lo que vienen a hacer no es otra cosa que desvirtuar y descontextualizar la contribución de gran-

[31] [https://ludus.org.es/es/pelouro].

[32] C. Bona, *Las escuelas que cambian el mundo*, Barcelona, Plaza & Janés, 2016, p. 308.

des pensadores y sus aportes intelectuales al mundo de la enseñanza, en pro de la construcción de un sujeto neoliberal.

Fue en América Latina, en el seno de los movimientos, las organizaciones y las escuelas populares donde comprendí la importancia de empezar el día con lo que allí se llama «la mística». La primera vez que me dijeron «vamos a la mística», me quedé petrificada. La mera idea de tener que volver a ponerme en situación de introspección para atraer los pensamientos positivos pesaba horrores. Había aceptado mi mortalidad con todas sus falencias y no quería incomodar la tranquilidad de la felicidad allá donde habitase. Ir a la mística era innecesario para mí, pero noté que no se trataba de una sugerencia, sino de un acto de respeto, y fui. En el suelo del jardín había tres cuencos: uno con tierra, otro con agua y otro con cereales. Alrededor las personas que formaban parte de la escuela hacían un hemiciclo. Una mujer leyó una nota que explicaba el derecho de habitar el territorio, trabajar la tierra y acceder al agua y a la comida. Mientras todos aplaudían, volví a quedarme petrificada. ¿Qué mundo tendríamos si la mística de cada lugar tratara estas cosas? Así comienzan las mañanas en las escuelas populares del continente suramericano. Cada una es un canto a la memoria, una invitación a recordar lo que quieren borrar pretorianamente las megaempresas, los Estados, el neoliberalismo y el capital. Por eso, descolonicé la mirada hacia esa costumbre. Cada mañana conviene recordar antes de continuar con la vida, en comunión o en soledad. Ayuda a tener claro el camino.

En O Pelouro, cada mañana una centena de niños y niñas se disponen en hemiciclo y comienzan cantando:

¡Mirad, mirad aquí en mi ce-re-bro, sí,
yo voy a in-ventar un nue-vo pro-yec-to,
yo soy quien e-li-ge y toma de-ci-sión,
invito a compañeros y entramos en acción!

¡Cuánto me gustaría que se cantara otra canción! Facilitaría la construcción de ese otro mundo posible y necesario. Sin embargo, estas cuatro frases encajan con relativa facilidad en el mun-

do feliz del protayoísmo, cuyo mejor *look* no desdeña a los otros, sino que los necesita para que todo funcione con normalidad, aparentando igualitarismo.

Cuando olvidamos que nuestro método no se puede universalizar, no ya porque no sea riguroso y científico, sino porque se han sacrificado las condiciones materiales y sociales que permiten extenderlo y ampliarlo, en beneficio de un grupo exclusivo, estamos validando un sistema injusto e inhumano. Jugar al avestruz no cambia las circunstancias, eso sí, libera de ser testigo, y podemos hacer uso de nuestro derecho a disfrutar un poco. Pero de esto no se habla. En la agenda hegemónica no se habla de una escuela pública, gratuita y de calidad, una escuela que no vaya como pollo con la lengua fuera para alcanzar los objetivos que se marcan desde los despachos, una escuela a la que no le falte constantemente tiempo, una escuela humana, demasiado humana. El sujeto del siglo XXI, con el título de padre, madre, docente, alumno, o ciudadano, prefiere la novedad.

Lejos de reparar en estas y otras cuestiones, los centros escolares, al ver peligrar su integridad, se hacen eco del rasposo debate que contribuye a prestigiar la educación emocional y la teoría de las inteligencias en las aulas con la finalidad de practicar un método activo donde sea la escuela la que se acomode al niño y no al revés. Es decir, que sean los intereses del niño –resultado de su socialización en el mundo consumo– los que determinan no sólo la metodología, sino algo más importante: los conocimientos que se enseñan en las aulas.

Hoy, los portones de las escuelas se han abierto a esos filántropos capitalistas de la educación cuyos ojos echan chispas de júbilo viendo cómo nos quedamos embobados ante los nuevos formatos del *lobby* neoliberal, como *Aprendemos juntos*. A través del vídeo educativo, tutores, docentes, alumnado y ciudadanía en general recibe su dosis motivacional, aumentando el prestigio de la pedagogía del afecto, el desarrollo de talentos, el aprendizaje por proyectos, educar en libertad, y tantas otras metodologías que, en una sociedad despolitizada como la nuestra, y puestas al servicio del mercado, conforman el sujeto para la acción. Un sujeto que se tiene a sí mismo como fin, y cuyo resulta-

do es el clímax del individualismo. Con la irrupción de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación (TIC) se concreta la reforma de convertir los centros de enseñanza en centros de entrenamiento del sí. «Las TIC nos ofrecen multiplicidad de recursos de apoyo a la enseñanza (material didáctico, entornos virtuales, internet, blogs, wikis, foros, chats, videoconferencias, y otros canales de comunicación y manejo de información), desarrollando creatividad, innovación, entornos de trabajo colaborativo, promoviendo el aprendizaje significativo, activo y flexible»[33]. Parece que la deriva es imparable. La escuela pública –en peligro por la proliferación de centros alternativos y concertados, así como por la política de los recortes– que abandera la enseñanza de conocimientos y practica la herencia socrática del «conócete a ti mismo» ayudando a los alumnos a pensar por sí mismos, deviene en centros de entrenamiento neoliberal de educación personal.

Televisión Española (TVE) emitió en el programa *Redes*[34] parte de la entrevista que Eduard Punset realizó a Howard Gardner cuando este recibió el premio Príncipe de Asturias en Ciencias Sociales en 2011. En ella, el premiado investigador afirma que «la disponibilidad de ordenadores, dispositivos portátiles, tabletas gráficas, significa que ya no tenemos que enseñar la misma cosa del mismo modo, ni examinar de una sola manera. Tenemos la suerte de vivir en esta época [...]. El *software* y el *hardware* son tan versátiles que puedes aprender algo de múltiples maneras [...]. La cuestión es descubrir cómo aprende una persona, descubrir sus pasiones y utilizar todos los recursos humanos y tecnológicos que nos sirvan de ayuda. Por supuesto, se trata de un ideal, pero estamos más cerca de ese ideal de lo que habíamos estado nunca antes de la revolución digital». Las aulas se llenan de emociones, inteligencias y dispositivos personales conectados entre sí a través de las redes, bajo

[33] [http://tecnologiaeducativariojana.blogspot.com/p/501-una-didactica-de-las-tic.html].

[34] Disponible en *YouTube* [https://www.youtube.com/watch?time_continue=3&v=jvexVmtf2dk].

el manto del *longlife learning*, el aprendizaje para toda la vida. «Seríamos personas disfuncionales si dejásemos de aprender», afirma Gardner. No suena nada bien eso de ser un individuo disfuncional, que no cumple adecuadamente su finalidad y no funciona como corresponde. De hecho, el sustantivo que precede a «disfuncional» siempre se mete en líos. La neurona disfuncional, con su despiste, causa enfermedades degenerativas, el tímido pene disfuncional aborta la relación sexual, la familia disfuncional desatiende el rol y cae presa de abusos físicos y/o morales. Disfuncional también es el apelativo que utiliza el sistema para desacreditar a aquellas personas que molestan e incomodan. A Berta Cáceres, defensora del medio ambiente hondureña, le dijeron los asesores de la empresa extractivista que iba a destruir el territorio del pueblo lenca, que provenía de un contexto disfuncional. Entre risas decía: «Habría que saber qué es para ellos lo disfuncional». Poco después, moría asesinada en favor de lo funcional, es decir, lo funcional era eliminarla para poder llevar a cabo sin obstáculos los planes empresariales de apropiarse de las riquezas ajenas. Berta se metió en líos. Visto lo cual, parece lógico querer ser funcional, aunque sólo sea para salvar el pellejo. Lo funcional suena como si funcionase, aunque esconda la peor de las disfuncionalidades: funcionar de acuerdo a los planes de otro (que muy normalmente acaban en la aniquilación de la propia identidad para la construcción de una identidad opresora, aunque lo ignoremos). Lo funcional es mantenernos en una eterna minoría de edad.

Algunos estudiosos hablan de las nuevas generaciones como *analfabetas funcionales*. Las definen como aquellas generaciones que saben descifrar las palabras, pero son incapaces de leer con atención y profundidad, lo que dificulta la adquisición de conocimientos y el desarrollo del pensamiento crítico. Marianne Wolf advierte que los procesos esenciales que permiten la lectura profunda están amenazados por los nuevos circuitos que requiere el cerebro para hacer frente a la lectura digital. Según parece, la tecnología y sus nuevos dispositivos ponen en riesgo la evolución que tuvo que hacer el cerebro para pasar de decodificar información básica a realizar lecturas profundas. La autora

del libro *Cómo aprendemos a leer* defiende la idea de que leer es un puente para el pensamiento, y de que si cambiamos la forma de leer se producirán cambios importantes en nuestro cerebro que afectarán a nuestra forma de ser y estar en el mundo. Desde la sociedad en general, y desde la comunidad educativa en particular, parece urgente detener esta dinámica que pone en juego la evolución cerebral, pero sigue su curso sin mayores impedimentos que los recursos para conseguirlo. El motivo, el analfabeto funcional es el sujeto perfecto para el modelo educativo-empresarial que requiere ese yo empático. Encaja a la perfección en esa formación continua que apela al autoconocimiento sumergido en la experiencia individual del píxel.

Emocionado, Gardner relata que ha propuesto cambiar el nombre de la Universidad de Educación en la que trabaja por el de Universidad de Aprendizaje de por Vida. De nuevo, se cuela en las calles, en los espejos, en las carnicerías, en las tijeras, en los convenios, esa sutil metodología de sustituir los nombres para distorsionar las cosas hasta cambiarlas, hasta hacerlas perder el sentido, hasta desaparecerlas. Allí donde hay comprensión y conocimiento, se ejerce una coercitiva e invisible voluntad de poder para desterrar las palabras de las cosas, que blanquea la historia y la vacía. Vaciar primero para rellenar después. Llama mi atención un anuncio de publicidad en Facebook (una de las empresas de tecnología estadounidense más grandes del mundo). Fernando Fernández, coach de lectura ágil, nos persuade para descargar gratis la guía definitiva de lectura rápida, prometiéndonos conseguir «leer más libros y documentos en el mismo periodo de tiempo, adquiriendo más conocimientos valiosos». Adivino en esta publicidad que se muestra en mi perfil una forma de vigilar la búsqueda y de orientar la inquietud. Lástima que no puedan controlar estas líneas, fieles defensoras de la lectura pausada que no desea devorar documentos y que pide tiempo para comprender. Tiempo para leer toda la vida. El mismo tiempo que fagocita la formación permanente del reciclaje.

Con todo, gana adeptos la idea que promueve la educación personalizada de que la escuela sea un espacio donde cada uno pueda explorar, y encuentre la manera más cómoda y eficaz de

adquirir los conocimientos y destrezas necesarios para la vida. La automodernidad queda seducida por una escuela que potencia el trabajo en equipo (en red) y la confianza (adaptación). Una escuela creativa e innovadora (competente). Una escuela donde todos sean capaces, donde todos contribuyan aportando lo mejor de sí mismos (funcional), donde los maestros y maestras, en vez de enseñar, hagan otra cosa.

> Creo que cada vez más los maestros se convertirán en guías. Con eso quiero decir que todos sabrán algo de los estudiantes, los estudiantes sabrán algo de sí mismos y los padres sabrán algo de sí mismos y trabajarán en equipo para decidir cuál es la mejor manera de aprender para una persona. Hay cosas que todos debemos aprender, pero no hay ninguna razón para que las aprendamos de la misma manera. Las sociedades con materiales informáticos versátiles y maestros que actúan como guías tendrán una enorme ventaja sobre aquellas donde el *software* no se utilice bien, y los maestros crean que son la fuente de toda la información y todo el conocimiento [...]. Así pues, la idea de que los maestros somos la fuente de toda la sabiduría alimentará nuestra sensación de poder, pero ya no es cierta [...]. El futuro está en las mentes emprendedoras capaces de trabajar con la diversidad cultural y utilizar todos los recursos tanto de su inteligencia como del mundo digital[35].

La educación personalizada, que venía siendo minoritaria pero que trocó en *boom*, el *modelo* de la formación continua, del aprendizaje de por vida, de las TIC, de la IM, de los guías, son una escuela funcional. Una escuela totalmente funcional para un sistema que contradice sus promesas en sus consecuencias. Esta escuela borra los pilares de la historia que no interesa y formatea el orden público y común para instalar el orden personal y privado de las competencias. Una escuela así ¿puede ser dique de contención de ese sistema educativo autoritario, limitador y excluyente?, ¿o favorece con su ideología confundirse en él?

---

[35] *Ibid.*

Ejércitos de expertos en racionalización han normalizado la semántica de la psicología e ideología positiva. Los departamentos dedicados a la ideología del Yo lucen pletóricos. Las cirugías estéticas, la programación de redes sociales, la administración empresarial, las metodologías educativas... Los inversores depositan fondos en las áreas de investigación que reportan multimillonarios beneficios, pero también financian aquellas que, sin ser tan nutritivas, aseguran el control y la rentabilidad. Si la sociedad demanda habitar cuerpos sin vello, las empresas financian los departamentos que se dedican a investigar la estética esquiladora. Nos bombardean con esa publicidad de *pienso que piensa que yo pienso* para convencer y educar en masa. Pero si, por el contrario, atisban que la vulva sin vello puede revertir en un gran movimiento desestabilizador de miles de millones de vulvas peludas, financiarán la campaña a favor del vello púbico y aparecerá un artículo científico explicando los beneficios de no rasurar ni achicharrar el folículo piloso. Así mismo ocurre con los departamentos de salud, robótica, inteligencia... Esto es Keynes y el concurso de belleza con el que explica cómo funcionan los mercados bursátiles[36]. Vaciando la virtud, alejándonos del sentido. «¡No dejéis que vuestra virtud huya de las cosas terrenas y que bata las alas hacia paredes eternas! ¡Ay, ha habido siempre tanta virtud que se ha perdido volando! Conducid de nuevo a la tierra, como hago yo, a la virtud que se ha perdido volando. Sí, conducidla de nuevo al cuerpo y a la tierra: ¡para que sea la tierra su sentido, un sentido humano!»[37], arengaba Zaratustra, fiel a lo humano, demasiado humano. Las mentes del futuro sólo son fieles al sentido de la inversión. Igual que el catálogo de seducción de una empresa, se busca y perfecciona diariamente el diccionario de palabras sexys con el que embaucar los

[36] J. M. Keynes, *Teoría general del empleo, el interés, y el dinero* (1936). Véase el libro IV, *El incentivo para invertir*, capítulo XII, «Expectativas a largo plazo e incentivos para la inversión», ejemplo del concurso de belleza.

[37] F. Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, Madrid, Alianza, 1980, p. 121.

sentidos para vendernos conciencia y felicidad *aeternitatis*. El éter posmoderno de que el problema social son las deficiencias individuales permea en los sentidos comunes y se naturaliza. Acabemos con las deficiencias, huyamos de la disfuncionalidad.

En plena globalización cultural y reorientación de la política educativa, las aulas acogen teorías como la de las inteligencias múltiples. Estimadas por ser herramientas útiles para potenciar la conciencia (el rendimiento) y la felicidad (la rentabilidad) de las mentes del futuro. Herramientas necesarias para afrontar la resurrección de la culpa. Si el problema soy yo, la solución está en mí. Si la solución está en mí, fracasar es culpa mía.

El gardnerialismo (entre otros) se erige como colonialismo civilizador de esa salvaje academia que más de dos mil años después persevera en la lucha por el conocimiento crítico y la verdad. Mezclando todo y confundiendo todo, la teoría modular de las inteligencias atribuye a la academia el hecho de que el desarrollo cognitivo y la adquisición de conocimientos se haya convertido en el más pesado peso. Desde esta premisa, y con la idea de instalarse en el ámbito educativo, Gardner reformula la inteligencia[38] y propone las mentes del futuro. La mente disciplinada (científica, matemática, tecnológica, pero también artística, histórica, filosófica, capaz de ampliar su formación toda la vida), la mente sintética (de carácter interdisciplinario), la mente creativa (capaz de adaptarse al futuro), la mente respetuosa (que convive en el respeto mutuo) y la mente ética (sacrificar el propio interés en pos del colectivo).

> Todavía no hemos decidido cómo prepararemos a los jóvenes para que sean capaces de sobrevivir y prosperar en un mundo totalmente nuevo.
>
> En los capítulos que siguen describiré cinco tipos de mentes que deberemos cultivar en el futuro. Cada una se debe considerar un objetivo educativo: son las mentes que espero ver en mis hijos, en mis nietos, en sus descendientes y en sus compañeros. Creo que

[38] H. Gardner, *La inteligencia reformulada: las inteligencias múltiples en el siglo XXI*, Barcelona, Paidós, 2003.

sabemos lo suficiente para desarrollar una educación capaz de crear personas como estas y con estas mentalidades[39].

La teoría de los cinco tipos de mente deriva de las IM, sirve de contenedor para alojar los debates de las últimas décadas en relación a la escuela y la formación orientada al sujeto. Michel Brater, Rolf Arnold y toda la pedagogía constructivista, de la enseñanza orientada hacia la acción, del pensar y el actuar en perfecto equilibrio, de los métodos pedagógicos sugestivos *(superlearning)*. La capacidad educativa de la mente, de la mano del desarrollo personal y la formación permanente que vincula el aprendizaje con la experiencia de la vida, es la nueva cara de la colonia del ser posmoderno. Disciplina, síntesis, creatividad, respeto y ética. ¿Quién no quiere esas mentes para los suyos, que les ayuden a *sobrevivir y prosperar en un mundo totalmente nuevo*? El mundo global necesita esas mentes. En cambio, ¿por qué tenemos que adaptarnos a este mundo totalmente nuevo, en el que el ser humano cambia para que la economía siga siendo igual? ¿Quién quiere para los suyos este *mundo totalmente nuevo*, en el que sólo se puede *sobrevivir y prosperar*? ¿Qué tipo de educación se está encargando de considerar estas mentes como *un objetivo educativo*? ¿Cuál es el sentido de esta nueva inversión, de esa enseñanza personalizada que cuenta con las emociones, con las TIC, las IM y las mentes del futuro para colonizar la escuela?

A priori, conocerse a sí mismo, comprender a los demás, fomentar el respeto mutuo, y manejar algunos códigos de buena conducta, es deseable y sin duda facilita el proceso de socialización. La escuela, útero del conocimiento, de ningún modo es una barrera para ello. Más bien es el medio idóneo para su construcción natural. En el proceso de adquirir conocimientos el sujeto construye su pensamiento y va tomando partido. En el proceso de intercambio de conocimientos, razonamientos, opiniones y gustos, conoce el mundo que habita, la sociedad que respira. En este sentido, desde hace unas décadas la escuela es una espe-

[39] H. Gardner, *Las cinco mentes del futuro*, Barcelona, Paidós, 2005, pp. 18-19.

cie de mundo de Oz, habitada por seres sin cerebro que tan pronto entran quieren salir. Los procesos de adquisición e intercambio se hacen añicos, e, igual que en el caso de la lectura, generan cambios sustanciales en el entramado de nuestra sesera. Las consecuencias son observables, generaciones de jóvenes incapaces de saber lo que quieren, hiperactivos, reactivos, que viven en guerra consigo, con la familia y con la vida. Ofensivamente se habló de ellos como la «generación nini»[40]: ni estudian, ni trabajan, ni luchan, ni nada. La opinión pública los desdeña, habla de ellos como esa generación sin futuro, condenada a vivir del sacrificio de sus padres. Pero son algo más, representan el vacío, el olvido del ser; son expresión pura de la congoja histórica. Son el eslabón cero, la manifestación del empobrecimiento generalizado, sin el cual el sistema se quiebra. Son garantes del éxito de la autoayuda educativa, pero eso no se cuenta.

En el momento en que la cosa escuela perdió su valor, quedó expuesta. Hoy seducen las excepciones, cada vez menos excepcionales, de las metodologías activas. Estas, y sus artesanos «parques temáticos», camuflan la cuestión. Esos jardines y talleres creativos donde se educa en libertad, donde la infancia, la juventud, puede elegir qué hacer, son el *locus amoenus* de la automodernidad. Después de la generación nini, todas serán generaciones sisi[41]. Sí estudian y sí trabajan; trabajan para pagarse los estudios. Incluso, como ya ocurre en países como Chile, seguirán pagando sus estudios después de graduarse. En vez de dedicar el tiempo que requiere la lectura pausada, la construcción de ideas, la reflexión crítica, tienen que vérselas y deseárselas para conciliar vida, formación y deudas. En esas condiciones, la lectura ágil y las metodologías que dicen «despertar, potenciar y conectar el

[40] El término «nini» viene de *Neet*, acrónimo inglés de la expresión «Not in employment, education or training» («ni trabaja, ni estudia, ni recibe formación»), utilizado por primera vez por el gobierno británico, y su uso se extendió a otros lugares.

[41] Generación sisi es una iniciativa de Pangea, una plataforma global que persigue despertar, potenciar y conectar el talento joven. La plataforma la conforman la Fundación Transforma España, Código Nuevo y Soulsight. Todo un batido de ideología neoliberal y neoconservadora.

talento joven»[42] se hacen imprescindibles, pues así *nos rendirá más la vida.* ¿Hay mejor intento de conciliar explotación y educación? Desarrollar las mentes del futuro de acuerdo a los nuevos tiempos es el problema. ¡Los nuevos tiempos son el ocaso de la mejor Humanidad!

Cuando la escuela, en vez de encargarse del desarrollo crítico del conocimiento, se hace cargo del relato de vida de cada uno para desarrollar, potenciar y conectar el talento, para que cada cual dé lo mejor de sí, no hace lo que dice estar haciendo. En la colonia gardneriana de las metodologías activas y la generación sisi, el educando no puede *ser el que es.* En la educación personalizada, el educando acaba siendo un producto del entrenamiento: *soy el que me digas que soy.* Si eso hubiera pasado con Jesús, no habría sido condenado a muerte, pero en lugar de la Biblia tendríamos la historia de una conversión. El espacio personalizado, divertido y lúdico, de «hacer de uno el que es», reporta un beneficio más allá de las buenas intenciones. Se descontextualiza la enseñanza socrática de que una vida sin examen no merece la pena ser vivida. Las mentes del futuro son el mejor ejército del que puede disponer el mercado laboral.

En la entrevista a Estela –profesora que utiliza estas y otras técnicas en el aula–, pregunté qué significaba «hacer de uno el que es». Noté que dudaba y me pidió que le reformulase la pregunta. «¿Qué enseñas cuando enseñas a hacer de uno el que es?» Esta vez le encantó, y rápidamente respondió: «Enseño a ser uno mismo». «¿Qué significa ser uno mismo?» De nuevo sugiere que reformule la pregunta. Entonces, reconozco en la profesora a uno de esos coach contratados para alcanzar objetivos. Me pongo en el pellejo de los estudiantes y siento que no comprendo eso de ser una misma. Imagino sus cabezas ante el giro personal que evalúa el talento creativo o naturalista, frente al conocimiento de saber, por ejemplo, qué fue lo que llevó a los comuneros de Castilla a morir un 23 de abril de 1521 en la Batalla de Villalar. Siento el vacío, el silencio, preparado para asimilar desde la co-

[42] [http://generacionsisi.com/].

mida basura hasta el despido improcedente. Frente a Estela sólo puedo esperar el cansancio al que me llevará su entrenamiento. Me levanto de la silla triste y asustada. La escuela colonizada y colonizadora necesita este tipo de docente, que asume y demanda esa formación para sí. Poco importa el carácter especulativo, ¡los maestros quieren ser guías!, ¡quieren ser coaches! Pasan inadvertidos frente a la contradicción de que mientras asumen como teoría *hacer de uno el que es*, practican la ley del mercado de *hacer con uno el que quieren que sea*.

Los nuevos tiempos educativos se perfilan entre la versatilidad de los *softwares* de las TIC –que permiten analizar oraciones, conocer el Imperio romano, o resolver ecuaciones siguiendo los pasos– y la capacidad docente de bucear en el marasmo emocional de cada uno de los educandos –que ayude a identificar el *super*talento–. De algún modo, contrarrestar el peso del conocimiento teórico con la práctica liviana del conocimiento personal libera la presión de una sociedad que, como decía Baroja, «defiende lo particular contra lo general, porque tiene como norma práctica la injusticia y el privilegio»[43]. Trabajar el desarrollo personal en la escuela oculta la falta de cuidados de una sociedad que nos embrutece. La teoría de las mentes, aunque parezca un elogio a la horizontalidad, a la construcción de otros sentidos comunes, solidarios y libres, forma parte de la lógica hegemónica del *número uno*.

Una extraña coacción (explicada en la primera parte) determina nuestras acciones. Sin embargo, somos incapaces de atisbarlo. Tampoco vemos los efectos secundarios de educar en la prosperidad personal. La frustración, el individualismo, la irresponsabilidad, el egoísmo y la infelicidad son sus hijos bastardos.

La domesticación de la mente

Stephen Covey, autor del superventas *Los 7 hábitos de la gente altamente efectiva*, afirma ser producto de sus decisiones. «No soy producto de mis circunstancias. Soy producto de mis deci-

[43] P. Baroja, *Las ciudades*, Madrid, Alianza, 1967, p. 11.

siones.» A finales de los noventa, este educador, empresario y orador estadounidense fue nombrado por la revista *Times* una de las 25 personas más influyentes. Él, como todos, es una mezcla de muchas cosas, algunas se deciden y otras se imponen. Una rara mezcla de valores familiares, problemas físicos (una epífisis femoral capital puso fin a su carrera atlética), inquietudes empresariales, creencias mormonas o lecturas de autoayuda proporcionan como resultado a Stephen Covey, escritor de superventas. Sin embargo, los oradores sueltan sus sentencias al ruedo y sin mayores explicaciones desatan la confusión. ¿Cuáles son las consecuencias de afirmaciones tan confusas como influyentes? El caos, el caos en la cabeza y en la red, que nos lleva a confundir las causas y las consecuencias, los deseos y las necesidades, el amor y el capricho. Con estas frases, mientras unos se hacen famosos, otros se arruinan la vida.

Romper con la pareja, cambiar de trabajo, abrir un negocio, tener descendencia, comprar una casa, estudiar un máster... Nuestras decisiones dan forma a lo que somos, pero ¿acaso desaparecen las circunstancias cuando concreto una decisión?, ¿qué ocurre con lo que no decido? Temer ser algo más que el producto de mis decisiones es completamente normal. Exonerar al entorno y regresar a la lógica del camello para cargar sobre nosotros y nuestras decisiones la bóveda del mundo supone un retroceso enorme. ¿Liberar a Atlas tiene que ver con caer, o no, dentro de las cuartas quintas partes del planeta, que no van a trabajar para vivir, sino que viven para trabajar, *producto de* sus *decisiones*?

El sentido común heredado, que aceptamos acríticamente, «desempeña un papel importante en la subordinación aceptada»[44], y se encarga de construir el consentimiento y la hegemonía de las concepciones del mundo burguesas que alimentan estas consignas. Si tiramos del cordón umbilical de la Humanidad –al que apelamos para recuperar el sentido–, y lo recorremos en dirección a su origen, escucharemos una voz interior, la voz del *daimon* irreverente, cuestionador. Y nos golpeará la duda. Lo que soy, ¿no tendrá que ver con el seno de la familia humilde

[44] A. Gramsci, *Escritos (Antología)*, Madrid, Alianza, 2017, p. 395.

y trabajadora en la que he nacido? Al fin y al cabo, es desde ahí desde donde pude tomar mis decisiones. ¿Es casualidad que la mayoría de los que son como yo provengan de familias semejantes? La conversión del yo en obrero de fábrica o actriz sobresaliente revela tener otros hilos que el poder mágico de las decisiones. Sólo una revolución en el orden social puede afrontar la tarea de transformar la lógica del camello en lógica emancipadora, pues de lo contrario seguirá sobrando –como sabe el neoliberalismo– Humanidad. La persona no es ajena al lugar geográfico en que nace, crece, se reproduce y muere. De lo contrario, ¿por qué iba a seducirnos la educación personalizada? Los sentidos comunes nos malean, esculpen nuestro carácter, nuestro modo de ser. Participamos de la condición de nuestra familia, de la escuela donde estudiamos, del barrio donde jugamos y compramos el pan. Las circunstancias sirven tanto para humanizarse como para bestializarse. El desarrollo de habilidades, talentos y competencias no puede prescindir de ellas, no puede mandarlas a la luna de una patada. Las circunstancias conforman realidad y, desde ellas, ¿qué tipo de talentos, habilidades y competencias puede desarrollar esta subjetividad múltiple y oprimida? ¿Puede discernir la mente del futuro la coacción, o es producto de ella?

Vivir en un mundo donde lo que somos depende de las decisiones es una estafa. ¿Acaso no interfieren en nuestras decisiones las decisiones de los demás, o las relaciones y estructuras sociales tejidas durante siglos? ¿Desde nuestras exclusivas capacidades podemos dirigir el mundo que nos circunda? ¿Tan poderosa es la magia de las inteligencias, frente a la política y la economía? La esencia del capitalismo «tardío» en el que sobrevivimos es reinventarse a diario. «Dependiendo como depende de que cada individuo tenga hambre de *más*, y de que el *crecimiento* sea un imperativo constante»[45], la novedad fluye con celeridad a normalizarse. Lo nuevo es efímero, pero constante. Constantemente, el placer torna en angustia al desear la concreción de lo nuevo: otra cosa. En esa espiral de novedades y

[45] B. Ehrenreich, *Sonríe o muere. La trampa del pensamiento positivo*, cit., p. 16.

angustias gravitamos. Y desde ella oteamos el horizonte demandante. Una suerte de esperpento, que en el mundo del divertimento sería la sala de espejos deformantes. Habitamos en una metaespiral. Lo constantemente nuevo genera una dinámica de *mímesis*. Las mentes del futuro se adaptan al medio, adoptando la constante creación de la novedad. Si, en el pasado, cambiar de cara o «de chaqueta» era sinónimo de estafa, en los nuevos tiempos no hacerlo es de mentes sin futuro. Eso lo saben muy bien algunos de nuestros «representantes» políticos.

La mente del futuro que propone Gardner, disciplinada, sintética, creativa, respetuosa y ética, es también la mente del consumidor. El empobrecido, el que no puede permitirse pagar el placer de la novedad, es la mente sin futuro. En la metaespiral del capitalismo, tener los recursos necesarios para consumir requiere la habilidad de la diplomacia; dicho de otro modo, el esperpento de las mil caras, el manejo de los mil registros. Desde el saber estar hasta el saber hablar, como un camaleón, diferirán según la circunstancia, según dónde y con quién nos encontremos. Poco o nada tiene esto que ver con la buena educación o el conocimiento. Los registros nos ordenan y acomodan en la esquizofrenia del capital. La responsabilidad de ser pasa por encontrar el registro *exacto* para cada ocasión. El sujeto convertido en vendedor de sí mismo. Parafraseando a Juan Ramón Jiménez, exclamaríamos: «¡Inteligencia, dame el *registro* exacto de las cosas!»[46].

La teoría de las IM, las mentes del futuro y toda la colonia del gardnerialismo, a través de la educación personalizada, se encarga de entrenar al alumnado en adquirir y manejar registros, es decir, en adquirir y manejar un protocolo conductual que garantiza su adaptación a la actual sociedad-mercado. Ciertamente, este protocolo les evitará el ridículo y, aunque sin garantías, les ayudará a alcanzar el éxito. Sin embargo, el «carácter humanista» que sedujo a los docentes muestra su verdadera naturaleza: la domesticación de las mentes.

Cuando practicamos con frecuencia, o repetimos suficiente número de veces un acto, acabamos interiorizándolo. Esta in-

[46] Este poema ya se ha utilizado. La cursiva es nuestra.

teriorización tiene una enorme repercusión en la vida propia y compartida. Si comenzamos a saludar a quien nos encontremos en el ascensor, acabaremos teniendo la costumbre de saludar a nuestros vecinos. Si dejo de echar azúcar en el yogurt natural, acabaremos ignorando el sabor agrio. Si me enseñaron a lavarme los dientes después de las comidas, difícilmente deje de hacerlo. Si crecí leyendo un cuento cada noche antes de dormir, hay más posibilidades de que sea amante de la lectura. La adquisición de hábitos y costumbres que perduran en el tiempo funciona de esa forma, para aprehenderlas es necesario la práctica y la repetición. Cuando las costumbres son ejercidas con libertad y retornan un beneficio colectivo sin perjuicio de nadie, forman parte de un aprendizaje. Cuando los hábitos adquiridos agreden a unos en beneficio de otros y se instalan como obligación son producto de la domesticación. El aprendizaje respecto a la domesticación tiene libre voluntad. En cambio, la domesticación significa la anulación de la voluntad. El ser domesticado acepta lo que hay, y la desobediencia implica el castigo. En este sentido, los nuevos centros de enseñanza de orientación personalizada –que llamamos centros de entrenamiento–, donde los profesores se transformaron en guías, y el alumnado tiene que saber quién es para descubrir sus talentos, domestican. La lógica del pensamiento positivo, del desarrollo personal, a fuerza de repetirse una y otra vez lo que quiere, un día lo consigue.

> Cada uno tenía la responsabilidad de escribir y exponer cada día un informe de lectura sobre un capítulo del libro de Napoleon Hill *Piense y hágase rico*. Los capítulos eran dieciséis, las personas que nos reuníamos diez, y lo hicimos durante un año: saque usted mismo la cuenta de cuántas veces leí ese libro [...]. Los amigos me preguntaban qué tal me iba, y yo levantaba los brazos y decía a voz en cuello: «¡genial!», aunque me sentía una mierda [...] Un día me levanté, y tenía actitud positiva: ¡lo conseguí!, ¡lo conseguí![47].

[47] B. Ehrenreich, *Sonríe o muere. La trampa del pensamiento positivo*, cit., p. 115.

Como apunta Steve Jobs en esa frase que se extiende en el sobre del azúcar que ya mencionamos, en este mundo esquizofrénico del capital todo es cuestión, simple y llanamente, de perseverar lo suficiente. La educación personalizada domestica a través de la perseverancia, de la repetida concatenación de conocimientos venidos a mantras. El sueño de la prosperidad y la felicidad también domestica. Nadie persevera para retroceder o estancarse, se persevera para avanzar. Esa escuela de las emociones, los talentos y la tecnología nos entrena para mejorarnos a nosotros mismos, para ser prósperos y felices, para avanzar.

En esta reinvención diaria de la efímera y constante novedad, donde tenemos que forjarnos con mil registros, perseveramos como forma de lucha. Hemos aceptado la creencia de que, si nos repetimos suficientes veces «podemos lograrlo», lo lograremos. Y en esas andan los yoes mientras el capital sigue su voraz curso histórico, utilizando la perseverancia como antídoto en desmedro de la trinchera de la igualdad. Esa lógica ya se ha instalado en las calles. Cuando en 2011 se creó la comisión de amor y espiritualidad en la Puerta del Sol de Madrid durante el 15M comprobamos que el pensamiento positivo, con su lógica de la responsabilidad personal y su metodología de la perseverancia, había conseguido penetrarlo todo. Aquello era tan peligroso como las políticas de la austeridad que se dictaban desde Alemania y que combatíamos al grito de «no nos representan». Se explicó, pero la asamblea concedió legitimidad y no se pudo hacer más. Un mecanismo horizontal había validado una de las caras de un verticalismo velado. En pocos días el campamento amanecía bañándose al sol y organizaba actividades energéticas y de positividad. La idea de que el amor incondicional cambiaría las cosas sobrevolaba en el ambiente. El sueño podía volverse realidad, como ocurre en la película *Charlie y la fábrica de chocolate*, basada en el clásico de la literatura juvenil escrito por Roald Dahl (1964).

Willy Wonka, dueño de la mayor fábrica de chocolate del mundo, pone en circulación cinco boletos dorados que permiten la visita a las instalaciones de cinco niños acompañados por un familiar. Wonka, obsesionado con que le robaran «el trabajo de toda una vida para vendérselo a esos parásitos fabricantes de

golosinas», clausuró la fábrica y sin previo aviso despidió a todos los trabajadores. Desde entonces nadie entra ni sale, y, sin embargo, la fábrica sigue produciendo chocolate. Conseguir uno de los cinco pases despierta la voracidad consumista. A las puertas de los establecimientos se amontonan los clientes en busca de la chocolatina que les regale el boleto dorado. Visitar la misteriosa fábrica atrapa a codiciosos, mimados, competidores, devoradores, soñadores y también empobrecidos. La ilusión –a veces convertida en capricho– de formar parte de la comitiva afortunada pervierte la lógica de la suerte. Hay quienes pueden invertir una fortuna para ser los afortunados, y los hay que sólo pueden comprar una chocolatina al año, el día de su cumpleaños. Charlie es de los segundos, y está de suerte, en unos días es su cumpleaños. Su abuelo Joe, que recuerda con admiración los tiempos en que trabajó para el señor Wonka, cuenta historias increíbles. «¿No sería maravilloso que al abrir una barra de chocolate encontraras el boleto dorado dentro?», pregunta aquel que daría todo lo que tiene por entrar una vez más en esa asombrosa fábrica. Charlie mira alrededor y se detiene en su abuela: «Tienes la misma oportunidad que los demás». «¡Mentira!», exclama su otro abuelo encarnando la sensatez, «los niños que obtengan el boleto dorado son los que puedan comprar barras a diario, Charlie sólo recibe una al año, ¡olvídenlo!». La oportunidad de Charlie llega a casa la noche antes de su cumpleaños, pero la chocolatina no contiene el boleto dorado. Días después, el último boleto sigue sin aparecer y Joe, a sus noventa y seis años, quiere darse una oportunidad. Echa mano a sus ahorros secretos y manda a Charlie a comprar otra chocolatina. En esta ocasión tampoco habrá suerte. Pero como en cuentos y películas las condiciones son ideales, en una poética toma en la que vemos a Charlie contemplando la gran fábrica se confabulan los astros y, de vuelta a casa, el niño encuentra un billete entre la nieve con el que inmediatamente compra la chocolatina que tiene el último boleto dorado. Con el mensaje subliminal de que el sacrificio tiene recompensa, la delgadez empobrecida corre hacia la casa. Cuando el abuelo Joe toca el boleto dorado, salta de la cama y baila de alegría ante la mirada insólita de todos. Al día

siguiente ambos, mezclados con otras cuatro familias de diversos rincones del mundo, entran en la fábrica. Pronto descubrirán que allí adentro no sólo se elabora chocolate; una especie de teleología de lo justo que pone nombres a las cosas recibe a los visitantes, que poco a poco van ocupando el lugar que se merecen. De ese modo la gula es devorada, la triunfadora invadida, la consentida desechada, el inútil consumido y la humildad encarnada en Charlie recibe el premio especial: la fábrica Wonka.

La comisión de amor y espiritualidad del 15M albergaba la esperanza de que si muchas personas se abrazaban, deseaban con fuerza y se mejoraban a sí mismas, una especie de demiurgo colocaría las cosas en su lugar en el futuro. Y de algún modo así fue. Cuando se levantó el campamento, mientras unos decidieron llevar el trabajo de organización a los barrios para hacer músculo, otros se fueron a casa con la idea de que la mejora personal repercutiría en la mejora social. La comisión de espiritualidad continuaría de modo más íntimo y personal la lucha, convencida de que las decisiones personales ayudarían a cambiar la historia. Y, de algún modo, es así. Decidir reciclar y reducir tanto como podamos el consumo de alimentos envasados ayuda al medio ambiente. Cuantas más personas emulemos esta conducta, mejor para el clima, pero ¿acaso resolvemos la verdadera amenaza? ¿Paran las petroleras, las mineras, las megaindustrias de verter sus residuos en la naturaleza? La ideología del pensamiento positivo que da alas a las mentes del futuro no construye un mundo mejor, sino que nos domestica para aceptar este de diferentes formas. Para que decidamos y arriesguemos en unos parámetros donde millones son los vencidos y *el vencedor está solo*.

Charlie y la fábrica de chocolate es la expresión de ese capitalismo salvaje que tiene en cadena perpetua a la humanidad entre el trabajo y el consumo, entre la realización y la alienación. El ser humano de este siglo necesita una distracción para huir del vacío de las circunstancias. Desde Charlie hasta Veruca –otra de las afortunadas–, aceptando sus diferencias, vemos a inteligencias fracasadas primero y triunfadoras después. Fracasadas por el olvido del ser, que las lleva a padecer la congoja histórica de acep-

tar la domesticación. Triunfadoras, porque una vez domesticadas ingresan en el mundo Yo dispuestas a competir durante toda su vida. Veruca es el caso extremo, encarna a la niña consentida que todo el mundo encuentra repulsiva. Cuando su padre, que puede permitirse comprar millones de cajas de chocolatinas Wonka y poner a un ejército de trabajadoras a buscar el boleto hasta encontrarlo, le entrega el pase dorado que le permite visitar la fábrica, esta muestra un despotismo hiperbólico que esputa, solicitando otra cosa. La voracidad del capricho, la altanería del déspota, la monstruosidad del multimillonario esclavizado al deseo son repulsivos. El guion no le concede ni un segundo de disfrute, la insatisfacción es total, incomprensible incluso para una humanidad que resta a favor del Yo. Sin embargo, esas personalidades que disgustan y asustan se reproducen con celeridad en los nuevos tiempos.

Comparto esta idea con un amigo maestro. Me habla de que en su clase de seis años hay un niño que destaca por su inteligencia, pero que no soporta quedarse sin aquello que quiere. Le pregunto a qué se refiere con inteligencia, me dice que «capta los conocimientos al vuelo y es muy habilidoso. Todo se le da bien». Pero que justo ese es el problema, porque el niño no lleva bien ni la participación ni el ritmo de los demás, y eso complica mucho la dinámica de la clase. Su sorpresa llega cuando, al reunirse con los padres, estos le explican que es un chiquillo muy motivado y activo y que no van a limitar la expresión de su hijo, que lo que tiene que hacer es lograr que los demás espabilen. «Que la vida es de los que se comen el mundo.» ¿Qué puede decir un profesor ante esa voracidad?

La deriva de las mentes del futuro nos domestica para ser el vencedor y «comernos el mundo». El encaprichamiento de quererlo todo no tranquiliza. Nada es suficiente. Ese niño convertido en adolescente, en adulto, ha perdido las coordenadas desde donde calibrar la injusticia que significa avanzar en el mundo real del ganar y gastar. Las mentes del futuro ocultan un guiñapo de humanidad que requiere de otro tratamiento para ser rentable: el coaching.

6. La dictadura del coaching

¿No es más bella la vida de mi corazón
desde que amo? ¿Por qué me distinguíais más
cuando era más arrogante y arisco,
más locuaz y más vacío?

¡Ah! La muchedumbre prefiere lo que se cotiza,
las almas serviles sólo respetan lo violento.
Únicamente creen en lo divino
aquellos que también lo son.

Friedrich Hölderlin, «El consenso público» (*ca.* 1798)

Cuando era joven pensaba que iba a transformar el mundo, y ahora estoy peleando por cambiar la vereda de mi casa.

José (Pepe) Mujica (2013)

Por muchos avances que se han dado, ni las ciencias naturales ni las sociales han sido capaces de desgranar el misterio de la substancia pensante. Por eso, las cuestiones sobre nuestra especie requieren explicaciones previas y, cuando no las hay, establecemos premisas y axiomas para poder avanzar. Sólo identificando lo previo podremos aportar algo de luz al complejo mundo actitudinal de las personas. Somos un compendio de inexpugnables. Cualquier modelo es una simplificación, una mentira.

Últimamente un amigo ronda por mi cabeza. Pocos días después de verle representar una obra teatral en la que se defendían los derechos humanos, le descubrí en una película interpretando magistralmente a uno de esos personajes sin escrúpulos capaz de bestializar todo a su alrededor. Valoré su expresión artística mucho más. Desde entonces vengo dándole vueltas a su mínima expresión emocional en la cotidianidad. En un reportaje

de Ryszard Kapuściński titulado *Por qué mataron a Karl von Spreti* hay una posible respuesta:

> Hoy se habla mucho de combatir el ruido, aunque es mucho más importante combatir el silencio. En la lucha contra el ruido está en juego la tranquilidad de nuestros nervios; en la lucha contra el silencio, la vida humana. Nadie justifica ni defiende al que hace mucho ruido, en cambio aquel que en su país impone el silencio siempre está protegido por un aparato de represión. Por eso la lucha contra el silencio resulta tan difícil. Para romper el silencio en el país de Duvalier haría falta una revolución. Aquel que quisiera romper el silencio en que la United Fruit Company lleva a cabo sus maquinaciones expondría a su país a una intervención de los marines. [...] En Guatemala, cuando sintonizo una emisora local de radio y sólo oigo canciones, anuncios de cerveza y una única noticia del mundo: que en la India han nacido hermanos siameses, sé que esa emisora trabaja para el servicio del silencio[1].

La falta de sonrisa a veces responde a un inexpugnable. ¿Quiénes somos sin nuestros antecedentes? Se requiere un antecedente histórico para montar y desmontar a un hombre. Mi amigo nació, creció, aprendió, se casó, tuvo a sus hijas y hace teatro político en Guatemala. Decir que no sonríe es no entender nada. En esta búsqueda, se hace imprescindible conocer ciertos antecedentes de las sociedades para entender por qué nos venden y aceptamos unas herramientas y no otras. ¿De qué nos sirve saber que el coaching es un entrenamiento que permite al cliente obtener resultados satisfactorios en su vida personal y profesional? ¿Dónde llegaríamos? Quizá, compraríamos coaching. La definición no es mala. «En Guatemala –dice mi amigo–, los coaches son como los evangelistas, están por todas las aldeas. No dicen que son coach, esa palabra no se entiende por allá, además mostrarían su vínculo con los EEUU. Los coaches se denominan "operadores sociales" y trabajan para las empresas que expulsan

[1] R. Kapuściński, *Cristo con un fusil al hombro*, Barcelona, Anagrama, 2010, p. 111.

y someten a los campesinos. A los coaches los pagan las transnacionales para conseguir sus objetivos.» Hay cosas que por sí solas pueden parecer interesantes, pero dentro del conjunto al que pertenecen son deleznables e inhumanas. Imagino a un campesino de las tierras frías, con la guardia levantada a causa de siglos de cacería, de crímenes silenciados, ante el operador social. Y me rompe el alma verle bajándola de a poquito porque le empieza a parecer que viene a ayudar. Por eso, cuando se trata de seres humanos conviene saber cuál es el caldo de cultivo que nos hace ser como somos, para entender que hay cosas que penetran sin apenas darnos cuenta e ignoramos adónde nos llevan, pero que en los hechos se expresan en que nos han robado la sonrisa.

La dictadura del coaching es un escenario que, favorecido por factores socioeconómicos, se propaga, viraliza e infecta nuestras sociedades. El coaching es un tratamiento del Yo en tanto que busca la prosperidad y la felicidad, pero es algo más. Desde el comienzo de estas líneas sospechamos que forma parte de una ideología, por lo que conforma una subjetividad que alimenta el Yo. Irene F. Stein sostiene que el crecimiento del coaching tiene nueve raíces primarias: educación, psicoterapia, estudios de la comunicación, movimiento de autoayuda, teoría de los sistemas sociales, motivación deportiva, teorías del desarrollo adulto, movimiento holístico y gestión y liderazgo. Un armazón complejo, que confirma que no es sólo una herramienta para ayudar a las personas.

¿Qué es el coaching?

Vikki Brock, en su *Guía de la historia del coaching*, después de una declaración de intenciones de poco menos de seiscientas páginas, lo define de la siguiente manera: «Uno de los escenarios futuros del coaching es la perspectiva de que el coaching se convierta en la visión mundial dominante y en una cultura global. En este futuro el coaching es: *1)* Un movimiento social abierto y fluido. *2)* Se extiende viralmente en todas las relaciones e interacciones humanas. *3)* Se entreteje en el tapiz de la vida. *4)* Es el

proceso de *comunicación* y estilo preferido en la interacción humana»[2]. Despejadas las dudas de dónde quiere acabar todo, veamos brevemente por dónde comienza.

Unos años antes de marcharme de la consulta donde trabajaba, el coaching golpeó con fuerza. Me lo presentaron como la herramienta del futuro inmediato para trabajar con las personas en el conocimiento de sí y la consecución de sus metas. Pero su historia *había comenzado* mucho antes. Eran los años setenta cuando en Estados Unidos Timothy Gallwey, capitán en la Universidad de Harvard del equipo de tenis, se percató de que a los deportistas les frenaba más su mente que su cuerpo e ideó un entrenamiento integral que más tarde se catalogaría como coaching humanista. Este tipo de coaching cruzaría el charco hasta llegar a Reino Unido, donde John Whitmore, piloto de carreras y heredero de una fortuna, lo incorpora al ámbito empresarial. Como la experiencia demostró que el coaching era útil para el sistema, prosperó, y pasó a ser un filón por explorar en todos los países. En España, a través del coaching se expandiría la cultura *fitness* de lo saludable y del cuidado de sí al sector ejecutivo. Trabajadores y clientes asistirían a centros de ejercicio, relajación y estética en su tiempo de descanso. El crecimiento personal iba a dejar de ser una opción, para volverse un requisito. Las grandes empresas, dados los extraordinarios resultados en Estados Unidos y Reino Unido, incorporaron el asesoramiento para motivar a sus trabajadores, favorecer el trabajo en equipo y aumentar sus ingresos. Las familias lo utilizarían para resolver problemas de convivencia. A los profesionales les serviría para elevar la autoestima y mejorar su liderazgo. Se extendía la idea de que las personas y los negocios que diesen la mano a este tipo de humanidades se asegurarían un futuro floreciente. Su aplicación en diversidad de campos fue motivo más que suficiente para ver en él la respuesta a un futuro profesional cada día más borroso. Las universidades españolas firmaron acuerdos con distintos centros oficiales de coaching y se prestaron a impartir su formación. Licenciados y diplomados de diversas disciplinas amplia-

[2] V. Brock, *Guía de la historia del coaching*, cit., p. 549.

ron su currículo. Para entonces, todos éramos posibles demandantes de este método rápido y eficaz que eleva la autoestima. El tiempo ha dado la razón, el coaching triunfó. «Ahora los coaches en el mundo de los negocios son casi tan comunes como los contables, y los coaches de la vida pronto serán más numerosos que aquellos que dan órdenes desde el lateral de los campos de fútbol americano, béisbol y fútbol. Más rápido de lo que nadie se hubiera podido imaginar, y mucho más veloz que las disciplinas matrices desde las que ha evolucionado, el coaching en el mundo de los negocios y para la vida personal se ha extendido por todo el mundo, cambiando vidas, empresas y redes establecidas de apoyo»[3].

Recuerdo el día que J. me preguntó si sabía qué era la mayéutica. Me emocioné recordando a Sócrates y debí de responder algo como que era el método de enseñanza que usaba para ayudar a pensar. «Eso es lo que hace el coaching», me explicó. Desde la ignorancia, y envuelta en el halo de las alternativas, llegué a pensar que quizá ese era un buen modo para ejercer la filosofía. J. decía que sólo podía ser buen coach la persona que tuviera un altísimo conocimiento de sí. Nunca supe con exactitud a qué se refería con «altísimo», pero sonaba tan lejos que resolví no ser poseedora de ese requisito, de modo que en esta ocasión no necesité pedir un crédito. Mientras J. estudiaba para acreditarse oficialmente como coach, y ponía en práctica nuevas herramientas de autoconsciencia, la consulta se transformaba. Nuevos rostros, nuevas actitudes, cambio en las dinámicas del trabajo, en los horarios... Noté que me quedada fuera de todo aquello, como en un universo paralelo. Sin más explicaciones que las que me dieron cuando lo asumí, el trabajo que venía desarrollando pasaron a realizarlo otras personas. En esas circunstancias era totalmente prescindible, seguir gastando un sueldo en mí era una expresión de caridad. Sin embargo, ¿cómo justificar la marcha de la alumna aventajada?, ¡mucho menos un despido! Pero, con todo, cuando comuniqué que me había matriculado en una academia los sábados por la mañana para estudiar

[3] V. Brock, *Guía de la historia del coaching*, cit., p. 43.

las oposiciones para ser profesora, fue la guerra y me tocó discutir. Las buenas intenciones no explicaban ni la minusvaloración de mis capacidades, ni que mi vida personal se hubiera fundido completamente con la profesional. Asumía que, en pos de aprender a «trabajar con amor», había aceptado voluntariamente la explotación laboral; no lo reprochaba, pero pregunté cuáles eran los motivos para tener un sueldo de becaria. Mi idea no era desvincularme, y lo manifesté. Cuando fuera profesora vendría a trabajar con los niños por las tardes. Mis palabras tuvieron repercusión; se ampliaron los servicios. Entusiasmada con la idea de tener mi propia agenda, aborté la idea recién nacida de opositar, para capacitarme profesionalmente en el manejo de un aparato de radiofrecuencia llamado Indiba. Los cursos de formación y reciclaje se centraban mayoritariamente en la parte estética, dada la demanda social, pero era un excelente tratamiento para medicina deportiva, rehabilitadora y traumatológica. A mí me motivaba esta parte. Aprendí a manejar aquel aparato con gran precisión. Cuando tenía una cuestión médica, telefoneaba al doctor granadino que me formó para que me explicase el protocolo y lo que cabía esperar. A veces me daba buenas noticias, otras no. Pepa y el cáncer de mama. Álvaro y la baja visión. La pequeña Marita y sus ganas de gatear pese a la hipotonía muscular. Carmen y el dolor de espalda. Ramón y esa rodilla que no dejaba de incordiar. Lidia y su recuperación postquirúrgica. Diana y la fibromialgia. Rosa y el suelo pélvico. Javi y ese endiablado tumor. Juan Luis y su corazón... y tantas y tantos. En esa sala aprendí a amar a nuestra frágil y humana especie. Disfrutaba aportando mi granito de arena, pero, cuando salía de ahí, algo no funcionaba. Habíamos y no habíamos resuelto el problema. Ambas lo notamos, y no hicimos nada por cambiarlo. Creíamos que el tiempo lo arreglaría, pero el tiempo por sí solo no arregla nada, simplemente lo aleja y hace más llevadera la situación. Y dado que no se cumplieron los acuerdos, un día –con todo el dolor de mi corazón– comuniqué que, cuando acabase los tratamientos iniciados, me iría. Quedé sorprendida ante la reacción. Mucho coaching, muchas terapias para el conocimiento de sí, para acabar rompiéndonos.

Pero ¿qué es el coaching?

Es el arte de hacer que otros saquen lo mejor de sí mismos y que con ello alcancen sus objetivos. Siglos atrás, Sócrates ya practicaba el sistema de enseñanza que denominó «mayéutica», basado en preguntas que el mismo estudiante debía ir contestando, hasta hallar sus propias respuestas. Sócrates, así, «daba a luz», como su madre partera, al conocimiento interno que el individuo lleva consigo, con preguntas que todo el mundo debe hacerse: ¿Cuál es el sentido de mi vida? ¿Qué es lo que deseo lograr? ¿Qué es importante para mí? ¿Cuál es el valor de lo que estoy haciendo? ¿Con qué me siento realmente comprometido? ¿Qué es lo peor y lo mejor que podría suceder? ¿Qué hay de importante en lo que me está pasando? ¿Qué me está impidiendo ponerme en marcha? ¿Qué puedo aprender de ello? ¿De qué me siento orgulloso? ¿Cómo podría sentirme mejor?[4].

Hermosa definición la que hace del coaching el arte de extraer lo mejor de sí para alcanzar objetivos. El mundo Yo queda irremediablemente seducido por esta práctica que con muy buenas razones permea tanto en las humanidades como en los negocios. Hegel lo advirtió: «En nuestra época reflexiva y razonadora no llegará muy lejos quien no sepa aducir una buena razón para todo, aunque sea la peor y más absurda. Todo el mal que se ha hecho en el mundo se ha hecho por muy buenas razones». Las épocas cambian, las buenas razones mejoran y el mal sigue propagándose. La guerra y la hambruna en Yemen, las vidas ahogadas en el mar Mediterráneo, los mercenarios en África, la locura presidencial de Trump, Bolsonaro o Salvini. Con la globalización del coaching, aumenta la lista de personas autodescubriéndose. La batalla contra la barbarie se traduce en batalla personal contra el fracaso y el sopor. El mundo se derrite, la humanidad se refrigera. Voluntaria e involuntariamente. Las grandes empresas contratan equipos de coaching para mejorar sus resultados, y piden a los trabajadores cooperar por el bien común. Ahora se suman los espacios públicos, que, tras privatizar la gestión,

[4] A. Díez, *El líder interior. La inteligencia emocional y el coaching aplicados a tu vida*, Barcelona, Granica, 2007, p. 25.

de una u otra manera han colado estas herramientas frescas e innovadoras como formación y reciclaje para motivar a los trabajadores. En las escuelas, además de trabajar con los docentes trabajarán con el alumnado. Recordemos la importancia del coaching para mejorar los resultados en las pruebas PISA. Las pequeñas empresas reciben llamadas y notificaciones semanales para realizar sesiones de coaching y asesoramientos varios a coste cero, ya que el gasto se deduce íntegramente al presentar su ejercicio en Hacienda, debido a los acuerdos establecidos para ello. Es decir, estas herramientas no sólo son inversión privada, sino que también se asumen como gasto público. Pero de esto no nos hablan. ¿Por qué?

En marzo de 2012, John Whitmore, pionero de la industria del coaching, viajó a Galicia para abrir el encuentro internacional *Leadership Forum*[5] *Coaching y liderazgo*, al que acudieron unas 300 personas. Afirmó que los españoles son entusiastas, están abiertos a nuevas ideas y tienen la valentía de pensar de forma diferente. Aseguró que el coaching es una disciplina que «necesita desesperadamente» el mundo empresarial y el sistema educativo, «porque es democrática y una esperanza para los que tienen una idea diferente del mundo». Con un discurso calificado por la prensa como «crítico y demoledor»[6], instó a liberarse de la necesidad y la avaricia. Sin embargo, no dijo nada de que el coaching, en tanto que tecnología del yo, es una manera de hacer gobernables a los sujetos. Su discurso «crítico y demoledor» se saltó la parte en la que tenemos que reconocer que las cosas que defendemos pueden virar en medio del camino. Puede resultar que aquello que defendimos tuviera una infortunada deriva. Podemos equivocarnos, por eso tenemos que estar dispuestos a abandonar el barco. A veces un naufragio a tiempo es una victoria para la Humanidad. El mantra «Yo, aquí y ahora», propio

[5] Desde el 2009 se realiza un encuentro internacional de empresarios que quieren marcar la diferencia, o *make a difference*.

[6] M. Nebreda, «John Whitmore, o la libertad a través del "coaching"», *El Mundo*, 9 de marzo de 2012 [disponible en https://www.elmundo.es/elmundo/2012/03/09/galicia/1331315537.html].

del crecimiento personal, en el coaching suena como: «Tú tienes el poder». Lo que da lugar a confundir crisis social con oportunidad del Yo. ¿A quién conviene esta confusión?

La cultura del ubicuo pensamiento positivo y sus múltiples herramientas del cuidado de sí ha ido ocupando el lugar de las humanidades, que, por aburridas, inútiles, y no reportar beneficios económicos, han sido discretamente desplazadas al baúl de los recuerdos o desechadas en el cubo de la basura. Suerte que lo *vintage* está en auge, y aún se cuelan los niños de las favelas a los vertederos. Recordaremos a Lucas en ese corto de Fáuston da Silva *Meu amigo Nietzsche*, cuando por casualidad encuentra el libro *Así habló Zaratustra*. Su repetida lectura le cambiará la vida. La profesora preocupada por la deriva de su alumno y la escuela ordenará a la madre que se desprenda de ese libro. En el mundo ordenado de las clasificaciones, donde todo, o casi todo, está programado, *las humanidades aburridas e inútiles* son un peligro. La memoria y el pensamiento propio no interesan, son la injuria de la escuela del rendimiento. Sin embargo, como el ser humano no puede renunciar a pensar, en el lugar de las humanidades se ha colocado un sucedáneo que mezcla y confunde todo, las pseudohumanidades. Esta práctica de desplazamiento y sustitución no es una novedad. Cada época ha encontrado los mecanismos para demonizar y condenar el pensamiento vivo y peligroso que invita a esclavos, plebeyos y siervos a reflexionar acerca de sí mismos, y reconocerse de la misma naturaleza humana que los hombres libres, patricios y nobles. Resultas de ello, es el fracaso de Solón, la condena a muerte de Sócrates, Jesús, Giordano Bruno, Olympe de Gouges, María Pacheco, Bartolina Sisa y tantos y tantas otras. Hoy, las visiones posmodernas del cuidado, los manuales y cursos de autoayuda, así como las nuevas metodologías educativas motivacionales e innovadoras, han invadido el territorio de las humanidades. Estas, como los pueblos originarios, molestan porque dificultan los propósitos de enriquecimiento de minorías privilegiadas. Según el interés de los colonizadores, los colonizados serán desplazados, o eliminados. Basta ir al Chaco paraguayo, al Alto Biobío mapuche, a la Amazonia brasilera. Basta ir a una biblioteca municipal, a una librería, ob-

servar los títulos de lectura en el metro, la Feria del Libro. Cada día estamos más de un lado y parecemos ignorarlo. Como escribía mi amigo Gonzalo Ávila, quien cada jueves marcha en la Puerta del Sol de Madrid pidiendo Justicia y Reparación, «esto lleva muy mal camino si no reaccionamos. La Humanidad está en un peligro inminente. Y a los jóvenes, esos que, siguiendo las directrices y consignas de los gurús de turno, sólo piensan en el momento, en pasarlo lo mejor posible sin preocuparse del futuro, cual cigarras esopianas, no les preocupa luchar para cambiar las cosas. Tampoco les preocupa la suerte de sus descendientes. Cuando despierten será tarde». Esa es la deriva, ese es el curso: *mi* mundo de oportunidades. ¡Bienvenidas las herramientas que me ayuden a conseguirlo! ¡Bienvenido, coaching! Porque «cuando hacemos coaching, le damos la oportunidad a otros para conocerse a sí mismos, saber qué los motiva, qué los apasiona, qué es aquello que aman, que odian, que los emociona»[7]. Fiel a su sentido etimológico, «coche», el *coach* conduce a una persona o a un grupo de personas de un lugar a otro, de un interrogante a una respuesta, de un vacío a una satisfacción. Esta «técnica que emplea preguntas específicas que ayudan a encontrar respuestas personales»[8] engatusa definitivamente al mundo Yo, feroz devorador de sí mismo. El mantra *todo está en tu interior*, que andaba en las nubes, aterriza en la tierra y nos presenta al *coach* o entrenador. Con el coaching, el Yo se transforma definitivamente en una vaca sagrada portadora de todas las respuestas: el *coachee* o cliente. Durante el trabajo regular, el coach desafía al coachee a actuar, a localizar los dones únicos (o inteligencias destacadas), a establecer prioridades y a eliminar obstáculos. Eso sí, se debe estar preparado y dispuesto a ello, de lo contrario no funcionará.

Probablemente cogiste este libro de la estantería porque tu vida te aburre. O tal vez tienes la esperanza de que en algún lugar te

[7] K. Vega, *Curso de introducción al coaching. Manual de apoyo*, International Coaching Group, ³2010 [disponible en https://cursosparacoaching.com/wp-content/uploads/Manual Introducción al Coaching 3ed.pdf].

[8] J. Mumford, *Coaching para dummies*, Barcelona, Granica, 2008, p. 10.

espera la posibilidad de sentirte feliz y satisfecho. Decididamente, ya estás listo para el cambio; no quieres que tu vida siga igual.

Piensa: los resultados que obtengas del coaching dependen en gran parte de cómo estás en términos de disponibilidad y actitud de cambio. Aunque consideres que quieres un cambio, es posible que todavía no estés preparado para ello[9].

El éxito de la expedición depende –como siempre– de uno, de la capacidad del ser interior, de hasta dónde estemos dispuestos a llegar. De este modo el coach se libera de responsabilidad ante el fracaso del coachee. El coaching precisa un sujeto activo, creador del cambio, un tipo de esos que se creen esa máxima de «Tú tienes el poder». Todo el mundo sabe, en carne propia y desde la infancia, lo motivadora que resulta la frase «¿a que no te atreves?». Cuántos de nosotros nos metimos en un buen lío por atrevernos. La acción es inmediata ante el desafío. Si además recordamos que el sujeto que construye la automodernidad es el más dispuesto, tenemos ante nosotros a un superhéroe. ¡Estamos dispuestos a llegar hasta el fin del mundo y más allá! Seguro que no falta la investigación que demuestre que gran parte de los abandonos y las renuncias que hace el ser humano son consecuencia de una ausencia de desafío. El tono retador enciende la acción. La seriedad y la presencia también. Los libros del cambio desafían a sus lectores con títulos como *Superar la adversidad*, o los aturden con *Yo soy tú*. Nos animan a meternos en «la sal del pantano de la negación, observar la meseta de la contemplación, organizar el maletín de la preparación, subir a la montaña de la acción y reclamar la bandera de la consolidación». Y aunque no tienes ni idea de qué significa tanta metáfora, el viaje parece arriesgado y excitante. La coach, desde su serena presencia y seriedad, genera un clima desafiante. El ritmo del proceso lo determinará el cliente, que trabajará según sus necesidades. Si a lo largo del proceso se asumen los retos, se avanzará. Si se posponen las cuestiones fundamentales, el proceso será más largo. Cuando el cliente logra sentir que

[9] *Ibid.*, p. 13.

es el protagonista de su cambio, que puede decidir, todo empieza a funcionar.

Cuando le pregunté a Yolanda por qué se matriculó en el curso de *Experto en Coaching*, me respondió que se lo había propuesto su coach. Yolanda había terminado Bellas Artes y llevaba dos años preparando un doctorado que no avanzaba. Quería terminar su tesis, pero no lograba ordenarse. Un colega le habló de las sesiones de coaching y se animó a probar. Antes del año su vida era diferente. Dejó a su pareja y se fue del piso que compartían, cambió de *look* y de dieta y, aunque el doctorado seguía sin avanzar, cada día se encontraba mejor. El dinero no era problema, Yolanda había nacido en el lado de los favorecidos y su familia ingresaba mensualmente una nómina en su cartilla. Desde mi punto de vista, esta joven artista tenía las condiciones materiales y el talento para ser una maravillosa escultora, pero eligió ser coach, *la mejor profesión del siglo* XXI[10]. El coaching profesional, ese «entrenamiento personalizado y confidencial que ayuda a cubrir el vacío existente entre donde una persona está y donde desea estar»[11], hizo que abandonase el arte. Cuando recibió la formación, primero se desarmó y luego se armó. Se desarmó con el trabajo de autoconsciencia, visualizando, escribiendo y representando momentos de bloqueo y enfado, identificando debilidades. Se armó identificando sus fortalezas, sus habilidades y sus inteligencias. El trabajo del coaching utiliza herramientas ya mencionadas, a saber, el conocimiento de sí, la inteligencia emocional y las inteligencias múltiples, para ayudar a la persona a lograr sus objetivos. Pero no sólo, también utiliza la programación neurolingüística (PNL), una metodología de autoconocimiento, comunicación y cambio desarrollada en los años setenta en la Universidad de Santa Cruz, California, por Richard Bandler y John Grinder; el análisis DAFO o FODA (Fortalezas, Oportunidades, Debilidades, Amenazas), propuesto por Albert S. Hum-

[10] E. Jurado, *Quiero darte coaching. La mejor profesión del siglo* XXI, cit.

[11] G. Gómez Baides, *Esto es Coaching. Herramientas del coach*, Barcelona, Obelisco, 2014, p. 31.

phrey entre los años sesenta y setenta en los EEUU para descubrir por qué fallaba la planificación corporativa; el modelo *GROW*, que establece objetivos y resuelve problemas, el cual idearon Graham Alexander y Alan Fine (influenciados por el juego interior de Timothy Gallwey), y que John Whitmore popularizó; el eneagrama, un legado de la humanidad para el desarrollo de la nueva consciencia del hombre del futuro; el *firewalking* (caminar sobre las brasas), o el *glasswalking* (caminar sobre cristales rotos), poderosas metáforas experienciales, importadas de Estados Unidos, donde llevan realizándose más de tres décadas para potenciar la autoconfianza, la capacidad de liderazgo, y el *empowerment* empresarial; o el *Design Thinking* (pensamiento de diseño), una herramienta en evolución, que inició la agencia de publicidad americana Ideo, con la que se desarrollan las competencias y capacidades del coach. Cuando dicen que el coaching es el arte de preguntar para ayudar a parir la verdad, y que no tiene nada que ver con la terapia, se me debe quedar cara de extrañeza. Siempre pienso lo mismo: el coaching no es un arte, es la forma que ha encontrado la autoindagación de colarse en los poros del planeta. Arte era lo que hacía Yolanda antes de desaprender y convertirse en coach.

En nuestro diccionario la palabra «desaprender», de la que se han apropiado la psicología positiva y otros, la traducimos como «lavado de cerebro».

El generalísimo coach

Tradicionalmente asociado con el deporte, se conoce con el nombre de *coach* a aquel que acompaña al deportista en el entrenamiento y en la competición. Fue en mi adolescencia como taekwondista cuando me familiaricé con el término. Coach era la persona que se sentaba en la silla el día de la competición y me indicaba cómo tenía que actuar para realizar un buen combate. Normalmente, el coach era mi entrenador y maestro. Como a veces éramos varios competidores los que salíamos a la vez, no

siempre tenía la suerte de que se pusiera conmigo, y su lugar lo ocupaba un alumno aventajado. Recuerdo la confianza que sentía cuando mi maestro ocupaba la silla. Cada entrenamiento lo realizaba con nosotros, sabía de nuestra resistencia y habilidades, y conocía perfectamente hasta dónde podía exigirnos. Nunca me dijo que hiciera algo que no manejaba, quizá en alguna ocasión, cuando íbamos ganando, me animaba a probar alguna técnica con el fin de incorporarla y variar el combate. Cuando lograba escuchar y poner en práctica su instrucción, siempre funcionaba. «Cambia la guardia y pega», «arriba», «gira», «¡ahora!». A veces, actuaba desordenadamente, sus indicaciones pasaban de largo y mis acciones eran un revoltijo de supervivencia que unas veces funcionaban y la mayoría no. Para el deportista esa orientación desde la silla es fundamental. Puedes hacerlo sola, llevas años entrenando, pero la voz del coach facilita la acción y transforma el resultado. La confianza que siente el deportista cuando le acompaña su maestro es insustituible. Hacer un buen combate es un trabajo conjunto, nunca, aunque lo parezca, individual.

Por aquel entonces, mediados de los noventa, ignoraba la repercusión que aquella palabreja tendría pocos años más tarde, cuando «coach» fuera el nombre exacto para mentar a aquellas personas que se encargan de ayudar a otras a encontrar el propósito de su existencia, y ser –hablando mal y pronto– la hostia en la vida. Acostumbraba a dialogar con J. cuando aún no tenía el título de experta en coach. Era como tener delante a un ser mitológico, venido de una época originaria. Quien pasaba por la consulta o asistía a sus cursos se desvanecía ante su hermosa sonrisa acompañada de un «¿eres feliz?». Mientras pensabas si contestar o no, su mirada iba más allá de esos ojos infinitos y nos atravesaba el alma. La queríamos muchísimo aun a pesar de sus categóricas palabras, de sus severas afirmaciones, de su estoicismo. Una vez que la sentí especialmente firme, le pregunté por qué me hablaba de esa forma, me explicó que era desde el enorme amor que me tenía, quería asegurarse de que nunca nadie pudiera hacerme daño. Guardé silencio, y salió de su despacho dejándome reflexionando frente al busto de un Hermes que nos encantaba y que le había regalado su jefe cuando decidió em-

prender su camino. Las personas como ella no pasan desapercibidas, siempre dejan huella. Son coach, coaches ontológicos, quánticos, maestros vitales que nos guían en la búsqueda personal y profesional. A mí, paradójicamente, me ayudó a confirmar de qué lado estaba. Digo con mi amigo y pensador Miguel Mazzeo que hay dos orillas, en una la humanidad deshumanizándose, en la otra la humanidad resistiendo la barbarie. No se puede vivir en el medio. En el medio te hundes.

> Es bueno que la grieta se torne cada vez más visible, que se reconozca en detalle la topografía de cada orilla y el contenido de lo que las separa. Esa visibilidad atenta contra la eficacia de las estrategias que promueven las convivencias infundadas, o las convivencias fundadas en la opresión, en fin: la promiscuidad entre los dominados y los que dominan, entre los que aman y los que menosprecian.
>
> La grieta exhibe lo que hay de un lado y del otro: los sentimientos altruistas y la insensibilidad; lo que religa y lo que disgrega; lo que empareja y lo que reproduce las asimetrías; la indocilidad de los dignos y la indignidad de los constructores de obediencia y sumisión; la ética y el pragmatismo; la pulsión de vida y la pulsión de muerte; lo humano (amor, amistad, valentía, dignidad) y lo inhumano (opresión, violencia, crueldad); las genealogías plebeyas y las genealogías opresoras (la grieta tiene historia y se pueden confeccionar cadenas retrospectivas con cada uno de sus polos); la patria y el mercado; la patria y el patrioterismo fascistoide; la verdad y el embuste[12].

Hay un salto monumental entre el coach que se sienta en la silla y, con su experiencia y visión, guía el combate o el juego, y el coach de la industria neoliberal y la psicología positiva, que se sienta en su despacho y acompaña la búsqueda de una misma. El primero recibe ese nombre por el contexto, fuera de él es el maestro, el entrenador. Y le eximimos de esta crítica, ya que en-

[12] M. Mazzeo, «Santiago Maldonado y "la grieta"», 24 de octubre de 2017 [disponible en http://contrahegemoniaweb.com.ar/santiago-maldonado-y-la-grieta/].

tendemos que en principio potencia de manera saludable y efectiva la confianza del deportista para que realice un buen trabajo. El segundo recibe ese nombre porque se ha hecho de ello una profesión, un sustento de vida. Si el competidor no puede salir al tapiz sin su coach en la silla, en los nuevos tiempos no conseguimos nada sin un coach profesional. Por eso, es una fantástica y suculenta opción profesional.

Un amigo, profesor de Historia en un instituto de Albacete, me cuenta sorprendido que una mamá le ha buscado un coach a su hija adolescente. Imagino a mi amigo mientras escuchaba, preocupado, cuestionándose por qué y hasta dónde seremos capaces de llegar. Esta mamá lo desconoce, pero es víctima de una guerra ideológica, y buscándole un coach a su hija se suma a la construcción del nuevo sujeto neoliberal. En unos años su hija será presa de esos anuncios empresariales que nos animan a cumplir nuestros objetivos ganando dinero mientras pedaleamos por nuestra ciudad haciendo repartos. La uberización emprendedora oculta el saqueo y a los responsables de él, mientras el imperio, a través de sus coaches, domestica las generaciones de toda una sociedad y las prepara para ser grandes gestoras de sus habilidades sociales. En el futuro, los papás no se verán obligados a buscar un coach particular a sus hijos, porque los tendrán en la escuela.

> La OCDE ya está trabajando en esa línea y desarrollando un nuevo marco para evaluar a los alumnos no sólo en matemáticas y comprensión lectora, sino en habilidades sociales. Es lo que llaman *Global Competences*. «Hay una base científica muy fuerte sobre la relación entre la capacidad para aprender y el estado emocional. Lo que más importa es que se haga un cambio de mirada y se tenga en cuenta cómo sienten los chicos. Hemos centrado la educación en los contenidos durante demasiados años», explica Verónica Boix, investigadora de Project Zero, de la Escuela de Educación de la Universidad de Havard, donde cerca de 40 expertos desarrollan nuevas metodologías de innovación[13].

[13] A. Torres Menárguez, «Canarias, la primera comunidad que hace obligatoria la educación emocional en los colegios», *El País*, 2 de abril de

Ya os habréis percatado del interés que tiene la Universidad de Harvard en estas cuestiones, y quiénes constituyen sus equipos. El coach, consciente o inconscientemente, aboga por el coaching como fenómeno social, nutre las filas de una ideología. Por eso lo caricaturizamos, denominándolo el generalísimo coach.

De las empresas a las aulas

Las grandes corporaciones son celosas de sus asesores personales. Forman parte de su intimidad. La rentabilidad multimillonaria es resultado de la relación de sus magnates con esas mentes. Son cuidadas, pagadas y motivadas hasta tales extremos que pierden el contacto con la tierra. Si la realidad tiembla, si los peones del tablero retroceden, ellas, envueltas en su burbuja, ni lo aprecian. Ambos, magnates y asesores, viven en una realidad paralela que se concentra en elevarse kilómetros y kilómetros de distancia de las preocupaciones y penurias cotidianas. Dentro de la burbuja que habitan, la derrota es un tabú. Nunca pagarán por ella.

Robert Frank describe en *Richistán: un viaje a través del boom de riqueza norteamericano y de las vidas de los nuevos ricos* esa burbuja. Richistán es un país virtual donde la tapa del retrete es de piel de cocodrilo, y se vive la apasionante experiencia de tener un *jet* privado. La opulencia rodea a los richistaníes, que, para conseguir los billones que desean, miran al futuro con fe y confianza, y apartan de su alrededor a los gafes. Sus entrenadores personales son la motivación en estado puro, nunca hablan de la realidad. Los richistaníes son triunfadores, no soportan la negatividad, viven en esa burbuja de baños espumosos aromatizados con Bulgari que rechaza reconocer el riesgo. Su mentalidad ejecutiva piensa que el mayor obstáculo para la felicidad es la pobreza, por eso su única preocupación real es querer ser el doble de ricos de lo que son.

2019 [disponible en https://elpais.com/sociedad/2019/03/26/actualidad/1553627291_428563.html].

Los richistaníes deberían ser tratados psiquiátricamente. Su narcisismo, megalomanía y solipsismo atentan contra la integridad del ser humano, y superan peligrosamente la acción de ese gen egoísta que, según Dawkins, es necesario para la supervivencia de la especie. Mientras ellos ascienden, la humanidad se desploma. Sin embargo, no son diagnosticados enfermos, sino como un horizonte que emular.

Estas mentalidades de hiperbólica positividad, que se miran al espejo y ven al mundo rindiéndose ante sus zapatos Jimmy Choo, han permeado la membrana de la burbuja Richistán, contaminando nuestras sociedades. Su prepotencia desciende desde los cielos a las calles, a los espejos, a las carnicerías, a las tijeras, a los convenios, para imponer un régimen de explotación personal que en mayor o menor medida respiramos todos. El elemento empresarial «soy el puto amo» se cuela en la estructura molecular de la vida para cuartear la condición humana. Pasamos de las empresas a las aulas en un abrir y cerrar de ojos. Cuando los cerramos, las circunstancias se llevan al desván. Cuando los abrimos, es tiempo de *protayoístas,* y todos, hasta los jóvenes alumnos, quieren ser richistaníes.

En las aulas, el profesor-guía es el entrenador de este nuevo deseo, que tendrá que azuzar y mitigar en su justa medida. Para ello tendrá que adquirir una serie de destrezas y habilidades, en esos talleres de formación que te muestran el camino al autoliderazgo. En España, sólo el programa de Educación Responsable de la Fundación Botín ya ha formado a 8.000 profesores-guía. Un cuadro docente que, sin pedir permiso, se convierte en coach educativo, actualizando de esa manera su práctica docente a un siglo impregnado de richistimanía, oculta entre emociones y talentos.

El coach educativo no se diferencia del coach a secas, son exactamente la misma cosa. Igual ocurre con el resto de coaches: ejecutivo, personal, ontológico, nutricional, artístico, familiar... Cada cual asume el epíteto del campo en el que trabaja y se especializa en él, decorándolo finamente. No cabe duda de que no es lo mismo tratar con muchachos, familias o ejecutivos, pero en todos los casos se trata de aplicar el coaching. El coach

personal quiere que su cliente sea una persona de éxito y feliz. El coach ejecutivo trabaja para que su cliente sea un líder 2.0. El coach nutricional acompaña la búsqueda de una dieta libre de culpa y de grasa, que nos esculpa de felicidad. El coach ontológico busca el «ser verdadero», o vaya usted a saber. Las competencias del coach en general son las competencias del coach específico. El coach tiene un rol multifacético y colaborador, en el que practica la escucha activa, la observación profunda, la habilidad de preguntar desde diversas intencionalidades (informativa, entonativa, o para tomar consciencia) y la capacidad de ofrecer *feedback*. Es una especie de detective (que no juez) y, por supuesto, un provocador cuyo objetivo es mover a la acción y desatar la catarsis. El generalísimo coach está vinculado a lo bueno, lo deseable y lo mejor, por eso es admirado e incluso endiosado. Su aura habita en una especie de más allá que excluye lo negativo. La escasez o la enfermedad están fuera de su ecuación. El generalísimo coach siempre desencadena lo mejor; y tiene la absoluta certeza de que trabaja en beneficio del conocimiento *de sí*.

Quienes atentamente leen estas líneas, hace tiempo saben que, en la automodernidad, si queremos que todo siga como está es necesario que todo cambie. El coach educativo viene a revolucionar las aulas para que todo siga igual. Palabras como «participación», «cooperación», «solidaridad» son el pan de cada día. El alumnado entrena a diario su talento, su inteligencia predominante, con el fin de entregar lo mejor de sí a la clase. El objetivo de autodescubrirse es poner en común y generar una inteligencia que sobrepasa la individual: la inteligencia colectiva. Todos los alumnos, sin excepción, son creadores de un sistema de cooperación y participación. Para la educación personalizada y activa, el supuesto ideal es que toda la comunidad educativa forme parte de esa inteligencia colectiva. Para el coaching educativo, también.

El profesor-guía-coach está cualificado para «ayudar a niños y jóvenes a: conocerse y confiar en sí mismos; comprender a los demás; reconocer y expresar emociones e ideas; desarrollar el autocontrol; aprender a tomar decisiones responsables; valorar y

cuidar su salud; y mejorar sus habilidades sociales»[14], según afirma la Fundación Botín. ¿Qué hace un banco metiendo sus narices en la educación? El profesor-guía-coach es el facilitador de la estrambótica competencia «aprender a aprender». Y entrena diariamente a los jóvenes para mejorar su rendimiento.

Zulima tiene catorce años, y desde hace unos meses acude a las clases a regañadientes. Cuando sus padres se reunieron con la tutora descubrieron al docente-coach. Andrés estaba entusiasmado con su nueva formación, tenía la firme convicción de que el coaching como proceso de acompañamiento era positivo para sus alumnos. Asumía entre sus funciones el desarrollo del autoconocimiento, la potenciación de la confianza en sí mismos y la toma de conciencia de que cada experiencia es fundamental para elegir la vida que desean crear. En ese sentido, «Zulima está teniendo problemas para crecer. No se adapta al modelo *GROW*». En ese momento, la cabeza de la madre se cortocircuita, y le espeta al profesor algo así como que había convertido el aula en un campo de experimentación.

Entiendo plenamente a esa madre. La palabra inglesa *grow* se traduce como crecer; sin embargo, en coaching, es un acrónimo. *Goal* (meta), *Reality* (realidad), *Options* (opciones) y *Will* (actuación). Debemos preguntarnos no sólo quién diseñó el modelo (lo que dijimos antes), sino también qué es lo que se intenta lograr con él (y otros). Salvando las distancias, ¿no se entrevé en estos docentes-coaches a esos asesores personales de las grandes empresas?

> Como docentes-coaches, forma parte de nuestra misión animar a nuestros alumnos a soñar, acompañarles a creer y a confiar en sus sueños (querer), enseñarles cómo convertirlos en desafíos motivadores y a la vez posibles de alcanzar (saber), y ayudarles a aterrizarlos poniéndoles piernas para bajarlos a la tierra, fomentando su responsabilidad, de modo que comiencen a caminar con ellos en sus mentes y en sus corazones (hacer).

[14] [https://www.fundacionbotin.org/educacion-contenidos/educacion-responsable.html].

> Gracias a todo ello les ayudaremos a desarrollar sus diferentes inteligencias y a ser personas independientes, plenas y felices. Personas capaces de crear por sí mismas y co-crear con los demás. Y para que esto sea posible, es imprescindible que empecemos por nosotros mismos, pues es la posibilidad de lograr nuestros sueños lo que dota de verdadero sentido a nuestras vidas[15].

Convertir las aulas en campos de experimentación tiene sus Zulimas. Los elementos que reaccionan al modelo reflejan que algo está pasando. Son una alerta que no se resiste a la adaptación, sino a la subyugación. A veces, las condiciones quiebran a algunas Zulimas que acaban sometiéndose al modelo. Las que no lo hacen son la piedra en el zapato, la herencia socrática, la cordura de la Humanidad, y nos regalan la posibilidad de seguir pensando.

Si eres un coach y crees que la felicidad lleva código de barras, o te cuestionas de alguna forma el mundo que nos rodea, estás de suerte. Posiblemente no pasaron en balde lecturas como *El malestar en la cultura*, *La insoportable levedad del ser*, *La metamorfosis*, *Carpe diem* y *Un mundo feliz*[16]. Es posible que seas una Zulima quebrada desarmándose. Desde algún pliegue de tu cerebro se cuela la voz de la razón, para avisarte de que esos clientes con los que pagas tus facturas no buscan su piel ni nutrir a la Humanidad cuarteada, sino hidratar su traje y alimentar el imperio del Yo. Un imperio que comienza a normalizarse de manera preocupante en las nuevas generaciones, que aprenden a normalizar lo menos normal del mundo. Como dice Verónica Boix, del equipo del sistema de medición de la OCDE, «vivimos en un mundo mucho más complejo, con emociones más difíciles. El tema de la inmigración, por ejemplo, genera respuestas emocionales fuertes: temor, inseguridad». Gracias al entrenamiento emocional del coach educativo, los alumnos gestionan el temor

---

[15] B. García Ricondo y B. García Carrera, *Coaching práctico en educación*, Madrid, Dextra, 2016, p. 172.

[16] Lecturas que expresan de una u otra manera el embrutecimiento de la humanidad.

y la inseguridad sin tomar partido; normalizando una realidad inmoral y deshumanizada.

Se normaliza lo inmoral y se complejiza lo cotidiano. Como el cable rebelde de uno de esos teléfonos de los años noventa, la cotidianidad comienza a rizarse sobre sí para ahogarnos en nuestros sueños, embrutecernos de Yo. Ya se ha extendido, desde las empresas hasta las madres, que lo más normal del mundo es tener un coach; un guía que nos empodere a la hora de tomar decisiones, que nos ilustre y entrene, que nos rescate de hundirnos en la congoja inyectándonos positividad y ganas. Hoy se llama coach, mañana *influencer*. Profesiones que se sitúan en el ojo del volcán, en la punta del iceberg, en el dólar *business*. Profesiones que no preguntan si el éxito es cómplice y de qué, o si la riqueza puede o no ser inocente. Profesiones que se visten de Gucci, Prada, Armani, se calzan los zapatos de piel de cocodrilo y sonríen mirándonos a la cara. Profesiones que fundan su relación de confianza, como el tirano, en la devoción y fidelidad. No hay malas intenciones, por supuesto, pero sí la perpetuación del olvido de esa verdad que responde a la pregunta antropológica de qué es el hombre, ese olvido que nos aleja de ese lugar que gobierna para todos. El coach, al tratar el Yo, nos salva para que no hagamos la revolución. Pero ¿puede sofocar a todas las Zulimas?

La rebeldía sofocada

Retomando aquel día en que J. me dejó congelada frente a Hermes, me atrevo a decir que hay cosas que no casan. ¿Cuándo las humanidades dieron la mano a los negocios? Sócrates alertaba acerca de los sofistas, Jesús echó a los mercaderes del templo. Normalizar los matrimonios forzados, ya sea entre disciplinas o entre personas, es una catástrofe; cueste lo que cueste, deben ser denunciados.

Por los pelos, decidí contravenir tamaño imperio de la salvación disfrazado de humanidades. A veces son las debilidades –esas que quieren gestionar los coaches– las que nos salvan de caer en el abismo. Dado que me cuesta decir «no» a una propuesta en-

tusiasta, entre otras cosas porque siempre encuentro alguna razón para el sí, dejo que las circunstancias me echen una mano y las cosas se resuelvan solas, metiéndome en ocasiones en un buen lío. Hay una película de animación de Sunao Katabuchi, *En este rincón del mundo*, ambientada en la Segunda Guerra Mundial, donde de alguna manera ocurre algo así. Sus protagonistas, Suzu, una joven y extraordinaria dibujante, y Shusaku, un joven y futuro funcionario del Tribunal militar, son portadores de una humanidad extraordinaria. Un día Tetsu, amigo de la infancia de Suzu, pasa a visitarlos, pues el barco de guerra donde trabaja como marino atraca en el puerto. En un momento en que ambos se quedan solos, Tetsu le reprocha a Suzu que se ha normalizado, que su vida es una vida normal, que hasta se ha enamorado de su marido. La tan denostada normalidad es, sin embargo, la mayor rareza en esa suerte de realidad donde se vive en una paradoja. Kure, un pueblito costero a pocos kilómetros de Hiroshima, vive arreglando y diseñando grandes barcos y navíos de guerra. En tiempos de paz no hay trabajo, por lo que los recursos escasean y la vida es costosa. En tiempos de guerra hay trabajo, hay recursos, pero no llegan los suministros y son bombardeados constantemente. En ese contexto esta joven pareja hace de sí algo mejor de lo que es y de lo que las circunstancias quieren hacer de ella. La guerra que el mundo Yo libra contra la Humanidad no les gana la batalla, pues forman parte de un todo mayor que ellos mismos y lo han comprendido de modo natural, sin Sócrates ni Kant. Esa normalidad con la que se resuelve lo cotidiano es lo deseable, y por desgracia lo más raro. Seducidos por la novedad, aunque sabemos que se evapora, nos enredamos en la trampa de lo inalcanzable, y aceptamos la carrera hacia el ictus como lo normal. Pero la vida no es ni ha sido nunca una carrera sin aliento. Si se ha convertido en eso, habrá que detenerse y analizar por qué.

Llamamos al recuerdo. ¿Qué éramos antes de ser aquello en lo que nos convertimos? Y ¿qué ocurrió con lo que éramos cuando nos convertimos en quienes somos? El traje de deportista, de docente, de coach, de richistaní, se apoya sobre la humanidad. Estos y otros trajes son un accidente más o menos fortuito. Mientras ellos fluyen, la humanidad permanece. Lo bueno de los

trajes con los que decidimos vestirnos es que se pueden quitar, lavar, modificar, sustituir; lo grandioso de la Humanidad que cubren es su eternidad. Por eso, es un deber cuidar la piel que viste la tela, y cerciorarnos de que ningún traje sirva para nada más que abrigar y guardar esa humanidad. Como vigilantes, hemos de reflexionar acerca de por qué nuestra atención fue sorteada, y el traje pasó a ocupar el lugar de la piel.

Como ya anotamos, la lógica del capital reproduce un olvido, el olvido del ser (la piel); en su lugar, coloca aquello en lo que nos convertimos (el traje) y trabaja para volverlo una adicción. Lleva siglos de entrenamiento, pero siempre encuentra resistencias. La piel, aun a pesar de las magulladuras de la historia, aun a pesar del color, la textura y el moderno corte de los trajes que fluyen, permanece. Reconocer su eternidad ha hecho que la lógica del capital, en vez de luchar contra ella y olvidarla, haya renovado sus estrategias, incorporándola. El éxito ha sido apabullante. Saber que debajo del traje está la piel nos ha hecho, si cabe, más desmemoriados. En vez de recuperar la Humanidad, le hemos dado un sentido provisto de cremas, retiros y coaches.

Las Zulimas supervivientes llegan al mundo laboral y se encuentran con el equipo. Una red de colaboración, cooperación y cuidado del bien común. El traje jefe forma parte del equipo, es como todos, uno más. Cada cual tiene una función, y todas las funciones son necesarias para el correcto funcionamiento del sistema. De esa forma, todos se vigilan entre sí, siendo a un mismo tiempo vigilantes y vigilados. Zulima, que sabe que antes que nada está la piel, aunque lo que se vea sea el traje, empieza a plantearse si es correcto subir el interés de la hipoteca a un cliente que firmó un préstamo bonificado adscrito a la domiciliación de su nómina y ahora pasó al régimen de autónomos. ¿Por qué un banco, salvado con dinero público que nunca devolverá, es tan estricto? Comparte con el equipo su duda para ver cómo se puede resolver. No hay forma, el cliente no está catalogado como buen cliente y no se le va a hacer ningún favor: próximamente se revisará su hipoteca y se le subirá el tanto por ciento correspondiente. Mientras, se da parte de que Zulima necesita ser reforzada, y es llamada a un ciclo de formación de coaching y liderazgo.

La asesora hipotecaria tiene que olvidar la piel y centrarse en su traje. La misión, aumentar la confianza en sí misma y en el producto. La visión: el producto es la posibilidad de cumplir tu sueño y de que millones cumplan el suyo. Valorar el yo personal y la capacidad de los clientes, sentirse y sentirlos prósperos. Después de este curso de reconocimiento de la piel propia y ajena, donde nos dejan claro que tirar para sí es la mejor manera de ayudar al otro, la próxima duda le costará el puesto.

Pasan cosas muy raras cuando la condición humana se mezcla con esa ideología colaboradora y corporativa de equipos e inteligencias colectivas. Algo no termina de casar en ese modelo que se ha apropiado de las humanidades y fusiona pieles y trajes. Este modelo, que se ve representado en la frase «la diferencia que marca la diferencia», no sofoca a todas las Zulimas. Aunque hace un daño terrible.

Un ejemplo de ese daño puede verse en la serie *Breaking Bad*, cuya traducción al castellano es *Volviéndose malo*. Walter White, el protagonista, es profesor de Química en un instituto. Además, para mantener el *American way of life*, el estilo de vida americano, trabaja horas extra en una gasolinera. Todo se complica cuando le diagnostican un cáncer de pulmón inoperable. Para pagar su tratamiento, y pensando en el futuro de su familia, aprovecha sus conocimientos en química para comenzar a cocinar y vender metanfetamina. Walter es la representación del cambio, de la ideología del «sí se puede». Pero no todo es idílico. A veces, que suceda lo que queremos implica olvidar la piel, desdibujar el humano, demasiado humano. Asegurar la estabilidad económica que permita a su familia continuar ese modelo de vida tras su muerte hace que el protagonista acabe siendo todo traje, un ser fagocitado por el peor mundo Yo. Walter deja de ser un cobarde normal, para ser un hombre sin escrúpulos. El humano profesor de Química logra salir de su zona de confort para autodescubrir que puede alcanzar cualquier cosa, que puede comerse la vida a bocados o ser comido por ella. El proceso deshumanizador se construye capítulo a capítulo, y es excepcional vislumbrar dónde se producen las confusiones, dónde se forja la barbarie, por qué se sacrifica la piel. Preguntarse ¿podría ocurrirme a mí? es inevitable.

Cathy O'Neil, matemática y autora del libro *Armas de destrucción matemática*[17], explica cómo se utiliza el algoritmo para llevar a cabo el control social. Una fórmula simplificada que deja fuera la complejidad del mundo y refleja las preferencias de sus creadores. La investigadora afirma que hay modelos opacos, capaces de crecer exponencialmente hasta límites insospechados y terriblemente dañinos, a los que denomina «armas de destrucción matemática». «Cajas negras inescrutables» que complejizan la respuesta a la pregunta «¿opera el modelo en contra de los intereses del sujeto?, ¿es injusto? ¿Daña o destruye vidas?». Por ejemplo, sistemas estadísticos como el Inventario de Nivel de Servicio Revisado (LSI-R), que se entrega a los detenidos, sirven para condenar a pena de muerte no tanto a los culpables, como a los afroamericanos. La herramienta de evaluación docente IMPACT –que desconocemos exactamente qué y cómo puntúa– se utiliza para despedir a cientos de buenos profesores de las escuelas públicas y contribuir a la privatización de la educación. Cathy da cuenta de cómo los algoritmos sirven para disolver los vínculos sociales. Nadie puede hacer nada ante su veredicto. Si frente al modelo informatizado nos queda la trampa, frente al modelo estadístico de evaluación, que despide por sus resultados a los profesores, los administradores no pueden ni justificarse. Mucho menos ante la condena a muerte de un afrodescendiente. El modelo no se equivoca, selecciona a los individuos aptos para la realidad que quiere controlar.

El coaching sigue este mismo patrón, sofocando las rebeldías en pos de mejorar los índices de la felicidad que los gobiernos y las instituciones utilizan para validar un fondo ideológico que amenaza la democracia. Todas esas herramientas que utilizan responden a un modelo que deja fuera los matices de la comunicación humana para adscribirse a un concepto de felicidad guillotinado por el patrón del sistema. Cuando preguntas por qué no funciona, por qué aún no eres suficientemente feliz, simplemente te encuentras con el insolente «no perseveraste lo suficiente», dado que el coach sólo sabe que la cosa funciona la mayoría de las

[17] C. O'Neil, *Armas de destrucción matemática. Cómo el Big Data aumenta la desigualdad y amenaza la democracia*, Madrid, Capitán Swing, 2017.

veces, pero ignora todo lo demás. Cuando leí el libro de Cathy, pensé: el coaching es un arma de destrucción y, dada su propagación, podríamos decir: un arma de destrucción masiva.

¿Lograr lo imposible?

«No digas que es imposible, di que no lo has intentado lo suficiente», sentencia el generalísimo coach, incomodándote. El «no lo has intentado lo suficiente» es la justificación perfecta, el máximo grado civilizatorio. Si eres de Camboya, de Haití, de Yemen, no lo has intentado lo suficiente. Si eres lustrabotas, obrero de almacén, campesina de rebusca, no lo has intentado lo suficiente. Si eres taekwondista y no llegaste a las Olimpiadas, ¿no lo has intentado lo suficiente? Ciertamente, algo ha ocurrido, y puedes pasarte los próximos 365 días del año preguntándote qué. De ti depende si acudes a un coach, o si te apuntas al Máster en Liderazgo y Coaching Quántico *(sic)*, donde encontrarás una firme determinación para transformar las conductas que impiden que seas olímpico, «y la voluntad de que lo primero eres tú. Ser egoísta para dejar de serlo»[18]. Quizás acabes como Yolanda, que dejó su carrera de escultora para ser coach, y unirse a la escuela de mujeres líderes para cambiar el mundo. ¡Pobre rebeldía artística! Sofocada, deja de construir Miradores de Memoria como el del Valle del Jerte, en Cáceres, para asumir que «la herramienta eres tú, lo que buscas eres tú».

Estamos ante las puertas de un mundo donde el deseo de conseguir lo imposible justifica cualquier cosa. Walter no es un error del modelo, es el resultado de una dinámica instalada en el seno de la sociedad llevada a la máxima expresión, el cambio absoluto donde no permanece ni la esencia.

> ¿Quiénes son los privilegiados que pueden lograr lo imposible? ¿Quiénes están capacitados para triunfar? Sólo quienes se encuen-

[18] [https://todoespuralogica.com/master-en-liderazgo-y-coaching-quantico/].

tren en un estado de constante búsqueda de información y conocimiento, y dispuestos a un verdadero sacrificio en pos de sus sueños, están equipados con la actitud necesaria para triunfar, ya que su mente está abierta y receptiva para aprender, nutrirse de nuevo entendimiento y preservar en la conquista de su objetivo. Y esto es algo que todos podemos lograr[19].

Se leen varias cosas en este breve enunciado. La exageración, «lograr lo imposible». La contradicción entre «sólo quienes» y «todos podemos lograr». Y la condición, «actitud necesaria», «mente abierta y receptiva», «perseverar en la conquista», «verdadero sacrificio».

En esta segunda década del autosiglo XXI, la felicidad se ha convertido en la respuesta a todos los males, y es la condición necesaria para una vida saludable, libre de enfermedades y llena de éxito profesional, según indica el Instituto Coca Cola de la Felicidad. Estas ideas, que como ya sabéis valida siempre algún departamento de investigación, son propagadas por el hemisferio de múltiples maneras. La ideología coaching sólo es una, pero cada vez tiene más responsabilidad. Los coaches, esas personas que han descubierto su líder interior, que trabajan como asesores personales de grandes empresas, como autónomos que acompañan los procesos de cambio de personas insatisfechas, o como guías del alumnado de las escuelas, propagan la idea exagerada, contradictoria y condicionada de la Felicidad. Este tratamiento del Yo se basa en la idea de que si eres feliz puedes lograr lo que te propongas, no hay imposibles. Durante el trabajo, el cliente, el alumno, o el coachee, llamémoslo como queramos, llega solito a la conclusión: «Mejor sonreír que llorar». Con este estribillo en la cabeza, la persona aprende a aceptar las situaciones y a soportarlas. «Tu destino lo construyes tú» exonera de condiciones y circunstancias. El coach es un preparador de sujetos empoderados, inofensivos y útiles. El secreto de su trabajo es conseguir que el cliente se responsabilice. Ante la asunción de la responsabilidad absoluta sólo queda fracasar o

[19] A. Díez, *El líder interior*, cit., pp. 132-133.

ser rentable. El fracaso destierra a la infelicidad, la rentabilidad «compra» la felicidad.

Cuando estaba flotando en el marasmo neoliberal de los modelos alternativos, coincidí con un grupo de economistas que trabajaban en la reconocida auditoría Arthur Andersen, que por ese entonces se estaba disolviendo porque, entre otras cosas, permitió que se pasaran por alto prácticas contables de alto riesgo que acabaron quebrando a uno de sus mayores clientes, la empresa de energía estadounidense Enron. Recuerdo que el escándalo inquietaba al grupo, susurraban que lo habían visto venir, pero a ellos la globalización de capitales no les iba a dejar sin trabajo. En España, el equipo de auditoría y asesoramiento jurídico de Andersen se integró en Deloitte, actualmente una de las firmas más importantes del mundo en el sector de la auditoría y consultoría. Por lo que el derrumbe de la empresa para la que hasta entonces trabajaban les afectaba sólo hasta cierto punto. Nada que ver con la situación de los trabajadores de Sintel[20], que durante meses pudimos ver ocupando el madrileño Paseo de la Castellana, donde instalaron *el Campamento de la Esperanza* para exigir derechos y responsabilidades por la extraña venta de la empresa en 1996, que cuatro años después derivaba en el despido de 1.808 trabajadores[21]. Mientras el grupo de superauditores y auditoras regurgitaba argumentos ultraliberales con esa actitud positiva del peor mundo Yo, los hombres de carne y hueso, incapaces de comprar el discurso de la felicidad, se suicidaban, infartaban o luchaban sabedores de que las cosas dependían de algo más que la actitud. Había un abismo insondable entre esos dos mundos. Uno, preso de su ambición y ese olfatillo richistaní del «todo va a ir bien»; el otro, acurrucado en el «tira para adelante, sea como sea».

---

[20] Sistemas de Instalaciones de Comunicaciones, S. A., fue una empresa española que Telefónica vendió con el estrenado gobierno de José María Aznar a Mas Tec, empresa de la familia de Mas Canosa, que despojaría de manera permanente a Sintel para enriquecerse fraudulentamente. Tanto es así que cuatro años más tarde la compañía quebraría.

[21] Véase el documental dirigido por Pere Joan Ventura *El efecto Iguazú*, España, 2003, 90 min.

Casi dos décadas después pregunto: ¿cuánta verdad contiene eso de que el resultado depende de la actitud? Los unos fueron educados en colegios caros y prestigiosos del centro de Madrid, por no hablar de la honorífica universidad donde se graduaron, son vecinos de barrios adinerados, sus casas tienen varios cientos de metros, y algunos son familiares de condes y marqueses. Los otros estudiaron en colegios públicos, igual que hoy sus hijos, la mayoría vive en ciudades dormitorio, sus casas suerte si tienen ochenta metros y sus familias mayoritariamente son campesinas u obreras. ¿No tuvo nada que ver el estatus y los títulos nobiliarios de los empleados de Andersen en la resolución de la quiebra? ¿Por qué los nuevos tiempos se empeñan en extender la falsa creencia de que podemos lograr lo imposible, de que se puede llegar a ser rico y feliz, sin importar la condición? Sara Ahmed, autora de *La promesa de la felicidad*, asegura que la felicidad es una técnica para dirigir a las personas. Sin embargo, el coaching y el coach se empeñan en hacernos creer que de lo que se trata es de ser proactivo[22].

El docente-coach que ayuda al educando «a desarrollar sus diferentes inteligencias y a ser una persona independiente, plena y feliz», ¿sabe hacia dónde le dirige? ¿Qué impacto tiene «esta ayuda» en una población malcable y vulnerable? Que el coaching legisle la vida adulta es una locura antiilustrada, pero que gobierne la población infantil, joven y adolescente debe generar un rechazo tal que levante otro campamento de la esperanza, reclamando derechos y denunciando atropellos. La cultura del entrenamiento y el rendimiento que se ha instalado en las aulas tiene una dirección muy concreta, liberarnos de nuestra responsabilidad hacia el mundo en el que vivimos y criminalizar la pobreza, o cultivar lo que Adela Cortina denomina «aporofobia». Nos han convencido de que aquellos que son favorecidos lo son por su actitud, y no por su condición favorable. Hemos quedado ciegos ante una sociedad que se dibuja con patrones elitistas que dejan fuera de la fórmula lo que no enriquece. Por ejemplo, el modelo que determina la excelencia de las universidades en los EEUU deja fuera los costes de la educación. Si los incorporase, subir las tasas pena-

[22] E. Jurado, *Quiero darte coaching*, cit., p. 14.

lizaría y bajarlas no permitiría costear otros valores necesarios para elevar la puntuación. Al dejarlos fuera, el sistema se cerciora de que las universidades baratas no se abran paso en la jerarquía de la excelencia y que sean las universidades más venerables las que estén siempre en lo más alto. Además, ha hecho que las tasas de las matrículas se hayan disparado y cada vez resulte más costoso acceder a los estudios superiores. Existe la certeza de que quienes tengan un título de una universidad venerable tendrán poder y éxito. Y es cierto, porque los alumnos que estudian en ellas pertenecen a familias con poder e influencia.

Desvelar que las pruebas estandarizadas que puntúan y seleccionan al personal docente, que valoran las competencias y talentos de nuestros hijos e hijas responden a un plan es el primer paso para virar el curso de la historia hacia otra dirección. Los coaches que preparan al alumnado para obtener una buena puntuación en las pruebas PISA, ¿para qué los preparan exactamente? Estas pruebas valoran la competencia lectora en el entorno digital, y próximamente también la competencia global: ¿por qué? ¿Quién determina que esas competencias son propias de un excelente sistema educativo? ¿Qué dejan fuera? No queremos una sociedad de privilegiadas ni afortunados que puedan lograr lo imposible. Queremos seres humanos, demasiado humanos, que garanticen la permanencia de la Humanidad. Con los coaches en las escuelas, ¿quién nos asegura que no se vaya de las manos la construcción de ficticios sujetos plenos y felices? Quizá un día se levanten y vislumbren con claridad y distinción el engaño. Quizás algunos hagan como Walter, pero otros prefieran morir a vivir y sufran una terrible depresión.

Si preguntamos a un coach cuál es el éxito de su metodología, nos dirá que el éxito es del coachee. Si preguntamos por qué funciona, nos dice que por la entrega, sinceridad, y capacidad introspectiva del coachee. Si le preguntamos por qué hay que tener una actitud positiva ante las cosas, nos contestará: ¿sirve de algo la actitud negativa? Su razonamiento está vacío de contenidos, sus recursos pertenecen al ámbito de la red de la ciencia automoderna de Goleman, Gardner, Gallwey, Whitmore... Sin embargo, todo aquel que conoce el proceso de primera mano

sabe que su metodología es embriagadora, porque genera sensaciones que ponen en marcha una cadena. Las sensaciones estimulan la circulación, que aviva las ganas de ser y hacer, aumenta la motivación y la concentración, reforzando la confianza y mejorando los resultados. Los coachees se empoderan, se cuidan, se atreven a decir y a hacer, y ven cambios. Entonces, se animan y sueñan. Sueñan que pueden conseguir lo que se propongan. Que visualizando la casa que quieren algún día la tendrán. Y aquí es donde se troncha la verdad para mostrarnos el abismo, las dos orillas. Porque mientras la cabeza imagina y desea con fuerza, en el mundo concreto cada día es más difícil satisfacer las necesidades básicas. «Proponte cosas que estén a tu alcance», aconseja el coach, «eso hará que sientas que puedes alcanzar las metas». Así encubre la persona la congoja, acomodándose, adaptándose a lo alcanzable, a lo que se puede lograr. Pero ¿no nos dijeron que podíamos ser ricos, que el único obstáculo estaba en nuestro interior? ¿Dónde queda lograr lo imposible? ¿Acaso no podíamos ser los privilegiados si perseverábamos lo suficiente?

Dicen que a partir de los seis años, cuando se conectan los hemisferios, la mente se bloquea y deja de poder doblar cucharas. Según esta visión, la mente se limita a sí misma y reduce sus divinas posibilidades por un exterior limitado que proyecta sus miedos y sus bloqueos. Con esta idea, se manipula a la gente para que crea que puede desarrollar y potenciar capacidades que bloquearon creencias limitantes. Se amparan en las investigaciones que demuestran la plasticidad de la mente. Cada día más gente compra esta idea, desviviéndose por moldear su mente. Al principio, como es lógico, quieren lograr lo imposible, pero después aterrizan, conformándose con poco. Exactamente, con lo que sí podía suceder. Porque cuando uno se pone a trabajar sus complejos y limitaciones, por supuesto que pasan cosas, pero sucede que en un punto la cosa se estanca. «La hipervaloración del poder de la mente es tan miope como su infravaloración»[23]. Víctimas de un engaño, se convierten en el mejor canal publicitario:

[23] J. I. Capafóns y C. D. Sosa, «El efecto placebo o el poder de la sugestión», cit., p. 286.

el boca a boca, o el marketiniano bocaoreja, actual e-WOM *(electronic Word-of-Mouth)*, bocaoreja electrónico.

Ante el estancamiento, el coach invita a seguir intentándolo, a no tirar la toalla, a no darte por vencido ni vencida. Comienza la fase del movimiento circular, el eterno autodescubrimiento, sin comienzo ni fin. El proceso de coaching refuerza la idea de que sí se pueden traspasar las creencias limitantes, de que sí se puede romper el bloque de cemento en que se convirtió tu mente. «Sal de ahí, pasemos a otra cosa», dice el coach cuando nota que no te gusta el camino, despertando así la curiosidad y alimentando la introspección. La persona construye la idea de que constantemente ella misma se boicotea y se esfuerza por no hacerlo. «¡Deja de boicotearte!», susurra la voz interior. «Si no lo resuelves completamente, volverás a revivirlo una y otra vez», dice el coach, utilizando uno de esos aforismos de la filosofía. Ante estos zarpazos las sensaciones aumentan, la cadena de montaje vuelve a funcionar, sales de la rueda de hámster y, emocionado, retomas la búsqueda de la piedra filosofal. «Tus pensamientos complican tus acciones. Deja de pensar.» Haces caso e intentas moldear esa mente que alrededor de los seis años se atascó porque se dio cuenta de que había cosas imposibles. Vas a cumplir los treinta, los cuarenta, los cincuenta, y olvidas lo que a los seis sabías: darse cuenta, por ejemplo, de que no puedes volar es supervivencia, no bloqueo.

El docente-coach, el guía gardneriano, olvida que ni teniendo en nuestras pantallas al mentalista Uri Geller pudimos doblar cucharas, y entrena a las generaciones venideras en ese olvido. De un modo lúdico acalla la crítica, ese pensamiento bloqueador al que se imputa que los sueños sean inalcanzables. Con el lenguaje positivo de que todo es posible y todos valemos, se anula el juicio, la capacidad cuestionadora de las clasificaciones, y, bajo una falsa igualdad, se encierra la voz de la razón en la celda de la rentabilidad. La resiliencia, que es la capacidad para adaptarse positivamente a condiciones adversas, es mayor cuanto antes nos formemos en ella. Abrirse paso en el sistema educativo garantiza la continuidad del modelo. Actuar en el barro fresco del desarrollo, en el modelaje de los sueños desde su origen lo puede cambiar,

esta vez sí, todo. Invocar el imperativo de la alegría desde las coordenadas de lo imposible es una carrera de fondo sin meta. Del mismo modo lo son la normativa del autoconocimiento y la ética del talento, necesarias para reformar el capitalismo. Mientras afuera prende la sociedad del autoservicio, la tarjeta de crédito identificativa y la violación sistemática de los derechos humanos, en las aulas se reinventa la rebeldía juvenil ante lo políticamente correcto y se reorienta la energía arrolladora de la chavalería. El plan marcha en una dirección: crear un sujeto que *quiera ser como Beckham*. El sueño imposible de ser exitoso, poderoso y rico tiene más posibilidades cuanto antes sea activado. La lógica formal y aplastante nos muestra que Beckham no hay más que uno, así como el grupo de economistas con títulos nobiliarios son una minoría. Algún día caerá por su propio peso todo este entramado de felicidades y cucharas, pero hasta que eso suceda nos toca explicarlo, porque cada día aumenta el número de jóvenes que, entrenados en la dirección de maximización de rentabilidades a través de la competición –ahora rebautizada como cooperación–, quieren ser millonarios. El futuro para muchos, en cambio, es el abismo. La trampa neoliberal que tiene como cebo el éxito y la felicidad sacrifica la Humanidad, como a los ratones. Cada vez desde más temprano la boca rumia el dinero para concluir que no tenerlo es de «pobres infelices». Los empobrecidos acaban replicando la forma de operar de los ricos, que concretan lo abstracto (defendiendo que el dinero es la felicidad) y se abstraen de lo concreto (millones y millones de seres humanos abocados a la infelicidad). La lógica de la salvación se activa y la revolución queda sofocada. Mientras unos poquitos lo consiguen, otros no dejan de intentarlo.

El nuevo ejército

La nueva visión del mundo, el coaching, como dice Vikki Brock, ese «movimiento social abierto y fluido» que se extenderá por las relaciones e interacciones humanas, entretejiendo el tapiz de la vida desde un proceso y estilo comunicativo «muy

coach», ¿qué necesita para convertirse en una realidad? ¿Qué requiere para ser la visión mundial dominante que promete?

> En primer lugar, se debe conocer a los que contribuyeron al surgimiento y crecimiento del coaching y, posteriormente, valorar dichas aportaciones. Segundo, se debe adoptar una definición inclusiva del coaching, una definición dinámica y contextual, transmitida a través de diferentes aspectos, adaptándola a la persona que recibe los servicios de coaching, al coach, al contexto y a la situación específica. Tercero, se puede fomentar la diversidad y la inclusión, apartándose del modelo competitivo. Hablamos de la colaboración entre los coaches, pero he visto más comportamientos politizados y competitivos entre los coaches que lo que he observado en otras profesiones que no profesan ser colaborativas. Cuarto, apoyar el uso eficaz del coaching, de manera que los médicos y los managers puedan ser coaches eficaces. Todo el mundo puede ser un coach eficaz. Podemos apoyar esta conducta en los demás en lugar de decir «no, no puedes ser coach a menos que lo ejerzas profesionalmente». El último elemento de acción es «abogar por el coaching como fenómeno social». Podemos pasar de ver el coaching como un conjunto de prácticas, a tomarlo como un fenómeno social, algo bastante más importante de lo que podríamos desear o imaginar. Empezamos a verlo desde fuera del sector y no nos confinamos nosotros mismos a los límites del coaching profesional. Esta es la única forma en que el coaching se puede convertir en la visión global dominante, es decir, cuando se adopte por otras personas, no sólo por los coaches profesionales[24].

Los manuales de coaching –y en esto están de acuerdo– dicen que no se trata de ser quienes *no* somos, se trata simplemente de ser quienes estamos *destinados* a ser. ¿Qué círculo hay oculto en la palabra «destino» que nos deja danzando más allá del azar y la necesidad[25]? Las pitonisas, como los dioses, huyeron y nos abandonaron. Ya denunciaron esto algunos filósofos a principios del

[24] V. Brock, *Guía de la historia del coaching*, cit., pp. 549-550.

[25] Guiño al célebre título de J. Monod, *El azar y la necesidad* (1970).

siglo XX para dar cuenta de la enorme tarea que nos corresponde acometer: devolver el ser a su elemento. Dicho en nuestros términos, devolver a la humanidad la Humanidad. La separación del Ser de su origen, la descontextualización de las palabras de las cosas, el olvido del espacio ético puede volverse una amenaza incontrolable hasta para las religiones. Las sociedades diseñadas por y para la felicidad han resultado ser de una crueldad insospechada. Pensemos un momento en un indígena ayoreo-totobiegosode del Chaco paraguayo. Este forma parte del único pueblo originario no contactado que vive fuera de la Amazonia, obligado a ser nómada por las continuas invasiones y la tala de su territorio. En un doloroso ejercicio mental lo sacamos de la selva del Chaco y lo metemos en uno de esos enormes centros comerciales, concediéndole el privilegio de habitar y consumir libremente, con gastos pagados. En los dos lugares puede respirar, pero sólo en uno puede sobrevivir como totobiegosode y conservar aquello que le hace ser totobiegosode, ¿adivinan en cuál? Por supuesto que no se puede ser totobiegosode en un centro comercial, ¡faltaría más que ahora los antropólogos tuvieran que observar las culturas originarias en los centros comerciales! El ser humano tiene mucho que ver con el territorio y el entorno que habita. Aunque por nacimiento seas totobiegosode, no se puede ser totobiegosode fuera de las circunstancias que te hacen ser totobiegosode.

Con la humanidad pasa algo parecido a con el ayoreo-totobiegosode (aunque quizá este ejemplo cueste algo más entenderlo). Sacamos a la Humanidad de su espacio, de ese espacio que la *ha hecho* ser lo que es, a saber, humana, demasiado humana. Salvando la distancia que separa al ayoreo de la humanidad que le contiene, espero que el paralelismo sea comprendido adecuadamente para el tema que nos ocupa. Entonces, metemos a la Humanidad en un espacio diferente - por no decir antitético–, en el que sin duda respira, pero en el que, también sin duda, difícilmente pueda seguir siendo lo que es. El ejercicio podría ilustrarse de la siguiente forma: sacamos a la Humanidad del espacio comunitario, de ese espacio compartido donde gobiernan las leyes, donde rige el imperativo categórico, donde habita la proclama zapatista «para todos todo, nada para nosotros», y la mete-

mos en un espacio privado, parcelado, donde no gobiernan las leyes, sino fulanito o menganita, donde los hijos no son hijas sino *hijos de*, y donde se manda sin obedecer. ¿Qué pasaría con la Humanidad?, ¿seguiría siendo humana, demasiado humana? Igual que el indígena del Chaco en el centro comercial, la Humanidad en el espacio privado respirará, pero allí, en ese *topos*, ¿podrá ser *lo que es*, aunque por nacimiento sea humana, demasiado humana? ¿O le pasará igual que al indígena ayoreo, que se quedará danzando, presa de muchas cosas, anhelando su origen, recordando sus ancestros, con una tristeza infinita que no entenderá y que intentará resolver en la silla de un consultorio mientras mitiga las adicciones alimenticias que le ha generado este modo de vida?

En el nuevo espacio, diseñado y privado, se produce una inversión capital, cuasicosmogónica. Un robo que paga la deuda prometeica y donde la Humanidad pierde aquello que le hace ser lo que es, *humana, demasiado humana*. El nuevo espacio es una batalla de deudas y nóminas, de consumos y deseos, de objetivos y emprendimientos, de hijos y herencias, de éxitos y fracasos. La Humanidad asoma la cabeza en busca del lugar que le corresponde, pero, acongojada por una brújula que ha quedado imantada y no le permite orientarse, respira las migajas para encontrar consolación en la búsqueda de la felicidad, en el autoconocimiento, en el equilibrio emocional y en el éxito profesional y personal que requiere el sistema. Queda danzando para siempre en un eterno infinito, abocada a encontrar el secreto que gobierna lo invisible, embutida en la tripa de la piedra filosofal, desenredando la madeja que le angustia, rellenando la soledad que le ahoga. Bastaría con leer *Edipo Rey* para entender que lo imposible no es saber quién es uno, sino no saberlo. Sin embargo, la cultura hegemónica, fiel al sentido de la sociedad del bienestar donde el endeudamiento de muchos implica la acumulación de pocos, no nos pone a leer en masa a Sófocles, sino a llorar con su tragedia. Edipo puede salvar de la peste a la población de Tebas. Pero ¿cómo saber *quién es uno* cuando siendo un niño ha sido arrancado de su lugar y metido en otro? Desorientado, construye su futuro como puede y como le permiten las

circunstancias. Por eso Edipo, que tanto desea encontrar al asesino, es reacio a aceptar que aquel que busca sea él. ¿Se encontraría el rey de Tebas en esa situación si no hubiera sido desarraigado de su espacio? El azar primero, la necesidad después.

En la nueva etapa histórica, en la dictadura del coaching que vamos desentrañando vemos que la construcción del sujeto se globaliza en una identidad que sueña con ser el mejor y tener más. Los perfiles humanistas se inclinarán hacia ser los mejores y los perfiles economistas se inclinarán hacia tener más, pero todo guarda la relación armoniosa del silencio de lo igual. Un ejército de súbditos obedientes está en proceso: los *coachees*.

Constatamos la afirmación gramsciana de que no se necesitan ejércitos de ocupación cuando la clase dominada asume la ideología de la clase dominante. Cuando eso ocurre pasa a someterse por sí misma. Como el profesor que voluntariamente decida inscribirse en el nuevo programa de la Fundación Edelvives «Cuidando al educador»:

> Educar consume mucha energía. Es una profesión y vocación maravillosa, a la vez que desgastante. No son pocos los educadores que expresan sentirse en bastantes momentos completamente desbordados y quemados. Gestionar las exigencias y demandas inherentes a la vida docente más las personales y familiares no es tarea fácil.
>
> Es muy complicado dar lo que uno no tiene, por eso es tan importante y necesario que el educador cultive su autocuidado. Cuidarse para poder darse. Porque educar es en esencia un acto de entrega.
>
> Cuando estamos bien con nosotros mismos podemos conectar mejor con los alumnos, tenemos más paciencia, somos más resolutivos, empáticos y creativos. Pero si uno no está bien, ¿cómo va a hacerse cargo de un grupo de alumnos? Ante esta realidad del profesorado, el programa formativo «Cuidando al educador» propone:
>
> – un espacio donde el educador pueda parar, tomar conciencia de sus sentimientos y necesidades, y comprobar si las está atendiendo de una manera saludable y suficiente.

- el desarrollo de un conjunto de habilidades que le servirán para mejorar la relación consigo mismo y, como consecuencia, transformar la relación con los demás.
- un proceso de autoconocimiento que redundará en un mayor autocuidado y bienestar personal.

Esta propuesta quiere ser un regalo que puedas darte a ti mismo para afrontar tu labor educativa desde otro lugar y con una nueva actitud[26].

El regalo tiene un valor de mil cien euros y consta de cuatro talleres presenciales de *mindfulness*, autocuidado y crecimiento, *focusing*[27], e improvisación teatral, y tres sesiones de coaching educativo *online* donde «se recibirá un acompañamiento individual, enfocado a poder llevar a la práctica todos aquellos aprendizajes del curso, con el fin de incorporar nuevos hábitos, aparcar viejas creencias y generar un plan de acción»[28]. El profesorado convertido en coachee, atrapado en el autocuidado, en el autoconocimiento, colonizado por el imaginario del capitalismo, por la ideología del vencedor. A ello han contribuido las políticas neoliberales, la falsa neutralidad de los medios de comunicación, la imposibilidad de cuestionar privilegios y coronas, pero también el currículo, la metodología, las prácticas, y la organización de un sistema educativo en sintonía con el modelo. Los tratamientos del Yo que cohabitan en las aulas dulcificándolas, fomentando la participación y la entrega, permiten que germine una subjetividad explotadora de sí, que llegará a ser permisiva para con la destrucción de derechos y la imposición de privilegios. Estas subje-

[26] Fundación Edelvives, «Cuidando al cuidador» (programa formativo para docentes, presencial con sesiones de coaching *online*), julio de 2019 [información disponible en https://www.fundacionedelvives.org/cdn/Uploads/editor/FUNDACIONEDELVIVES/noticias/2019-07-02_Cuidando-al-educador/Programa_Cuidando al educador.pdf].

[27] *Focusing* o terapia de enfoque. Es una psicoterapia corporal humanista desarrollada por Eugene T. Gendlin. Más información en http://www.focusing.es/focusing-es.html.

[28] Véase el citado programa de la Fundación Edelvives «Cuidando al cuidador».

tividades confeccionan un nuevo ejército que se sumará al golpe contra la Humanidad, pues, recordemos, portan la semilla oculta de la salvación de una ideología singular e individual.

El sistema educativo podría dar la batalla y mantenerse al margen de ese modelo que puntúa la responsabilidad individual y la competencia global y convierte a las familias en consumidoras. En cambio, acepta evaluar por competencias, somete al alumnado a ser objeto de puntajes, adapta recursos y equipo al nuevo milenio, reduce los tiempos para pensar, incrementa los tiempos del idioma del imperio, mantiene el catolicismo en las aulas, regala charlas motivacionales, funciona con cheques educativos, refuerza el Yo. Ese posicionamiento devela un vínculo lógico-ético. Técnicas como el coaching, mezcolanza de muchas cosas, preparan a ese ejército de espíritus emprendedores y libres y fortalece la nueva moral que determina el camino que seguir. A través de la voz del generalísimo coach, el coachee recibe un bálsamo de positividad contra el dolor ancestral del olvido. El coachee se impregna de él y se insensibiliza. La congoja se calma, sustituyendo el padrenuestro por esas consignas y juegos motivacionales que nos ayudan a ganar confianza. En el trabajo de coaching, el sujeto recibe las instrucciones de un nuevo arte de la guerra. Una ideología a la que le encantan los bozales. Adicta «al idioma que mantiene a los esclavos a raya»[29]. El generalísimo coach, fiel a sí, «enciende la estupidez y *te* apaga los pensamientos»[30] para hacer de ti uno más de su ejército.

Hay una resistencia a admitir que el coaching y su práctica, adoptada del pensamiento positivo, forman filas en un lado y no en el otro. Yo misma he vivido ese proceso. Por eso la insistencia en este aspecto. Su origen y su dinámica hace que la remodelación que quieren llevar a cabo con el sujeto tenga una dirección de oposición a la idea de Humanidad con mayúsculas. El tránsito que el coaching ha efectuado de las empresas a las aulas, pasando por la realización personal y la política, no modifica su

[29] Ioteking, ft. Rozalén, «Gente tóxica», disponible en *YouTube* [https://www.youtube.com/watch?v=J7Ahe85qIHI].

[30] *Ibid.*

origen por mucho que cambie su aspecto. Del mismo modo que oculta sus intenciones de despido en una empresa, forzando al trabajador-soldado a renunciar voluntariamente, en las escuelas oculta su propósito. El propósito está tan oculto que pasa desapercibido incluso para aquellos que ayudan a llevarlo a cabo. Estas líneas no quieren ser una acusación, sino una invitación a observar las dos orillas e identificar en cuál nos encontramos.

Recordemos que somos herederas de aquella juventud a la que Sócrates pudo «pervertir y corromper», de aquella mirada hacia los humildes con la que Jesús expulsó a los mercaderes del templo. Y, aunque en minoría, *somos millones*, porque somos TODAS. Porque la respuesta a la pregunta que utilizan para asesorarnos, «quiénes somos», no admite lugar a dudas: somos seres sociales, somos un ser social. El coaching como «visión mundial dominante», encarnado en el Yo, aunque va adelantando posiciones, tiene aún que derrotar al Nosotros.

TERCERA PARTE

La transformación del mundo. Pensando en Nosotros

Hasta que no entendamos
que el dolor de los otros
es también nuestro,
no habremos comprendido
nada. Viviremos de forma inútil.

Pilar Herranz Adeva, *El llanto del mundo* (2014)

Hablar de la transformación del mundo nos lleva sin quererlo a las palabras de Marx cuando dijo aquello de que hasta ahora se había interpretado el mundo y que de lo que se trataba era de transformarlo. El sentido de aquella sentencia no se ha agotado en la gran transformación producida en los dos últimos siglos. Concretamente, la gran transformación social de Occidente que retratara Polanyi difumina la condición humana en una suerte de *des*orden parcializado que legitima la injusticia, y desencadena «contramovimientos».

Nos atrevemos a decir que esa transformación que soñamos tiene como horizonte la paz, una *paz perpetua* y duradera, posible en ese camino que *desarma al Yo* y converge en el *Nosotros*. En la posibilidad real de un mundo universalmente habitable y habitado, desde la sensatez y la humanidad, sin zancadillas ni zancadas, donde la dicha personal no choque frontalmente con la dicha social. Semejante tarea requiere del esfuerzo y la responsabilidad autónoma y colectiva que permita reflexionar críticamente; y de la articulación de una voluntad férrea, así como de un carácter ético capaz de llevar a término el *Buen Vivir*.

El desarme del Yo es el proceso en el cual el individuo toma conciencia de sus cadenas, de su papel de oprimido-opresor, y acepta el reto de ser *humano, demasiado humano*, despojándose de

la creencia de tener que recorrer el camino del héroe para encontrar la salvación y no morirse de tristeza. Es un proceso necesario, pero no suficiente. El desarme del Yo posibilita *pensar en Nosotros*, pero sólo un sincero reconocimiento de que formamos parte de algo mayor que nosotros mismos lo hace viable. Asistir al recuerdo de un olvido, de la inversión que nos ha desplazado de nuestro lugar en el mundo, nos deja desnudos ante la belleza, la igualdad, la libertad y la fraternidad, y rompe las cadenas. Tomar conciencia de que tanto la desigualdad como la guerra se naturalizan abre la puerta de la reflexión.

Pensar en Nosotros es la acción *humana*, *demasiado humana*, que reta a la automodernidad a hacerse cargo de las circunstancias completando aquella sentencia de Anatole France, defensor de los derechos humanos, cuando dijera: «La Ley, en su magnífica ecuanimidad, prohíbe, tanto al rico como al pobre, dormir bajo los puentes, mendigar por las calles y robar pan». Se trata de vivir, todas y bien.

Postulamos la permanente práctica educativa de desocultar la Verdad, avivar la memoria, y cultivar la virtud. Una virtud revolucionaria que bien puede llamarse «tolerancia», y que consiste en convivir con los diferentes para que se pueda luchar mejor contra los antagonistas. Dibujar horizontes de recuperación del sentido del «conócete a ti mismo», que transciendan la concepción capitalista de la felicidad basada en la acumulación de riquezas, desapegados –en palabra y obra– de las promesas salvíficas de los Tratamientos del Yo, alejados de paraísos e infiernos, fieles al sentido de la tierra, para evitar la total bestialización, la extinción del Nosotros a la que nos lleva la sociedad del asesoramiento, a la que nos empuja la mística conspiración del Yo, el coaching como cultura global.

7. En defensa de la Humanidad

No sabéis lo que es un hombre,
sangrando y roto, en un cepo.
Si lo supierais vendríais
en las olas y en el viento,
desde todos los confines,
con el corazón deshecho,
enarbolando los puños
para salvar lo que es vuestro.

Marcos Ana, «Pequeña carta al mundo» (2008)

Las madres, envueltas en la extendida promesa de la salvación, dan a luz una débil posibilidad de Nosotros. La neutralidad de los úteros, de las mamas, ha quedado quebrada por «las tecnologías del Yo», que instalan un modelo civilizatorio que determina una visión del mundo. El esperma de los padres ejemplifica la lucha ideológica del *sálvese quien pueda*, que trae hasta el otro lado de la placenta el aroma del logro. Hoy, no cabe duda, parimos neoliberalismo. El nacido pasa sin detenerse por su fragilidad de carne y hueso, sin analizar el materialismo que le rodea, nutriendo su irreal deseo de convertirse en uno de esos personajes condenados, como diría Chandler, a la soledad de la gente abandonada entre la abundancia y la riqueza extrema. El ser humano convertido en Yo se arma para ser el protayoísta de un largo y tortuoso proceso de dominación que gestiona desde el tiempo hasta los afectos. Acepta trabajos que lo enferman, endeudan y esclavizan a asumir jornadas y tareas irreconciliables con la vida personal y familiar.

La falsa superación del esclavismo hizo que la humanidad superviviente soñara con la libertad y luchara por ella. Pero los opresores tendrían otros planes para seguir dominando a los opri-

midos. La civilización fue a embeberse en el ordenamiento moderno, occidental e industrial, y adoptaría un rostro humanista y burgués. Hubo un tiempo en que parecía imposible que la humanidad dejara de rebelarse ante las injusticias. La lucha por la igualdad ha segado la vida de millones y millones y millones de seres humanos. Más de 350.000 personas mueren por recuperar su libertad en Haití. 15.000 fueron masacradas en la «Semana Sangrienta» de la Comuna de París y otras 40.000 fueron condenadas y exiliadas para purgar la ciudad[1]. «La Primera Guerra Mundial es consecuencia de este afán de crecimiento y expansión. Tu imperio llega hasta las puertas del siguiente. La contienda, la guerra que acabaría con todas las guerras, se cobra la vida de 20 millones de personas: hemos aprendido a matar industrialmente y aquello que parecía un proyecto que traería el desarrollo social mediante la razón llena de gas las trincheras de Somme y Verdún»[2]. Esa humanidad que encarna *el pequeño salvaje* retratado por François Truffaut, incapaz de renunciar a su libertad, que se rebela ante las injusticias, sucumbió. Las guerras supremacistas la esterilizan para alimentar la construcción del Yo. Indiferentes ante las angustias de los necesitados, se escribe una historia sin memoria llena de superaciones personales que encadenan el fracaso de la Humanidad. Pese a todo, la vida se perpetúa, se derrama por los poros, encuentra razones para la esperanza.

Recuerdo los colorcados cerros limeños donde, aun a pesar de la esterilización forzosa que el régimen de Fujimori llevó a cabo en los sectores más pobres del Perú, se sigue pariendo. Las casas de materiales reciclados unidos como un puzle, descansando sobre el inestable arenal andino, pendientes del futuro movimiento sísmico que las destruya. Miles de miles de vidas sin agua, cuesta arriba y cuesta abajo, y ese muro kilométrico de la vergüenza que separa los extremos de la pobreza y la riqueza. Contrariamente, fue allí, entre feroces condiciones de bestialización (explotación, miseria,

[1] J. Merriman, *Masacre. Vida y muerte en la Comuna de París de 1871*, Madrid, Siglo XXI, 2017.

[2] D. Bernabé, *La trampa de la diversidad*, Madrid, Akal, 2018, p. 36.

violencia), donde pude otear la belleza de un milagro llamado Humanidad. Aquellas existencias sencillas, trabajadoras, precarias, excluidas, que tienen a cada rato que sortear a los traficantes de tierra que revenden el suelo en un entorno donde el Estado está ausente, son portadoras de una extraordinaria fortaleza. Un tejido social se sobrepone al abandono. La organización para la resolución de la vida cotidiana se refleja en las manos colectivas que se encargan de suministrar el agua, construir las casas, los espacios para que jueguen los niños y se practique deporte: horas y horas de trabajo voluntario para que prevalezca lo humano, la comunidad. Entre el olor a caldo de gallina y la falta de alcantarillado, aquella gente ríe con alegría. ¿Qué es lo que les permite ilusionarse ante tamañas circunstancias? ¿De dónde carajos sacan las fuerzas para levantarse en medio de un suelo yermo y un cielo gris ceniza? ¿Por qué pintan sus casas, sabiendo que las mafias se las quitan?

Dejando a un lado a aquellos que se dedican al trapicheo y la delincuencia, adictos a humillar y ser humillados, y aun a pesar de la densidad que producen en la atmósfera, la vida se impone en esos cerros. Por eso, cuando los vemos fotografiados nos golpea una extraña hermosura. Pero lo que nos impacta no es su grave geometría, o la viveza de sus colores, o las condiciones de pobreza y necesidad que podemos observar. Nos impacta otra cosa, una especie de equilibrio inasible que podría explicar las palabras de una mujer refugiada que aparece en el excelente documental *Human Flow:* «Es crucial para nosotros conservar la humanidad». Esa hermosura, esa especie de equilibrio que somos incapaces de asimilar ante realidades tan concretas, es una humanidad que, aun a pesar de tener todo en contra (mafias, precariedad, explotación, sectas religiosas, contrabandistas, exclusión social...), lucha por conservarse, resiste a su bestialización, se niega a olvidar quién es y el motivo de su congoja. Esa humanidad en resistencia sabe que no la mata ni el hambre ni las balas, sino el capital. La humanidad que habita los cerros, los campos de refugiados, tiene un excelente motivo para reír, la Razón está de su lado.

La esencia de la ética universal es la *humanitas*, la obligatoriedad de tratar humanamente a todos, independientemente de su condi-

ción de clase, de su religión o su edad. [...] En caso contrario no se garantiza el futuro común; en esta ocasión, el peligro es total y la salvación también deberá ser total; no va a haber una salida escondida, la salvación para algunos privilegiados; o nos salvamos todos mediante la incorporación de una ética mundial, o todos podemos conocer el destino de las grandes devastaciones que diezmaron en otro tiempo a millones de especies[3].

El Nosotros

En guaraní, el pronombre «nosotros» se expresa de dos modos diferentes: *ñandé* y *oré*. *Ñandé* es un nosotros inclusivo, de todos, y *oré* un nosotros excluyente, de tú y yo, o de unos poquitos y yo. Cuando Agustín, campesino paraguayo, me explicó esta distinción, me extrañé. Discurrimos largo tiempo buscando causas y consecuencias. ¿Guardaría relación con tener o no un recuerdo más vivo acerca de la tarea de responsabilidad social que tenemos como sujetos? ¿Las culturas que tienen esta distinción en su lengua son culturas más virtuosas y tolerantes? «No creas, de ser así Paraguay sería ese mundo mejor, sin embargo, ya ves la realidad.» Nos reímos ante la cruda realidad y aun a pesar de ella. El mundo Yo del llamado oro verde, la soja, les extorsiona para que abandonen las tierras. Muchas familias se marchan, tienen miedo de morir, los sojeros envenenan la tierra y los manantiales. Niños y animales enferman y mueren. Agustín dijo «*Ko'ẽko'ẽre ñandé nañandevéima*», cada día somos menos Nosotros.

Llamamos Nosotros, con *N* mayúscula, a ese nosotros inclusivo, a *ñandé*. Y lo diferenciaremos de *oré*, del nosotros excluyente, utilizando para este la *n* minúscula, nosotros. Así lo distinguimos en la escritura.

Nosotros es el conjunto de yoes, seres de carne y hueso, frágiles, con conciencia de sí, con memoria e identidad, sabedores de

[3] L. Boff, *Ética planetaria desde el Gran Sur*, Madrid, Trotta, 2001, pp. 57-58.

su responsabilidad con el conjunto, aunque a veces actúen en beneficio propio. El yo no es perfecto, ni necesita serlo, su única heroicidad es ser humano, demasiado humano. Requiere un mundo de oportunidades para todos frente a ese mundo que hace de la crisis una oportunidad, una sociedad donde nos cuidemos y respetemos, donde no dependamos de la fuerza para sobrevivir, que nos proteja de la mentira desarrollando el juicio, que no nos aniquile, que cuente con nosotros. Y, para eso, necesitamos construir voluntades civiles y políticas que estén dispuestas a defender y sacrificarse por eso.

> Cualquier sistema que montéis sin nosotros será derribado.
> Ya os avisamos antes, y nada de lo que construisteis ha perdurado.
> Oídlo mientras os inclináis sobre vuestros planos.
> Oídlo mientras os arremangáis.
> Oídlo una vez más.
> Cualquier sistema que montéis sin nosotros será derribado.
> Tenéis vuestras drogas.
> Tenéis vuestras Pirámides, vuestros Pentágonos.
> Con toda vuestra hierba y vuestras balas, ya no podéis cazarnos.
> Lo único que revelaremos de nosotros es este aviso.
> Nada de lo que construisteis ha perdurado.
> Cualquier sistema que montéis sin nosotros será derribado[4].

La voz del nosotros es vida, autonomía, esperanza social. La Primavera árabe, las protestas griegas, el 15M, el movimiento estudiantil chileno, Occupy Wall Street, el movimiento argentino Ni una menos, el movimiento contra el cambio climático... Esas voces que se indignan, agrupan y concentran denunciando el mundo Yo y sus consecuencias piden lo posible, quieren un mundo habitable. Un mundo que cuente con todos, que no nos vacíe con el fin de apropiarse de nosotros después. Un mundo en el que podamos ser aquello que somos, sin liarnos con maletines de autoayuda, sin arrojarnos a la corriente del asesoramiento, que, por muchas máscaras que se ponga, siempre está supeditada

[4] L. Cohen, *The Energy of Slaves* (1972), poema «Any System».

a la lógica del mercado. Esas voces quieren un mundo sin excluidos, quieren un mundo *ñandé*. Son enormes e imprescindibles en una sociedad que nos amenaza constantemente con que somos prescindibles. Pero su fuerza, su ser humano, demasiado humano, capaz de empatizar con las alegrías y los dolores ajenos, es su fragilidad. ¿Cómo puede sobrevivir el Nosotros en un mundo habitado por el Yo? Pasado el instante de concentración, donde los yoes se cuidan unos a otros, como nos dice la canción de Silvio Rodríguez, «el hombre queda solo, pues cada uno regresa a sus pisadas», y el Nosotros vuelve a pender de un hilo, porque el hombre «sabe que ahora de pronto se hace luego, aunque después que cante quede ciego»[5]. Es decir, por mucho entusiasmo colectivo que remeza las plazas, que intente derribar el sistema, por mucha creencia que tengamos en la transformación, siempre el yo camina sobre sus pasos para volver a casa, donde sin cambios efectivos y eficaces a favor del poder regulador de la colectividad la automodernidad vuelve a arrollarnos. Como Roquentin en *La náusea*, el hombre será arrojado a una pseudovida social donde incluso los movimientos sociales, sin apenas percibirlo y llevados por la inercia, adoptan conductas y prácticas del poder hegemónico.

El protayoísta es el mejor candado contra la libertad, la más eficaz herramienta contra la emancipación, está desprovisto de las virtudes que hacen que el cuerpo sea algo más que un trozo de carne en venta, que el pensamiento sea algo más que la voz motivadora del mundo consumo. Como dijimos, acomodado entre el engaño y el despojo, no necesita carceleros. El Yo que ayudaron a construir aquellos que aprovecharon los desastres de la historia revolucionaria es el grillete del Nosotros. Aquello que debería ser condición de posibilidad: no hay yo sin nosotros, ni nosotros sin yo, al convertirse en Yo es condición de imposibilidad: si hay Yo no hay Nosotros, no hay Nosotros si hay Yo. Por eso, el Yo es estéril, porque vive y muere en sí mismo. Nunca podrá hacer la revolución, siempre deseará la salvación.

---

[5] Canción de Silvio Rodríguez «Después que canta el hombre» (del álbum de 2006 *Érase que se era*).

Desde el siglo XVI la intelectualidad burguesa adopta un discurso humanista que coadyuva al capitalismo a apuntalarse como sistema dominante. Siglos después, tal como describimos con el coaching, desde programas neoliberales hasta la literatura de masas adornan sus mensajes con bonitas palabras donde nada es lo que parece. Una especie de popurrí procedente de diferentes tendencias, corrientes, doctrinas y cultos adereza la sociedad del asesoramiento, creando un espacio de consumo aparentemente humanista. Desde la filosofía oriental hasta la cosmovisión indígena americana, pasando por la ciencia occidental, sirven de herramientas a sectas, movimientos y gurús para armar sus tinglados ideológicos y captar feligreses. Diferentes espiritualidades son descontextualizadas para seguir confundiéndolo todo. Aunque no siempre lo parece, religión y mística desdempeñan un rol fundamental en el entorno que precede y acompaña a la sociedad del asesoramiento. «Una nueva espiritualidad holística, transversal y personal, que está generando unas nuevas coordenadas de lo que puede entenderse por religioso. [...] Una religiosidad experiencial, emocional, mística, fuertemente ecléctica, con una orientación salvadora pragmática, aquí y ahora, y un holismo o universalismo teñido de cientificidad, ecología y humanitarismo genérico»[6].

El 11 de septiembre de 1893 en la ciudad norteamericana de Chicago se llevó a cabo un velado ejercicio de globalización. El antropólogo Manuel Delgado describe cómo en ese primer Parlamento Mundial de las Religiones, que reúne a líderes espirituales y académicos de diferentes credos, surge una mezcolanza multicultural «que supone la idea de que todas las místicas son de una u otra forma intercambiables y equiparables a partir de un principio de universalidad» que lo iguala todo. Cien años después se

[6] M. Albert Rodrigo y G. M. Hernández Martí, «Los movimientos psico-espirituales en la modernidad globalizada. Una mirada desde la ciudad de Valencia», *Revista de Antropología Iberoamericana* 9/3 (septiembre-diciembre de 2014), pp. 273-296.

repetiría aquel encuentro entre religiones. En esta ocasión se elabora un documento: *Hacia una ética global*, donde quedan plasmadas sus reflexiones acerca de «la función de la religión en la búsqueda de soluciones creativas a los problemas de la humanidad». Métodos de potencial humano (yoga, taichí, zen, reiki, etc.) son recocinados en los EEUU para viajar al resto del mundo occidental, contribuyendo eficazmente a la difusión de la Nueva Era o *New Age*. En 1999 se encontrarían de nuevo, esta vez en la sudafricana Ciudad del Cabo, donde teólogos cristianos católicos habían justificado la esclavitud. Se trataba de sanear la herida, y a la vez solucionar la intolerancia religiosa del mundo moderno. Aquel encuentro acabó con un llamado al compromiso de la religión, el gobierno, la empresa, la educación y los medios de comunicación. El automoderno siglo XXI despliega la bandera de la diversidad para homogeneizarnos. La globalización neoliberal bebe de estas fuentes para conformar nuevos sentidos. Se impone un coloreado monocultivo cultural. El mundo de «lo alternativo» queda embelesado por un canto cósmico. Un sincretismo místico abraza la idea individualista de la búsqueda personal.

> La idea de religión individual ya está en la Reforma, por tanto, son formas de exotización del protestantismo como religión de la experiencia personal, que ha acabado impregnándolo todo. De hecho, yo estuve en la Plaza Cataluña cuando el 15M y francamente, eso de que hicieran por la mañana el saludo al sol o las cadenas de espiritualidad me parecía un poco extraño. Un poco el 15M, los movimientos políticos que renuncian a los partidos es una forma de *new age* política, que trabaja con una premisa: el individuo por encima de cualquier cosa. Cada cual escoge su camino y se monta el tetris de la ideología como le parece mejor, con un eclecticismo para todos los gustos [...]. Porque como en el fondo todo depende de ti y de tus criterios a la hora de establecer ese eclecticismo, pues lo que quieras. Es la idea de que la revolución empieza por ti. Todo empieza por ti mismo, cuando debería acabar, tú deberías ser el último que cambia. Pero la idea de que el primer cambio ha de ser espiritual es la prueba de que todo hoy por hoy se ha vuelto consecuencia de lo que es el gran despertar de la Reforma protestante en

su expansión popular a finales del XVIII. El problema es definir lo colectivo, qué tenemos en común en un momento de fragmentación de las luchas, donde puedes pasar del feminismo al cultivo de huertos urbanos, pasando por el veganismo, sin que entiendas qué tiene que ver una cosa con la otra, que no existe nada que los unifique en términos de horizonte histórico[7].

La trampa de la subjetividad neoliberal nos hace retornar permanentemente al mundo Yo. Un mundo bipolar que transita entre «lo que eres» y «lo que pretendes ser», que vacía y duplica el significado, capaz de separar las palabras de las cosas, descontextualizarlas y convertirlas en objetos de consumo, que mezcla y confunde ideologías. Mientras el humanismo neoliberal celebra en su discurso la diversidad y la diferencia, sus políticas contra inmigrantes suman muertos. Mientras dice hacer lo que puede, sigue cediendo los bienes de interés público y los medios de producción. Los procesos de perspectiva emancipadora se ven envueltos en un sentido común que nos penetra a todas. La inyección de falacias del tipo «cuando uno cambia puede hacer que cambie el mundo sin apenas moverse del sofá» aniquila el tejido social e, igual que en Babilonia, somos dispersadas. La posibilidad del Nosotros es constantemente abortada. Una consecuencia de este permanente retorno en el que vivimos es la ciudadanización de las luchas. Las reivindicaciones gremiales, tribales y corporativas nos incapacitan para confluir con otros grupos y perspectivas, para ir a la raíz, para encontrar el común. El horizonte *ñandé* se queda en *oré*. La escuela del Yo deja su tiránica huella.

Si consumimos confusión, es lógico que acabemos confundiéndonos. Cuando entras a formar parte de una dinámica mística donde nada ocurre porque sí, donde todo tiene un mensaje de aprendizaje personal, acabas resignificando el mundo. Si además la dinámica empieza a extenderse socialmente, se refuerza, y efectivamente tu vida cambia gracias al poder de la sugestión. Según explican los psicólogos Juan Capafóns y Dolores Sosa, «la

[7] Transcripción de la entrevista concedida en septiembre de 2018 por Manuel Delgado («Místicas del Yo y "ciudadanización" de las luchas», cit.).

sugestión tiene mucho poder, nos puede ayudar a reducir el dolor, la presión arterial; provocar cambios en la salivación, en la función de algunas glándulas, en los apetitos. En definitiva, a través de la palabra puedo originar cambios en los campos biológicos o psicológicos»[8]. Si todo esto logra institucionalizarse, estamos a las puertas de legitimar una nueva forma de totalitarismo. Por eso, nos preocupa muchísimo que el Consejo General de Psicología en España (COP) declare que la herramienta del coaching confiere un valor diferencial para aquellos psicólogos que completen la formación y obtengan la debida acreditación[9]. ¡Eureka! El coaching sigue moviendo dinero. Todo fluye para esta herramienta cuya bibliografía es casi exclusiva del ámbito empresarial. Pronto sus despachos ocuparán hospitales y escuelas. ¿Qué le diremos al doctor cuando nos recete coaching? Si había alguna barrera para que el coaching lo permease todo era que la mayor parte de los coaches carecen de una rigurosa formación psicológica, por lo que se podía correr el riesgo de que ciertas situaciones empeorasen en vez de que mejorasen. Así lo advirtió a principios de siglo el doctor Steven Berglas[10], que pasó veinticinco años en la facultad del Departamento de Psiquiatría de la Escuela de Medicina de Harvard, para acabar siendo un rentable coach ejecutivo.

El armazón de las nuevas humanidades donde falsamente «nosotros seremos lo que queramos ser»[11] da al traste con la posibilidad de mejorar la vida de todo ser humano de modo colectivo. La automodernidad se llena de pseudoconocimientos

---

[8] J. I. Capafóns y C. D. Sosa, «El efecto placebo o el poder de la sugestión», cit., p. 281.

[9] Véase la «Declaración Institucional del COP sobre la Psicología Coaching», 24 de mayo de 2019 [disponible en http://www.infocop.es/view_article.asp?id=8147&fbclid=IwAR3lo9ZVC5hNrXBuRLsA2IXw4d_lu7vjkB_ceOWTYiXwgvYScI06GBcReGc].

[10] S. Berglas, «The very real dangers of executive coaching», *Harvard Business Review* 80 (2002), pp. 86-93.

[11] M. Marqués Robles, *Sé tu mejor versión. Con el coaching y el camino del héroe*, Albacete, Uno Editorial, 2012, pp. 151-157.

que construyen y decoran la vida del Yo, un yo que ha perdido la conciencia de sí. Pseudoterapias beneficiosas; filántropos capitalistas; asesores humanistas; formadores de mercancías que ayudan a sacar lo mejor de cada uno; materiales didácticos para ser feliz; tecnología e innovación para generar sensación de progreso y entretenernos. Buena competencia le ha salido a los poetas y filósofos, a los psicólogos y sociólogos, a las letras y a las artes, a la investigación. ¿Es posible sostener con suficiente seriedad que la subjetividad que precisa la necesaria transformación del mundo la forma la automodernidad y su sociedad del asesoramiento? ¿El *ñandé* se forja «dándote coaching», hallando la mejor versión de ti mismo, democratizando sus enseñanzas, siendo auténticos dioses creadores de nuestra experiencia de vida? ¿Un mundo mejor es un Yo feliz?

El desarme del Yo

Según escribo estas líneas, una mosca anda merodeando alrededor. Comienza a ponerse muy pesada. No deja de ir y venir. De la pantalla a la mano, de la mano a la pared, de la pared de vuelta a la pantalla. En una de esas doy un manotazo y sale por la ventana, que cierro inmediatamente. Ahora la mosca está pegada al cristal, es como si no pudiese estar fuera, ¿se habrá acostumbrado al encierro interior? Y nosotros ¿nos habremos acostumbrado también? ¿Cuán cierta es la afirmación de que parimos neoliberalismo?

Tanto el paradigma de conformidad de Solomon Asch, donde el grupo es el modelo de comportamiento de la persona, como la teoría de la cosificación del controvertido psicólogo Stanley Milgram, donde la persona se ve a sí misma como mero instrumento, ratifican el conformismo social. A través de sus trabajos de experimentación demuestran cómo el individuo bajo determinadas condiciones es capaz de modificar la percepción personal e inhibir el pensamiento propio responsable de cuestionar órdenes, analizar situaciones de acuerdo a la realidad y denunciar abusos. Esos momentos de sumisión ante la presión grupal anulan la con-

ciencia crítica del yo, para ir configurando ese Yo afín a la corriente social dominante, incapaz de disentir con la autoridad. Fui testigo de ello en el curso de Experto en Formación Familiar y Educación Evolutiva que dirigía J. junto con la Universidad de Alcalá de Henares. Hacía unos meses que había dejado de trabajar con ella y sólo nos veíamos en esas clases. Un día me sorprendió al pedirme salir a la pizarra. Estaba explicando cómo se proyectan en la edad adulta los bloqueos de la infancia. No recuerdo con exactitud, pero acabó enredándose en que había empeorado desde que había dejado de trabajar con ella. Los casi cien asistentes que había ese día observaban profundamente sin decir nada, pero, en un momento en que J. afirmaba que yo estaba gorda, se levantó una alumna y mostró su desacuerdo. Nunca olvidaré sus rotundas palabras: «Lo que estás diciendo no es real». Aquella mujer se había apuntado al curso por consejo de una profesora y su relación con J. se limitaba a ese año académico. Fue la única capaz de contradecir y defender lo evidente, el resto se dejaba llevar por la corriente, como los peces muertos. ¿Hasta dónde somos capaces de llegar? En el experimento de Milgram se pagó a un individuo para participar en lo que creía ser un estudio sobre la memoria. El experimento lo constituía un grupo de tres personas: el individuo contratado, un investigador que dirigía el proceso y el alumno. Tanto el investigador como el alumno formaban parte del equipo de Milgram. El individuo contratado que hacía las veces de maestro era el sujeto de estudio, y su papel consistía en ayudar al alumno a mejorar su capacidad memorística, penalizando los errores con descargas eléctricas que iba incrementando de leves a potencialmente mortales. En realidad, la descarga era ficticia, pero él lo ignoraba. Durante el experimento, se consultó a cuarenta expertos. Dijeron que nadie salvo uno de cada mil, el sádico, pasaría de los 150 voltios. Sin embargo, dos tercios, aunque con reticencias, obedecieron al investigador y llegaron a aplicar 450. Una cuestión taladraba la cabeza de Stanley Milgram después del Holocausto nazi: ¿la gente normal es capaz de asesinar a un extraño porque se lo ordena la autoridad?

La cosificación vacía los yoes y los apresa en un corpúsculo, en su *oré*. La ausencia de comunidad y significados compartidos, la

falta de valores y convicciones personales, facilita el camino del consumismo y el asesoramiento como compensación a la congoja que produce quedarse sin contexto. «Las dos profesiones que aprovechan esta situación de carencia son el *marketing* y la psicoterapia. [...] Según Cushman, muchas teorías psicoterapeutas tratan de ayudar a la persona reforzando las condiciones que han sido la causa del problema. La autorrealización y la satisfacción personal son el refugio del individualismo»[12]. Quieren que pensemos que un mundo mejor es un Yo feliz, por eso hay que empezar por uno. La construcción de un Nosotros feliz se percibe lejana, cuando no imposible. Sin embargo, esa voz antiquísima (que nos recuerda que la mayor utopía de la historia es cambiar en adelante la historia hacia la razón comunitaria) se manifiesta muchas veces. Está en las alumnas capaces de mostrar su desacuerdo cuando las palabras no coinciden con las cosas, está en el tercio de sujetos que abandonan un experimento brutal, está en el soldado que decide no disparar a un niño en la nuca, está en el bombero que decide no ejecutar un desahucio, está en ese hombre norteamericano que da de beber y comer a los migrantes que atravesaron la frontera mexicana, está en la mujer que escapa del maltratador, y está en las multitudinarias manifestaciones que reclaman «¡un mundo mejor es posible!». Ante esa voz, ante ese coro de voces, asistimos a lo que llamamos el *desarme del Yo;* un *raro y feliz* momento en que «lo que somos» ocupa su lugar, y «lo que han hecho de nosotros» se detiene, quedando en *standby* ante el triunfo de Solón. La Humanidad se rebela ante la injusticia.

En ese raro y feliz momento de desarme, donde no permitimos que la mentira atropelle la realidad, donde tomamos consciencia de la cantidad de ataduras y supercherías que nos condenan, se abre una grieta que deja ver las dos orillas. Dicho con los biólogos Maturana y Varela[13], dos modos de habitar el mundo: cooperando o compitiendo. Cooperar es obrar de acuerdo al

---

[12] M. V. Gordillo, *Nuevas perspectivas en orientación. Del counseling al coaching*, Madrid, Síntesis, 2008, p. 19.

[13] H. Maturana y F. Varela, *El árbol del conocimiento*, Buenos Aires, Lumen, 2003.

bien del organismo en su conjunto. Competir es destruir como un cáncer las partes del organismo al que perteneces. Cuando cooperamos nos humanizamos. Cuando competimos nos bestializamos. Cooperar es tejer el ser social. Competir es caer en la irresponsabilidad del ser gregario que va donde le dicen que vaya, hace lo que le dicen que haga, y dice lo que todos dicen para mejorar su posición social.

La propuesta es alargar ese momento raro y feliz todo lo que se pueda, para adquirir la fortaleza necesaria para llevar a cabo la tarea que supone humanizarse, porque, aunque las manifestaciones de la descontextualización y vaciamiento del yo sean psicológicas (baja autoestima, confusión de valores, desórdenes alimenticios, adicciones, consumismo crónico), la raíz del problema es moral. Dejar de formar parte de su ejército, de su ejército de coachees. Liberarnos de prácticas que tienen velados componentes dictatoriales es ineludible para la transformación del mundo. Necesitamos un yo responsable de sí y de sus circunstancias, capaz de identificar la coacción y la influencia que tienen sobre él desde la publicidad, pasando por la gestión de la inteligencia y las emociones, hasta la psicoterapia y el coaching. Un yo que recupere el ser social y el pensamiento propio. La tarea es titánica; pasa por nosotros, pero ni empieza ni acaba en nosotros, como quieren hacernos creer los místicos conspiradores que nos animan a seguir el camino del héroe. Consiste en revisar los sentidos comunes y transformarlos, pero ¿cómo hacerlo? En la sociedad mercado, el asesoramiento es un negocio, no una herramienta para ayudar a las personas. Aprendemos más de nosotros mismos leyendo a Dostoievski que visitando al coach.

El buen vivir

Desde que Aristóteles tradujera *eudaimonía* por buen vivir, entendiendo por este un vivir compartido y comunitario donde el individuo completa su verdadera humanidad, la felicidad –analizada extensamente en el libro I de su *Ética a Nicómaco*– no es más que satisfacción personal.

Ya hemos visto que la búsqueda de la felicidad tiene como fin satisfacer un deseo o una necesidad. Recordemos –lo dijimos en la primera parte e insistimos en la segunda– que cuando está ligada al vicio de la acumulación –y rara vez no lo está– es difícil de alcanzar, porque resulta que somos insaciables y siempre pensamos que si tuviéramos el doble de lo que tenemos se acabarían los problemas. El remedio genera la enfermedad. Aun así, los seres humanos hacen todo lo que está a su alcance para conseguirla, a veces a riesgo de perder su dignidad –que, aunque no produce nada fuera de su propio valor, es lo que hace que este viaje merezca la pena–. La obsesión por la felicidad alcanza tal grado que acaba generando angustia y malestar. Enseñar y aprender a ser felices se vuelve mercancía, y hace que efectivamente ser coach sea la profesión del autosiglo. Se vislumbra una especie de reencarnación, el inversor se vuelve coach en la automodernidad, el negocio prospera.

> Mi vida dio un vuelco espectacular a mejor. Cambiaron mis creencias, mis valores, mi identidad. Y a resultado de ello han cambiado mis habilidades, mis comportamientos, mi vida. Espectacular. De tocar cada día la angustia derivada de una ansiedad generalizada y paralizante, a vivir cada segundo 100%, a comerme la vida a bocados. Porque he decidido hacerlo. Me encantaría que todo el mundo conociese estas herramientas. Considero que todo el mundo tiene derecho a conocerlas y si quiere aplicarlas[14].

El cambio espectacular a mejor, que te deja flotando en la felicidad, es el deseo más codiciado del mundo. Darlo a conocer es además una obligación moral, pues todo el mundo tiene derecho a aplicarlo si quiere. En un mundo donde no hay garantía de nada, lo importante es saber gestionar la incertidumbre para evitar el malestar y la angustia. Por eso, proyectos como *Educar para Ser*[15] se instalan y prosperan. Proyectos que vienen a desa-

[14] E. Jurado, *Quiero darte coaching*, cit., p. 11.

[15] *Educar para Ser* es un proyecto piloto para mejorar las habilidades no cognitivas y el bienestar del alumnado. Se ha implementado en 81 colegios

rrollar las *habilidades no cognitivas y el bienestar* en los alumnos desde los cuatro años. Proyectos que generan materiales educativos atractivos, que reportan información sobre cómo es la capacidad de autorregulación en el niño, permitiéndoles diseñar planes de mejora individualizados que les eduquen y modelen desde la más tierna infancia. Lo explica Ildefonso Méndez, doctor en Economía y capitán del equipo: «Les enseñamos que lo primero que hay que hacer cuando te empujan, te quitan algo, o te insultan, es quedarse quieto, pararse, hay que inhibir, inhibir la respuesta impulsiva que sale sola, que es la de volver a empujar. El cuento *[Flama aprende a enfriarse]* se lo enseña a los niños. Que cuando devuelves el empujón el amigo se enfada y eso no es bueno para nadie. Que una vez que has parado tienes que respirar hondo, y darte cuenta de que estás enfadado, alejándote un par de pasos de donde ha surgido el problema, como si ahí hubiera un punto rojo, como si fuera la boca de un volcán, el cráter. Y después hablar con un adulto, expresar, comunicar verbalmente, con pictogramas, con lengua de signos, como tú te comuniques»[16]. Si los niños aprenden a autorregularse de esta manera, muy posiblemente cuando sean mayores respirarán ante el abuso, y verán con normalidad sentarse en la consulta de un coach para gestionar la insatisfacción.

> El coaching es un reflejo de nuestro viaje en el mundo. Es como si Dios o el Universo fuera un gran coach, que nunca nos va a decir qué tenemos que hacer, pero nos va a trasladar de forma sutil, metafórica, con mensajes escondidos, una guía de vida. Para sentirnos bien, crecer, desarrollarnos. En definitiva, ser felices[17].

---

de Murcia, La Rioja y la Comunidad de Madrid. Trabaja con los alumnos desde los 4 años y los acompaña hasta la primaria para desarrollar las habilidades blandas o la autorregulación, elemento básico para ser feliz. Las actividades las diseña el equipo de la Cátedra Astrade de la Universidad de Murcia, capitaneado por Ildefonso Méndez, doctor en Economía.

[16] El vídeo de presentación del proyecto, subido el 7 de noviembre de 2017, está disponible en *EducaMadrid* [https://mediateca.educa.madrid.org/video/3dkei6m7rjyganza].

[17] E. Jurado, *Quiero darte coaching*, cit., p. 11.

Sin embargo, el ser feliz que desde los proyectos educativos se quiere formar no es más que un ocultamiento. Lo dijimos antes, formamos parte de algo mayor, la Humanidad. Mientras siga siendo pisoteada generará una congoja infinita. No importa que seas o no una de esas personas proactivas, capaces de encontrar la forma de sobreponerte a la sociedad del espectáculo, del asesoramiento, de la crisis y la oportunidad. No importa que logres o no comerte la vida a bocados gracias al desarrollo de tu talento. El mundo seguirá desplomándose «y tú con él, pequeña partícula de polvo»[18]. E, igual que Tántalo, siempre estarás a un paso de la felicidad, sin poder siquiera acariciarla. El siglo XXI establece la felicidad como condena, Engels diría que es la nueva trampa del capital.

La transformación del mundo requiere un *ethos* mundial, una ética planetaria[19], el cuestionamiento del sentido común. La felicidad, como elemento redentor de una ética capitalista, forma parte de ese Yo que queremos transformar, por lo que debe quedar fuera de Nosotros. En ese sentido, se ha de abordar la tarea del buen vivir aristotélico que vemos reflejado en la propuesta política de los pueblos del Abya Yala. Desde una cosmovisión ancestral que nada tiene que ver con los griegos, pero que comparte con ellos la defensa del buen vivir, mapuches, guaraníes, achuares, nasas, mayas, kunas, zapatistas, quechuas, aimaras y otros llevan a cabo el desocultamiento de un *ethos* respetuoso y común. A través del ejercicio de recuperación de sus identidades, no como individuos, sino como pueblos, de sus elementos culturales, construyen las condiciones de posibilidad de una subjetividad decolonial y anticapitalista, distorsionada por la matriz colonial, la cual, según revela Aníbal Quijano, echó a perder las promesas liberadoras de la modernidad.

Sumak Kawsay, dicen los quechuas. *Suma Qamaña*, dicen los aimaras. *Tekó porã*, dicen los guaraníes. *Bien vivir*, dicen los zapa-

---

[18] F. Nietzsche, *La gaya ciencia*, cit., p. 223; aforismo 341, «El más pesado peso».

[19] L. Boff, *Ética planetaria desde el Gran Sur*, cit.

tistas. Un modo de existencia social antigua, que palpita en las profundidades del ser, que añora *estar en el mundo*. Un latido de amor universal donde prevalece el bien común, la responsabilidad individual y social en relación con la naturaleza. Un modo de existencia basada en el respeto. Un modo de habitar contradicho por el poder dominante. Asesinado. Apagado por la reproducción de la felicidad en desmedro del bien común. Frente a quinientos años de políticas extractivistas, «nosotros, los indígenas, cuidamos y amamos a nuestra madre tierra y lo hemos demostrado por siglos. Nunca en la historia, los pueblos indígenas campesinos hemos hecho ningún daño grave a la madre tierra»[20].

[20] Véase «Zapatismo: el mandar obedeciendo como filosofía práctica del procomún», 14 de enero de 2014 [disponible en https://sursiendo.com/blog/2014/01/zapatismo-el-mandar-obedeciendo-como-filosofia-practica-del-procomun/].

8. Mandar obedeciendo

> La cultura mercantil impregna tanto nuestra vida, que hasta nos hemos acostumbrado a calcular el bien y el mal [...] ¿Cuánto mal es demasiado mal? [...] Incluso se trabaja hoy en la posibilidad de que el cálculo lo efectúen ordenadores. Ética robot: fiable y precisa, porque no puede ser interferida ni por la compasión ni por la crueldad humana. [...] Un día pregunté en clase: ¿quién sabría encontrar la manera de interrumpir el cálculo? ¿Qué podría hacerlo saltar? Buscamos valores absolutos y primeros principios, como la amistad o la vida humana. Pero cuando intentábamos fijarlos y nombrarlos se nos escabullían y volvían a caer bajo la ley implacable del cálculo. Al final sólo nos quedó una frágil pero contundente respuesta: la siempre desproporcionada lucha por la dignidad.
>
> Marina Garcés, *Fuera de clase* (2016)

> Quiero morir siendo esclavo de los principios, no de los hombres.
>
> Emiliano Zapata (*ca.* 1911)

Desde que el relato religioso expulsara a Adán y Eva del Paraíso, la humanidad ha sido condenada a parir a sus hijos con dolor, a aceptar el dicho popular «donde hay patrón no manda marinero». La obediencia ha sido mancillada con el peso de años de opresión. La humillación a la que los pueblos se han visto sometidos ha ocultado la belleza natural y la satisfacción de obedecer. Privando a la humanidad de su confortable satisfacción: obedecer permite legislar. Quizá por eso, avanzada la modernidad, los más osados se atrevieron a matar a Dios, pero con la proclamada muerte de Dios no morirían ni reyes, ni patrones, ni inversores, ni empresarios, ni directores, ni jefes. Con la

muerte de Dios el poder siguió viviendo, y nos descubrimos desamparados, y frágiles. A través de los tiempos, el malestar se ha evidenciado con la angustia. Una angustia innombrable e inasible capaz de rumiar el corazón colectivo para sembrar la discordia. La soledad infinita, la congoja que nos afecta, si es que sigue afectándonos, forma parte de un juego muy peligroso para el corazón colectivo. En consecuencia, algo para lo que todavía no hay abecedario despierta la desobediencia al antropomórfico e injusto orden de las cosas. Tímidamente transitamos ese camino, asumiendo la tarea emancipadora que nos corresponde: obedecer, sí, pero legislando, o mandar obedeciendo.

> La voluntad, así pues, no es meramente sometida a la ley, sino que es sometida de modo tal que tiene que ser considerada también como *autolegisladora* y precisamente por eso sólo entonces como sometida a la ley (de la que ella misma puede contemplarse a sí como autora)[1].

El sometimiento, la humillación, la separación del término «ser humano» de la cosa «ser humano», responde a la mala voluntad donde el fiero interés particular nos gobierna. La buena voluntad, universalmente legisladora, no se funda en un interés, obedece y legisla en el reino de los fines, según Kant. Allí donde el cielo es cóncavo y nosotras del color de la tierra, según las zapatistas. Higienizar la obediencia y rescatarla de ese pozo oscuro donde la atesoran los poderosos es una tarea inmediata para la transformación del mundo, para pensar el Nosotros. La obediencia es una actitud y una acción. Cuando obedecemos a un orden justo y necesario forma parte del buen vivir, y tranquiliza. Cuando obedecemos a un orden injusto y contingente, forma parte del mal vivir, e intranquiliza. Obedecer la justicia libera y emancipa. Obedecer la injusticia condena y somete. La *Alegoría del Buen y Mal gobierno y sus efectos*[2] es un ejemplo iconográfico perfecto. Un enorme mural de fin propagandístico que desde el Trecento deco-

[1] I. Kant, *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, cit., p. 431.

[2] Obra de los hermanos Lorenzetti (siglo XIV), iniciadores de la pintura mural social. Iconografía medieval aristotélica tomista.

ra una de las estancias del Palacio Público de Siena, representando por un lado el Bien Común, en compañía de la Justicia, y por otro la Tiranía sojuzgándola, y los efectos de ambas. Mientras que con el buen gobierno los sieneses trabajan y bailan, las consecuencias del mal gobierno son el dolor y la esclavitud. Una obra llena de matices, donde, sin los conocimientos de un historiador de arte, la mirada actual se pierde. Una obra que invita a la reflexión y a la acción. ¿Cuando las leyes son malas leyes hay que obedecerlas? ¿No es acaso un deber luchar por cambiarlas y liberar a la justicia? Estas cuestiones remueven el Nosotros, lo traen a la presencia. Pero también tienen sus reveses: ¿cómo luchar contra las malas leyes respetando la legislación que precisamente se quiere cambiar? La denominada «opinión pública», en manos honoríficas y tiranas, siempre condenará la acción, y llamará a permanecer en el redil, a seguir disfrutando, como diría Jack Nicholson en su interpretación del coronel Nathan en la película *Algunos hombres buenos*, de la paz que proporciona, sin cuestionar las condiciones bajo las cuales la proporciona. Dicho de nuevo con palabras de la sabiduría popular, «no muerdas la mano que te da de comer».

La superación personal, el cambio y la transformación, la falsa búsqueda de la paz interior mientras el exterior está ardiendo, son válvulas de escape individualistas, respuestas inhibidoras de esa actitud legisladora que reclama ser puente y camino. No son necesariamente respuestas egoístas, a veces son salidas de emergencia ante la angustia, ante la zozobra, que vienen a obstaculizar el paso hacia la Humanidad, que vienen a detener la rebeldía. Porque la autorrealización, esquivando la injusticia, la refuerza. La autorrealización es *meter la voz*[3]. El «obedécete a ti mismo» que utilizan terapeutas y coaches pasa por el filtro del mercado que deja desprovisto de todo tipo de capacidad legisladora. Esos tratamientos que nos encantan (en su doble sentido) fueron claves para terminar de despolitizarnos y debilitar el tejido social. La obediencia «a sí» neutraliza el imperativo categórico de tratar de que nuestras acciones sean máximas de leyes universales,

[3] En contraposición a la canción de Ana Tijoux «Sacar la voz» (del álbum de 2011 *La bala*).

que es al fin y al cabo nuestro deber. Un deber que «es la única esclavitud que se abraza por voluntad propia»[4]. Difícilmente, la mejor versión de uno mismo sea la mejor versión para todos en esta feria de consumos. Aunque acabemos percibiéndolo como algo positivo, si lo que uno quiere es comerse el mundo a bocados está claro que nos quedamos sin mundo.

Por lo dicho, aceptamos como fundamento, no como receta, la propuesta zapatista de mandar obedeciendo. Dicha propuesta tiene por objetivo la buena gobernabilidad frente a los malos gobiernos, y consiste en cumplir siete principios: servir y no servirse, representar y no suplantar, construir y no destruir, obedecer y no mandar, proponer y no imponer, convencer y no vencer, bajar y no subir. Quizá os preguntéis por qué tenemos que irnos al otro lado del mundo para encontrar fundamentos reveladores para la transformación. La cosa es clara: Europa no es faro de proyectos emancipadores. Los últimos acontecimientos de un renacer fascista lo avalan. Las alternativas sufren la arremetida del poder mediático, jurídico, económico y político, cierto, pero también se revelan fragmentadas por la imposibilidad de superar diferencias personales e intereses concretos, producto de una subjetividad embebida de viciados sentidos comunes. La izquierda sirve, pero se sirve. Representa, pero también suplanta. Construye y destruye. Obedece y manda. Propone e impone. Ni vence ni termina de convencer. Y por supuesto no baja, se queda como está o sube. El sacrificio parece impensable. Esa subjetividad construida desde una ética que ensalza la riqueza enmascarándola de felicidad, con sus gestiones emocionales e inteligencias, con sus pantallas, con sus terapeutas y sus sesiones de coaching, desde las escuelas hasta los asilos, requiere una vuelta de tuerca, un cambio civilizatorio. Pero ¿es posible?, ¿cómo romper la barrera que instalara la idea de que con la sociedad capitalista se ha alcanzado el cénit de todo desarrollo civilizatorio?

---

[4] Véase «Ellos y nosotros. VI. Las Miradas. Parte 4: Mirar y comunicar», *Enlace Zapatista*, 11 de febrero de 2013 [disponible en http://enlacezapatista.ezln.org.mx/2013/02/11/ellos-y-nosotros-vi-las-miradas-parte-4-mirar-y-comunicar/].

El principal problema del vaciamiento del yo, de la construcción de la subjetividad que hemos descrito y denunciamos, es el acelerado ritmo con el que olvida qué son las cosas. La sumisión voluntaria, la feliz esclavitud, tiene consecuencias nefastas para la transformación del mundo.

En España, el servicio de sanidad pública para todos y todas sufre los efectos del culto a la satisfacción personal. Un paulatino desmantelamiento está suponiendo un retroceso brutal: largas listas de espera, escasez de personal en relación al número de pacientes, antigüedad de los equipos, colapsos por la gripe en invierno, cierre de camas en verano. La mala gobernabilidad devasta la razón comunitaria de la necesidad de cuidados y atenciones. Sólo en la Comunidad de Madrid, 19 hospitales han privatizado su servicio de lavandería, en seis años ha supuesto un desembolso de unos 70 millones de euros y la precarización de la vida de cientos de familias, que vieron reducido su salario un 46 por 100 para asegurar el beneficio de las concesionarias que se quedaron con el trozo del pastel. Las noticias alertan de que un 18 por 100 de la ropa retorna sucia al hospital, pero no dicen nada de la posibilidad de que el Estado vuelva a hacerse cargo de ese servicio para asegurar sueldos dignos. No cabe duda de que, cuando el sueldo nos alcanza, el trabajo se realiza de otra forma. Pero esto es sólo una parte: según el doctor Carlos Barra, en su libro *Defensa de una sanidad pública*, la sanidad se ha convertido en un negocio y se ha preparado su demolición.

Por otro lado, según datos del Ministerio de Educación, la educación concertada crece a un ritmo de 20.000 alumn@s adicionales por año[5]. Nunca debió existir, pero se cuela en el sistema alegando cubrir la demanda del alumnado que queda fuera de los centros públicos. «De producirse este hecho, se evidencia

[5] E. Bayona, «La enseñanza concertada se dispara: gana más de 20.000 alumnos al año», *Público*, 11 de febrero de 2019 [disponible en https://www.publico.es/sociedad/radiografia-educacion-concertada-ensenanza-concertada-dispara-gana-20000-alumnos-ano.html].

que alguien no ha hecho bien su trabajo, no ha previsto un crecimiento demográfico en regiones específicas o no ha sido exquisito a la hora de dotar de recursos educativos al *boom* del ladrillazo. Sin embargo, se sigue dotando de suelo público a intereses privados para que hagan negocio con la educación. ¿Por qué no destinar ese suelo a levantar un centro público?»[6]. Las proyecciones demográficas apuntan a un descenso de la población infantil, por lo que se estima que en los próximos diez años desaparecerán 30.000 aulas públicas. No obstante, la educación concertada recibe una subvención de más de 6.000 millones de euros al año, por lo que podrá realizar mejoras y hacer más seductores sus centros a los ojos de esa subjetividad que apenas se plantea qué pasaría con la educación pública si no se le quitase ese (su) dinero.

La lista podría seguir: telecomunicaciones, energía, carreteras, suelo público, pensiones... Esta camuflada fuga del dinero del común hacia intereses empresariales, de un individuo o un grupo de individuos, es la trampa mortal para el sistema público. Poner en manos del Yo –de la satisfacción personal– el bien común es condenar el edificio de la Humanidad. El Nosotros acaba desapareciendo en una sociedad que no está vigilada por el derecho de la buena voluntad. Un derecho colectivo de todos y todas, anexo al deber, sin el cual no hay sistema público, no hay otro mundo posible, habitable y justo, que garantice que nuestra frágil especie permanezca. Lo público se establece como garantía de igualdad frente a la segregadora ley del más fuerte o el más rico. En el espacio público todos, sin excepción, tenemos los mismos derechos y los mismos deberes. Su arte consiste en mantener en armonía la tensión entre el interés propio y el colectivo. Los centros públicos nos cuidan, velando por el buen vivir. De igual forma tenemos que cuidarlos, recordar qué son, por qué están ahí, qué voz representan, cuál es el rostro de quien constantemente los despelleja.

---

[6] D. Bollero, «La educación concertada es un fracaso», *Público*, 3 de junio de 2019 [disponible en https://blogs.publico.es/david-bollero/2019/06/03/la-educacion-concertada-es-un-fracaso/].

Incorporar la lógica del cuidado es fundamental. Cuidar lo público y lo comunitario nos fortalece como individuos y como colectividad, pues nos protege de la congoja y la bestialización. La red del cuidado nos abriga, nos da confianza, es respeto hacia la humanidad. Muchas de las ataduras que vamos adquiriendo guardan una estrecha relación con el descuido del espacio público. Cuando las instituciones que tienen que velar por nuestro bienestar son secuestradas por el sistema capitalista, la humanidad queda huérfana, desprotegida, al amparo de un Dios sin capacidad de acción en este mundo. El miedo a un futuro miserable y doloroso hace que contratemos un plan privado de pensiones, un seguro médico, adquiramos una hipoteca para tener una casa en propiedad, y vayamos a un coach para lograr «los medios, conocimientos y oportunidades que necesit*amos* para desarrollar*nos* de modo que resulte*mos* más eficientes»[7]. De esa forma, mientras buscamos la solución individual a nuestros temores, fortalecemos aquello que los causa.

> El cuidado es una relación de enternecimiento y de preocupación que descubre el mundo como valor. [...] Por eso la vida y el juego de las relaciones sólo sobreviven cuando están rodeados de cuidado, de desvelos y de atenciones. [...] Sin cuidado triunfa la entropía, es decir, el desgaste de todas las cosas bajo la avaricia irrefrenable del tiempo; con el cuidado crece la sintropía, el complot favorable de todos los factores que mantienen lo más posible la existencia.
>
> No resulta difícil darse cuenta de que el cuidado funda la primera actitud ética fundamental, capaz de salvaguardar la Tierra como un sistema vivo y complejo, de proteger la vida, de garantizar los derechos de los seres humanos y de todas las criaturas, la convivencia en solidaridad, comprensión, compasión y amor[8].

---

[7] D. C. Feldman y M. J. Lankau, «Executive Coaching: A review and agenda for future research», *Journal of Management* 31/6 (2005), pp. 829-848 (las cursivas son nuestras).

[8] L. Boff, *Ética planetaria desde el Gran Sur*, cit., pp. 75-76.

Cuidar de todos para cuidarnos, cuidarnos bien para cuidar de todos. Si en algún momento hay que dejar de hablar de revolución y optar por la salvación, que sea para salvar el espacio público, donde por derecho sólo se puede mandar obedeciendo.

El té de la memoria

Si la cosa es así de fácil, si el bienestar, el buen vivir, consiste en cuidar el bien común porque es lo que cuida de nosotros, ¿por qué seguimos empeñados en la búsqueda de la felicidad fundada en una acumulación material que nunca es suficiente? ¿Por qué, aun sabiendo que el mundo está confeccionado por y para unos poquitos, seguimos entrenándonos para triunfar? ¿Por qué absorbemos su ideología *antinosotros*? Conformismo, secuestro, cosificación, descontextualización, olvido. Sólo los capitalistas pueden ser capitalistas. El ser humano es anticapitalista, la democracia también.

«Democracia» es asumir la tarea de la que venimos hablando, y de la que nos quieren apartar definitivamente con nuevos artificios humanistas de cero a cien años. «Democracia» no tiene nada que ver con el uso que hacen de ella los partidos neoliberales, tiene que ver con el Nosotros. Con eso que Aníbal Ponce llamó en su tiempo «humanismo proletario»: «Venturoso humanismo que en la primera patria que lo vio nacer ya está dando a las ciudades el nombre de sus grandes escritores, y cuyos triunfos ruidosos en ese mismo reino del Espíritu son los que han decidido a nuestro noble Ariel a echarse a volar sobre la vasta tierra con las alas de fuego de la Revolución»[9]. La palabra «democracia» hace tiempo que fue desprovista de su contenido, separada de su elemento. Construir democracia implica la reconciliación con los hechos, pasados y presentes. «Democracia» es memoria, memoria colectiva. Sin memoria, la democracia permanece secuestrada por aquellos que hicieron de ella su guiñapo, destinada a desapa-

[9] A. Ponce, *Humanismo burgués y humanismo proletario*, México, Roca, 1976, p. 84.

recer definitivamente, como esos muertos a quienes no recuerda ya nadie en el mundo de los vivos. «Democracia» es cuidar el todo. Vivir democráticamente requiere una enorme responsabilidad individual para con lo social. Un gobierno democrático debe ser un gobierno *ñandé*, donde cada voluntad sea capaz de sacrificar el mundo Yo en beneficio del bien común, del buen vivir. Un gobierno democrático sabe que el fin último de la educación no es el aprendizaje, sino el desarrollo del pensamiento crítico, la construcción de un sujeto comprometido, soberano, participativo y protagónico: un *ser humano completo*. La democracia es comunidad, jamás una guerra de todos contra todos, *bellum omnium contra omnes*. La democracia es contraria a la mera representación, es el respeto de las voluntades legisladoras, que mandan obedeciendo. La democracia posibilita una sociedad sin «efecto Pigmalión»[10], donde es innecesario gestionar la incertidumbre y visualizar el éxito, mucho menos en el aula, dado que los mínimos están cubiertos y el objetivo es la comunidad y no la capacidad individual de llegar a ser richistaní. La democracia es esa forma de gobierno pensada para cuidar de la humanidad. Pablo González Casanova la denomina «democracia universal», «democracia de los de abajo» o «democracia de los pobres».

> O la democracia es de los pueblos o no es democracia. Sólo los pueblos defenderán sus naciones, empresas y territorios. Sólo ellos impondrán con su poder las formas políticas y culturales de una democracia. [...] O el pueblo trabajador es soberano o no hay democracia. O las mediaciones llevan a un creciente poder del pueblo o engañan y someten al pueblo. Tan sencillo como eso, luchamos «contra el poder seductor que crea sensaciones de representación» (Luis Verdesoto). Luchamos por una democracia con poder[11].

---

[10] En psicología o pedagogía es la capacidad de influencia que ejercen las expectativas que una persona pueda tener respecto a otra en el rendimiento de esa otra. Debe su nombre a un escultor griego que se enamoró de la escultura que había tallado, consiguiendo, gracias a la ayuda de la diosa Atenea, que la escultura se convirtiera en una mujer de carne y hueso.

[11] P. González Casanova, *Explotación, colonialismo y lucha por la democracia en América Latina*, cit., pp. 336-337.

En uno de esos libros que el equipo docente consulta para hacer coaching en el aula, los autores recogen el siguiente proverbio chino: «El que no conoce su aldea de origen jamás encontrará la aldea que busca». Estamos de acuerdo, llevamos todo el libro manteniendo esa idea con otras palabras: quien olvida lo que le hace humano, demasiado humano, se bestializa. Sin embargo, ¿quieren decirnos lo mismo los autores que lo han seleccionado? El texto continúa.

> En coaching, el camino no lo recorremos solos. En el proceso estamos acompañados por un coach, un tutor que nos acompaña sin hacernos el trabajo. Que nos da la seguridad necesaria para avanzar por nosotros mismos, testigo de nuestros cambios y crecimiento. Es la persona que nos va a facilitar los aprendizajes, acompañándonos en nuestras incertidumbres, animándonos a explorar aspectos diferentes, invitándonos a lidiar con nuestros miedos, facilitándonos el aprendizaje de cosas nuevas y ayudándonos a sacar nuestros recursos internos. ¿Y de qué manera vamos a adquirir esas habilidades de las que hablamos? De la misma manera que lo hacen nuestros alumnos: mediante el aprendizaje práctico y contrastado, es decir, recorriendo las cuatro etapas de todo aprendizaje. Primero una pequeña historia:
>
> *Na-in, un maestro japonés de la era Meiji, recibió a un profesor universitario que fue a preguntarle acerca del Zen. Na-in comenzó a servir té. Llenó la taza de su visitante y aun cuando la taza ya estaba llena, continuó vertiéndolo. El profesor observó cómo la taza rebosaba y el té iba cayendo al suelo, hasta que no pudo contenerse más y gritó:*
>
> *— La taza rebosa, ¡ya no cabe más!*
>
> *— Como esta taza –dijo Na-in–, usted rebosa de sus propias opiniones y especulaciones, ¿cómo puedo enseñarle Zen a menos que primero vacíe su taza?*
>
> Abramos nuestra mente, como pidió Na-in a ese profesor universitario, y sigamos ese proceso mágico y sorprendente que tiene su origen en ese momento en que ni siquiera somos conscientes de lo que ignoramos y que nos lleva a integrar lo aprendido de tal manera que lo acabamos realizando de manera automática[12].

[12] B. García Ricondo y B. García Carrera, *Coaching práctico en educación*, cit., p. 198.

Quizá el Zen necesita que nos vaciemos, pues ese arte milenario que practican los budistas trata de mostrar cómo la sensación de carencia y el deseo de tener son producto de un falso ego que oculta la conciencia cósmica que muestra que somos un conjunto. Pero un profesor de escuela, ¿por qué debería vaciar su mente?, ¿qué necesita olvidar para poder ser coach? ¿Acaso el sentido de qué es democracia? ¿El guía-docente que acompaña y anima cuida lo público? ¿No es embaucado por los cantos del mundo Yo? ¿Cómo aprender a descubrir los elementos que construyen Yo detrás de los fenómenos más humildes? ¿Cómo no sabotear constantemente el verdadero sentido de la democracia?

Estamos atravesados por una rabiosa mezcolanza que nos lleva a confundir la novedad con la salvación sin percatarnos de que se diluye la democracia, el espacio público, el Nosotros. Encadenados al consumo para llenarnos y, sin embargo, tan vacíos. Necesitamos cuidar lo que nos hace dignos, conscientes, soberanos, protagónicos. Si el té se derrama, ¿no será porque tenemos memoria?

La ternura de los pueblos

Goethe dijo que, si tratamos a un hombre como puede llegar a ser, se convertirá en lo que pueda llegar a ser. Una extraña verdad rodea esas palabras. El hombre, la mujer que son tratados con dignidad, son dignos, respetan y se hacen respetar. Aquellos que son tratados miserablemente, se tratan con dureza. Hacen falta amores muy grandes para recomponer a un ser humano hecho migajas. Las calles están vacías de poetas, los espejos se llenan de ejecutivos, las carnicerías no pinchan ni cortan, las tijeras marcan continuamente la salida, los convenios convienen sólo a algunos y las escuelas son la antesala de las empresas. Hacen falta cuidados muy grandes para recomponer «el capital humano» en ser humano. Diseñar la vida para ser feliz, los doce pasos para conseguir tus metas, transformar sueños en aprendizajes: ¿de qué sirve en un mundo hostil, en un mundo donde nos enfriamos, donde cada día somos más resistentes al dolor ajeno?

¿Acaso no nos embrutecen las charlas motivacionales? ¿Para qué nos sirve liberarnos de la armadura oxidada? Los procesos de coaching en educación, dirigidos a mejorar el rendimiento y la satisfacción de los miembros de la comunidad educativa, ¿qué nos llevan a ser?

Frente a la empatía, autenticidad, escucha activa, proacción, la ternura, la ternura de los pueblos. Diferente a la gestión emocional en el aula, en la empresa o en los hospitales. Lo bueno no puede ser un complemento, una asignatura optativa, un regalo por Navidad. Lo bueno es en estado continuo, permanece y se desarrolla desde cotas invisibles hasta su máxima expresión. La ternura no es un fondo lindo y dulzón, propia de mujeres delicadas y niños dormidos, sino, como dice Alejandro Cussiánovich, un fondo social y político. Se trata de exigir a la sociedad el cumplimiento del derecho a la ternura, porque sin cariño, sin respeto, sin amor, no hay vida para nadie.

> Hay miradas que expresan pesimismo, que son anti-esperanza y sabotean las posibilidades de la alegría. La pedagogía de la ternura bien podría llamarse pedagogía de la alegría, del entusiasmo, del reencantamiento como fruto de una pedagogía crítica. Y es que la pedagogía es por esencia relacional y relacionante, como lo es el lenguaje. Incluso, el lenguaje sólo emerge gracias a otro, a otros que nos lo aprenden. El amor es una forma de lenguaje que se aprende gracias a otros. O se desaprende a causa de otros, también. Incluso, las relaciones preceden a la emergencia del lenguaje, como del amor. La pedagogía de la ternura está igualmente llamada a jugar un rol importante en este proceso. Y es que ella se presenta, por principio, como una especie de «declaración pre-verbal de amor»[13].

La plenitud del individuo sólo es posible ante una humanidad plena. Si queremos un mundo donde se mande obedeciendo, deben ser desechados los mensajes tipo: «Gracias a los valores humanos se triunfa en la vida», «las humanidades y los negocios

[13] A. Cussiánovich, *Aprender la condición humana: Ensayo sobre Pedagogía de la ternura*, Lima, Ifejant, 2007, p. 27.

están en comunión y simbiosis», «el beneficio económico es indisoluble del respeto», «el camino del triunfo se vuelve solitario porque la mayoría no están dispuestos a vencer los obstáculos», «no se puede cambiar el mundo, pero sí puedes cambiarte a ti»... La transformación personal de la sociedad del asesoramiento, que sectariza el cariño, nos aleja presurosamente de ese mundo habitable. El capitalismo respira más fuerte que nunca, cada entrenamiento del *piensa en ti* es un retroceso del Nosotros. El desarrollo humano real requiere priorizar lo humano, no la individualidad teñida de respeto y amor a los demás. La «entrega absoluta» que preconizan los terapeutas, gurús, coaches, para ayudar a los demás, mediada por el dinero que paga el servicio, no es entrega ciega, sino otra cosa. ¿Cuán bien nos cuidaría la asistenta o asistente social si ellos también fueran cuidados, si su sueldo y reconocimiento fueran mayores, si les rodease una sociedad justa que amase y tuviese como prioridad lo humano? Los místicos conspiradores del Yo, los filántropos capitalistas, también se autoexplotan, también son esclavos felices. J. trabajaba los 365 días del año, desde las siete de la mañana hasta las once de la noche. Salvo rarísimas excepciones, siempre estaba en la consulta. Era próspera, y por ende «feliz»; se dedicaba a «transformar a las personas». El humanista capitalista es insaciable exactamente igual que el capitalista. Por eso, «en la lucha contra el capitalismo –un sistema que destruye a los seres humanos y la naturaleza–, necesitamos visualizar una alternativa. Y necesitamos comprender la única forma en que esa visión puede transformarse en realidad. El énfasis en la relación entre desarrollo humano y práctica –el eslabón clave– apunta hacia una visión de una buena sociedad orientada hacia el desarrollo de seres humanos ricos. Y esa, después de todo, es la alternativa socialista: el desarrollo humano real»[14]. Para lo cual, la sociedad tiene que apuntar lejos, no alto, para incluir y no excluir. Las instituciones tienen que velar por los intereses generales. Los gobiernos deben favorecer la voz popular, no la del Ibex 35. Una sociedad que

[14] M. Lebowitz, *La alternativa socialista, el verdadero desarrollo humano*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2015, p. 147.

acoja, cuide, proteja y garantice la vida digna. Donde el amor sea fuerza política y transformadora, y el tono melódico el de ese Quijote que, junto al Principito, deciden cambiar el mundo porque no es locura ni utopía, sino justicia.

La transformación del mundo necesita la ternura de los pueblos, la necesita perentoriamente. El crecimiento debe ser simultáneo, de uno en relación con el otro, los otros. La contribución «a que todo ser humano descubra que va siendo él mismo en la medida que persiste en que el otro, los otros también vayan siendo ellos mismos, condición esta de ir siendo un nosotros»[15]. Contagiar respeto, y dejarse contagiar por él. Liberar la presión grupal, diluir las malas influencias, atreverse a saber. Atreverse a asumir la responsabilidad ética que hace de la sociedad una escuela donde todos son participantes. La labor educativa es el pilar de la transformación del mundo. Cultivar valores. Construir comunidad. Cuidar las circunstancias. Proteger el sistema público, estudiar los programas con los cuales se educan las generaciones futuras para saber hacia qué mundo vamos, si lo elegimos o nos llevan. Fortalecer las Humanidades, vieja balsa de la sabiduría que siempre viene a recordarnos que no estamos solos. Cuidando eso, asegurando un gobierno de buenas voluntades, democrático, donde la bestialización sea vigilada por el derecho, ¿sería necesario implementar el coaching en las escuelas?, ¿necesitaríamos los seres humanos ser acompañados por un coach? Dicen que las cosas pueden servir para lo bueno y para lo malo, que todo depende del uso. Enseñar con el ejemplo, educar en libertad, conocerse a sí mismo a través del arte, experimentar, crear, utilizar el juego para adquirir responsabilidades, proyectar los miedos, educar para ser, abrazar a los árboles, relajarse, concentrarse, observar cuáles son tus facilidades y dificultades para hacer las cosas: todo puede estar bien si detrás no se esconde el monstruo alienador del capitalismo. Nuestra esperanza es que, bajo unas determinadas condiciones de respeto y cuidado, la subjetividad siempre tenderá a humanizarse, a responsabilizarse de sí y de sus circunstancias. Si las sociedades dejasen de estar en

[15] A. Cussiánovich, *Aprender la condición humana*, cit., p. 76.

manos mercenarias y burócratas, si no recortasen a cada rato la ternura, si no se refugiaran en la búsqueda de la felicidad, si no jugaran a la suerte, si no confundieran y mezclaran todo, sería más fácil pensar el Nosotros, desarrollar el buen vivir, abordar conjuntamente las dificultades que han tronchado una condición humana a la que, desde luego, le queda mucho por mejorar. Es fundamental identificar cuáles son los contextos deshumanizantes para no comer de ellos, para no aceptar ni aumentar la atracción hacia la morbosidad que humilla. Quizá, en ellos, te enseñen a ser realista, a sonreír, a no juzgar, a ser feliz, a desbloquearte, a descubrir tus áreas de mejora, o que al menos traten de hacerlo. Pero en ellos cae en picada, atraída por la ley de la gravedad, la capacidad de empatizar con el dolor y el amor ajenos. No importa que haya pastas de té, o cuán suave sea la música, si la herramienta eres tú: ten por seguro que vas a seguir siéndolo.

El ser humano, «esa especie torturada, contradictoria, individualista y belicosa, de un egoísmo ilimitado, capaz a veces de explosiones de violencia inauditas, pero que sin embargo no dejó nunca de creer en la bondad y en el amor»[16], tiene mucho que hacer. Alguien, que es todos los alguien y todas las nadie, dijo que el paso a la humanidad se llama ahora «rebeldía». Puede que tenga razón.

[16] M. Houellebecq, *Las partículas elementales,* Barcelona, Círculo de lectores, 2000, p. 316.

Epílogo

¡Qué insípido hubiera sido ser feliz!

Marguerite Yourcenar, *Fuegos* (1936)

Desde que dimos el golpe contra la Humanidad, vivimos en estado de sitio. A la involución la llamamos progreso y, dando bandazos, caminamos una senda que no sería exagerado denominar, con Bukowski, «del perdedor». En cambio, nos creemos vencedores, y estamos felices y contentos con eso de que Europa sea el continente con mayor número de coaches[1]. Acomodados en la sociedad del asesoramiento y sus extendidas herramientas de «acompañamiento», somos resistentes y capaces, en un mundo donde se desatan los lazos comunitarios. Las manos, esas manos amigas, hermanas, compañeras, dejan de ser tendidas a otras manos, debilitando el tejido social. En esta nueva dictadura global, nuestra frágil especie se inmuniza ante la barbarie. La humanidad del siglo XXI elige el gregarismo a la socialización. A través de las preguntas el guía suplanta al poeta, la filósofa, el sociólogo, la historiadora... y abre un camino de heroicidad donde para ser no importa saber, sino triunfar.

Identificar qué son las cosas. Cómo han sido desgajadas de su origen para formar parte de otra cosa. Liberar de las garras del pensamiento positivo, del cuidado de sí, del coaching, a Sócrates, la filosofía, las humanidades en general, incluyendo, por supuesto, la educación y la vida. Denunciar los ingredientes de un plato que corroe el carácter, perfilando una subjetividad que favorece la

[1] Como revela un reciente estudio sobre el coaching en el mundo empresarial realizado por Frank Bresser Consulting.

desigualdad. Proponer una actitud real, de desarrollo humano, de responsabilidad ética, de cuidado y comunidad. *Hasta que la dignidad se haga costumbre*. Algo así nos proponemos en este epílogo, donde rescatamos el diálogo como ejercicio de pensamiento para la construcción del Nosotros, como crítica permanente a una realidad que se esconde sobre sí misma para configurar el mundo Yo. A través de un diálogo imaginado entre el Libro y Sócrates, invitamos a profesores, maestras, padres, madres, tutores, alumnado y ciudadanía a la reflexión y al debate. Dialoguemos, discutamos, cuestionemos herramientas, técnicas y procedimientos que conforman el ser, que dicen contener el secreto de la felicidad, que se proponen como visión dominante, como cultura global, como «la oportunidad única de contribuir al bienestar del planeta, incluyendo su flora, fauna y a nuestra propia raza»[2]. Si los coaches son capaces de decir estas cosas, ¿por qué nosotros no íbamos a contestarles? ¿Acaso faltan motivos para hacer la revolución?

Sócrates.— ¡Por el perro!, ¿qué hacemos aquí?

Libro.— Querido maestro, acepte nuestras disculpas. Sentimos haberle sacado del Hades, donde tan plácidamente conversaba con Aquiles, pero queremos contarle lo que está sucediendo.

Sócrates.— Decidme antes de que el misterio se espante, el bello Aquiles sabrá esperar. Pero ¿quién sois?

Libro.— Soy un libro que se está escribiendo con el propósito de desenmascarar la verdadera naturaleza del coaching. Desde hace algún tiempo observo que muchas personas reconducen su carrera profesional para ser coaches debido a la gran demanda social. Parecen terapeutas o consultores, pero no son ni lo uno ni lo otro. Se dedican a escuchar y a hacer preguntas, consiguiendo «maravillosos» progresos en las personas que tratan. Afirman usar su método.

Sócrates.— ¡Vaya! Tal como hablas pareciera que el coaching es el mismo Sócrates. Debo recordarte que vengo de otra época y, aunque llegaron al Hades algunos de aquellos que dices, nunca entendí qué es. ¿Podrías solucionar mi duda?

---

[2] Últimas palabras del libro de Vikki Brock *Guía de la historia del coaching*, ya citado.

Libro.— Traducimos la palabra como «entrenamiento», pero contratamos al barquero y fuimos a buscarte para que nos ayudases a resolver esa misma cuestión.

Sócrates.— Aunque yo ya soy viejo, y debiera ser la juventud la que se encargase de estas cosas, con tal de que el viaje no haya sido en vano pondré mi experiencia en esta misión.

Libro.— ¿Por dónde empezamos?

Sócrates.— La naturaleza humana es demasiado débil para ejercer un arte del que no se tiene ninguna experiencia. Si el coaching es, como dices, una oferta y demanda social, encontraremos a muchas personas que nos puedan decir qué es, puedan orientarnos, o en últimas decirnos dónde está su casa.

Libro.— No quisiera incomodarte, Sócrates, pero no entiendo: ¿a qué te refieres exactamente?

Sócrates.— Si te dijera que necesito saber qué es la ley, ¿no me llevarías donde van aquellos que aprenden dicho saber?

Libro.— Sin duda, iríamos a la Facultad de Derecho.

Sócrates.— Y si quisiera saber cómo esta se aplica, ¿no me llevarías a los tribunales?

Libro.— Ciertamente.

Sócrates.— Entonces, vayamos de inmediato allí donde van los que aprenden coaching, o allí donde lo aplican, pues seguro es donde pueden ayudarnos.

Libro.— Es aquí donde comienzan las dificultades, querido Sócrates. Aquello que buscamos parece habitar en muchos lugares. Se publicita en el metro, en las marquesinas del autobús. Se anuncian cursos de coaching en las bibliotecas, en la Facultad de Pedagogía, Psicología, Filosofía, Económicas, en la oficina donde van aquellos que no tienen trabajo. Fíjate que hasta los sindicatos dan cursos de formación de coaching. Hay equipos de coaching en las empresas, en los hospitales, en las escuelas, en los ayuntamientos, durante el rodaje de las películas... Ayudan a que todo vaya bien, a que todo siga ordenado de acuerdo al plan.

Sócrates.— ¡Por Zeus, detengámonos un momento! Creo, Libro, que ninguno de esos lugares es la casa del coaching. ¿Acaso podemos llamar verdulería a todos los lugares donde nos encontremos una lechuga? Si me llevaras a casa de un amigo, ¿crees

que tendría sentido preguntarle qué es una lechuga porque tuviera una en su cocina? Nos mandaría con razón al mercado o a la huerta. Y estos, a su vez, nos hablarían de accidentes. El frutero nos ayudaría a distinguir entre una lechuga fresca y tierna y una refrigerada y mustia. El agricultor nos dirá cuál es la tierra idónea para su siembra, y si es amante de su oficio se extenderá hablándonos de las estaciones, de la temperatura y de cómo las tormentas afectan las plantaciones. Volveremos a casa sabiendo más, pero desnutridos, necesitados de encontrar quién pueda decirnos qué es una lechuga.

Libro.— Dices bien, Sócrates. Tendríamos que admitir que nos extraviamos y no supimos encontrar el lugar donde pueden ayudarnos.

Sócrates.— Exactamente. Debe existir en el universo de los hombres quien responda a nuestra pregunta. Y, puesto que tenemos todo el tiempo necesario, propongo sondeemos en nosotros mismos dónde acudir.

Libro.— Hagamos eso.

Sócrates.— Tienen los hombres la costumbre de conversar entre ellos. Si observamos, se reúnen en grupos afines para hacerlo, y de ahí nace la amistad. Pero no sólo hablamos con los amigos, también podemos hablar con los desconocidos o con aquellos que, siendo conocidos ya, son enemigos. Es cierto que a veces no sabemos distinguir con quién estamos, olvidando con rapidez que hay temas susceptibles de ser tratados sólo con ciertas personas. Y no es que estos temas que mencionamos sean de naturaleza secreta, es que simplemente aburren o molestan. Sin ir más lejos, esto último dicen de mí, que molesto.

Libro.— Sí, es sabido.

Sócrates.— Pero sigamos sin detenernos aquí. Para evitar molestar o aburrir, o ¿quién sabe?, por ignorancia, los hay que guardan silencio y permanecen quietos, corrompiendo de ese modo su cuerpo y su alma. Te diré algo: el reposo pudre. Ya lo dijo Homero: mientras el Sol y los cielos se muevan circularmente, todo existe. ¿Convenimos en aceptar que los que se dedican a esto que llamas coaching no pueden estar entre estos?

Libro.— Así me parece. Sólo lo que existe puede propagarse, y ellos están en plena propagación.

Sócrates.— ¿Y no habías dicho que dice utilizar mi método?

Libro.— Eso dije.

Sócrates.— Si es como hablas, ¡por Juno, que se mueve y tiene que estar vivo! ¿Sabes si además dicen de él que sea molesto, y por qué lo dicen? Tendría en mí a un amigo si se le acusara de meterse en lo que no le importa e inventar divinidades.

Libro.— ¿Qué dices? ¿Te ríes de mí? ¿No acabo de afirmar que está en plena propagación? No te creo un despistado, Sócrates. ¿Acaso fueron los filósofos alguna vez populares? Tengo entendido que mucho más que estos fueron los sofistas, los cuales, aunque sólo sea porque vendían sus enseñanzas, se me parecen más a eso que llaman coaching.

Sócrates.— Noto que te has perturbado, Libro. Lo que dices tiene sentido, pero ¿puedes responder a mi pregunta?

Libro.— No es fácil, Sócrates, de ahí nuestra búsqueda. Hay quienes no podrían decirnos nada de él, pues desconocen su existencia, pero son los menos. De los que lo conocen, hay a quienes les ha ido bien y a otros algo peor. Los primeros dicen que, aunque molesto, es divino, pues hace de las debilidades fortalezas, y ayuda a encontrar las respuestas para ser feliz. Los segundos dicen que no resuelve el problema y que sólo lo desplaza.

Sócrates.— ¿Cómo es eso?

Libro.— Al parecer, el coaching trabaja con metas: cuando una meta no se puede alcanzar no la contempla como un objetivo y la pospone. Por ejemplo, si una persona mide un metro cincuenta y quiere ser jugadora de baloncesto, nos hará olvidar qué es lo que queremos ser y nos ayudará a identificar las emociones, los pensamientos o las acciones que nos hacen querer ser aquello que implicaría una lucha de titanes conseguirlo. Siembra la duda y creo que confunde «cambiar» con «conseguir». Muchas personas cambian sus propósitos de vida por otros que están a su alcance, creyendo que eso les hará felices.

Sócrates.— ¿Y no es así? ¿No son más felices los que encuentran que los que buscan? ¿No viven engañados aquellos que creen poder alcanzar algún día lo que no alcanzarán jamás?

Libro.— No sé qué decir, Sócrates, porque no acierto a descubrir si hablas conforme a tu pensamiento o tratas de sondearme.

Sócrates.— Olvidas que mi oficio es, como mi madre, ayudar a parir. Habla libremente y responde lo que te parezca verdadero.

Libro.— Opino que aquellos que viven engañados no pueden ser felices.

Sócrates.— Entonces, ¿crees que aquellos que se han dejado influir y han cambiado sus propósitos por otros no pueden ser felices, porque viven engañados?

Libro.— Tú lo has dicho.

Sócrates.— Fíjate, querido amigo, que la ignorancia es muy osada. ¿Cómo podemos saber si fue el conocimiento quien le hizo cambiar sus metas? Pareciera que afirmases con certeza que el coaching, más que ayudar a saber, nos ayuda a ignorar.

Libro.— Así lo pienso. Y, más aún, me atrevería a decir que ayuda a olvidar.

Sócrates.— Querido amigo, cada vez tengo más curiosidad por esto que llamáis coaching, que parece separar más que unir, y encanta y molesta a un mismo tiempo. Debe haber un lugar al que acudan a dialogar los amigos del coaching: ¿no se te ocurre cuál pueda ser?

Libro.— ¡Demonios, Sócrates! Me visitó la musa: ¡Vayamos a la federación!

En la Federación de Coaching nos inquietan hablando de procesos, de coach y clientes, nos responden con preguntas, y nos invitan a asistir a una *Masterclass* gratuita que acaba de comenzar, titulada: *El camino para ser coach es el mejor coaching*. Escuchamos atentos y en el turno de cuestiones Sócrates pregunta qué es el coaching. Le contestan invitándole a matricularse en el Máster. Pero, al finalizar, un coach experimentado nos detiene e invita a tomar café en una sala dispuesta para reuniones. Para él, el coaching es «una nueva metodología para el aprendizaje y el desarrollo de las personas. Una forma de despertar la conciencia y trabajar para llenar el vacío existente entre dónde te encuentras y dónde quieres llegar»[3]. Afirma que en el Máster se exploran otras definiciones.

[3] Juan Bellido, coach, 4 de febrero de 2011 [https://coachingparavivir.wordpress.com/2011/02/04/774/].

La Internacional Coach Federation (ICF) define coaching poniendo el peso en los resultados. «Es un proceso de partenariado que permite al cliente obtener resultados satisfactorios en su vida personal y profesional. A través del proceso de coaching, el cliente profundiza en sus conocimientos, mejora su rendimiento y revaloriza su calidad de vida».

La International Coaching Community (ICC) explica que el coaching «ayuda a aprender en lugar de enseñar», y que su esencia es «ayudar a una persona a cambiar en la forma en que lo desea y ayudarle a ir en la dirección que quiere ir»; apoyar «a una persona en cada nivel a convertirse en quien quiere ser», y fomentar «la conciencia en quien quiere ser y permitir el cambio»[4].

Para la Société Française de Coaching es «acompañar a personas o a equipos para asegurar el desarrollo de sus potencialidades y de sus conocimientos, en el marco de sus objetivos profesionales. Un proceso cuya finalidad es favorecer la toma de conciencia de una persona o de un equipo sobre su particular modo de funcionamiento, con el objetivo de superar la situación en la que la persona o el equipo se encuentran».

El coach sale un momento de la sala y vuelve con un montón de libros entre los brazos y la barbilla. Nos muestra uno por uno. Para Robert Dilts, «es el proceso de ayudar a personas o equipos de personas a rendir al máximo de sus capacidades»[5]. Para Lidia Muradep, «es el camino para superar dificultades»[6]. Para Miguel Ángel León, «coaching, o el arte de la pregunta eficaz, es el proceso que nos facilita conseguir lo que deseamos»[7]. Para Vega Karen, «es una metodología líder, que mejora el rendimiento y está disponible para aquellos que quieren llevar su vida al siguiente nivel»[8]. Para Beatriz García y Bernardo García, educa-

---

[4] «¿Qué es coaching?», en la web de la ICC [https://internationalcoachingcommunity.com/es/que-es-coaching/].

[5] R. Dilts, *Coaching. Herramientas para el cambio*, Barcelona, Urano, 2004.

[6] L. Muradep, *Coaching para la transformación personal*, Buenos Aires, Granica, 2012, p. 9.

[7] M. Á. León, *Coaching de PNL*, Móstoles, Gaia, 2010, p. 59.

[8] K. Vega, *Curso de introducción al coaching. Manual de apoyo*, cit.

dores y formadores de vocación, «el coaching es un instrumento excepcional en el camino de lograr ser personas consecuentes, comprometidas, coherentes, competentes, responsables y felices»[9]. Para Viviane Launer, es «el arte de facilitar el desarrollo potencial de las personas y de los equipos para alcanzar objetivos coherentes y cambios en profundidad»[10]. Para Timothy Gallwey, consiste «en descubrir el potencial de una persona para maximizar su rendimiento. Es más ayudarle a aprender que enseñarle» [11]. Y, para el maestro John Whitmore, «el coaching no es una mera técnica que hay que aplicar rígidamente en determinadas circunstancias preestablecidas. Es una forma de gestión, un modo de tratar a la gente, una forma de pensar y un modo de ser. Ojalá llegue pronto el día en que el término coaching se haya desvanecido por completo de nuestro vocabulario y se convierta en la forma en la que nos relacionamos mutuamente en el trabajo y en cualquier otra parte»[12].

Medio atolondrados con tanta definición, abandonamos el espacio para tomar aire. Sócrates desde hace rato guarda silencio y camina pensativo.

Libro.— Querido Sócrates, ¿crees que tenga razón el coach y que el término acabe desvaneciéndose por completo, convertido en cosa, siendo la forma de relacionarnos entre nosotros? Otros coaches apoyan esta idea, y hablan del coaching como cultura global, como visión mundial dominante.

Sócrates.— No conozco suficientemente bien el vestuario de esta *polis*, el ritmo de los nuevos tiempos nos arrolla. A veces, yo mismo me siento perdido en el Averno viendo pasar la historia, y no

[9] B. García Ricondo y B. García Carrera, *Coaching práctico en educación*, cit., p. 21.

[10] V. Launer, *Coaching. Un camino hacia nuestros éxitos*, Madrid, Pirámide, [4]2011, p. 24.

[11] T. Gallwey, *El juego interior del tenis*, Málaga, Sirio, 2010. Una parte del entrenamiento consiste en liberarse del «enemigo interior» que boicotea el éxito.

[12] J. Whitmore, *Coaching. El método para mejorar el rendimiento de las personas*, México, Paidós, 2011, p. 30.

llego a distinguir la utilidad de tanta variedad, siendo como es uno el ser. Desconfío de esas modas a las que la humanidad se abraza. Me parecen los disfraces que ocultan la ofensa de multiplicar el ser. Nunca se ha visto banalizar la esencia de las cosas como lo hace vuestro capitalismo. Y si una vez supe que no sabía nada, hoy sé otra cosa: os impregna la peor de las metafísicas, pues vivís pareciendo ser lo que no sois y sois lo que no parecéis.

Libro.— No es fácil entenderte.

Sócrates.— La idea de Humanidad cada día está menos representada en el hombre, en la mujer. «Pierde su vivacidad», oigo decir a Hume todos los días; «se aleja del ser», susurra Heidegger; y Wittgenstein terminó por enmudecer. Es preciso que sepas que los filósofos seguimos haciendo filosofía después de muertos. Igual que los poetas, poesía. Nunca deja la fragilidad de necesitar cuidados y no hay nada más frágil que la Humanidad, pues siempre tiene riesgo de enflaquecer.

Libro.— Ciertamente, la Humanidad debe ser nutrida, pues olvida con facilidad qué es, para plegarse a lo que otros quieren que sea.

Sócrates.— A veces, los seres vivos son capaces de adaptarse al ambiente para evitar la depredación, pero los depredadores siempre encuentran la manera de sobrevivir. Cuentan los apasionados de estos temas que no escogen sus presas al azar, sino que eligen los organismos más débiles. Si la Humanidad se debilita, y se olvida de quién es, ¿no será más fácil depredarla? Si el coaching es como temo que sea, uno de esos métodos que nos hacen parecer lo que no somos para sobrevivir, debilitando nuestra esencia y fortaleciendo nuestro rendimiento, es perjudicial para la felicidad y el conocimiento. Te confesaré algo. Cuando el coach comenzó a hablar con ese entusiasmo y dijo que según la ICC el coaching nos ayuda a ser quien queremos ser, adiviné la liberación a la que llama el *gnóthi seautón*. ¿Qué, sino hombre libre quiere ser el esclavo? ¡Cuánto me alegré por Solón, y por el ser social! Pero inmediatamente mudó mi alma, al oír que el coaching acompaña a personas o a equipos para asegurar el desarrollo de sus potencialidades y de sus conocimientos, en el marco de sus objetivos profesionales. En ese momento, cayeron del firmamento las estrellas, y el mundo volvió a ser una máqui-

na de producción. Y te prometo que hubiera abierto la boca, de no ser porque acostumbro a escuchar hasta el final. No vayan a decir de Sócrates que el Averno hizo con él lo que no hizo. ¡Cuántas ofensas se pueden decir juntas y con qué bellas palabras! El coach comparte con el sofista la capacidad persuasiva, pero este, a diferencia de aquel, no busca la verdad, sino la apariencia de saber. En eso, mis coetáneos son más sinceros que los tuyos, pues estos dicen hacer de uno el que es siendo claramente falso. El coach es presuntuoso y se vanagloria de poder ayudar a conocer el ser de cada uno, apoyándose en sus accidentes. Cuando logra que la persona se sienta feliz o sea exitosa festeja el logro, sin darse cuenta de que ignora qué es el hombre y cuál es su esencia. Son ignorantes y muy peligrosos. No nos ayudarán a recordar, aunque digan que eso es lo que hacen cuando sacan lo mejor de uno para alcanzar los objetivos. Más bien me parece observar el camino inverso: nos ayudan a olvidar. Creo recordar que lo dijiste antes, Libro.

Libro. Eso dije.

Sócrates.— Pero se pueden olvidar muchas y diferentes cosas. Podrían estos coaches ayudar a olvidar el dolor, la traición, la pérdida, y podría parecernos excelente. ¿Mas no te parece que si ayudaran a olvidar el dolor, la traición y la pérdida, sería peor que mejor? ¿No es bueno recordar a quien nos traicionó y por qué, para que no vuelva a suceder?

Libro.— Conviene recordar el dolor que sentimos al quemarnos una mano con el fuego. Imagínate, Sócrates, si no recordásemos que perdimos ese primer amor, o dónde están nuestros abuelos enterrados. Estaríamos condenados a buscarlos de por vida.

Sócrates.— El olvido nos condena a la repetición, por eso aplaudo la memoria. Pero, aun con todo, querido Libro, lo que ayudan a olvidar estos coaches es, con mucho, peor. El olvido que nos amenaza es el olvido de aquello por lo que han luchado, con aciertos y errores, la filosofía y los defensores de la vida. Los coaches perpetúan el olvido mucho más que las aguas de Leteo, de las cuales beben las almas para olvidar sus recuerdos. Fíjate, Libro, que el coach que nos hablaba era presa de un olvido que, sin embargo, no le hace olvidar el lugar donde están enterrados

sus muertos. Hay un olvido que nos seca por dentro, y hace que todo lo que decimos y hacemos esté seco. ¡Qué dolor, oír en su boca la palabra humanidad! Nublado por la búsqueda de lo mejor, permanece prisionero de sus objetivos, sin darse cuenta de su olvido.

Libro.— ¿Te refieres, Sócrates, a aquello que nos hace ser lo que somos? ¿Aquello que nos hace humanos, demasiado humanos?

Sócrates.— A qué, sino al olvido del ser, podríamos referirnos. ¿No te parece, Libro, que de otro modo sería imposible justificar semejante aplauso al individualismo? Sólo aquellos que han olvidado quiénes somos pueden engordar el Yo. ¿De dónde les viene la idea de que los hombres pueden salvarse solos? ¿No dice el coaching que su matriz principal es la filosofía? Muy pronto olvidaron las palabras de Anaximandro aquellos que presumen de venir de ellas. «De donde las cosas tienen el origen, hacia allí se encamina también su perecer, según la necesidad; pues tienen que expiar y ser juzgadas por su injusticia, de acuerdo con el orden del tiempo.» Temo, querido Libro, que el coaching acabe desvaneciéndose por completo del vocabulario y se convierta, tal como dice el coach y tú preguntas, en una forma de relación. Lo que me hace recordar la historia del Todo y la Nada que escuché contar a un anciano que decía estar allí desde siempre cuando yo llegaba al Averno. Intentaré recordar sus palabras.

Hubo un tiempo donde no existía el mundo tal como lo conocemos. No existían las separaciones, ni las cosas, ni las palabras. No llamábamos «continentes» a los continentes, ni «planetas» a los planetas, ni «animales» a los animales, ni «plantas» a las plantas. Nada comenzaba ni acababa, ni había arriba ni abajo, ni fuera ni dentro. El mundo entero era un gran Todo. Un día el Todo, por causas que aún desconocemos, comenzó a extenderse y, rompiendo el tejido, apareció una especie de hueco afectándole de manera extraña. Acababa de abrirse aquel hueco cuando a través de él comenzó a desparramarse el Todo. Las cosas, las palabras, los animales, las flores, las montañas, el arriba y el abajo, el horizonte, los números y las formas, y todo lo que conocemos e ignoramos. El Todo desapareció, y desde entonces lo llamamos Nada. Desde ese momento en que surgen las separaciones, luchamos por conservar las formas, ignorando de dónde venimos y hacia dónde vamos.

Ya ves, Libro, que, por muchas cosas, estos tiempos son tiempos de confusión, y no es difícil desparramarse y querer dominar. ¿Estaremos presenciando los albores de una nueva dictadura?

Libro.— ¿La dictadura del coaching?

Sócrates.— Tú lo has dicho, Libro, no Sócrates. No dejéis que dome vuestra alma ni el miedo ni ninguna ciencia que utilice la felicidad para haceros olvidar que antes que nada somos humanos, demasiado humanos. Cuando el coaching os pregunte por qué os reveláis, responded: ¡por dignidad!

Y ahora volvamos al Averno, Aquiles me espera para continuar por donde lo dejamos.

Bibliografía

Alba Rico, Santiago, «Gabrielillo en el cuarto de juegos», *CTXT*, 13 de marzo de 2018 [disponible en https://ctxt.es/es/20180307/Firmas/18345/Gabriel-infancia-niños-humanidad-maldad.htm].

Albert Rodrigo, María y Hernández Martí, Gil Manuel, «Los movimientos psico-espirituales en la modernidad globalizada. Una mirada desde la ciudad de Valencia», *Revista de Antropología Iberoamericana* 9/3 (septiembre-diciembre de 2014).

Alegre Zahonero, Luis, *El lugar de los poetas. Un ensayo sobre estética y política*, Madrid, Akal, 2017.

Arendt, Hannah, *La condición humana* (1958), Buenos Aires, Paidós, 2009.

Aristóteles, *Metafísica*, Libro I, Madrid, Gredos, 1994.

—, *Ética a Nicómaco*, Madrid, Alianza, introducción de José Luis Calvo, 2001.

—, *Ética Eudemia*, Madrid, Gredos, 1998.

Baroja, Pío, *Las ciudades*, Madrid, Alianza, 1967.

Baudrillard, Jean, *La sociedad de consumo. Sus mitos, sus estructuras*, Madrid, Siglo XXI, 2009.

Bauman, Zygmunt, *Sobre la educación en un mundo líquido*, Barcelona, Paidós, 2013.

Bayona, Eduardo, «La enseñanza concertada se dispara: gana más de 20.000 alumnos al año», *Público*, 11 de febrero de 2019 [disponible en https://www.publico.es/sociedad/radiografia-educacion-concertada-ensenanza-concertada-dispara-gana-20000-alumnos-ano.html].

Benjamin, Walter, «La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica» (1936), en *Discursos Interrumpidos I*, Buenos Aires, Taurus, 1989, pp. 15-57.

Berglas, Steven, «The very real dangers of executive coaching», *Harvard Business Review* 80 (2002), pp. 86-93.
Bernabé, Daniel, *La trampa de la diversidad*, Madrid, Akal, 2018.
Boff, Leonardo, *Ética planetaria desde el Gran Sur*, Madrid, Trotta, 2001.
Bollero, David, «La educación concertada es un fracaso», *Público*, 3 de junio de 2019 [disponible en https://blogs.publico.es/david-bollero/2019/06/03/la-educacion-concertada-es-un-fracaso/].
Bona, César, *Las escuelas que cambian el mundo*, Barcelona, Plaza & Janés, 2016.
Brenner, Miguel Andrés, «De la educación emocional: el neuroneoliberalismo capitalista fascista», 16 de febrero de 2019 [disponible en http://contrahegemoniaweb.com.ar/de-la-educacion-emocional-el-neuroneoliberalismo-capitalista-fascista/].
Brock, Vikki, *Guía de la historia del coaching*, Albacete, Uno Editorial, 2017.
Caballo, Vicente Enrique y Salazar, Isabel Cristina (dirs.), *Ingenuos. El engaño de las terapias alternativas*, Madrid, Siglo XXI, 2019.
Cabanas, Edgar e Illouz, Eva, *Happycracia, cómo la ciencia y la industria de la felicidad controlan nuestras vidas*, Barcelona, Paidós, 2019.
Capafóns, Juan I. y Sosa, C. Dolores, «El efecto placebo o el poder de la sugestión», en V. E. Caballo e I. C. Salazar (dirs.), *Ingenuos. El engaño de las terapias alternativas*, Madrid, Siglo XXI, 2019, pp. 275-290.
Carnegie, Dale, *Cómo ganar amigos e influir sobre las personas*, Barcelona, Edhasa, [24]1995.
Centro de Enseñanza On-line McGraw-Hill, «Servicios al educador». Texto acerca del desarrollo sexual de 0 a 6 años.
Chesterton, G. K., *El Napoleón de Notting Hill*, Barcelona, Bruguera, 1981.
Cieza, Guillermo, «Sobre elefantes y el valor de las luchas», 19 de mayo de 2019 [disponible en http://vocesenlucha.com/sobre-elefantes-y-el-valor-de-las-luchas/].
Cobo Romaní, Cristóbal y Moravec, John W., *Aprendizaje invisible. Hacia una nueva ecología de la educación*, Barcelona, Labo-

ratori de Mitjans Interactius / Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona, Col·lecció Transmedia XXI, 2011.
Colectivo Miradas, *Los hilos del tablero*, documental dirigido por José Gayà, España, 2018, 54 min.
Colectivo Puente Madera (Enrique Cerro, Esteban Ortiz, Elías Rovira y Javier Sánchez), «¡¡Es el marco estratégico 2020, amigos!!», *Albacete Capital*, 5 de mayo de 2018 [disponible en https://albacetecapital.com/es-el-marco-estrategico-2020-amigos/].
«Conclusiones del Consejo, de 12 de mayo de 2009, sobre un marco estratégico para la cooperación europea en el ámbito de la educación y la formación (ET 2020)», *Diario Oficial de la Unión Europea*, 28 de mayo de 2009 [disponible en http://www.europarl.europa.eu/meetdocs/2009_2014/documents/d-cl/dv/13councilconclusioneducation/13councilconclusioneducationes.pdf].
Constant, Benjmin, *Des réactions politiques* (1797), edición digital, a cargo de J.-M. Tremblay, disponible en la web *Les Classiques des sciences sociales* [http://classiques.uqac.ca/classiques/constant_benjamin/des_reactions_politiques/des_reactions.html].
Contreras Natera, Miguel Ángel, *Crítica a la razón neoliberal. Del neoliberalismo al posliberalismo*, Madrid, Akal, 2015.
Cussiánovich, Alejandro, *Aprender la condición humana: Ensayo sobre Pedagogía de la ternura*, Lima, Ifejant, 2007.
Debord, Guy, *La sociedad del espectáculo*, Valencia, Pre-Textos, [2]2009.
«Declaración Institucional del COP sobre la Psicología Coaching», 24 de mayo de 2019 [disponible en http://www.infocop.es/view_article.asp?id=8147&fbclid=IwAR3lo9ZVC5hNrXBuRLsA2IXw4d_lu7vjkB_ceOWTYiXwgvYScI06GBcReGc].
Delgado Ruiz, Manuel, «Místicas del Yo y "ciudadanización" de las luchas», entrevista concedida en septiembre de 2018 [disponible en http://vocesenlucha.com/2019/09/02/manuel-delgado-ruiz/].
Díez, Alfredo, *El líder interior. La inteligencia emocional y el coaching aplicados a tu vida*, Barcelona, Granica, 2007.

Dilts, Robert, *Coaching. Herramientas para el cambio*, Barcelona, Urano, 2004.
Ehrenreich, Barbara, *Sonríe o muere. La trampa del pensamiento positivo*, Madrid, Turner, 2011.
– , *Causas naturales. Cómo nos matamos por vivir más*, Madrid, Turner, 2018.
«Ellos y nosotros. VI. *Las Miradas*. Parte 4: *Mirar y comunicar*», *Enlace Zapatista*, 11 de febrero de 2013 [disponible en http://enlacezapatista.ezln.org.mx/2013/02/11/ellos-y-nosotros-vi-las-miradas-parte-4-mirar-y-comunicar/].
Eysenck, H. J. y Kamin, Leon, *La confrontación sobre la inteligencia: ¿herencia-ambiente?*, Madrid, Pirámide, ⁴1990.
Feldman, Daniel C. y Lankau, Melenie J., «Executive Coaching: A review and agenda for future research», *Journal of Management* 31/6 (2005), pp. 829-848.
Fernández Enguita, Mariano, *La cara oculta de la escuela. Educación y trabajo en el capitalismo*, Madrid, Siglo XXI, 1990.
Fernández Liria, Carlos; García Fernández, Olga y Galindo Ferrández, Enrique, *Escuela o barbarie. Entre el neoliberalismo salvaje y el delirio de la izquierda*, Madrid, Akal, 2017.
Freire, Paulo, *La pedagogía de la esperanza*, México, Siglo XXI, 2011.
Fuentes, Carola y Valdeavellano, Rafael (dirs.), *Chicago Boys*, película documental, Chile, 2015, 85 min.
Gallwey, Timothy, *El juego interior del tenis*, Málaga, Sirio, 2010.
Garcés, Marina, *Fuera de clase: textos de filosofía de guerrilla*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2016.
—, *Nueva ilustración radical*, Barcelona, Anagrama, 2018.
García, Almudena, *Otra educación ya es posible: una introducción a las pedagogías alternativas*, Albuixech (Valencia), Litera, 2017.
García Fernández-Abascal, Enrique; García Rodríguez, Beatriz; Jiménez Sánchez, M.ª Pilar; Martín Díaz, M.ª Dolores y Domínguez Sánchez, Francisco Javier, *Psicología de la Emoción*, Madrid, Ramón Areces, 2010.
García Márquez, Gabriel, *Cien años de soledad*, Buenos Aires, Sudamericana, 1967.

García Ricondo, Beatriz y García Carrera, Bernardo, *Coaching práctico en educación*, Madrid, Dextra, 2016.
Gardner, Howard, *Frames of Mind. The Theory of Multiple Intelligences*, Nueva York, Basic Books, 1983.
—, *La inteligencia reformulada: las inteligencias múltiples en el siglo XXI*, Barcelona, Paidós, 2003.
—, *Las cinco mentes del futuro*, Barcelona, Paidós, 2005.
Gawdat, Mo (Mohammad), *El algoritmo de la felicidad. Únete al reto de los mil millones de personas felices*, Barcelona, Zenith, 2018.
Goleman, Daniel, *Inteligencia emocional*, Barcelona, Kairós, ^{51}2003.
Gómez Baides, Guadalupe, *Esto es Coaching. Herramientas del coach*, Barcelona, Obelisco, 2014.
González Casanova, Pablo, *Explotación, colonialismo y lucha por la democracia en América Latina*, Madrid, Akal, 2017.
Gordillo, M.ª Victoria, *Nuevas perspectivas en orientación. Del counseling al coaching*, Madrid, Síntesis, 2008.
Gramsci, Antonio, *Escritos (Antología)*, Madrid, Alianza, 2017.
Guevara, Claudio Fabián, «Cómo el algoritmo secuestró la democracia», *Diario de Vallarta*, 21 de diciembre de 2018 [disponible en https://diariodevallarta.com/internet-mata-democracia/].
Han, Byung-Chul, *Psicopolítica*, Barcelona, Herder, 2014.
—, *La expulsión de lo distinto*, Barcelona, Herder, 2017.
Harvey, David, *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid, Akal, 2007.
Herranz Adeva, María Pilar, *El llanto del mundo*, Madrid, Amargord, 2014.
Hobsbawm, Eric J., *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 1994.
Hölderlin, Friedrich, *Poesía completa* (edición bilingüe), Barcelona, Ediciones 29, 1995.
Houellebecq, Michel, *Las partículas elementales*, Barcelona, Círculo de lectores, 2000.
Huxley, Aldous, *Un mundo feliz* (1932).
Jiménez, Juan Ramón, *Eternidades* (1918).
Jurado, Enrique, *Quiero darte coaching, la mejor profesión del siglo XXI*, Albacete, Uno Editorial, ^{3}2018.

Kant, Immanuel, *¿Qué es Ilustración?*, Madrid, Alianza, 2013.
—, *Lo bello y lo sublime*, Madrid, Espasa-Calpe, [6]1979.
—, *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, Barcelona, Ariel, 1996, ed. bilingüe.
Kapuściński, Ryszard, *Cristo con un fusil al hombro*, Barcelona, Anagrama, 2010.
Keynes, John Maynard, *Teoría general del empleo, el interés, y el dinero*.
Kirk, G. S.; Raven, J. E. y Schofield, M., *Los filósofos presocráticos*, Madrid, Gredos, 1994.
Kuper, Adam, *Cultura. La versión de los antropólogos*, Barcelona, Paidós, 2001.
Lafargue, Paul, *El derecho a la pereza*, Madrid, Diario Público, 2010.
Lapham, Lewis H., *Money and Class in America*, Nueva York, OR Books, 1988-2018.
Larivée, Serge, «Las inteligencias múltiples de Gardner. ¿Descubrimiento del siglo o simple rectitud política?», *Revista Mexicana de Investigación en Psicología* 2/2 (2010), pp. 115-126.
Launer, Viviane, *Coaching. Un camino hacia nuestros éxitos*, Madrid, Pirámide, [4]2011.
Laval, Christian y Dardot, Pierre, *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*, Barcelona, Gedisa, 2013.
Lebowitz, Michael, *La alternativa socialista, el verdadero desarrollo humano*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2015.
León, Miguel Ángel, *Coaching de PNL*, Móstoles, Gaia, 2010.
Lipovetsky, Gilles y Charles, Sébastien, *Los tiempos hipermodernos*, Barcelona, Anagrama, 2006.
Lledó, Emilio, *Memoria de la ética: una reflexión sobre los orígenes de la teoría moral en Aristóteles*, Madrid, Taurus, 1994.
Marchese Flórez, Santiago Mario, reseña de «Han, Byun-Chul (2014), *Psicopolítica: Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*», *Enrahonar. Quaderns de Filosofia* 55 (2015), pp. 134-136 [https://revistes.uab.cat/enrahonar/article/view/v55-marchese].
Marcos Ana (pseudónimo de Fernando Macarro Castillo), «Pequeña carta al mundo», en *Te llamo desde un muro*, Caracas, El perro y la rana, 2008.

Marqués Robles, Manuel, *Sé tu mejor versión. Con el coaching y el camino del héroe*, Albacete, Uno Editorial, 2012.
Marx, Karl, *El capital (manga)*, Barcelona, Herder, 2013.
Más Rodríguez, Pilar, «Indicadores sintéticos de la economía española», *Índice* 34 (mayo de 2009), pp. 14-17 [disponible en http://revistaindice.com/numero34/p14.pdf].
Mattelart, Armand y Vitalis, André, *De Orwell al cibercontrol*, Barcelona, Gedisa, 2015.
Maturana, Humberto y Varela, Francisco, *El árbol del conocimiento*, Buenos Aires, Lumen, 2003.
Mazzeo, Miguel, «Santiago Maldonado y "la grieta"», 24 de octubre de 2017 [disponible en http://contrahegemoniaweb.com.ar/santiago-maldonado-y-la-grieta/].
Merriman, John, *Masacre. Vida y muerte en la Comuna de París de 1871*, Madrid, Siglo XXI, 2017.
Milton, John, *El paraíso perdido*, Madrid, Cátedra, 2001.
Monod, Jacques, *El azar y la necesidad*, Barcelona, Tusquets, 1986.
Mujica, José (Pepe), «La fe de las villas, Padre Mujica», entrevista publicada en la revista *La garganta poderosa* 27 (3 de julio de 2013), pp. 6-12 [disponible en http://www.lapoderosa.org.ar/2013/07/padre-mujica/].
Muradep, Lidia, *Coaching para la transformación personal*, Buenos Aires, Granica, 2012.
Mumford, Jeni, *Coaching para dummies*, Barcelona, Granica, 2008.
Nebreda, Marcos, «John Whitmore, o la libertad a través del "coaching"», *El Mundo*, 9 de marzo de 2012 [disponible en https://www.elmundo.es/elmundo/2012/03/09/galicia/1331315537.html].
Nietzsche, Friedrich, *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, Madrid, Tecnos, 1990.
—, *Así habló Zaratustra*, Madrid, Alianza, 1980.
—, *La gaya ciencia*, Madrid, Alba Libros, 1997; Madrid, Akal, 2001.
O'Neil, Cathy, *Armas de destrucción matemática. Cómo el Big Data aumenta la desigualdad y amenaza la democracia*, Madrid, Capitán Swing, 2017.
Oñate y Zubía, Teresa, *Nacimiento de la filosofía en Grecia: viaje al inicio de Occidente*, Madrid, Dykinson, 2004.

Ortega y Gasset, José, *La rebelión de las masas*, México, La guillotina, 2010.

Ortega Guizado, Remberto, «El coaching ontológico como estrategia para gerenciar el aprendizaje, gestionar el conocimiento, transformar los procesos educativos y potenciar cambios significativos», *Sophia (Colección de Filosofía de la Educación)* 13, número dedicado a la construcción del conocimiento desde el enfoque filosófico, psicológico y pedagógico (2012, Quito, Editorial Universitaria Abya-Yala), pp. 177-198 [disponible en http://www.redalyc.org/pdf/4418/441846102008.pdf].

Platón, *Apología*, Madrid, Gredos, 1997.

—, *Fedro*, Madrid, Gredos, 1997.

—, *República*, Libro I, Madrid, Gredos, 1998.

Ponce, Aníbal, *Humanismo burgués y humanismo proletario*, México, Roca, 1976.

Quino (Joaquín Salvador Lavado Tejón), *Mafalda*, vol. 4, Barcelona, Público, 2008.

Rodríguez López, Roberto, «La psicología en el proyecto cultural neoliberal: literatura de autoayuda y gestión de subjetividades», en *id.* (ed.), *Contra-psicología. De las luchas antipsiquiátricas a la psicologización de la cultura*, Madrid, Ediciones Dado, 2016.

Roitman, Marcos, *El pensamiento sistémico. Los orígenes del social-conformismo*, México, Siglo XXI, 2010.

—, *La criminalización del pensamiento*, Madrid, Escolar y Mayo, ²2018.

Sadin, Éric, *La humanidad aumentada. La administración digital del mundo*, Buenos Aires, Caja Negra, 2017.

—, *La silicolonización del mundo. La irresistible expansión del liberalismo digital*, Buenos Aires, Caja Negra, 2018.

Saidel, Matías, «La fábrica de la subjetividad neoliberal: del empresario de sí al hombre endeudado», *Pléyade. Revista de humanidades y ciencias sociales* 17 (enero-junio de 2016), pp. 131-154 [disponible en http://www.revistapleyade.cl/wp-content/uploads/7.-Matias-Saidel_17.pdf].

Saint-Exupéry, Antoine de, *El Principito*, Barcelona, Salamandra, 2001, edición conmemorativa del cincuenta aniversario.

Safo, *Poemas y fragmentos*, Madrid, Hiperión, 2001.
Sanchis Sinisterra, José, *Los figurantes*, Madrid, Visor, 1996.
Schank, Roger Carl, *The Cognitive Computer: On language, Learning and Artificial Intelligence*, Reading, Addison-Wesley, 1985.
Smith, Adam, *La riqueza de las naciones*, Madrid, Alianza, 2011.
Tolle, Eckhart, *El poder del ahora*, Buenos Aires, Eleven, 2000 (ed. digitalizada).
Torres Menárguez, Ana, «Canarias, la primera comunidad que hace obligatoria la educación emocional en los colegios», *El País*, 2 de abril de 2019 [disponible en https://elpais.com/sociedad/2019/03/26/actualidad/1553627291_428563.html].
Vallejo, César, *Los heraldos negros*, Lima, Perú Nuevo, 1959; *Poesía y narrativa completas*, Madrid, Akal, 2019, pp. 133-190.
Vázquez Montalbán, Manuel, *Crónica sentimental de España*, Barcelona, DeBolsillo, 2003.
Vega, Karen, *Curso de introducción al coaching. Manual de apoyo*, International Coaching Group, ³2010 [disponible en https://cursosparacoaching.com/wp-content/uploads/Manual Introducción al Coaching 3ed.pdf].
Ventura, Pere Joan (dir.), *El efecto Iguazú*, película documental, España, 2003, 90 min.
Watzlawick, Paul; Beavin Bavelas, Janet y Jackson, Don D., *Teoría de la comunicación humana. Interacciones, patologías y paradojas*, Barcelona, Herder, 1991.
Whitmore, John, *Coaching. El método para mejorar el rendimiento de las personas*, México, Paidós, 2011.
Wilson, Eric G., *Contra la felicidad. En defensa de la melancolía*, Madrid, Taurus, 2008.
Woolf, Virginia, «El señor Bennett y la señora Brown» (conferencia leída a «los heréticos» de Cambridge el 18 de mayo de 1924), en *La torre inclinada y otros ensayos*, Barcelona, Lumen, 1980.
Yourcenar, Marguerite, *Fuegos*, Madrid, Alfaguara, ¹³2002.
«Zapatismo: el mandar obedeciendo como filosofía práctica del procomún», 14 de enero de 2014 [disponible en https://sursiendo.com/blog/2014/01/zapatismo-el-mandar-obedeciendo-como-filosofia-practica-del-procomun/].

Índice

Prólogo (Miguel Mazzeo) 7

LA DICTADURA DEL COACHING

Preámbulo 13

Introducción 19

PRIMERA PARTE. La construcción del Yo.
Hacia la sociedad del asesoramiento 29

1. El Yo en el marco del siglo XXI 33
   Mundo feliz, 38 – Feliz mundo, 43

2. La cultura del Yo 49
   La comunicación, 52 – El espectáculo del quiénes somos, 55 – La asesoría del quiénes queremos ser, 60 – La escuela del Yo, 65

3. ¿Revolución o salvación? 71

SEGUNDA PARTE. La salvación.
Tratamientos del Yo 77

4. Conócete a ti mismo, *gnóthi seautón* 85
   Permanecer en el cambio, 86 – La mercantilización del *gnóthi seautón*, 91 – Atreverse a saber, 96

5. Inteligentes, emocionales, auténticos y aburridos 107

La inteligencia emocional, 108 – Inteligencias múltiples, 127

6. La dictadura del coaching 157

¿Qué es el coaching?, 159 – El generalísimo coach, 169 – El nuevo ejército, 190

TERCERA PARTE. La transformación del mundo. Pensando en Nosotros 199

7. En defensa de la Humanidad 203

El Nosotros, 206 – Humanidad secuestrada, 209 - El desarme del Yo, 213 – El buen vivir, 216

8. Mandar obedeciendo 221

Cuidar y ser cuidado, 225 – El té de la memoria, 228 – La ternura de los pueblos, 231

Epílogo 237

Bibliografía 249